

CONCEPCIONES PSICOANALÍTICAS DE LA ADOLESCENCIA

(INFORME FINAL INVESTIGACIÓN CODI-UDEA MEDIANA CUANTÍA)

Director e Investigador principal

Mauricio FERNÁNDEZ ARCILA

Co-autores e integrantes
del Grupo de Investigación:

**Henry-Daniel ESPINOSA DUQUE
Wilson-Adolfo GALLEGO HOYOS
Fredy-Ricardo MORENO CHÍA
Frank-Herr RICO BARBOSA
Nicolás-Ignacio URIBE ARAMBURO
Margarita VALENCIA VALENCIA**



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CENTRO DE INVESTIGACIONES – CISH
GRUPO ESTUDIOS SOBRE JUVENTUD**

MEDELLÍN – 2011

AGRADECIMIENTOS

El presente texto es producto de un proyecto de investigación para cuyo desarrollo se contó con el apoyo de la convocatoria 2006 mediana cuantía del CODI (Comité para el Desarrollo de la Investigación), del Centro de Investigaciones y del Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. A todas estas instancias de la Universidad de Antioquia agradecemos su importante colaboración.

LOS AUTORES:

El desarrollo de esta investigación estuvo bajo la responsabilidad del *Grupo de Estudios sobre Juventud* (Código Colombiano de Registro de Grupos Colciencias CCRG: COL0031225). Los investigadores y colaboradores en la redacción de este informe hacen parte todos de este Grupo:

Espinosa Duque, Henry Daniel: Psicólogo (UdeA - Medellín); Filósofo (UPB - Medellín); Máster en psicoanálisis y filosofía de la cultura (Universidad Complutense de Madrid España); estudiante Doctorado en Psicoterapia (Pontificia Universidad Católica de Chile); estudiante Doctorado en Filosofía (Universidad Complutense de Madrid España). **Temas y autores que documentó:** Melanie Klein, Winnicott, Edith Jacobson, Arminda Aberastury, Mauricio Knobel.

Fernández Arcila, Mauricio: Profesor titular Departamento de Psicoanálisis (UdeA); Coordinador del Grupo Estudios sobre Juventud; DEA en Psicoanálisis (U de París 8); Doctor en Psicopatología Fundamental y Psicoanálisis (U de París 7); miembro de la *Associação Universitária de Pesquisa em Psicopatologia Fundamental* (Brasil); miembro de la *Tavistock Latin American Network for the Development of New Approaches to Adolescent Mental Health* (Londres). **Temas y autores que documentó:** Sigmund Freud, Sociedad de Viena, Hermine Hug-Hellmuth, Anna Freud, August Aichhorn, Sociedad Británica, Ernest Jones, Controversias Klein-Freud, Psicoanálisis en Norteamérica, Leo Spiegel, Kurt Eissler, Lamppl-de-Groot, Psicoanálisis en Francia, Pierre Mâle, Évelyne Kestemberg, Philippe Gutton, Historia del movimiento psicoanalítico.

Gallego Hoyos, Wilson Adolfo: Psicólogo (UdeA - Medellín); Especialista en Psicología Clínica (U del Norte – Barranquilla). **Temas y autores que documentó:** Helene Deutsch, Moses Laufer.

Moreno Chía, Fredy Ricardo: Psicólogo (UdeA - Medellín); Magister en Investigación Psicoanalítica (UdeA - Medellín). **Temas y autores que documentó:** Sigmund Freud, Sociedad de Viena, Ernest Jones, Peter Blos, Rezende-Cardoso.

Rico Barbosa, Frank Herr: Psicólogo (UDES - Bucaramanga); Magister en Investigación Psicoanalítica (UdeA - Medellín); estudiante Doctorado la Facultad de Psicología (U de Buenos Aires - Argentina). **Temas y autores que documentó:** August Aichhorn, Kate Friedlander, Kurt Eissler, Jean-Jacques Rassial, Sonia Alberti.

Uribe Aramburo, Nicolás Ignacio: Psicólogo (Fundación Universitaria María Cano – Medellín) ; Magíster en Investigación Psicoanalítica (UdeA - Medellín). **Temas y autores que documentó:** Anna Freud, Erik Erikson.

Valencia Valencia, Margarita María: Psicóloga (UdeA - Medellín); Magíster en Investigación Psicoanalítica (UdeA - Medellín). **Temas y autores que documentó:** Adolescencia en la literatura, Movimientos de juventud, Sigfried Bernfeld, Wilhelm Reich, Karen Horney, Maud y Octave Mannoni, Françoise Dolto.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
1. IDEAS INAUGURALES EN EUROPA HASTA FINALES DE LA PRIMERA GUERRA	7
1.1 La adolescencia en la obra freudiana	7
1.1.1 ¿Pubertad o adolescencia? la dificultad terminológica.....	8
1.1.2 Momentos de la concepción freudiana de la adolescencia	11
1.1.3 La pubertad en la etiología de las neurosis	13
1.2 Sociedad de Viena, inicio del movimiento psicoanalítico	23
1.2.1 Debates sobre el onanismo	24
1.2.2 La pubertad en Las Minutas	30
1.3 Construcción del concepto de adolescencia.....	31
1.3.1 Los Wandervögel (“pájaros migratorios”).....	33
2. ENTRE LAS DOS GUERRAS	35
2.1 Los pioneros.....	36
2.1.1 HUG-HELLMUTH, Hermine	38
2.1.3 Siegfried BERNFELD	45
2.2 Psicoanálisis con niños y educación.....	51
2.2.1 AICHHORN, August	51
2.2.3 FREUD, Anna.....	61
2.3 Psicoanálisis y movimientos de juventud	78
2.3.1 BERNFELD y el movimiento de juventud	79
2.3.2 REICH, Wilhelm.....	80
2.4 La Sociedad Británica de Psicoanálisis	85
2.4.1 Ernest JONES, el fundador	85
2.4.2 Desarrollo del psicoanálisis en la <i>British Society</i>	87
2.4.3 JONES y la adolescencia.....	87
3. LA HUIDA DEL NAZISMO Y LA MIGRACIÓN AL MUNDO ANGLOSAJÓN.....	91
3.1 Londres y sus relaciones con Europa continental.....	92
3.1.1 Controversias Melanie Klein / Anna Freud.....	93
3.1.2 Melanie KLEIN.....	95
3.1.3 Kate FRIEDLANDER	99
3.1.4 Los aportes de WINNICOTT	102
3.2 Norteamérica: emigrantes reformadores y ortodoxos.....	109
3.2.1 Karen HORNEY y el culturalismo	111
3.2.2 Helene DEUTSCH	116
4. MEDIADOS DE SIGLO: NUEVA CONCIENCIA, NUEVO IMPULSO	137
4.1 Preguntas por el estado de la teoría y la técnica.....	138
4.1.1 SPIEGEL ¿un balance positivo o aparente?	138
4.1.2 Anna FREUD: la adolescencia ha sido una “cenicienta”	141
4.1.3 EISSLER: perspectivas teóricas sobre el tratamiento	154
4.1.4 LAMPL-DE-GROOT: nuevos conocimientos, nuevas posibilidades.....	157
4.1.5 KESTEMBERG: las otras “cenicientas”	159
4.2 La expansión de los sesenta.....	161

5. NORTEAMÉRICA: EGOPSYCHOLOGY Y RELACIONES OBJETALES.....	163
5.1 Erik ERIKSON	164
5.2 Edith JACOBSON.....	176
5.2.1 El duelo de la infancia.....	177
5.2.2 Remodelación de la estructura psíquica	178
5.2.3 La concepción del mundo y la transformación del yo.....	179
5.2.4 Las turbulencias adolescentes y los cambios de humor.....	180
5.2.5 Solución normal y anormal del conflicto adolescente	182
5.3 Peter BLOS	183
5.3.1 Las fases de la adolescencia	183
5.3.2 El segundo proceso de individuación y edipo negativo	186
5.3.3 Las problemáticas del yo	189
5.3.4 El problema de las actuaciones	190
6. INGLATERRA: DESARROLLO DE LOS TRATAMIENTOS	194
6.1 Moses LAUFER	194
6.1.1 Reseña biográfica	194
6.1.2 La Adolescencia Normal	196
6.1.3 La fantasía masturbatoria básica.....	199
6.1.4 Fantasía nuclear de masturbación	201
6.1.5 La patología adolescente: crisis del desarrollo (breakdown)	201
6.1.6 Evaluación del adolescente	204
6.1.7 Aspectos del proceso clínico	206
7. FRANCIA: HACIA LA ESPECIFICIDAD ADOLESCENTE	210
7.1 La escuela francesa	211
7.1.1 Pierre MÂLE	212
7.1.2 Évelyne KESTEMBERG.....	213
7.1.3 Philippe GUTTON.....	220
7.2 La influencia lacaniana	225
7.2.1 Françoise DOLTO	227
7.2.2 MANNONI - analizabilidad de la adolescencia	238
7.2.3 Jean-Jacques RASSIAL.....	241
8. LATINOAMÉRICA: ALGUNAS CORRIENTES REPLICADAS.....	253
8.1 Pioneros en Argentina: KNOBEL & ABERASTURY.....	253
8.1.1 La adolescencia como elaboración de duelos	254
8.1.2 La adolescencia normal	257
8.1.3 El estudio de la adolescencia en relación con la psicopatía	261
8.1.4 Las defensas en la adolescencia	262
8.1.5 El mundo externo: la crisis de los padres y la sociedad	262
8.2 Brasil: dos líneas de trabajo	264
8.2.1 ALBERTI : lo real sexual, el acto y la destitución subjetiva	264
8.2.2 REZENDE-CARDOSO-&-AL.....	267
CONCLUSIONES	271
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	279

INTRODUCCIÓN

Como universitarios vinculados con la enseñanza y la práctica del psicoanálisis, al momento de emprender algunos proyectos de investigación relativos a las condiciones y expresiones juveniles nos causó extrañeza encontrar que, a pesar de la significatividad psíquica de la adolescencia, la difusión hecha en lengua castellana de los trabajos psicoanalíticos que se ocupan de ella fuera tan escasa en diversidad y extensión. Curiosamente además escuchamos decir a algunos colegas que había muy poca literatura al respecto.

Creemos que el desconocimiento, en nuestro medio, de las publicaciones psicoanalíticas acerca de la adolescencia, se explica en parte por el poco impacto que las sociedades psicoanalíticas colombianas han tenido en la difusión del psicoanálisis en la cultura local. Esto contrasta con lo que sucede en otros países de habla hispana, como Argentina y México (para no mencionar a Norteamérica o a los países europeos), en donde los escritos psicoanalíticos circulan gracias a una tradición psicoanalítica ampliamente expandida y profundamente instalada en los respectivos medios y debido a que han contado además con el apoyo tanto de importantes empresas editoriales como de prestigiosas bibliotecas que en virtud de sus recursos y políticas mantienen almacenadas las más diversas producciones antiguas y recientes.

En efecto, al iniciar el presente estudio pudimos constatar, todavía a partir de un conocimiento parcial de la historia de dichas producciones, que el material bibliográfico que existe sobre el tema en la ciudad, es incompleto y representa desequilibradamente las diversas corrientes teóricas post-freudianas. Suponemos que este estado de cosas responde a que la selección y difusión editorial han estado sesgadas por factores comerciales y de moda, que han dejado en el olvido a un buen número de escritos importantes.

En consecuencia, la recolección y revisión bibliográfica que nos propusimos hacer, y de la cual se informa en el presente trabajo, apunta a llenar estos vacíos y a compensar la parcialidad que sobre el tema ha generado la distorsionada difusión de la respectiva literatura psicoanalítica. Quisiéramos de este modo tratar de rescatar y actualizar un valioso patrimonio teórico-conceptual que concierne al funcionamiento psíquico de la juventud, y al mismo tiempo facilitar su conocimiento y acceso a otros investigadores.

El propósito final del presente estudio, entonces, es el de brindar una aproximación al contenido teórico-conceptual de las principales concepciones psicoanalíticas sobre la adolescencia, y a su evolución, tal como se presentó durante el siglo XX.

Pero para poder orientarnos en la amplia historia de construcción de ese vínculo entre psicoanálisis y adolescencia, a través de la revisión bibliográfica que constituye la base concreta para su estudio, debimos adoptar algunos criterios preliminares, que nos permitieran seleccionar los textos a adquirir y definir las pautas de su análisis y

procesamiento. Fue entonces necesario partir de una primera representación de la evolución de esta masa documental e historia intelectual, así ella fuera incipiente.

Aunque sabíamos del trabajo inaugural de Freud sobre las transformaciones de la pubertad [-1905c], preveíamos que teníamos que profundizar en las discusiones concernientes a la adolescencia que llevaron a cabo los primeros psicoanalistas de la *Sociedad de los miércoles*, así como tratar de identificar los estudios hechos por los primeros alumnos de Freud.

Otro referente clave lo constituía Anna Freud, quien, en el período entre las dos guerras y con el interés de aplicar el psicoanálisis a los niños y a la pedagogía, prolonga los estudios hechos por sus amigos acerca de la juventud y llega en 1936 a concederle un lugar teórico específico a la problemática de la adolescencia, aun cuando sin pretender tratar a los adolescentes con el psicoanálisis.

A pesar de la “diáspora psicoanalítica” la hija de Freud logra mantener una influencia continua y determinante en la mayoría de los psicoanalistas emigrantes, tanto desde Viena como desde su segundo lugar de residencia en Londres. A través de varias revistas psicoanalíticas de habla inglesa, y gracias a la colaboración y la amistad con Kurt Eissler, ella ejerce su patrocinio tanto en el medio estadounidense como en el medio británico. Nos quedaba pendiente por establecer si mantuvo o no los lazos con dos de sus antiguos colaboradores más cercanos, Blos y Erikson, quienes lograron, tiempo después de su arribo a los Estados Unidos, un notabilísimo desarrollo de sus elaboraciones teóricas sobre la adolescencia.

Pero ni la migración de los psicoanalistas ni las regulaciones de la Asociación Internacional, impidieron que en otros centros de formación y asistencia se acogieran ideas renovadoras de otros autores psicoanalíticos, y se las combinara de manera particular.

La *Egopsychology* que finca su hegemonía en el territorio americano desde 1945, con bastante apoyo de Anna Freud, no será la única corriente que influya en las contribuciones psicoanalíticas producidas en los Estados Unidos. El kleinismo y la teoría de las relaciones objetales, que igualmente toman su plataforma de difusión en Inglaterra, incidirán también en las teorizaciones desarrolladas por otros autores establecidos allí en Norteamérica, como en los instalados en Latinoamérica (particularmente en Argentina; otro país de asilo de psicoanalistas emigrantes). Por otra parte, en Francia, sobre la base de un freudismo bastante ortodoxo y de un trabajo psiquiátrico hospitalario, comenzarán a desarrollarse enfoques específicos de la adolescencia (Kestemberg, Gutton, Cahn), paralelamente a los abordajes desarrollados por autores cercanos al lacanismo (Dolto, Mannoni, Rassial). Esta última orientación, presenta en la actualidad algunos desarrollos destacados en Brasil, y comienza a extenderse en Argentina.

Vemos que a lo largo de la historia del psicoanálisis, algunos eventos notables delimitan períodos sobresalientes, durante los cuales se combinan las perspectivas teóricas con los ambientes institucionales y los contextos locales y nacionales. Con la

ayuda de este panorama nos dimos pues a la tarea de identificar en dichos espacios, algo así como nichos intelectuales, que hubieran sido cuna de gestación de conocimientos acerca de la adolescencia.

Podemos hacer una síntesis de la secuencia temporal de estos espacios, destacando cinco momentos, la que además servirá de guía al ordenamiento y exposición de los siguientes capítulos:

Antes de la primera Guerra es posible indagar, tanto en el seno de la naciente "Sociedad Psicoanalítica de Viena" como luego en los primeros años de difusión del Psicoanálisis a través de su "movimiento" internacional, por los antecedentes y aportes teóricos que permitieron la emergencia de la noción de adolescencia (capítulo 1).

Un segundo momento bien definido de esta historia lo constituye el auge que en el período de entre-guerras tuvieron las aplicaciones del psicoanálisis a la educación (capítulo 2).

En un tercer momento, la emigración forzada de muchos psicoanalistas, motivada por la persecución nazi, reconfigurará los espacios culturales, institucionales y clínicos en los cuales se continuarán los estudios sobre la adolescencia, particularmente en Estados Unidos y Gran Bretaña (capítulo 3).

Un cuarto momento corresponde a la emergencia de una conciencia nueva, a mediados del siglo XX, sobre la adolescencia y su posibilidad de tratamiento, hecha posible por la acumulación de investigaciones sobre el tema, entre otros factores (capítulo 4).

Dicha conciencia acerca del saber capitalizado, combinada con los programas educativos y los centros asistenciales que renacen después de terminada la segunda guerra mundial, determinará el desarrollo de múltiples focos de cultivo del psicoanálisis de la adolescencia durante la segunda mitad del siglo XX y en diferentes países. Gracias a esto durante ese período se desplegarán múltiples teorizaciones y formas de tratamiento para la adolescencia (capítulos 5 a 8).

* * *

Desde un punto de vista metodológico la presente investigación no comporta innovaciones o aspectos originales. No obstante, conviene aclarar las particularidades de su diseño, derivadas de ciertas restricciones y criterios específicos asumidos respecto a lo que comúnmente se practica en este tipo de investigación documental.

Para identificar los documentos pertinentes se partió de algunas bibliografías cronológicas que algunos autores elaboraron sobre el tema [particularmente Spiegel-1951, Freud-A-1957, Blos-1962]. Adicionalmente recurrimos a dos métodos tradicionales de rastreo bibliográfico: el llamado "sistemático", consistente en la

consulta de catálogos, bases de datos y obras de referencia¹, a través de descriptores de la temática, y el llamado método “genealógico”, el cual, a partir del ordenamiento temporal y la comparación de las referencias bibliográficas hechas en los textos más actuales, busca establecer la serie o conjunto secuencial de los escritos de años anteriores a los que de manera reiterada remiten los distintos autores.

Como es sabido, luego de esta selección del material, la siguiente y más importante tarea es la del análisis textual. Para llevar a cabo este análisis tuvimos en cuenta que el núcleo del texto consiste en la tesis que enuncia y defiende; tesis que es necesario apreciar en función de la problemática que la sustenta, por cuanto ella responde a la pregunta que ha inducido la realidad clínica, y que, en esa medida, representa tanto el avance o aporte teórico y clínico principal como el motor de la arquitectura y la dinámica argumentativa del texto. Por otro lado, dicho análisis no debe dejar de intentar apreciar los valores, finalidades o alcances que adquiere la argumentación, en función del contexto y del inter-texto. A este respecto cabe distinguir contextos circunstanciales más o menos externos: desde la historia global, pasando por la historia interna del movimiento psicoanalítico, hasta la situación biográfica del autor. En cuanto al inter-texto también tiene sus escalas, pues es posible enfocarlo en la red intradiscursiva de la obra del autor, o más allá, a través del conjunto de remisiones (explícitas o implícitas) a otros autores y escritos.

Los ejes con los cuales preveíamos analizar la masa de literatura, y que inicialmente denominamos “histórico-geográfico”, “genealógico-teórico” y “clínico-conceptual”, mantuvieron su correspondencia con los términos con los cuales presentamos ahora la labor ya efectuada. En efecto, como lo refleja el ordenamiento que dimos a los capítulos de este informe, la exposición agrupa los contenidos de acuerdo con los períodos históricos y las geografías; en otras palabras, se ciñó a una línea diacrónica que se especifica en cada momento por los contextos temporales y espaciales. Por esta razón, dicho sea de paso, al hacer las referencias y las fichas bibliográficas, dejamos de lado la norma de estilo de la APA, que ignora la fecha de redacción del escrito y utiliza solamente el año de la edición consultada.

Por otro lado, en lo que llamamos “eje clínico-conceptual” reunimos, de manera preliminar y provisional, un cierto número de categorías útiles para hacer un análisis de contenido; alcanzamos a establecer las siguientes: fenomenología y sintomatología; relaciones objetales y narcisismo; actividad sexual; funcionamiento yoico y defensivo; identidad e identificaciones; aspectos superyoicos y patologías del acto; manifestaciones sublimatorias y creativas; socialización y formación de grupos; particularidades del tratamiento. Obviamente que el conjunto de estas “categorías” inicialmente propuesto, se fue afinando y acompañando de nuevos indicadores, a medida que avanzó el proceso de lectura y comprensión. Con todo, el interés de este

¹ Para conocimiento de otros investigadores cabe citar en este orden de obras: *Grinstein Index of the psychoanalytic writings*, *Psychoanalytic Electronical Publications*, *Dictionnaire international de la Psychanalyse*, *Dictionnaire des oeuvres psychanalytiques*.

trabajo no fue el de hacer una descripción sistemática de contenidos, sino más bien el de construir una interpretación histórico-crítica, para la cual se requiere, en cambio, un análisis comparativo de las teorizaciones y de los usos de los conceptos, que apunte a determinar, más allá de los aspectos convergentes y divergentes, las razones y motivos a los que obedecen sus apropiaciones, acuñaciones o modificaciones. En este orden de ideas, para fijar el sentido del concepto nos ajustamos a una metodología similar a la adoptada en investigaciones anteriores², según la cual su significado puede identificarse si se tiene en cuenta su uso en el contexto interno y su vinculación con otros conceptos, pero ante todo si se evalúa también la evolución de sus variaciones en función del intertexto y en función del problema al cual se esfuerza en responder.

En consecuencia, más allá de la ubicación temporal y contextual (= eje histórico-geográfico), más allá de la determinación de la escuela o familia teórica en la que se inserta cada autor o cada contribución y del destino o radio de influencia de cada orientación teórica (= eje genealógico-teórico), más allá de la definición de los contenidos preferentemente tratados por cada autor (= eje clínico-conceptual), idealmente se debería llegar a establecer “series interdiscursivas” (que no tienen que ser necesariamente “genealógicas”). Es decir, que luego de conocer las contribuciones de autores individuales, lo deseable sería aislar un conjunto de conceptos y temáticas de varios autores, los cuales, por el hecho de ser puestos en relación serial y a pesar de mantener su relativa discontinuidad, dejarían ver una problemática subyacente que posibilitaría devolver la potencia epistémica a palabras e ideas enmudecidas o inmovilizadas por los estereotipos de otras épocas.

Ahora bien, este propósito, al menos tal como acabamos de presentarlo, inevitable y lógicamente aparecerá a los ojos de cualquiera como inviable, dado su amplio e inabarcable objetivo. Sabemos que el hecho de construir fichas de lectura, según los criterios mencionados, para guiar el análisis de los textos, no es suficiente para estar a la altura de las supuestas ambiciones, como tampoco el hecho de distribuir la labor entre los integrantes del equipo otorga la eficacia necesaria para estar al nivel de los rendimientos virtualmente requeridos. En realidad este trabajo no pretende dar cuenta de todas las producciones existentes sobre el tema, ni construir profundas ni exhaustivas interpretaciones histórico-críticas; apunta tan sólo a esbozarlas, con la ayuda del estudio de apenas algunos cuantos autores, aquellos que creímos han tenido la mayor influencia en la construcción de una teorización y un tratamiento psicoanalíticos de la adolescencia.

* * *

De todos modos esta investigación, aunque sus metas estén así definidas y limitadas, parece justificada, por cuanto creemos puede facilitar tanto al novel

² Mauricio Fernández (1995-96) *Desplazamiento de la conceptualización sobre el inconsciente de Freud a Lacan* (Universidad de Antioquia); publicada con el título *Del inconsciente freudiano al significante lacaniano* [Fernández-1996].

estudioso como al más experimentado, un acercamiento histórico y sistemático a la producción psicoanalítica sobre la adolescencia, y constituir un medio de acceso a importantes elementos teóricos indispensables para la reflexión acerca de la juventud.

Por otro lado, la producción teórica resultante, potencialmente y a largo plazo, puede contribuir a que se integre en mayor proporción la apreciación de los procesos psíquicos juveniles en el momento de diseñar acciones y políticas encaminadas a la juventud colombiana, tarea ésta que ha cobrado plena vigencia en la actualidad a partir de la promulgación de la Ley de Juventud y de su implementación en la administración de nuestra ciudad.

En este sentido, es nuestro deseo que los conocimientos psicoanalíticos acerca de este tema constituyan un aporte, al menos indirecto, a la juventud de la ciudad de Medellín, en cuanto contribuyan a que las instituciones y personas que tratan de incidir en el cambio de las condiciones juveniles amplíen sus horizontes de comprensión.

1. IDEAS INAUGURALES EN EUROPA HASTA FINALES DE LA PRIMERA GUERRA

La manera como Freud se ocupará de la adolescencia estará determinada tanto por el tipo de presencia que ella tenía en la cultura alemana, como por razones internas de su pensamiento, relativas a sus desarrollos y problemáticas.

Aunque entre los primeros casos clínicos tratados por Freud figuran adolescentes (Katarina, casos mencionados en las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Emma, Dora), el desarrollo de la concepción etiológica de las neurosis lo condujo a darle mayor importancia, en la estructuración psíquica (normal o neurótica), a la infancia y la niñez, como períodos en los que tienen lugar las vivencias psicosexuales decisivas (reales o fantaseadas). No obstante, la pubertad, en virtud del mecanismo de causalidad retroactiva (o *a posteriori*), siguió teniendo en el pensamiento de Freud un papel esencial, aunque éste no siempre fue indicado de manera clara y explícita.

Es más, para algunos [Sauvagnat-1992], la preeminencia de la sexualidad infantil sólo pudo ser puesta en evidencia a través del análisis de adolescentes, a través de una generalización de la problemática de la adolescencia; movimiento de generalización que, además, según este autor, habría sido reflejado e inspirado por las novelas de fines del XIX y comienzos del XX, tales como *El despertar de primavera* [-1891] de Wedekind, y *Las tribulaciones del estudiante Törless* [-1906] de Musil.

Veremos más adelante, al considerar algunas de las discusiones tenidas en las reuniones de la naciente “Sociedad Psicoanalítica de Viena”, cuáles pudieron haber sido las repercusiones de la obra de Wedekind. Pasemos, en cambio, a ocuparnos de la presencia de la adolescencia en la obra de Freud.

1.1 La adolescencia en la obra freudiana

Cuando se intenta extraer la noción de adolescencia en la obra freudiana, el investigador se encuentra ante dos dificultades, la primera de carácter terminológico, relacionada con la variabilidad de las palabras usadas por Freud y sus traductores para referirse a la adolescencia, y la segunda, relacionada con la falta de tratamiento sistemático del tema, al cual se alude, a lo largo de la obra, con múltiples, dispersos y breves desarrollos o alusiones, sin ningún ordenamiento metódico.

Pasaremos entonces a ocuparnos en primer lugar de la situación que tienen los términos referidos a la adolescencia en la obra freudiana, para más tarde tomar el eje de la *etiología de las psiconeurosis* como ayuda de presentación de algunos de los elementos teóricos relevantes para la concepción de la adolescencia en Freud.

1.1.1 ¿Pubertad o adolescencia? la dificultad terminológica

Freud usó con frecuencia el término “pubertad” (*Pubertät*) e incluso dedicó un ensayo a este asunto {*Die Umgestaltungen der Pubertät*} traducido al español como *Las metamorfosis de la pubertad*, en el que establece las modificaciones sexuales propias de este período. El hecho de que el término “pubertad” sea casi omnipresente en la obra freudiana, frente a la escasa aparición de la palabra “adolescencia” (*Adoleszenz*) pareciera indicar que la noción misma de adolescencia está prácticamente ausente en Freud.

Ahora bien, la verificación del uso del sustantivo “adolescencia” o del adjetivo “adolescente” por parte de Freud, no se puede realizar únicamente a través de las traducciones al español, ni por los índices analíticos establecidos en la Standard Edition, sino más bien en las mismas ediciones germanas de su obra.

Las dos traducciones más usadas, que poseemos en español (la de Etcheverry y la de Ballesteros), a veces coinciden literalmente. Por ejemplo, ese es el caso en el siguiente pasaje, que por otra parte es de gran importancia en la medida en que describe el hecho de que el adolescente llega a comprender huellas mnémicas gracias al despertar sexual:

“Jede **adolescente** Person hat Erinnerungsspuren, welche erst mit dem Auftreten von sexuellen Eigenempfindungen verstanden werden können, jede sollte also den Keim zur Hysterie in sich tragen”³ [Freud- 1895e:356]

Así como éste existen otros pasajes más⁴, en los que Freud emplea el término *Adoleszent* que en rigor debe traducirse al español como “adolescente”.

³ La versión alemana consultada corresponde a: Freud, Sigmund, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse 1887 - 1902 Briefe an Wilhelm Fließ*, S. Fischer Verlag, Frankfurt, 1975. La traducción de Etcheverry considera que: “Toda persona **adolescente** tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias; se diría entonces que todo adolescente porta dentro de sí el germen de la histeria” [Freud- 1895e:404]. Y la traducción de Ballesteros afirma que: “Toda persona **adolescente** lleva en sí rastros mnemónicos que sólo pueden ser comprendidos una vez despertadas sus propias sensaciones sexuales; toda persona adolescente, pues, lleva en sí el germen de la histeria” [Freud- 1895e Biblioteca Nueva, tomo 3, página 940]

⁴ Así, en el texto traducido al español como *Sobre las teorías sexuales infantiles*, se encuentra la siguiente referencia al adolescente en plural:

“Marcel Prévost hat diesen Jungmadehenirrtum in einer der Lettres de femmes zu einer lustigen Gesehiehte verarbeitet. Schwer zu erschöpfen und vielleieht im allgemeinen nicht uninteressant ist das Thema dieser späten Sexualforschung der Kinder oder auf der kindlichen Stufe zurückgehaltenen **Adoleszenten**, aber es liegt meinem Interesse ferner, und ich mug nur noeh hervorheben, dag dabei von den Kindern viel Unreehtes zutage gefordert wird, was dazu bestimmt ist, alterer, besserer, aber unbewugtgewordener und verdrangter Erkenntnis zu widersprechen” [Freud-1908d:184]

De la que Etcheverry ha traducido:

Pero otras veces las traducciones no coinciden en absoluto entre sí. Así, la frase que usa Freud en la edición alemana de *La interpretación de los sueños*, para hablar de sus propios sentimientos en el período juvenil:

“Hannibal und Rom symbolisirten dem **Jüngling** den Gegensatz zwischen der Zähigkeit der Judenthums un der Organisation der Katholischen Kirche”⁵ [Freud-1898b:134].

Es traducida por Etcheverry como :

“Aníbal y Roma simbolizaban para el **adolescente** la oposición entre la tenacidad del judaísmo y la organización de la Iglesia Católica” [Freud-1898b:211].

Mientras que la traducción propuesta por Ballesteros anula por completo la referencia al joven y traduce:

“Aníbal y Roma simbolizaron para mí, respectivamente, la tenacidad del pueblo judío y la organización de la Iglesia católica” [Freud-1898b Biblioteca Nueva, tomo 1, página 456].

Cualquiera sean las diferencias o los problemas de traducción, es un hecho que el término *Adoleszenz* (adolescencia) aparece claramente en las *Gesammelte Werke* (*Obras completas* de Freud). Pero, independientemente del uso lingüístico de la época, conviene anotar que la formación médica de Freud y su paso por la neurología y la pediatría no pudieron más que llevarlo a privilegiar el término *Pubertät* en detrimento de *Adoleszenz*. Adicionalmente, al principio del siglo XX las palabras *Adoleszenz* y *Adoleszent* eran muy poco usadas en la lengua alemana; incluso algunos llegan a decir que igual ocurre en la Alemania contemporánea [Croft-1997:149 n1]. Dichas palabras no se difundirán en los países germánicos sino después de la segunda guerra mundial, bajo la influencia anglo-sajona. De allí que los primeros psicoanalistas germanófonos usaran los términos casi como equivalentes. Bernfeld, por ejemplo, para referirse a ciertos aspectos de la adolescencia usaba términos como "pubertad simple", "pubertad genial" o "pubertad inacabada" (*Einfache Pubertät, geniale Pubertät, unendliche Pubertät*).

“Marcel Prévost ha elaborado en una placentera historia, en sus *Lettres de femmes* este error de las vírgenes. Difícil de agotar, y acaso interesante, en general, es el tema de esta investigación sexual tardía de los niños o de **adolescentes** retenidos en el estadio infantil; pero es ajeno a mi interés, y sólo debo poner de relieve todavía que en ella los niños producen muchas cosas desacertadas, destinadas a contradecir un discernimiento más antiguo, mejor, pero reprimido y devenido inconciente” [Freud-1908d:200].

⁵ La versión alemana consultada corresponde a: FREUD Sigmund, *Die Traumdeutung*, Frankfurt Mein Hamburg, Fischer Bücherei, 1961.

Por otra parte los sustantivos *Jugend* (la juventud) y *Jugendliche, Jüngling* (joven)⁶, se usaban más bien en esa época para expresar la condición etaria y a veces también, sobre todo por los psicólogos de entonces, para referirse a los fenómenos de adolescencia [cf Sauvagnat-1992:48, 57 n5 ; Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:20-21].

Es pues muy probable que Freud no hiciera un uso estricto y diferenciado de los adjetivos adolescente (*adoleszent*), pubertario (*geschlechtsreif*) y joven (*jugendlich*), ni discriminara los sustantivos adolescencia (*Adoleszenz*), pubertad (*Pubertät*) y juventud (*Jugend*). La ilustración de este uso indiscriminado de los términos se halla al comparar el siguiente pasaje del *Proyecto de psicología*:

“So können z. B., was in der Folge wichtig sein wird, alle sexuellen Erfahrungen keine Wirkung äußern, so lange das Individuum keine Sexualempfindung kennt, d. h. im allgemeinen bis zum Beginn der **Pubertät**” [Freud-1895e:339]

que es traducido como:

Por “ejemplo (y esto cobrará importancia en lo que sigue [parte II]), ninguna experiencia sexual exteriorizará efectos mientras el individuo no tenga noticia de sensaciones sexuales, o sea, en general, hasta el inicio de la **pubertad**” [Freud-1895e:378].

con el otro pasaje del mismo manuscrito anteriormente citado:

“Toda persona **adolescente** tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias; se diría entonces que todo adolescente porta dentro de sí el germen de la histeria” [Freud- 1895e:404].

Como puede notarse, “sensaciones sexuales propias” para referirse a un rasgo del adolescente (en la última cita), coincide con las “sensaciones sexuales” del “inicio de la pubertad” (de la cita precedente). En otras palabras el intercambio entre “adolescente” y “pubertad” no parecía representar para Freud alguna consecuencia semántica.

Sobre la base de esta aclaración nos permitiremos entonces también usar estos términos de manera indiferenciada, al menos en este apartado dedicado a Freud, para no implantarle a este autor una diferenciación terminológica que él no usó.

⁶ El sustantivo germano *Jüngling* se traduce al español algunas veces por “adolescente” otras veces por “joven”, o también como “mozalbete” o “mozuelo”.

1.1.2 Momentos de la concepción freudiana de la adolescencia

La segunda complicación, ya mencionada, que acarrea el abordaje de la adolescencia en la obra freudiana, se refiere a la posibilidad de ordenar las referencias a la adolescencia, para así poder observar las variaciones que va teniendo, como efecto de las grandes modificaciones de la teoría. Con todo, en la obra freudiana cabe distinguir varios momentos de la concepción de la adolescencia.

El primero de ellos está marcado por el abandono de la teoría de la seducción en 1897. En este momento la pubertad es involucrada en la etiología de los diferentes trastornos psíquicos. Para definir la concepción de ese primer momento habrá que remitirse a los manuscritos freudianos, particularmente al *Proyecto de psicología* [-1895e], para rastrear en ellos las menciones a la pubertad.

Este primer momento de la teoría de la seducción se confunde con el segundo momento, en el que se plantea a la pubertad como época de las metamorfosis de la sexualidad. Estas referencias son más conocidas, pues se encuentran en el último de los *Tres ensayos de teoría sexual* [-1905c] titulado "Las metamorfosis de la pubertad". Según otra interpretación, que se basa en este segundo momento teórico, Freud habría relegado tanto la pubertad como la adolescencia a un plano secundario, tomándolas solamente como una etapa madurativa en el desarrollo del niño. La pubertad, según esto, se reduciría a un momento fisiológico que permite el acceso a la madurez sexual. No obstante si se lee con mayor atención este mismo texto así como otros desarrollos contenidos en otros escritos freudianos [-98a, -08d, 38d], puede sostenerse más bien que el lugar que Freud reserva a la pubertad se relaciona siempre con la importancia que él concede a la sexualidad infantil.

En los *Tres ensayos* Freud señala que la elección de objeto que enfrenta el púber está prefigurada desde la infancia. El trabajo psíquico del púber consiste en desasirse de los vínculos familiares, no sin antes pasar por una etapa de elección del objeto en el registro de la representación. Finalmente, cuando él integra la corriente tierna y la sensual, es porque una gran corriente amorosa ha repercutido en las invenciones de sus partes genitales, de lo cual resulta la convergencia de aquellas en un objeto y en un fin sexuales nuevos.

Aunque Freud prefiera, en función de ciertos usos lingüísticos el término "pubertad" al de adolescencia, en razón del hecho, ya señalado, de que una buena proporción de los pacientes de Freud eran jóvenes adolescentes, parece posible encontrar en su obra concepciones implícitas sobre la adolescencia, muy especialmente en sus trabajos clínicos. En sentido inverso, cabe imaginar retrospectivamente, a la luz de los nuevos desarrollos teóricos, que si Freud se hubiera preocupado más por la adolescencia y sus "metamorfosis", la suerte del tratamiento de la joven Dora, por ejemplo, que tenía 18 años, hubiera sido diferente.

Fuera de las cuatro primeras obras de Freud ya citadas (1895: *Proyecto-1895d: Estudios sobre la histeria-1901b: Dora-1905c: Tres ensayos*), los temas

relativos a la pubertad o a la adolescencia reaparecen fragmentariamente en sus publicaciones subsiguientes:

1908i: *La novela familiar del neurótico*,
1908j: *Hombre de las ratas*,
1909d: *Conferencias en la Clark University*,
1910a: *Leonardo*,
1912c: *Degradación la vida erótica*,
1914b: *Psicología del colegial*,
1914d: *Historia del movimiento psicoanalítico*,
1914e: *Introducción del narcisismo*,
1920a: *Joven homosexual*.

En el historial de "El hombre de las ratas", se tratan algunos temas nuevos relacionados con la adolescencia. Así, por ejemplo, la cuestión de la masturbación, que había sido tratada bajo otros ángulos en los *Tres ensayos*. Igualmente allí se afirma que en la adolescencia se produce la amnesia de la actividad sexual infantil, es decir, cuando se fijan los recuerdos infantiles. Por otro lado se subraya la incidencia de la frustración real y de la fijación incestuosa, como factores que interfieren el desarrollo amoroso normal.

Con posterioridad a los *Tres Ensayos*, puede decirse que Freud muestra las fantasías desde otra perspectiva: ellas ven enriquecido su contenido a partir de la reedición del Edipo y del conocimiento más completo de las relaciones sexuales; además, dichas "fantasías puberales" son fijadas por la masturbación.

Gracias al recorrido por estos escritos, nuestra interpretación final será que el descentramiento de la pubertad con respecto a la adolescencia es lo que permite a Freud tener de ésta una visión diferente a la de los autores de su época. El cambio de perspectiva respecto a la visión popular sobre la sexualidad le dará a la pubertad una nueva dimensión. La redefine como un retomar de la actividad libidinal, sobre el trasfondo de vivencias edípicas; situando su problemática explícitamente en relación con el Edipo en "Sobre la psicología del colegial" [Freud-1914b]. Por tanto la considera como: momento clave para renunciar al incesto, para hallar el objeto (aunque inicialmente se lo hace en el campo de la representación), para establecer fijaciones en la elección de objeto, desviaciones y diferenciaciones sexuales. La pubertad se convierte también en la ocasión para expresar la sexualidad infantil, pero también para elaborar los "recuerdos encubridores de la infancia" [Freud-1908] ##].

Fue sobre esta base teórica que Freud retomó el tema de la moral y la sexualidad en la educación de los niños, e influyó en los primeros psicoanalistas que se interesaron en la educación: Hug-Hellmuth, Bernfeld y Aichhorn.

1.1.3 La pubertad en la etiología de las neurosis

Con el propósito de examinar las variaciones que en la obra freudiana va teniendo la concepción de la adolescencia, como efecto de sus modificaciones teóricas, nos ha parecido conveniente poner especial atención a la cuestión de la etiología de las psiconeurosis, en la medida en que parece ser un eje temático transversal a la teorización freudiana y, además, porque es el contexto donde la pubertad comienza a ser pensada.

En efecto, en las primeras referencias de Freud a la pubertad, ésta es relacionada con la etiología de las neurosis, no sólo en razón de que en este período se produce el florecimiento de determinadas enfermedades nerviosas, sino sobre todo porque la pubertad en sí misma constituye un factor determinante en su etiología. Así por ejemplo en el artículo "Histeria" para la enciclopedia de Villaret, considera que el período que antecede y sigue a la pubertad "suele traer consigo, (...) un primer estallido de la neurosis" [Freud-1888c:57].

Concebida inicialmente como un factor desencadenante, la pubertad crecerá en poder etiológico, como queda expresado en los *Estudios sobre la histeria* donde los autores se ven llevados a preguntarse si este proceso de la pubertad "crea la predisposición allí donde ella no preexistía"; dada la existencia de "tantos adolescentes excitables" pero sanos, y que sólo contrajeron histeria en ese momento [Freud-1895d:253].

No obstante esta función etiológica de la pubertad se encuentra, en el pensamiento freudiano, sometida a una serie de variaciones condicionadas por los movimientos cambiantes del conjunto de su obra en lo atinente a la etiología de las psiconeurosis. En este sentido para determinar el lugar de la pubertad en la etiología de las psiconeurosis se deben considerar al menos los siguientes cuatro aspectos teóricos:

- a) El lugar de la pubertad en la etiología de las neurosis actuales y de las psiconeurosis.
- b) El lugar de la pubertad en el modelo de la retroactividad traumática.
- c) La metamorfosis de la pubertad: individualización de un momento psíquico.
- d) El lugar de la pubertad una vez consideradas las neurosis infantiles y el complejo de Edipo como "complejo nuclear de las neurosis".

El anterior esquema, así delineado, surge luego de observar panorámicamente la obra de Freud en relación con el modo de explicar el origen de las neurosis.

Las neurosis actuales y las psiconeurosis

La idea según la cual el estudio de las psiconeurosis de defensa en lugar del estudio las neurosis actuales resulta determinante en el surgimiento del psicoanálisis, es plausible en la medida en que las primeras llevan a implementar un método que se remonta a la infancia del paciente, para identificar los factores sexuales que la determinaron. Es esta perspectiva además la que dará como resultado la idea freudiana de la sexualidad infantil, opuesta a la idea popular según la cual la pulsión sexual “falta en la infancia y sólo despierta en el período de la vida llamado pubertad” [Freud-1905c:157]. En otras palabras, por la vía del análisis de las psiconeurosis Freud se ve llevado a establecer una etiología cada vez más temprana, planteada en términos de conflicto, donde una de las fuerzas es la sexualidad infantil.

Curiosamente, sin embargo, las primerísimas referencias a la pubertad y a la sexualidad en la obra de Freud están asociadas a las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). Veremos que esta relación se sostiene sobre una particular idea de sexualidad, diferente a la que se planteará para las psiconeurosis (histeria, neurosis obsesiva y paranoia) y en la cual la pubertad tendrá un lugar etiológico distinto.

Las neurosis actuales se caracterizan porque su causa está anudada a un hecho actual; los síntomas obedecen a un esquema etiológico simple que se resume en la inadecuación de la satisfacción sexual, y además, no poseen una estructura que los haga interpretables en la medida en que su patogenia “reside en el ámbito somático y no, como en la histeria y la neurosis obsesiva, en el ámbito psíquico” [Freud-1894c:114]. En este conjunto, la pubertad, en razón del “habitual extravío sexual” que se le supone, entra a hacer parte de una cadena de factores que determinan el advenimiento de la neurastenia, al lado de otros factores como el intenso trabajo de la vida estudiantil o la gonorrea, entre otros. No obstante, Freud no determina claramente la posición de la pubertad dentro de ese conjunto.

El *Manuscrito B* (08 febrero 1893) que trata sobre la *Etiología de las neurosis*, es quizás donde se explica con mayor detalle el factor etiológico que representa la pubertad. El modelo etiológico que se propone para la neurastenia en particular puede incluirse en el de las afecciones nerviosas en general. De acuerdo con éste debe existir, “1) la condición necesaria, sin la cual el estado no sobrevendría, y 2) los factores ocasionadores” [Freud-1887a:218]. Si la primera ha tenido fuerza suficiente, ella misma causará la afección de manera necesaria, en caso diferente, se convierte en una predisposición, que sólo tras el advenimiento de factores ocasionadores se materializará en una afección. La condición necesaria es entonces indispensable y en algunos casos puede ser suficiente, mientras que los factores ocasionadores serán auxiliares indispensables cuando el primer factor carezca de la fuerza determinante. Ahora bien, el hecho que Freud sitúa como primer factor es la

seducción en la infancia. “Pero sin desgaste sexual [abuso sexual] ⁷ todos esos factores –es decir, los secundarios– no serían capaces de producir neurastenia” [Freud-1887a:218]. En este sentido la pubertad vendría a desempeñar el papel de un factor ocasionador.

La neurastenia masculina, dirá Freud a partir de este esquema, es adquirida en la pubertad, tiene su fuente en la masturbación de esta etapa, pero no sale a la luz sino en la tercera década de la vida. En estos casos de neurastenia la masturbación en la pubertad es considerada entonces como un factor que se suma a la seducción infantil, que no había resultado etiológicamente suficiente. De ese modo Freud describe el derrotero de lo que denomina “neurastenia juvenil”, y concluye, dado que ella tendría una base mecánica –para decir lo menos–, que su cura, en el hombre, adviene con el casamiento. No obstante, parece darle un papel más amplio a la masturbación juvenil, cuando afirma que ésta pudo haberse erigido como un factor predisponente para la neurastenia en un momento posterior a la juventud, en que el “*onanismus conjugalis*” o el coito interrumpido, puedan dar ocasión a nuevos síntomas.

No parece, en cambio, que Freud le achaque a la mujer joven, como sí lo hace con el hombre, la posibilidad de contraer neurastenias puras, a pesar de “todos los traumas sexuales de esta edad”. Más bien ellas presentan “neurosis mixtas”: un poco de histeria con otro tanto de neurastenia. La causa del padecimiento femenino no sería otro que el hombre neurasténico, es decir el hombre impotente. De lo que se extrae una curiosa regla etiológica: a hombre neurasténico mujer histérica. Y dado que los hombres se hacen neurasténicos en la pubertad, ha de esperarse la histeria indefectible de la mujer casada.

A nuestro modo de ver, la pubertad, según esta perspectiva, tiene una incidencia etiológica en función de una sexualidad general, es decir, debido a las prácticas corporales que le son características, pero ni esa sexualidad ni esas prácticas se las concibe todavía de un modo propiamente psicoanalítico. En efecto, para el Freud de esa época, la neurastenia no pasa de ser un signo del agotamiento sexual provocado por una actividad sexual anormal. No obstante están implícitos los nexos con las experiencias infantiles, tanto en la idea de la práctica anormal como en la idea de que la masturbación de la pubertad no puede por sí misma ser causal de afecciones psíquicas.

Pero si con el estudio de las neurastenias Freud parece estancado en una idea restringida y somática de la sexualidad y de la etiología, con el estudio de las neurosis de angustia, se lo ve ingresar en el orden de lo psíquico. En el *Manuscrito F* (18 y 20 agosto de 1894), por ejemplo, se asevera que la masturbación no explica el “debilitamiento psíquico para este tipo de neurosis”, es decir, no explica el hecho de que la excitación sexual somática no pueda ser ligada mediante libido psíquica. Se

⁷ La nueva edición completa de las Cartas a Fliess traduce: “Sin abuso sexual ninguno de estos factores es capaz de producir neurastenia” [Freud-1887a / 1985 EC=29]

introduce de este modo una forma nueva de concebir la etiología de la afección, no a partir de los desgastes físicos provenientes de actos masturbatorios, del acto sexual interrumpido o de la eyaculación precoz, sino a partir de un déficit psíquico, déficit de representación psíquica.

El modelo de la retroactividad {nachträglich} traumática

El *Proyecto de una psicología para neurólogos* [-1895e] construye un primer modelo de la elaboración psíquica y del aparato que la sostiene, modelo que finalmente se perfecciona en el capítulo final de *La Interpretación de los sueños* [-1898b].

En estos escritos se tiene en cuenta otro tipo de funcionamiento psíquico, deducido de las llamadas neurosis de defensa (fobia, obsesiones, histeria) y que difiere del funcionamiento que explica las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). Al considerarse el carácter presente de los factores que causan las neurosis actuales, es decir el hecho de que impliquen "impases" a la sexualidad actual, no parece tenerse en cuenta la posibilidad de que ellos den lugar a asociaciones de las representaciones presentes con las representaciones pasadas, tal como ocurre en las psiconeurosis. Por el contrario, en estas últimas la causa reside en el pasado, y en este sentido, permiten insertar la adolescencia en una lógica retroactiva, es decir, en un movimiento no sólo temporal sino de ligazón de representaciones por el cual los acontecimientos pasados de la infancia son reactivados en el presente gracias a los elementos particularmente sexuales. Esa reactivación se entiende en términos de comprensión, es decir de investidura de viejas vivencias que vienen ahora a constituir el origen de la histeria:

“Toda persona adolescente tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias; se diría entonces que todo adolescente porta dentro de sí el germen de la histeria. Y es evidente que hará falta la cooperación de otros factores para que este universal constreñimiento se limite al escaso número de personas que efectivamente se vuelven histéricas” [Freud-1895e:404]

Esta misma idea la encontramos mejor desarrollada en el “*Manuscrito K: un cuento de navidad*” (01 enero 1896). Allí Freud afirma que:

“(…) la inclinación de defensa [la represión] se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un displacer nuevo también siendo recuerdos, como es el caso de las representaciones sexuales. [Y luego nos dice lo que parece ser una rareza psíquica] Es que aquí se realiza la única posibilidad de que, con efecto retardado {*nachträglich*}, un recuerdo produzca un desprendimiento más intenso que a su turno la vivencia correspondiente. [Pero lo raro pasa pronto a ser lo ineludible] Para ello sólo hace falta una cosa: que entre la vivencia y su repetición en el recuerdo se interpole la pubertad, que tanto acrecienta el efecto del despertar {de aquella}. [En este sentido dado que la pubertad introduce un enlace fortificado entre el recuerdo y la vivencia, y que su advenimiento es ineludible, Freud resalta su valor etiológico diciendo que] El

mecanismo psíquico no parece preparado para esta excepción, y por eso, si se ha de quedar exento de las neurosis de defensa, es condición que antes de la pubertad no se produzca ninguna irritación sexual importante (...) “ [Freud-1887a AE=01/261 EC=171 —entre corchetes comentarios nuestros—].

Los razonamientos de Freud parecen indicar entonces que la pubertad posee un poder de actualizar aquellas vivencias, a partir de los recuerdos, tal que, si se pretende permanecer a salvo de las psiconeurosis es menester que no se hayan presentado estas vivencias sexuales. Es claro que en el núcleo de estas consideraciones se encuentra la teoría de la seducción, quizá su momento de mayor fuerza, antes de su parcial abandono en 1897.

Precisamente en aquel momento de la teorización freudiana (comienzos de 1897), la pubertad se convierte en un factor etiológico transversal en el florecimiento de todas las psiconeurosis, de tal modo que la diferencia entre histeria, neurosis obsesiva y psicosis (lo que Freud denominará elección de neurosis), estaba determinada por la edad en la que se produjo el atentado sexual. Esto puede corroborarse en la Carta a Fliess del 11 de enero de 1897, en la cual, Freud concluye que una hermana de uno de sus pacientes, histérico éste, se ha hecho psicótica, dada la temprana edad, antes del año y medio, en que sufrió el ataque sexual. Su hermano en cambio se hizo histérico porque vivenció estos ataques, perpetrados por el mismo abusador, a una edad más tardía. Así comenta que:

“[En algunas de] las escenas entre este seductor y mi paciente, [participa] una hermana más pequeña, de menos de un año de edad. Con esta, el paciente retoma más tarde las relaciones y en la pubertad ella se vuelve psicótica. De ahí puedes deducir cómo la neurosis se acrecienta en la generación siguiente hasta la psicosis, lo que recibe el nombre de “degeneración”, simplemente por resultar afectada una edad más tierna” [Freud-1887a AE=01/281 EC=235].

En la carta del día siguiente, Freud enunciará la corroboración de esta idea del abuso muy precoz como causa de la psicosis, en el hecho de que dos hermanas menores de aquel paciente, fueran totalmente sanas, como si el padre “se hubiera convencido del efecto nocivo de sus ternuras” [Freud-1887a EC=238].

Estas alusiones a la pubertad como factor determinante de las psiconeurosis encontrarán su mayor elucidación, en el caso Emma, articulada a la idea del trauma *a posteriori*.

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, en el apartado titulado “La proton pseudos histérica”, Freud expone el caso de una adolescente inhibida de poder ir a la tienda. La razón: el recuerdo de haber visitado una tienda cuando tenía 12 años y salir aterrorizada de allí al notar que los tenderos se reían de ella. Se le ocurre que uno de ellos se reía de su vestido y que el otro le había gustado sexualmente. Pero este recuerdo encubre otro, primero en ocurrir, cuando Emma tenía 8 años, y en el que visita dos veces la tienda de un pastelero quien en la primera ocasión “le pellizca

los genitales” por sobre el vestido a la vez que se ríe socarronamente de ella, sin embargo ella vuelve.

Las consideraciones de Freud apuntan a que el primer recuerdo contado por Emma, es un *proton pseudos*, esto es, que sería un error tomar este recuerdo consciente, de la pubertad, como ocasionador del síntoma; el segundo recuerdo que se encuentra reprimido es su verdadera fuente. Sin embargo entre el primero y el segundo recuerdo existen representaciones de enlace: la risa y el vestido. Pero más allá de estos enlaces simbólicos entre los recuerdos, Freud resalta el hecho determinante de que entre las dos escenas, es decir entre los 8 y los 12 años, Emma se ha vuelto púber; hecho determinante en la medida en que el pellizco, el atentado sexual, cobra un valor traumático. La pubertad pues es el factor traumatizante de aquella vivencia infantil.

En el nuevo contexto de la pubertad, “El recuerdo despierta (cosa que en aquel momento era incapaz de hacer) un *desprendimiento sexual* que se traspone en angustia. Con esta angustia, [Emma] tiene miedo de que los empleados pudieran repetir el atentado, y se escapa” [Freud-1895e:401]. En otras palabras el recuerdo de la primera escena (de los 12 años) es capaz de suscitar un afecto que la vivencia misma no provocó, pero sólo porque la pubertad ha permitido esa “otra comprensión de lo recordado”.

Este modo de represión histérica pasó a ser en psicoanálisis una ley de la constitución del trauma, la cual consiste en que sólo se reprime una representación que por efecto retardado *{nachträglich}* ha devenido traumática [Freud-1895e:403].

Como efecto de esta concepción del trauma, la pubertad, en el psicoanálisis, vino a constituirse como un momento cuyas particularidades y potencialidades quedaron circunscritas en la lógica de la retroactividad. Quizá la originalidad freudiana en torno a la adolescencia resida en buena parte, en considerarla justamente como un proceso psíquico en plena retroactividad, exigido por la segunda oleada pulsional y los imperativos de la genitalidad. Para decirlo en términos más concretos, la adolescencia llega de este modo a definirse en psicoanálisis a partir de la lógica del *après-coup*. Claro que para poder establecer que la adolescencia tenga esa potencialidad, se parte de una noción de aparato psíquico muy particular, según la cual — tal como está planteado en la famosa carta 52 (06-12-1896) — este mecanismo está conformado por una serie de “huellas mnémicas” que “de tiempo en tiempo” son reordenadas, “según nuevos nexos”; es decir que estas huellas son susceptibles de retranscripción. La pubertad es desde este punto de vista, un “tiempo” importante de retranscripción.

Sin embargo, se debió esperar todavía algún tiempo para que la adolescencia se constituyera en un problema con identidad propia en el psicoanálisis, y para que dejara de ser un simple factor desencadenante de los trastornos psiconeuróticos. Pero este estatus de la adolescencia ya estaba prefigurado en cierto modo en los primeros razonamientos freudianos en torno a la etiología, en los que la pubertad aún era considerada como un “segundo momento”. En ese entonces, Freud escribía la

siguiente frase, que aunque ya hemos citado anteriormente volvemos a transcribir, dado que ella indica la característica, que podemos llamar “primordial”, de la adolescencia:

“Toda persona adolescente tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias” [Freud-1895e:404].

La metamorfosis de la pubertad

El tercero de los *Tres ensayos de teoría sexual*, es sin duda el primer texto psicoanalítico que puntualmente trata el problema de la pubertad. *La metamorfosis de la pubertad* como se titula este ensayo se inserta en una obra que quizá tiende a ser más valorada en la historia del pensamiento psicoanalítico, por el hecho de plantear una nueva teoría acerca de la sexualidad infantil. No obstante, aquel ensayo se constituyó en un hito que marcó una senda de trabajos de otros psicoanalistas que encontraron en él una base firme para posteriores desarrollos sobre la adolescencia.

Como el resto de los *Tres ensayos*, el tercero, contiene sucesivas aportaciones hechas durante dos décadas, y para el caso particular de este escrito, entre 1905 y 1924; como el conjunto entero del libro, sufre modificaciones que le imprimen los nuevos desarrollos freudianos. Es así que la teorización sobre la libido, la producción metapsicológica y la segunda tópica afectan el relieve de la escritura de 1905. Añadidos y variaciones producen un compuesto con cinco apartados, algunos de ellos con subtítulos⁸, y con algunos enclaves extraños⁹.

En su generalidad este ensayo constituye una explicación de la pubertad como un período psíquico bien individualizado y articulado a la sexualidad infantil. Como su título lo expresa, un período en el que la sexualidad previa es sometida a una metamorfosis y donde tiene lugar una reorganización psíquica importante. Los cambios que tienen lugar en la pubertad, según se describe allí, son todos de carácter sexual. Cambios que podemos ordenar para su exposición a partir de tres componentes de la pulsión: la meta, el objeto y la fuente, y a los que se les supone que conducen a la “conformación normal definitiva” de la sexualidad:

⁸ Este tercer ensayo comprende los siguientes cinco apartados después de la introducción: 1. El primado de las zonas genitales y el placer previo; 2. El problema de la excitación sexual; 3. La teoría de la libido; 4. Diferenciación entre el hombre y la mujer, y 5. El hallazgo de objeto.

⁹ Es curioso por ejemplo que en el quinto apartado titulado *El hallazgo de objeto*, la mayor parte de las ideas son acerca de la sexualidad infantil, como lo revelan los subtítulos: *Objeto sexual en el período de lactancia*, y *Angustia infantil*.

Cambio de objeto. Del autoerotismo propio de la infancia se pasa a una relación de objeto sexual externo, es decir a una relación aloerótica. *El hallazgo de objeto* está determinado también por la primacía genital en la pubertad, en la medida en que “el ímpetu del miembro erecto” remite con imperiosidad a la nueva meta copulatoria, es decir a la penetración. Este hallazgo no es algo inédito, para Freud no se trata propiamente de un hallazgo de objeto, sino de un reencuentro, en la medida en que la primera relación de objeto al pecho materno se vuelve paradigmática de todo vínculo de amor. En otras palabras el objeto en la pubertad es elegido en función de las líneas demarcadas por la primera relación de objeto de la infancia.

Las consecuencias de que el objeto sexual en la pubertad lleve las marcas del primer objeto de amor de la infancia plantea el problema del incesto en la adolescencia. De hecho Freud considera que el aplazamiento de la maduración sexual, posibilita que en la latencia se gane tiempo para el establecimiento de esta barrera. Una barrera cultural que se impone para la constitución de unidades más amplias. Como consecuencia de esto la búsqueda de medios para disolver estos lazos familiares constituye una tarea importante de la adolescencia.

De otra parte la elección de objeto que se produce inicialmente en el plano de la fantasía sin llegar a ejecutarse, encuentra un reforzamiento que le viene del orden somático. Fantasías en las que el adolescente revive sus “inclinaciones infantiles”, cobran ahora un nuevo valor en la medida en que el poder de concretarlas en la acción es mayor.

En el ínterin de estas fantasías reforzadas se produce uno de los más importantes logros del adolescente, aunque también doloroso: el “desasimiento de la autoridad de los padres”. La falta de tal desasimiento, extensiva de una fijación de los lazos libidinales tiernos hacia los padres, puede conducir a la “ternurización” de los vínculos libidinales y con ello a la inhibición sexual.

Según Freud, aun cuando se quiera evitar la “fijación incestuosa”, nadie escapa a esta determinación, como puede evidenciarlo la inclinación sexual de los jóvenes por mujeres u hombres mayores. La inclinación hacia los padres marca inevitablemente el modo de elección de objeto en el adolescente; su infancia le sirve de apoyo para estas elecciones de objeto, aunque no lo determina todo, pues otros factores pueden hacer variar esta “serie sexual” y dar lugar a elecciones de objeto distintas.

Cambio de meta. Con la pubertad se alcanza una meta sexual única, distinta a las metas independientes de las pulsiones parciales. Esta nueva meta introduce funciones sexuales distintas a los dos sexos, masculino y femenino, lo que introduce cambios en el desarrollo sexual de cada uno de ellos. Mientras que el hombre tendría un desarrollo sin mayores contratiempos, la mujer sufriría una suerte de “involución” [Freud-1905c:189]. Sin embargo Freud parece describir varias metas en esta misma etapa, pues al lado de la meta sexual única, refiere que la meta para el varón es “la descarga de los productos genésicos” [Freud-1905c:189] que va unida a la consecución de un placer mayor. En este sentido la sexualidad queda vinculada a la función procreativa y a la meta del máximo placer.

Estas nuevas metas sexuales, por otra parte, deben contar con “las disposiciones originarias y todas las peculiaridades de las pulsiones”. En este sentido las nuevas metas sexuales advienen no por un rechazo de las características pulsionales anteriores, sino por su inclusión en las nuevas metas sexuales.

Cambio de fuente. Aparece en este período el primado de la zona genital que supone la subordinación de las demás zonas erógenas a ella. Subordinación ordenada por el desarrollo de los genitales externos y la maduración de los internos (la producción de material genésico), que constituye el factor más visible de la pubertad. Una zona que se excita merced a los estímulos provenientes del mundo exterior, del mundo interior y de la vida anímica, que se comporta como un “repositorio” de impresiones externas y un receptor de las externas.

La excitación sexual se evidencia por una serie de signos tanto anímicos como somáticos. Los anímicos corresponden a un estado de tensión esforzante que conlleva un carácter de displacer y placer, así como el esfuerzo pulsionante de alterar la situación psíquica de tensión. Los signos somáticos de la excitación corresponden en cambio a las alteraciones genitales.

La primacía genital implica además una variación en el modo de tramitar la excitación. Las zonas erógenas que antes tenían cierta independencia ahora se hallan insertas en un nuevo orden sexual, en el cual tienen el papel de introducir la excitación. La sumatoria de las excitaciones provenientes de ellas se ve ahora reforzada por la de los genitales. Todas las zonas erógenas se rigen por este proceso al que Freud da el nombre de *placer previo* en el sentido que actúa como incentivo a uno superior. La acumulación de tensión lograda por este medio ha de conducir a un placer máximo que se alcanza con el “término del acto sexual”. El placer previo se identifica como el placer inicial correspondiente a cada zona erógena aportante de excitación parcial, cuyo modelo es la sexualidad infantil, en relación con un placer final que se alcanza con la satisfacción sexual provocada por la eyaculación.

Según este plan más o menos desarrollista que presenta Freud, a la luz de la sexualidad genitalizada, el placer previo viene a representar un signo problemático para el desarrollo sexual y para el alcance de la “meta sexual normal”. De hecho el placer previo puede erigirse como placer final y tomar el lugar de la “meta normal”, en virtud de que en la infancia las zonas erógenas y las pulsiones parciales correspondientes contribuyeron de manera acentuada a la consecución de placer. Este planteamiento supone una especie de conflicto entre la sexualidad genital y la pregenital (entendida aquí como antes de la pubertad), o más exactamente entre la sexualidad infantil y la sexualidad que se reconfigura como adulta.

A este respecto, la mudanza de la zona erógena tiene una complicación adicional en el caso de la mujer. La niña que tenía como zona rectora el clítoris debe mudarla por la vagina, es decir, que debe tener lugar la represión de la sexualidad clitorídea, que

constituye la parte masculina de su sexualidad. Los efectos de esta represión no recaen únicamente sobre la mujer, pues supone, según Freud, un mayor esfuerzo en la actividad del hombre para realizar la conquista de la mujer, y por ello una sobreestimación del objeto, en la medida en que ella, por la acción represiva, rechaza la sexualidad. El efecto psicopatológico de la oleada represiva y el cambio de zona erógena en la pubertad, da lugar a la “proclividad de la neurosis en la mujer”.

Estos son a grandes rasgos los importantes desarrollos introducidos por Freud en torno a la pubertad. No hay otro texto freudiano posterior, que intente profundizar o variar sistemáticamente lo aquí expuesto. De alguna manera esto indica que en la teoría freudiana primó un análisis de la vida psíquica infantil por sobre el de la adolescencia. Aún en el análisis de historiales clínicos como el de Dora, el Hombre de las ratas y el Hombre de los lobos, e incluso el de la joven homosexual que de alguna manera darían la posibilidad de extraer elementos importantes atinentes a la adolescencia. En estos casos el análisis se centra en buena parte en el problema de la sexualidad infantil, dando sólo pequeñas pinceladas acerca de la adolescencia. Incluso las peculiaridades adolescenciales de Dora (quien acude a los 16 años por primera vez donde Freud), como su bisexualidad marcada, la reactivación del complejo edípico y en particular del Edipo negativo, las dificultades en relación con el desasimiento de las figuras parentales, la seducción por parte del señor K, las fantasías masturbatorias y el deseo de desfloración, son abordadas sin considerar la dinámica psíquica propia de la adolescencia. Se podría afirmar en este sentido que el establecimiento del complejo de Edipo (positivo) como complejo nuclear de las neurosis acaparó el pensamiento freudiano en torno a la etiología. Un panorama edípico que incluso sólo vino a modificarse un poco con los problemas que planteará su faceta negativa.

Las neurosis infantiles y el complejo de Edipo

Aun cuando el complejo de Edipo se posiciona en la obra de Freud como el complejo nuclear de las neurosis y por eso mismo se reafirma el papel de las neurosis infantiles, el modelo de retroactividad de la adolescencia no desaparece. Si bien el papel etiológico de la retroactividad se verá disminuido frente al del Edipo y al de la sexualidad infantil, no obstante se convertirá en un factor de remodelación psíquica determinante.

Ciertamente la pubertad adquiere un papel concretizador de elementos tales como la organización del aparato psíquico y la sexuación. Así, por ejemplo, al hablar de la discriminación del contenido de los sistemas del aparato psíquico (Inconsciente y Preconsciente-Conciencia) Freud afirma que: “Una división tajante y definitiva del contenido de los dos sistemas no se establece, por regla general, hasta la pubertad” [Freud-1915d:192]. Al referirse al problema de la sexuación encontramos una afirmación igualmente contundente en la que considera que “(...) sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos” [Freud-1905b:189]. Idea insistente

que 18 años después toma una forma más acabada y que sintetiza en la frase siguiente:

“Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. [Como una “soldadura”] Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad” [Freud-1923b:149].

Estas citas muestran cómo la pubertad adquiere un estatus más bien ordenador del psiquismo y pierde un tanto el de factor secundario en la etiología psiconeurótica. Empero, hay que reconocer que los nuevos hallazgos freudianos irán provocando un desplazamiento de los procesos como el de la etiología, de la sexuación o de la conformación del psiquismo, a momentos cada vez más tempranos. No sólo las neurosis, sino también la perversión y la paranoia son vistas a la luz del complejo edípico y de castración. Igualmente la génesis de instancias psíquicas como el superyó se hace depender de estos complejos, y finalmente la diferenciación sexual se vuelca a un momento anterior a la pubertad. Todo ello, sin embargo, no quiere decir que la pubertad pierda valor en estos procesos; más bien conduce a plantearla como un momento con potencialidad remodeladora.

Paradójicamente cuando la etiología de las psiconeurosis llega a estar referida a un período cada vez más temprano, el papel “retroactivante” de la adolescencia se ve complejizado, puesto que los elementos sometidos al *a posterior* son más numerosos y de distinta condición. Así, por ejemplo, la postulación de las determinaciones pregenitales y la consolidación del Edipo negativo, provocarán que algunos autores posteriores a Freud, como Peter Blos, consideren que aquello que se repite con mayor énfasis en la adolescencia, es el Edipo negativo. En todo caso el modelo del Edipo completo (positivo y negativo, u homosexual y heterosexual) enriquece el momento de la adolescencia por el material que debe ser sometido a resignificación.

1.2 Sociedad de Viena, inicio del movimiento psicoanalítico

De buena parte de las actividades de la *Sociedad Psicoanalítica de Viena* dan testimonio las *Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena*¹⁰. A través de dichas Actas nos enteramos de que las reuniones de trabajo de los primeros psicoanalistas se iniciaron en 1902, con la presencia de Alfred Adler, Max Kahane, Rudolf Reitler y Wilhelm Stekel. Dichas reuniones eran llamadas "Veladas psicológicas del miércoles" o "Sesiones de la noche del miércoles". En el trascurso de los años se adhirieron al grupo otros participantes. Este círculo privado se transforma en 1907 en "Sociedad Psicoanalítica de Viena".

¹⁰ Nunberg & Federn [-1962 / 75]

La parte más completa de las minutas¹¹ de esta sociedad comprende los años 1906 a 1915; época de la presencia de Otto Rank, quien ejercía entonces como secretario oficial y remunerado de la Sociedad. Sobre los años 1915 a 1918 existen algunos informes, pero fragmentarios e incomprensibles. De 1918 a 1933 solamente se consignan aspectos administrativos.

Esto significa que la documentación mejor conservada corresponde al período anterior a la Primera Guerra, es decir, corresponde al período sobre el cual queremos enfatizar en el presente capítulo.

La transformación de la *Sociedad de los miércoles* en *Sociedad Psicoanalítica de Viena*, el 1º de octubre de 1907, marca el dinámico inicio del “movimiento psicoanalítico”. Ese mismo año se crea la *Sociedad de Zurich* (Jung, Bleuler). Al año siguiente se funda la *Sociedad de Berlín*, gracias a Karl Abraham, y se realiza también el *Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis*, en Salzburgo, en el cual se lanza la iniciativa de crear una revista para propogar las ideas freudianas (*Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen – Revista anual de investigaciones en psicología y psicopatología*). Poco después, en 1910, surge la *Asociación Psicoanalítica Internacional*, el mismo año en que se se lleva a cabo el *Segundo Congreso* en Nuremberg. El movimiento se prosigue con la constitución de la *Sociedad de Munich*, la *Sociedad de Nueva York* y la *Sociedad de Rusia*, en 1911, y la conformación de los grupos de Budapest y Londres en 1913.

1.2.1 Debates sobre el onanismo

No es nuestro propósito ahora hacer correlaciones entre la evolución de la teoría freudiana sobre la adolescencia y las discusiones sostenidas en la Sociedad psicoanalítica de Viena. Al respecto cabría preguntarse si en los *Tres ensayos*, Freud está interesado más bien en concluir un análisis sobre la sexualidad infantil que en estudiar la sexualidad adolescente. Recordemos al menos que a lo largo de este período, como lo analizamos anteriormente, Freud añade a su conjunto teórico de 1905 otras consideraciones. Estas “adiciones” teóricas, contenidas en los escritos subsiguientes que ya identificamos, se refieren principalmente al Complejo de Edipo y al contenido de las fantasías y al onanismo.

Nos basta con señalar, por el momento, que la manera como en dichas reuniones fueron tratados los tópicos relativos a la adolescencia reflejaba que ésta no se abordaba de una manera específica, no se expresaba ni siquiera un esbozo de teorización sobre ella.

¹¹ El proceso de edición de estas minutas comienza en 1938, cuando Freud, al emigrar de Viena, le entrega los manuscritos a Paul Federn. Los cuatro tomos de la primera edición en lengua inglesa de *Las Actas* aparecen entre 1962 y 1975; la primera edición francesa que comienza en 1976 y culmina en 1983, fue recogida en la colección "Connaissance de l'inconscient" de Gallimard, dirigida por J-B Pontalis.

Los temas relativos a la pubertad infiltran episódicamente las discusiones tenidas en la "Reunión psicoanalítica de los miércoles". Pero entre ellos el onanismo fue ganando un interés creciente en los distintos participantes, seguramente en correlación con la evolución de los debates de estas reuniones.

El punto de vista de Freud

Según James Strachey:

“El debate sobre el onanismo realizado en la *Sociedad Psicoanalítica de Viena* fue mucho más prolongado que el anterior sobre el suicidio [...]. Las actas de la Sociedad, impresas en el volumen 2 de *Zentralblatt für Psychoanalyse* (1911-12), muestran que 14 miembros (incluido Freud) tomaron parte en ese debate, que abarcó nueve reuniones vespertinas entre el 22 de noviembre de 1911 y el 24 de abril de 1912” [Strachey in Freud-1912f AE=12/###].

Este debate, sin embargo, no es el primer atisbo sobre la cuestión, pues ya Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual*, de 1905 había hecho algunas consideraciones al respecto.

Para ordenar la exposición sobre la cuestión de la masturbación y la adolescencia veremos en primer lugar los aportes de Freud expresados hasta 1912 y luego las aportaciones de otros psicoanalistas.

Existe, como lo ha señalado Alteens [-1970] un contexto general en el que deben ser observadas las contribuciones de Freud a este respecto, el cual corresponde a su idea de la existencia de una sexualidad infantil. Las primeras consideraciones freudianas se remontan a tres puntos que están relacionados: el valor etiológico de la masturbación en las neurosis, mucho más las neurosis actuales que las de transferencia; por otra parte el papel que juega el onanismo en el abandono de la teoría de la seducción, y en tercer lugar la proposición de tipos de masturbación según momentos del desarrollo libidinal. Veamos.

Cuando Freud intenta establecer una teoría general de las neurosis pensando en una etiología sexual para ellas, comienza indagando las propiedades de las neurosis actuales como la neurastenia y la neurosis de angustia. En el caso de la primera observa que “La neurastenia de los hombres es adquirida en la pubertad y sale a la luz en la tercera década de vida. Su fuente es la masturbación, cuya frecuencia es absolutamente paralela a la frecuencia de la neurastenia de los hombres” Pero también considera que escapan a la neurastenia “las personas que experimentaron una temprana seducción por una mujer” [Freud-1887a *Manuscrito B* (08-02-1893) EC=29]. Como puede observarse la seducción temprana por manos de una mujer puede tener un efecto profiláctico. Pero en realidad la masturbación en la pubertad del varón tenía efectos incluso sobre su pareja conyugal, en la medida en que la impotencia adquirida por el varón por sus excesos onanistas en la pubertad, lo llevarán a tener una potencia frágil que determinarán los coitos interruptus a partir de

los cuales su pareja sufrirá neurastenia mixta, es decir neurastenia e histeria juntas; así dirá Freud que “la neurastenia de las señoras deriva de la del marido o es producida al mismo tiempo que esta” o lo que es igual que

“*La neurosis mixta* de las señoras nace de la neurastenia del marido en todos los casos, no raros, en que este, como neurasténico sexual, ha sufrido menoscabo en su potencia. La contaminación con histeria resulta directamente de la excitación retenida del acto. A menor potencia del marido, mayor predominio de la histeria en la mujer; así, el neurasténico sexual en verdad no vuelve a su esposa tanto neurasténica como histérica. [Freud-1887a *Manuscrito B* (08-02-1893) EC=30]

Estas dos neurosis, neurastenia e histeria de angustia, ubican al onanismo como una de las causas más versátiles de las neurosis. La neurastenia producida directamente en el varón por la masturbación en la pubertad es el efecto en términos cuantitativos del empobrecimiento de la energía sexual, y la histeria de angustia producida en la mujer indirectamente por la masturbación (coitus interruptus) de aquel, es el efecto de la acumulación de la excitación sexual somática. Estas ideas de Freud sumamente fisiológicas son objeto de un largo trabajo para darles un estatuto psicológico, del que no daremos cuenta aquí.

Con la manifestación de la renuncia a la teoría de la seducción en 1897 Freud establece un cambio en relación con la etiología de las neurosis y la masturbación. Así por ejemplo mientras que en 1896 consideraba en *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, que la masturbación infantil era el producto de una seducción, después de 1897, considerará que en realidad la fantasía de seducción es una defensa frente a la actividad masturbatoria de la infancia.

Podemos constatar estas posiciones de Freud respecto al onanismo en los siguientes pasajes. Así mientras en 1897 afirmaba que:

“De la lista de las nocividades sexuales de la niñez temprana patógenas para la histeria, es preciso excluir una masturbación activa. Si, no obstante, tan a menudo se la encuentra junto a la histeria, ello se debe a la circunstancia de que la masturbación misma es, con frecuencia mucho mayor de lo que se cree, el resultado del abuso o de la seducción” [Freud-1896b:166].

Por otra parte en 1905, cuando la sexualidad infantil se ha constituido en una noción determinante del pensamiento freudiano encontramos la siguiente afirmación que es preciso citar en su extensión pues recoge sintéticamente el viraje producido en torno a la teoría de la seducción y la masturbación:

“El material todavía limitado, de entonces (1895–1896) me había aportado, por azar, un número desproporcionadamente grande de casos en que la seducción por adultos u otros niños mayores desempeñaba el papel principal en la historia infantil. Sobrestimé la frecuencia de estos sucesos (los cuales, por otra parte, no pueden ponerse en duda), tanto más cuanto que a la sazón

yo no sabía distinguir con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de su infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil). Al obtenerse este esclarecimiento, cayó por tierra la insistencia en el elemento “traumático”; quedó en pie la siguiente intelección: La práctica sexual infantil [la masturbación infantil] (sea espontánea o provocada) marca la dirección que seguirá la vida sexual tras la madurez” [Freud-1896b:166].

Y no puede verse en esto una posición pasajera del pensamiento de Freud, pues podemos encontrar en 1917 la siguiente afirmación calcada de la anterior:

“Con la fantasía de la seducción, cuando no la ha habido, el niño encubre {decken} por regla general el período autoerótico de su quehacer sexual. Se ahorra la vergüenza de la masturbación fantaseando retrospectivamente, para estas épocas más tempranas, un objeto anhelado” [Freud-1915k: 337 conf 23]

Es pues la masturbación el contenido sobre el cual se efectúa la defensa y a su vez la que marca los destinos de la sexualidad en la pubertad y la adultez. Esto nos lleva a contemplar que Freud discriminó dos modos de masturbación según el momento del desarrollo libidinal, diferentes al modo propio del autoerotismo infantil. Así en los *Tres ensayos* Freud discrimina entre el onanismo de la lactancia, el onanismo de los cuatro años equivalente al onanismo propio de la fase fálica y del que hace depender el complejo de castración, y por último, el onanismo de la pubertad. Respecto a este último considera que no es otra cosa que “el refrescamiento del hasta hoy siempre desdeñado onanismo de la infancia, que alcanza su apogeo casi siempre hacia los 3, 4 o 5 años” [Freud-1909c:159]. Es decir que es “el mismo onanismo” o una continuidad de aquel onanismo de la lactancia que había quedado suspendido en el periodo de latencia a causa de los diques pulsionales, solo que este onanismo infantil se ve revitalizado por la segunda oleada pulsional propia de la pubertad y bajo el imperio, en este momento de lo genital.

Ahora bien, estas prácticas onanistas contextualizadas según las etapas del desarrollo libidinal encuentran su soporte no sólo en las modificaciones anatómicas que puedan observarse desde la infancia hasta la madurez, sino también en las fantasías de masturbación que alimentan el acto. Así al hablar de las fantasías inconscientes y comentar que ellas pudieron haber sido inconscientes desde siempre, o ser el retoño de unas fantasías que en su momento fueron conscientes y luego reprimidas, Freud dirá que estas son idénticas a las fantasías conscientes que en su momento le sirvieron para la satisfacción “durante un periodo de masturbación”. No obstante esta fantasía sólo se soldó al acto onanista en un segundo momento, para decirlo de otro modo al principio era la acción autoerótica destinada a “ganar un placer” de órgano sin ninguna representación-deseo, sólo después vino a unírsele “una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto” [Freud-1908a: 143]. Tras abandonar este tipo de satisfacción la fantasía se

hace inconsciente, pero si no aparece un modo de satisfacción sexual alternativo, sublimatorio y si el individuo se esfuerza en la abstinencia la fantasía será reforzada y se materializará en un síntoma. En este sentido las fantasías masturbatorias, en el sentido en que acompañaron el acto onanista, son la fuente de los síntomas, una vez reprimidas y una vez cerradas otras vías de satisfacción sexual. Podemos citar dos ejemplos de esta particular forma de conformación del síntoma. Uno de ellos corresponde al caso de la joven Dora:

Dora había comentado a Freud la existencia de un cierto flujo blanco al que Freud interpretó como característico de aquellas “jóvenes solteras” que practicaban la masturbación. Dora “negó de la manera más terminante poder acordarse de una cosa así”. Sin embargo días después hizo algo que Freud consideró como corroboración de su interpretación. Dora, dice él, “trajo colgando una carterita portamonedas de la forma que se había puesto de moda (...), y jugaba con ella mientras hablaba tendida en el diván: la abría, introducía un dedo, volvía a cerrarla, etc. La miré unos instantes y luego le expliqué qué es una acción sintomática” [Freud-1901a:67] que expresa pensamientos e impulsos inconscientes. Así concluye diciendo que “La carterita bivalva de Dora no es otra cosa que una figuración de los genitales, y su acción de jugar con ella abriéndola y metiendo un dedo dentro, una comunicación pantomímica, sin duda desenfadada, pero inconfundible, de lo que quería hacer: la masturbación” [Freud-1901a: 68].

Por otra parte las fantasías de masturbación cumplen un papel importante en lo tocante a los deseos incestuosos. Existen dos factores que pueden impedir el desplazamiento de la libido de los objetos incestuosos hacia nuevos objetos, ellos son: las frustraciones que desvaloricen las nuevas elecciones de objeto y la alta atracción que produzcan los objetos incestuosos. La fuerza de estos factores hace que la libido se retire de la realidad y permanezca ligada a los objetos infantiles en lo inconsciente. Los actos onanistas refuerzan esta “fijación”, y en nada cambia que “en las situaciones fantaseadas que llevan a la satisfacción onanista los objetos sexuales originarios sean sustituidos por objetos ajenos”; estas fantasías masturbatorias pueden llegar a ser conscientes gracias a la sustitución enunciada, pero Freud es rotundo en afirmar que “en la colocación real de la libido no se consume progreso alguno”, pues ella sigue adherida en lo inconsciente a los objetos incestuosos, “fijada a fantasías inconscientes incestuosas” cuyo resultado es la impotencia absoluta del joven [Freud-1912c:176].

De otra parte la relación con la culpa de la fantasía masturbatoria, mas que el acto onanista mismo, puede ser tal que da lugar al denominado masoquismo erógeno; así como la amenaza de castración que parte de las satisfacciones onanistas del niño pueden ser la ocasión a regresiones libidinales, como la regresión de carácter sádico anal del hombre de los lobos, o puede constituirse como lo ha advertido Alteens, en una “tentativa de emancipación” como sucede en el caso del hombre de las ratas.

Ideas de otros participantes en la Sociedad

Después de revisar estas ideas de Freud en relación con el onanismo, pasemos a hacer un breve análisis de algunas de exposiciones hechas en el Simposio sobre el onanismo, lo que permitirá ver el estado de la cuestión para la comunidad psicoanalítica de entonces.

El escrito de Freud titulado *Contribuciones para un debate sobre el onanismo* [-1912f], comporta las conclusiones que él hiciera para dicho Simposio, durante la última reunión tenida el 24 de abril de 1912 (y que en *Las Actas* aparece bajo el nombre de “Epílogo”); es pues una especie de balance. Según esta síntesis, parece haber un consenso en torno a la importancia de la fantasía de masturbación y del sentimiento de culpabilidad anclado al onanismo. Las divergencias nacen, como dice Freud, principalmente con referencia a la negación de algún factor somático en la masturbación, a la nocividad de la masturbación y a la universalidad de la actividad masturbatoria en la infancia. Por otra parte aparecen incertidumbres en torno a la relación del onanismo con las neurosis actuales.

Las intervenciones de Freud durante el Simposio se circunscriben a repetir puntos de vista ya comentados, por ejemplo la existencia de tres onanismos según etapas del desarrollo libidinal. Su posición no varía durante este debate, aunque tal vez se matiza un poco. Sigue pensando que el onanismo es una expresión sintomática, aunque llega a aceptar que en ciertas condiciones podría practicarse sin consecuencias.

En contra de Steckel (como ya lo decía desde la sesión del 15 de enero de 1908) manifiesta que no está convencido del carácter inofensivo del onanismo; precisa que la masturbación puede causar daños somáticos, como sería el caso de la neurastenia, pero que los perjuicios más graves se sitúan en el campo psíquico. El onanismo de la pubertad, “proseguido fuera de tiempo”, ayudaría a la “fijación de las metas infantiles y la permanencia del infantilismo psíquico”, facilitando el camino hacia la neurosis pero también hacia la impotencia. Con lo cual parece indicar que habría un lapso durante el cual esta práctica sería inocua, pero que si se sobrepasa, aquella acarrearía efectos “perniciosos”. No obstante observa que cierto rebajamiento en la “potencia viril” sería benéfico para la cultura en la medida en que le permite al hombre observar las virtudes exigidas de la “templanza y la formalidad”.

También discute con Stekel su propia comprensión de las neurosis actuales. Por otra parte declara renunciar a su tesis sobre la “ubicuidad del onanismo” debido a las críticas de Reitler y exhorta en varias ocasiones a los otros interventores en las discusiones, a no olvidar la diferencia entre la masturbación universal del infante y la masturbación de la pubertad, que se realiza posteriormente. Tales advertencias de Freud permiten pensar que en esa época la masturbación infantil comprendía tanto la de la primera infancia como la de la pubertad, es decir, que todavía la adolescencia no era objeto de una clara diferenciación.

1.2.2 La pubertad en Las Minutas

Pero otros aspectos relativos a la adolescencia también fueron tratados en dichas sesiones de los miércoles: el suicidio, la homosexualidad, la educación sexual, familias incestuosas o parricidas, dificultades nosológicas a partir del caso de un adolescente, papel de la escuela y de la homosexualidad latente de los profesores, relación de la creencia en Dios con la fe en el padre. Dichos temas eran objeto de una consideración apasionada, pues tocaban puntos censurados en tiempos de una sociedad muy autoritaria.

Destaquemos algunas sesiones, que estuvieron consagradas a asuntos diferentes a los que acabamos de mencionar:

El 13 de febrero de 1907, Reitler hace el estudio de "El despertar de primavera" de Franz Wedekind. Incitado por esta obra Freud comenta acerca de las teorías sexuales infantiles; también comenta acerca del papel de la escuela, de la función represiva de los diarios de adolescentes, del suicidio como apogeo del autoerotismo negativo. Por su parte, Rank se ocupa más de la psicología del propio Wedekind; hecho que es criticado por Kahane. En cambio, Sadger, Heller y Federn observan que Wedekind es el único autor moderno que ha reconocido la importancia de la sexualidad infantil.

El 16 de diciembre de 1908, respecto a la prevención de los traumatismos sexuales, y con el argumento de que los efectos de dichos traumatismos se hacen sentir solamente en la pubertad, Freud propone una especie de tratamiento social, una reforma social que dé mayor libertad sexual a los jóvenes. Estas afirmaciones, que recuerdan las de su artículo publicado en marzo de ese mismo año *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, podrían tomarse como indicadores de la influencia de Freud sobre los movimientos de juventud (ver más abajo).

El 17 enero 1912, Sadger analiza la vida de Friedrich Hebbel, enfocando la actitud del escritor respecto a sus padres, hermanos y hermanas durante la adolescencia; actitud además trascrita por el poeta en textos suyos como *Los hijos solitarios*, *Parricidio*, *Fratricidio*. Sadger, sin embargo, no relaciona claramente la actitud edípica de Hebbel con los eventos de su adolescencia.

Por último, anotemos que en la sesión del 16 de diciembre de 1914, Theodor Reik presenta su visión de los "Ritos de pubertad".

En conclusión, en estas sesiones de la *Sociedad Psicoanalítica de Viena* se trataron los temas relativos a la adolescencia con entusiasmo y pasión, pero sin considerarla como un objeto teórico definido. No es suficiente para explicar la ausencia de una teorización específica, atribuirla principalmente a esa falta de distancia emocional. No obstante el desmonte hecho allí de ciertos enunciados defensivos acerca de la adolescencia, así como el hecho de que se la trate implícitamente como un punto privilegiado que reúne las interrogaciones movilizadas por el descubrimiento psicoanalítico, harán posible su teorización ulterior.

1.3 Construcción del concepto de adolescencia

Antes de que la adolescencia se volviera objeto de estudio para el psicoanálisis, el “drama” humano que en ella se presenta ya había captado el interés de insignes escritores siglos atrás.

Romeo y Julieta [Shakespeare-1597], *Robinson Crusoe* [Defoe-1719], *Los sufrimientos del joven Werther* [Goethe-1774], *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* [Goethe-1796], *Noviembre* [Flaubert-1842], *Los trabajadores del mar* [Víctor Hugo-1866], *Despertar de primavera* [Wedekind-1891] son, entre otras tragedias y novelas, obras literarias que tratan de problemas cruciales con los que se confrontan personajes jóvenes que no sobrepasan la veintena, adolescentes y púberes. Temáticas recurrentes en estas producciones tales como la vivencia del “primer” amor y del desamor, el suicidio, el sometimiento al poder tutelar o la rebeldía frente a éste, la soledad, la amistad, la orientación vocacional, la vivencia del tiempo y del espacio, la pregunta por la verdad, el asombro por los cambios corporales, el descubrimiento subjetivo de la sexualidad y la vacilación frente a la misma, muestran un saber sobre la problemática adolescente, contenido en ellas de manera más o menos implícita.

Entre todas estas referencias de la literatura de los últimos cuatro siglos sobre el lugar de la adolescencia, se destaca el tratado pedagógico de J. J. Rousseau en *Emilio o de la Educación* [-1762], por cuanto ofrece ya en el siglo XVIII una manera precisa de entenderla. Esta obra está dirigida de manera muy especial a los padres y las madres responsables de sus hijos, así como al público concernido en mejorar la educación de los niños. En ella el autor ginebrino narra la vida de Emilio, desde que nace hasta que llega a la juventud y se casa con Sofía. El relato despliega, a lo largo de cinco libros, una reflexión sobre varios momentos de la vida (las etapas de la niñez y sucesivamente la pubertad, la adolescencia y la juventud), acompañada con las respectivas recomendaciones sobre los cuidados de puericultura y de educación que el individuo debería recibir.

Lo que acontece a Emilio en la adolescencia, una vez que se ha hecho púber y conoce las pasiones sexuales, es concebido por Rousseau como un *segundo nacimiento*, el definitivo, en el que ya nada de lo humano le es ajeno; es el momento adecuado para que él empiece a recibir la formación moral y se encamine en la conquista del estatuto de hombre adulto:

“Dos veces, por decirlo así, nacemos; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. ...[...]...”

[...], en general no está destinado el hombre a permanecer siempre en la niñez, pues sale de ella en la época que ha prescrito la Naturaleza, y aunque bien fugaz este instante crítico su influjo se extiende muy adelante.

Como antecede de lejos a la tormenta el bramido de la mar, así anuncia esta tempestuosa revolución el murmullo de las nacientes pasiones, y una sorda fermentación avisa que se acerca el peligro. Mudanza de genio, frecuentes enfados, agitación continua de ánimo tornan casi indisciplinable al niño; sordo ahora a la voz que oía con docilidad, es el león con la calentura; desconoce a quien le guía, y no quiere ya ser gobernado.

Con los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su exterior. Desenvuélvese su fisonomía y se imprime en ella su sello característico; pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo sus mejillas: muda su voz, o más bien la pierde; no es niño, ni hombre, y no puede tomar el habla de uno ni de otro. [...]

Este es el segundo nacimiento de que he hablado; aquí nace de verdad el hombre a la vida, y nada humano es ajeno de él [...]” [Rousseau-1762:197-198].

A Rousseau se le atribuye la invención de la “adolescencia”, en la medida en que entendió sus manifestaciones como un momento de crisis en la evolución del individuo¹². El término “invención” no es el más apropiado para nombrar su gran aporte al reconocimiento de esta condición vital.

“En realidad, Rousseau no inventó la adolescencia. Descubrió, y comunicó al mundo moderno, el particular problema humano que se plantea cuando un niño asume las responsabilidades sexuales y morales de la edad adulta. El problema existía, esperando ser descubierto, y ya le habían otorgado reconocimiento cultural las civilizaciones cazadoras-recolectoras y de la antigüedad que precedieron a la Ilustración” [Kaplan-1986:44].

Casi un siglo después de Rousseau, en la segunda mitad del siglo XIX en Europa en razón de la industrialización, la democratización, la escolarización obligatoria y el espíritu positivista del pensamiento social, se le da un nuevo lugar a la juventud: como oportunidad y como amenaza. La infancia popular representa a la ciudadanía futura (obrero, soldado, madre, ama de casa) cuya moralidad hay que proteger, pero también una fuerza que pone en cuestión el orden moral y social.

Desde ese momento y de manera recurrente, las necesidades políticas, educativas y de salud han llevado, entonces, en distintas épocas y geografías, a determinar el interés social en la juventud. De ésta se han ocupado, desde hace tiempo, los discursos jurídicos, médicos, pedagógicos y psicológicos.

¹² Curiosamente, según Philippe Ariès, la “adolescencia” no se manifestó de manera clara, sino hasta finales del siglo XIX, mediante el personaje de Siegfried de una de las óperas del ciclo *El anillo del Nibelungo* [-1876] de Richard Wagner [cf Friedlander-1975:150]. El acento puesto en la fuerza física, la belleza y la espontaneidad, entre otras características de Siegfried, pasó a configurar, según este autor, el prototipo del adolescente, tan llamativo social y psíquicamente en el siglo siguiente.

¿Cómo entender entonces el escaso interés que en la adolescencia tenían los primeros psicoanalistas? Existen razones internas del pensamiento freudiano, y otras que residen más bien en la actitud de la sociedad vienesa de la época hacia su juventud.

En efecto, aunque el descubrimiento de Freud de la sexualidad infantil constituyó uno de los puntos de partida del psicoanálisis, desde otra óptica puede decirse que él contribuyó a destronar a la pubertad de su sitio central.

"Integrar la sexualidad en su función fundadora del psiquismo humano posiblemente era más aceptable por el rodeo de la sexualidad infantil, sexualidad en resumidas cuentas "inocente", sin importar lo que pensemos de su "polimorfismo perverso", en comparación con una sexualidad inscrita en la realidad del cuerpo adulto, es decir, en la libertad de ejercicio que ya no es menospreciada por la neotenia" [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:18].

Por lo que respecta a la sociedad vienesa, debe tenerse en cuenta que estaba fijada en la imagen de una infancia asexuada. Por otro lado, los progresos posteriores a la Revolución francesa, en los dominios de la ciencia, la industria, el comercio y la exploración y colonización de territorios desconocidos, generaban un sentimiento de apogeo civilizatorio, y sustentaban un ambiente de fuerte autoridad en todos los campos. Era pues consecuente con este contexto proclamar la moderación, la tranquilidad y el respeto; valores tan contrarios al espíritu de los jóvenes.

La inquietud de los pioneros del psicoanálisis por la adolescencia requirió entonces de otros estímulos para desarrollarse. Además de los hallazgos de la clínica de las neurosis y de los planteamientos freudianos sobre la conformación de la sexualidad humana, contribuyeron también a poner atención en la adolescencia y a cambiar la actitud hacia la juventud, al menos dos factores. En primer lugar, como veremos en el siguiente capítulo, la importancia acordada a la reforma de la educación por medio de la aplicación del psicoanálisis, y en segundo lugar la aparición de los movimientos de juventud alemanes en los albores del siglo XX.

"[...] es sólo a partir de finales del siglo XIX cuando empieza a aparecer la expresión de exigencias psicológicas y culturales de la juventud *en calidad de juventud*, es decir, como grupo que se remite a sus propios valores, como generación diferente, [...]" [Friedlander-1975:153].

1.3.1 Los Wandervögel ("pájaros migratorios")

En este sentido, en Berlín, en 1901, tuvo lugar la fundación oficial del movimiento de los *Wandervögel* ("pájaros migratorios") bajo el liderazgo de Karl Fischer. Allí participaban jóvenes entre los 12, 13 y los 19 años de edad, y las actividades consistían en caminatas, fogatas a cielo abierto, cantos en común, y también

excursiones a otras ciudades. Si bien esas actividades tenían un espíritu que reivindicaba el contacto con la naturaleza, más allá de ese ideal lo que marcó de manera profunda a este movimiento fue el compromiso con el grupo, la exaltación de la camaradería y de la comunidad de hombres jóvenes.

De los *Wandervögel* surgieron diversos movimientos de juventud, cuya característica fue la oposición contra el mundo de los adultos, aduciendo que éste era abominablemente impuro según lo atestiguaba el consumo que ellos veían que los adultos hacían del alcohol y el tabaco. La práctica de la sexualidad, corriente en el mundo adulto, también les resultaba repulsiva. Por eso se afirma que más que un conflicto generacional, estos movimientos expresaban un “ascetismo sexual”, que distaba de reivindicar la liberación sexual:

“En conflicto con el mundo de los adultos y reticentes frente al sexo opuesto, los jóvenes alemanes que se unieron a las filas de los movimientos de juventud iban naturalmente en busca de refugio, consuelo y objetivos dentro de su propio grupo, el grupo de hombres jóvenes sometidos a la influencia de un líder idealizado” [Friedlander-1975:158].

En síntesis, los aspectos más destacados de la rebelión de los movimientos de juventud alemanes fueron [Friedlander-1975:161]:

- el aislamiento del joven dentro de una cultura autónoma que hacía énfasis en los valores particulares de la juventud;
- la insistencia sobre ideales ascéticos con tendencias más o menos acentuadas hacia la homosexualidad (por lo general, idealizada);
- culto del grupo de los pares y sumisión casi mística a la autoridad del líder.

Luego de la guerra, estos movimientos de juventud se politizaron. Los *Wandervögel* estallan en facciones opuestas, sionistas y antisemitas, socialistas y nacionalista. En un rechazo frontal de la realidad burguesa de ese momento, adoptaron una actitud de rebelión y de aspiraciones utópicas tan significativas que nutrieron las dos opciones políticas más fuertes de la época.

2. ENTRE LAS DOS GUERRAS

Entre el primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, en 1908, y el estallido de la Guerra en 1914, el movimiento psicoanalítico se expandió pero al mismo tiempo sufrió disensiones tan importantes como las de Adler y Jung. No dejó de progresar: en Estados Unidos, con las fundaciones de la Sociedad de Nueva York y de la Asociación Americana de Psicoanálisis en 1911, y la Sociedad de Boston en 1914; con la Sociedad Holandesa en marzo de 1917, y el mismo año, en España, con la primera traducción de las *Obras Completas* de Freud, hecha por Luis López Ballesteros.

Durante los años anteriores a la Primera Guerra se produjeron numerosos trabajos teóricos y prácticos que ya esbozaban los futuros cambios. Entre ellos cabe resaltar el historial de Juanito [Freud-1909b], por sus consecuencias, no sólo para el niño que se cura de su fobia a los caballos, sino para el psicoanálisis de niños, puesto que dicho caso puede considerarse como fundador de esta práctica que ejercerán en los decenios siguientes Hug-Hellmuth, Anna Freud, Melanie Klein, Winnicott y muchos otros.

La guerra no pondrá fin a la expansión internacional del movimiento. La aplicación del método analítico a los soldados que presentaban trastornos psíquicos le ameritarán una difusión y conocimiento entre los poderes públicos; incluso Ernst Simmel publica un libro sobre las neurosis de guerra en 1918, que tiene una importante resonancia.

Después de la Guerra, en 1919, las agrupaciones psicoanalíticas de Hungría y Gran Bretaña, que devendrán un activo foco de creaciones post-freudianas, se reorganizan, a la par que la Sociedad suiza. Ferenczi, que ya había obtenido un reconocimiento oficial para la Sociedad húngara con ocasión del Quinto Congreso Internacional celebrado en Budapest, alcanza a ejercer como titular de una cátedra universitaria de psicoanálisis durante la breve existencia del régimen de Bela Kun. En 1920 toma cuerpo la iniciativa de Eitingon, Simmel, Abraham y Sachs del *Berliner Poliklinik*, el que habrá de convertirse en una institución determinante para la transmisión del psicoanálisis, y en la Haya, en el Congreso Internacional (primero después de la guerra) se lanza el proyecto del *Internationalen Zeitschrift für Psychoanalyse*, que tendrá como primer director a Ferenczi. En 1926 surge la *Sociedad Psicoanalítica de París* y en 1929 Karl Landauer establece el *Instituto psicoanalítico* de Frankfurt, en donde desde un inicio Heinrich Meng y los Fromm trabajan con una orientación sociológica marxista. Habrá que esperar hasta 1932 para ver aparecer la *Sociedad de Italia*, bajo la iniciativa de Edoardo Weiss.

El 30 de enero de 1933, Hitler es nombrado canciller de Alemania y en mayo, en Berlín, son quemados públicamente los libros de Freud, en “compañía” de los de otros importantes escritores judíos.

2.1 Los pioneros

En Viena después de la primera guerra mundial, el psicoanálisis se convirtió en un asunto de jóvenes; entró en consonancia con las aspiraciones de estos a liberarse de las restricciones sociales y morales. El mundo en el que había nacido Freud desaparece con esta guerra. Recordemos que el Imperio de Habsburgo se desmantela, después de la muerte de Francisco-José y de la abdicación de su sucesor, el emperador Carlos, para dar lugar a la proclamación de la República en Austria. Luego, la ruptura del acuerdo entre cristianos y social-demócratas conducirá al partido de estos últimos al poder en Viena, hasta 1934.

En este ambiente de crisis y de revolución, compartido además por muchos países de Europa, se da la interpenetración del movimiento psicoanalítico y el movimiento pedagógico, promovida en Viena, en particular, por las reformas a la enseñanza pública que emprende el partido social-demócrata.

* * *

Después del primer ensayo de Freud sobre la pubertad [-1905c] y de las contribuciones de los "*primeros psicoanalistas*" al conocimiento de la adolescencia, será Hermine **Hug-Hellmuth** quien haga un nuevo aporte a su estudio, con la publicación en 1919 del *Diario de una adolescente*; edición que se había pospuesto a causa de la guerra, pues de hecho su redacción había sido concluida en 1915 y ya contaba con el prefacio del mismo Freud, en el que éste considera la obra como una verdadera joya [-1915].

Por la misma época el nombre de Siegfried **Bernfeld**, cuyo primer escrito sobre la adolescencia data de 1923, será asociado por Freud en su *Autobiografía* [-1924i], al de Hug-Hellmuth, a propósito de la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía. En efecto, Bernfeld había fundado ya en 1919, la *Kinderheim Baumgarten*, en donde tenía a cargo trescientos niños, refugiados judeo-polacos.

En el campo de las aplicaciones a la pedagogía se destaca, poco tiempo después [-1925], la publicación de **Aichhorn**, un psicoanalista consagrado a los problemas de la delincuencia juvenil. En su libro reflexiona sobre su práctica en internados austriacos con jóvenes "inadaptados", comparando los comportamientos antisociales con los síntomas neuróticos y ubicando su etiología en los "vínculos libidinales anormales" de la infancia. Siendo él pedagogo, consideraba indispensable que los educadores emplearan técnicas psicoanalíticas en su quehacer, especialmente que hicieran las veces de sustituto paterno, desde una transferencia positiva.

También en Viena, tendrán un gran papel en el desarrollo del psicoanálisis de la adolescencia, los maestros y directores de la "Escuela psicoanalítica de Hietzing", fundada en 1927 por Dorothy Burlingham y Eva Rosenfeld, bajo los auspicios de **Anna Freud**. Peter Blos, su primer director, y quien se había hecho profesor exclusivo de los cuatro hijos de Burlingham, contratará a Erik Homburger-Erikson, su amigo de infancia y adolescencia. Ambos, Blos y Erikson, estarán a la cabeza, luego

de su emigración a los Estados Unidos, de los más amplios y relevantes estudios psicoanalíticos sobre la adolescencia. Por otra parte, Margaret Mahler, quien posteriormente influirá en las concepciones de Blos, colaborará también en la Escuela de Hietzing, y estará, como Erikson, en análisis con Anna Freud. Todos ellos emigrarán, en su mayoría a los Estados Unidos, de huida del nazismo, exceptuando a Aichhorn, quien tomará la dirección de dicha escuela entre 1931 y 1932.

Por otra parte, el trabajo de Ernest **Jones** [-1922], presidente de la *Sociedad Británica de Psicoanálisis*, aunque estuvo publicado un año antes que el de Bernfeld, no fue mencionado por Freud en su *Autobiografía*. En él, Jones pone de relieve que en la adolescencia, mas allá de los cambios físicos de la pubertad y las modificaciones psíquicas que los acompañan, se da un proceso que desemboca en la sustitución de la vida sexual de la segunda infancia por la vida sexual adulta, en el que se presencian tres hechos nuevos: una meta sexual nueva ya no inhibida, una sexualidad orientada hacia el exterior, mas allá de su entorno inmediato, y la presencia del deseo de amar que se impone sobre el deseo de ser amado. También acentúa la idea según la cual la adolescencia recapitula y prolonga la infancia, conllevando la posibilidad de reordenar el desarrollo que se dio en esta última.

Ya para el año 1936, cuando Anna Freud muestre en su libro, *El Yo y los mecanismos de defensa*, la particularidad de algunos mecanismos de defensa en la adolescencia (intelectualismo, ascetismo, identificaciones lábiles), las comunicaciones personales de ella con Jones y las discusiones entre las orientaciones de Viena y Londres, habrán tenido muchas oportunidades de intercambio. En dicha obra Anna Freud resalta la inundación pulsional de la que es objeto el Yo, y las consecuencias que tendrá sobre la estructura y el funcionamiento de éste. Desde entonces se empeñará en poner a disposición de padres y educadores el conocimiento psicoanalítico del adolescente, buscando ayudarlos en sus tareas.

El camino abierto así para la adolescencia en el pensar psicoanalítico proseguirá con modificaciones, ampliaciones, rupturas y tendrá la afluencia de una gran diversidad de voces, marcadas muchas de ellas por compromisos sociales o por asuntos políticos internos al movimiento psicoanalítico. Un poco más adelante en este capítulo, con los casos de Sigfried Bernfeld y Wilhem **Reich**, y a través de la aproximación al conocimiento de la participación que estos psicoanalistas tuvieron en los movimientos de juventud, trataremos de mostrar estas implicaciones socio-políticas. Pero sobre este tipo de compromisos volveremos a hacer referencia recurrentemente a lo largo de todo este informe.

2.1.1 HUG-HELLMUTH, Hermine

"Hermine Wilhelmine Ludovika Hug von Hugenstein" (1871-1924), tomó el apellido Hellmuth como seudónimo de escritor, hacia 1910 y hasta 1912¹³. Aunque se prohibía a los ciudadanos austríacos utilizar títulos y partículas nobiliarias, ella logró en 1921 que por decreto le autorizaran usar el "von" y el apellido Hug-Hellmuth. Pero antes de obtener este permiso ya firmaba sus escritos, desde 1912, como "Dr. H. von Hug-Hellmuth".

Se inscribe en 1897 como asistente en la Facultad de Filosofía¹⁴ de la Universidad de Viena. En 1910 renunció a su puesto de maestra; profesión de la que estaba descontenta, pero que sin embargo le permitió sufragar sus estudios de doctorado en filosofía¹⁵, que concluye 1908¹⁶.

Inicia su cura psicoanalítica en 1907, con Isidor Sadger, médico de su familia. Su interés en el psicoanálisis la lleva a publicar su primer artículo psicoanalítico en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, en 1911, es decir, antes incluso de que hubiera ingresado en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Su primera participación en las sesiones de esta Sociedad se efectuó en 1913, año en que fue oficialmente admitida como miembro, con una conferencia sobre algunos trabajos de Stanley Hall. El título de su primer artículo: "Análisis del sueño de un niño de edad de cinco años y medio"¹⁷ ya indica su dominio principal de interés, que la convertirá en la primera analista de niños. En este escrito se trata sin duda de observaciones sobre su sobrino Rudolf Otto Hug (nacido en 1906 de Antonia, su hermana media soltera), quien en 1924 devendrá su asesino.

¹³ "Helmut" era el tercer nombre de su sobrino Rudolf [Tourne-1991:266]. Según Vallejo [-2004:2954] el último trabajo que firma como Doctora H.Hellmuth es "Errores del lenguaje de un pequeño escolar" [-1912].

¹⁴ Vallejo [-2004:2951] dice que en 1897 ella se inscribió en la licenciatura de medicina y que terminó su doctorado en filosofía en Praga (ciudad de origen de su padre), pero Soubrenie [-1991:171] afirma que en ese año se inscribió en filosofía y que por esa época en Viena las mujeres estaban excluidas de la Facultad de Medicina.

¹⁵ En la edición francesa de Jones [-1953 tomo 3, pp 330-331] parece ser que dice que el título fue obtenido en filología [según Marty-1996:106n]. En los ediciones españolas se dice "filosofía" [Nova,1959 tomo 3, p 310; Anagrama,1970 tomo 3, p 163].

¹⁶ En 1908 según Soubrenie [-1991: 8], pero según Mühlleitner [-2002:760] y Vallejo [-2004:2951] estos estudios fueron concluidos en 1909.

¹⁷ Hug-Hellmuth H. "Analyse eines Traumes eines 5 ½ jährigen Knaben" *Zentralbl f Ps-A*, II,1911-1912, pp 122-127.

Las producciones psiconalíticas de Hug-Hellmuth se publicaron entonces entre 1911 y 1924¹⁸.

“En el citado trabajo *Análisis de un sueño de un niño de cinco años y medio...* Hermine no intentó ningún tipo de intervención terapéutica con el chico, sino que sólo buscaba la confirmación de las teorías freudianas, particularmente la tesis de que el contenido onírico supone la realización de deseos reprimidos, justificando la serie de interpretaciones que llevaba a cabo sobre el contenido onírico en base a [sic] que conocía todas las circunstancias del desarrollo del niño. En un párrafo final del trabajo, incluso llega a referirse al sobrino para dar fuerza a algunas de sus conclusiones” [Vallejo-2004:2954].

Otros dos artículos de 1912: “Contribución al capítulo ‘Errores de escritura y errores de lectura’ ” (*Beiträge zum Kapitel ‘Verschreiben und Verlesen’*) y “Errores del lenguaje de un pequeño escolar” (*Versprechen eines kleinen Schuljungen*), hacen el análisis de diversos *lapsus*, sobre la base de sus propios recuerdos y de observaciones en su sobrino [Vallejo-2004:2954].

Desde 1912, fue encargada de la rúbrica “De la esencia real del alma del niño “ (*Vom wahren Wesen der Kinderseele*) en la revista *Imago*. En la presentación que hizo de esta sección se

".... ocupa de mostrar el interés que tiene para el psicoanálisis la observación detallada del desarrollo infantil, siendo para ello de suma utilidad el valerse de los chicos del entorno inmediato de los psicoanalistas, yendo más allá del registro de las primeras lágrimas, la primera sonrisa, el desarrollo de la actividad de los órganos sensoriales y del vocabulario, etc., para centrarse en qué ocurre con el interés por el propio cuerpo y sus funciones, el desarrollo tras el conocimiento real del origen de los niños, las características de sus juegos como expresión de sus conflictivas psíquicas, etc" [Vallejo-2004:2955].

Hug-Hellmuth publicará bajo esta rúbrica los siguientes siete artículos:

*El niño y sus representaciones de la muerte [-1912], De los primeros recuerdos infantiles [-1913], la reseña del cuento de C. H. Weber titulado Liddy [-1913], Cartas de niños [-1914], Amor y odio precoces [-1917], Madre-hijo, padre-hija [-1917] y El niño de en medio, entre el mayor y el benjamín [-1921]"*¹⁹.

¹⁸ Puede tenerse acceso a gran parte de ella, a través de la compilación, en lengua francesa, hecha por Dominique Soubrenie (*Essais psychanalytiques – Destin et écrits d'une pionnière de la psychanalyse des enfants*, Paris, Payot,1991).

¹⁹ En Soubrenie-1991 (*Essais psychanalytiques*) solamente se recogen dos de estos siete artículos, a saber: "De los primeros recuerdos infantiles" [Hug-Hellmuth-1913] y "Cartas de niños" [Hug-Hellmuth-1914].

Además de los artículos confiados a la revista *Imago*, colabora permanentemente con la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* y también publica los siguientes libros: *La vida psíquica del niño - Un estudio psicoanalítico* [-1913], *El psicoanálisis del niño y la pedagogía* [-1914] y *Diario de una joven adolescente* [-1919].

*La vida psíquica del niño*²⁰ se apoya en la teoría de Freud y se propone observar el alma infantil con toda franqueza. El libro ilustra las ideas freudianas sobre la sexualidad infantil (sentimientos edípicos, angustia de castración, problemas de masturbación y culpa, erotismo muscular como manifestación primitiva de la sexualidad, papel de los olores en la vida amorosa, coprofilia, etc.). El mismo Freud, en una adición de 1915 a los *Tres ensayos*, cita este libro de Hug-Hellmuth en el grupo de las nuevas publicaciones, entre las de Stanley Hall [-1904] y E. Bleuler [-1908], que rompen con la serie de trabajos que descuidan la consideración del factor sexual en la infancia [ver Freud-1905c:158 n2]. Como en su anterior artículo "De los primeros recuerdos infantiles", Hug-Hellmuth utiliza ampliamente en esta obra las observaciones de los hijos de William y Clara Stern (que las habían publicado en 1907 y 1909) y no deja de referirse a su propia infancia, pero ante todo el más citado, como lo fue en "Análisis de un sueño", es su sobrino Rudolf. También allí "Hermine subraya el papel del juego en la vida del niño, aunque aún no lo define como un instrumento puramente terapéutico, lo que no aparecerá hasta 1920 en el VI Congreso Internacional de Psicoanálisis...[...]" [Vallejo-2004:2956]

En *El psicoanálisis del niño y la pedagogía*

"...aparecen sus experiencias prácticas iniciadas en 1913, comprometiéndose con el espíritu educativo, más que terapéutico, del psicoanálisis infantil, en una línea cercana a la que más tarde seguiría Anna Freud. Aún así, los factores afectivos son colocados por encima de los cognitivos, concediendo al psicoanálisis el mayor conocimiento de tales componentes mentales" [Vallejo-2004:2956].

Coincidentalmente también en 1913 Sigfried Berneld fundó el "Comité universitario para la reforma escolar"; asociación con un discurso radical, feminista y de inspiración psicoanalítica.

El manuscrito del famoso *Diario de una adolescente (Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens)* Hug-Hellmuth se lo presenta a Freud en 1915, el mismo año de la muerte de su hermana, pero por coincidir con el tiempo de la Primera Guerra mundial, no pudo editarse sino hasta 1919.

²⁰ *Aus dem Seelenleben des Kindes: Eine psychoanalytische Studie* (Wien, F. Deuticke, 1913), es una monografía de 170 páginas, que fue acogida por el *Psychoanalytic Quarterly* en 1918 y en 1919. De ella existe una edición en inglés de 1919 (Washington, Nervous and Mental Disease Publishing Company) y una segunda edición alemana de 1921 (Deuticke y Freud). En su artículo sobre Hug-Hellmuth, Marty [-1996:107] confunde este libro con uno de los artículos publicados en *Imago*.

El prefacio del *Diario* contiene extractos de una carta del 27 de abril de 1915 que Freud dirigió a Hug-Hellmuth, donde califica al manuscrito de *pequeña joya* [Freud-1915j:343]. No obstante la editora y la autora figuran como anónimos en la publicación de la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*²¹.

El *Diario* causó gran sensación y fue recibido como un gran acontecimiento; reseñado en numerosos periódicos, así como en revistas médicas y psicológicas. Algunos miembros de la "Sociedad Psicoanalítica de Viena" intentaron verificar algunos detalles que en él se mencionan, pero en el ambiente inmediato de Hug-Hellmuth se hacía poco caso a estas sospechas. Las dudas sobre la identidad de su autor salieron a la luz pública hacia 1921, sobre todo a raíz del artículo del psicoanalista británico Cyril Burt [-1920]. Esto originó tal debate que tiempo después, en 1927, Freud solicitó, a pesar de su elogioso prefacio, retirarlo de circulación [cf Mühlleitner-2002: 760-761].

En el *Diario* se transcriben las reflexiones de Grete Lainer (que se hace llamar "Rita"), entre sus once años hasta los catorce y medio. En realidad, aunque pretendía ser escrito por la joven Lainer (apellido que recordaba al de la madre de Hermine, Leiner²²), reconstruye la prepubertad y pubertad de Hug-Hellmuth. Las coincidencias con la vida de ésta son numerosas: el medio social, la profesión del padre, las enfermedades de la madre, las diferencias de edades y los conflictos entre hermanas, la admiración por ciertos profesores. A su vez son muchas las correspondencias entre el *Diario* y los testimonios personales que aparecen en el artículo "La audición coloreada" [-1912], el cual, por sugerencia de Freud, llamaba su "auto-análisis". Así mismo son múltiples las analogías entre la familia Hug von Hugenstein evocada en "De los primeros recuerdos infantiles" [-1913] y las familias Lainer y Bruckner referidas en el *Diario*.

El aporte de Hug-Hellmuth a la comprensión y la terapia de adolescentes pasa por las observaciones que hizo en este *Diario* sobre la sexualidad durante este período y los conflictos que ella suscita, por la ambivalencia y las dificultades de renunciar a los apegos incestuosos. Tal como dice Freud, en él se describe:

"El modo en que los sentimientos crecen desde el egoísmo infantil hasta alcanzar la madurez social; el modo en que se perfilan primero las relaciones con padres y hermanos, y después poco a poco se acendran en seriedad e intimidad; el modo en que se anudan amistades y se las abandona, y cómo tantea la ternura sus primeros objetos; sobre todo, el modo en que el secreto

²¹ Hug-Hellmuth H [-1919] *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens: Von 11 bis 14 ½ Jahren* (Eirn, Internat psychoanal Verlag). Traducido primero al inglés en 1921 (*A Young Girl's Diary*, London Allen & Unwin; New York, Seltzer,1924). Aparece luego en versión francesa en 1928, pero más con el carácter de una "adaptación", por parte de Clara Malraux, que de una simple traducción (*Journal psychanalytique d'une petite fille*, trad C Malraux, Paris, Gallimard,1928; rééd: Paris, Denoël (Freud et son temps),1975).

²² Según Vallejo-2004:2956

del sexo emerge al comienzo borroso, para apoderarse luego por completo del alma infantil" [Freud-1915j:343].

De hecho, desde una perspectiva contemporánea, puede verse también en él un interesante testimonio sociológico acerca del medio burgués de la Viena de comienzos del siglo XX y acerca de las relaciones familiares entonces en uso.

"En cuanto al artículo *A propósito de la técnica del análisis de los niños* [-1921], su primera redacción (*Sobre la técnica del análisis infantil*) fue presentada en el VI Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en 1920 en La Haya (donde estaban presentes Melanie Klein, Eugénie Sokolnicka y Anna Freud), apareciendo en 1921 en el *Internationale Zeitschrift für arztliche Psychoanalyse...*²³. En este trabajo Hermine delimita en el análisis infantil objetivos de carácter terapéutico, como en el caso del adulto, aunque subraya que en los niños debe procurarse aportar por el analista valores morales, estéticos y sociales, dado que el paciente es un ser en desarrollo. Resalta, en fin, Hug-Hellmuth que el análisis pedagógico y terapéutico del niño es antes que nada un análisis del carácter y un compromiso con la educación. En todo caso, no se trata ya de una pedagogía curativa, ni de consejos educativos basados en la teoría psicoanalítica, sino de análisis terapéuticos, aunque teniendo en cuenta las necesidades educativas, particularmente en los niños de menos edad. Tales cambios de objetivos venían sin duda determinados por las críticas que Hermine había recibido en 1913 respecto a las aplicaciones pedagógicas del psicoanálisis. La misma Melanie Klein mantuvo la opinión de que Hermine no practicaba genuinos análisis con los niños, pues según ella evitaba las interpretaciones y no trataba a chicos menores de seis o siete años, aunque siempre asumió que debía ser considerada como la primera que se comprometió de forma sistemática en el trabajo psicoanalítico con los niños²⁴, a diferencia de Anna Freud²⁵, que sitúa en 1926 el comienzo del análisis infantil, aunque en una carta personal a Graf-Nold de 1979 le aseguró que desde 1915 Hermine tenía, en tanto [sic] analista, una pequeña clientela de niños y adolescentes²⁶" [Vallejo-2004:2957-58].

²³ "Zur Technique der Kinderanalyse". Hay una traducción en un número de *Psychiatrie de l'Enfant* [cf Hug-Hellmuth-1921] y es reeditado en los *Essais psychanalytiques* [cf Soubrenie-1991:193-217].

²⁴ Klein, M [-1932] "El psicoanálisis de niños" en: *Obras completas 1*, Barcelona, Paidós,1976, pp 125-402.

²⁵ Freud, A [-1927] *Introduction to the Technique of Child Analysis*, Ney York, Nervous and Mental Disease Publ,1928

²⁶ cf Tourne-1991 in: Soubrenie-1991:267

Por otra parte, como lo muestra este artículo sobre técnica²⁷, Hug-Hellmuth no hacía la distinción entre la problemática del adolescente y la del niño, no obstante hablaba de acondicionamientos técnicos en función de la edad de los pacientes. Con todo, pensaba que para los muchachos entre 14 y 18 años la técnica debería ser prácticamente la misma que para los adultos. Concebía para el analista (tal como Anna Freud lo retomó después) un rol pedagógico y una necesaria alianza terapéutica con el niño, aunque también consideró la interpretación de la transferencia negativa y la utilización del juego (elementos estos que retomó luego Melanie Klein).

Son varios los hechos que reflejan hasta qué punto Hug-Hellmuth era considerada y respetada: en 1921, había sido solicitada por Karl Abraham para que impartiese clases de introducción a la pedagogía en la Clínica psicoanalítica de Berlín; en 1922, cuando la Sociedad Psicoanalítica de Viena creó su consultorio ambulatorio, se le encarga de otro ciclo de conferencias para los profesionales de la educación, al año siguiente se crea un centro de información para asuntos de educación, del cual se la nombra directora y en donde trabajó con Flora Kraus y Wilhelm Reich²⁸. Puede decirse también que su intensa actividad de conferenciante contribuyó al desarrollo del psicoanálisis de niños más allá del círculo de Viena.

Su libro póstumo de 1924 *Nuevos caminos para la comprensión de la juventud [Neue Wege zum Verständnis der Jugend]*, en el que da testimonio de su experiencia como conferencista, acababa de terminarlo poco antes de ser asesinada.

"...llevaba por título completo el de *Nuevas vías para la comprensión de la juventud - Conferencias psicoanalíticas para padres, enseñantes, educadores, médicos escolares, profesionales de los jardines de infancia y asistentes sociales*, estando conformado por el material de una serie de conferencias, en las que Hermine se había empeñado en una difusión de las ideas freudianas en instituciones como la Unión para la Cultura Femenina de Viena y en el Instituto Psicoanalítico de Berlín. Los temas abordados se refieren, entre otros, a los fines y medios de la educación, a los conceptos fundamentales del psicoanálisis, a cuestiones de información sexual, a las dificultades de la educación en el medio familiar y escolar, al juego infantil como sustituto de la asociación libre, a las fantasías y sueños de niños y jóvenes, a la salud psíquica y a la consulta psicoanalítica sobre la educación" [Vallejo-2004:2959].

Al primer escándalo sobre el *Diario* se añade, años después, el escándalo del asesinato de Hug-Hellmuth a manos de su sobrino Rolf. Aunque la madre de Rolf muere en 1915, él sólo llega a quedarse de manera permanente con su tía hacia 1918, pues su madre había dejado escrito en su testamento que no deseaba que Hermine se hiciese cargo de su hijo. Ésta, sin embargo, no dio muestras de mucha

²⁷ Hug-Hellmuth [-1921] "Zur Technik der Kinderanalyse" *Zbl Psychoanal*, 7,1921, p 179-197; "On the technique of child analysis" *Internat J Psycho-Anal*, 2, p 287-305; versión francesa en: Soubrenie-1991:197-217.

²⁸ Cf Soubrenie-1991:221,244 ; Mühlleitner-2002: 760 ; Vallejo-2004:2954.

amabilidad con el huérfano [Soubrenie-1991:10]. En 1922, ante el acoso y los robos de Rolf, Hermine decide enviarlo a una casa de jóvenes. Pero la noche del 8 al 9 de septiembre²⁹ de 1924 él se introduce en casa de su tía, y frente al hecho de verse sorprendido por ésta, la amordaza y la estrangula.

Ese año Federn hablaba de los aportes de Hug-Hellmuth a la Sociedad de Viena como los de una pedagoga eminente, pero pocos meses después de su muerte Stekel la citaba³⁰ como ejemplo para tomar conciencia del peligro del análisis profano (fue la única no-médica de Viena que practicó el análisis antes de la primera guerra). En realidad, la aplicación sin matices que ella practicaba de las hipótesis del psicoanálisis a la interpretación del comportamiento de los niños fue motivo del rechazo por parte de los psicólogos; que llegaron incluso, como los ya mencionados esposos Stern, a editar una queja oficial³¹.

El juicio de Rolf también recayó en cierta forma sobre ella misma, por cuanto se preguntó en la comunidad analítica si no fue a causa del supuesto análisis del que este joven había sido objeto que él se convirtió en asesino. Pero no hay datos que permitan asegurar que, más allá de las observaciones sobre su comportamiento, tal tratamiento haya sido llevado a cabo. El mismo Sadger negó este hecho durante el proceso de Rudolf. No obstante el joven

"Como especie de justificación, acusó a Hermine de haber estado permanentemente interpretándole sus actos sobre la base de motivaciones sexuales reprimidas, sintiéndose como una especie de cobaya experimental sobre todo cuando su tía escribía *Sobre la vida del alma del niño*, que aseguró haber leído" [Vallejo-2004:2953].

En conclusión las contribuciones de Hermine Hug-Hellmuth antes que situarlas en el doble debate sobre el análisis profano y el de su aplicación al análisis de niños, como lo quería Stekel, plantean más bien preguntas acerca de la costumbre de la época en aplicar el psicoanálisis a los familiares cercanos y acerca de sus efectos devastadores sobre las relaciones con ellos. En buena medida dicha costumbre parece apoyada en la confusión entre intervención educativa e intervención psicoanalítica. Viene al caso recordar que sólo después de sesenta años se estudió el análisis de Anna con su padre, que Melanie Klein publicó el análisis de sus hijos Erich, Hans y Mellita, bajo los seudónimos de Fritz, Felix y Lisa, respectivamente, y que Abraham y Jung también redactaron artículos a partir del análisis de sus hijas.

Igualmente la vida y obra de Hug-Hellmuth dejan otras dos grandes preguntas: la una, relativa a la relación de la observación con la práctica del análisis y la otra,

²⁹ Del 7 al 8, según Marty-1996, del 8 al 9 de septiembre según Mühlleitner-2002: 760-761 y Vallejo-2004.

³⁰ Referido por Marty-1996:109.

³¹ Véase Soubrenie-1991:149-150

sobre la fantasía parricida. En efecto, si el adolescente debe matar simbólicamente a sus padres, ¿por qué algunos pasan al acto y no todos devienen asesinos?

Ni Hug-Hellmuth ni Freud construyeron una verdadera teoría de la adolescencia, pero permitieron que otros psicoanalistas tomaran este camino, aunque esto fuera muchos años después.

2.1.3 Siegfried BERNFELD

Este austríaco (1892-1953), doctor en filosofía, llegó a ser discípulo de Freud y a tener una participación destacada en el primer círculo psicoanalítico de Viena. Bajo la influencia del marxismo y aplicado a estudiar diversos campos del saber - pedagogía, sociología, biología-, el conocimiento del psicoanálisis tuvo una presencia decisiva en sus planteamientos, especialmente la doctrina de las pulsiones.

Con una gran sensibilidad con respecto a los problemas de su tiempo, una amplia formación intelectual y reconocido por su calidad como docente, Bernfeld fue prolijo en la escritura durante todos los períodos de su vida: hasta 1926 en Viena, luego en Berlín donde frecuentó el círculo de Karl Abraham, Max Eitingon y se analizó con Hanns Sachs, después en los años de exilio en Francia entre 1932 y 1937, y en Norteamérica, su destino final, donde retomó la docencia de alto nivel y fundó en 1941 la Sociedad Psicoanalítica de San Francisco. En el período vienés compartió con otros psicoanalistas (Anna Freud y August Aichhorn) su interés por la niñez y la adolescencia desamparada, en el espíritu de encontrar mejores esclarecimientos, a partir de los postulados freudianos, para ese tipo de problemáticas sociales.

En el contexto de los movimientos de juventud, en boga a comienzos del siglo XX en Alemania, Bernfeld desarrolla algunas tesis sobre los “jóvenes” y la “juventud”, para lo cual integra a su comprensión los postulados freudianos divulgados en *Tres ensayos para una teoría sexual* [-1905c]. Se afirma que en 1912-13, Bernfeld fundó su propio movimiento de jóvenes [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:21-22], y que en 1918 “organizó en Viena una gigantesca reunión de la juventud sionista, en la cual Martin Buber (1878-1965) [filósofo y escritor judío] pronunció un discurso célebre” [Roudinesco-&-Plon-1997:99]. Estas experiencias con jóvenes, y sus observaciones psicoanalíticas, dieron lugar en 1922 a una insigne comunicación ante la Sociedad psicoanalítica de Viena, titulada: *Über eine typische form der männlichen pubertät* [“A propósito de una forma típica de pubertad masculina”]. Las reflexiones y aportes de Bernfeld en dicha comunicación en torno a la noción de *pubertad prolongada* lo ubican como un pionero en las concepciones psicoanalíticas de la adolescencia.

Inspirado por el psicoanálisis y el marxismo, en 1919, Bernfeld creó el *Kinderheim Baumgarten*, una institución especializada en recoger niños judíos huérfanos de la guerra. Esta experiencia breve e intensa fue consignada en una de sus obras más difundidas *Antiautoritare Erziehung und Psychoanalyse* [-1921] (*El psicoanálisis y la educación antiautoritaria*, 1969), en la que aboga por una pedagogía no autoritaria

que respete la vida instintual (léase pulsional) y tenga en consideración las necesidades del alumno.

De ese modo, el interés de Bernfeld por las relaciones entre psicoanálisis y educación se plasmó en “la integración de las teorías psicoanalíticas en la pedagogía de su época” [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:21-22]. La formación psicoanalítica de Bernfeld, aunada a la influencia marxista, le dio solidez para criticar la ideología conservadora y denunciar los aspectos reaccionarios del sistema educativo que, a su modo de ver, se traducían en el imperativo de reprimir las mociones libidinales en todo adolescente. Con ese proceder, el sistema lograba, según él, crear una miseria libidinal en los jóvenes, para quienes el ascetismo y la abstinencia sexual respondían esencialmente a la norma social.

La noción de pubertad prolongada

Bernfeld se plantea la pregunta de si acaso existe una adolescencia permanente o si, por el contrario, ésta se termina algún día, y responde con la noción de *pubertad prolongada*. En su concepción, la adolescencia o pubertad no describe un rango de edad, sino que se define por la duración de los fenómenos psíquicos que la acompañan, más allá, inclusive, de la actividad fisiológica que la caracteriza. Se trata entonces de una pubertad prolongada, modalidad muy frecuente de adolescencia masculina.

Si bien, el curso de esta forma típica de adolescencia no es el mismo en todos los casos, hasta el punto en que se podría hablar de clases de adolescencia prolongada, también es cierto que hay una serie de características más o menos constantes que hacen posible delimitar y describir algunas variedades de ella. Con base en características perceptibles y constantes, Bernfeld delinea un tipo específico de adolescencia prolongada bastante evidente en el “movimiento juvenil” de ese momento, en Alemania y Austria, pero también pesquisable en otros países en formas menos bien conocidas o menos famosas -aunque con cierta presencia- como lo son las “organizaciones estudiantiles”. Así pues, la adolescencia prolongada se manifiesta de dos maneras: como fenómeno social y como fenómeno psíquico. Bernfeld señala que la forma social había sido caracterizada con más frecuencia y facilidad por el hecho de mostrar un gran interés por lo cultural y por el cambio, así como por marcar la diferencia con respecto al mundo adulto. La perspectiva psicoanalítica que él sigue acude entonces a ese sentido social conocido para tratar de definir el tipo psicológico de la adolescencia prolongada, no tan fácilmente caracterizada desde el punto de vista psíquico. De ahí extrae cinco aspectos básicos y llamativos:

1/ multiplicidad de intereses: de corte idealista unos, tales como lo ideativo y los valores espirituales, y otros de corte excéntrico o especializado, que sin embargo no sirven de manera directa a la libido sublimada ni a la satisfacción de las pulsiones del yo. Los objetos de estos intereses difieren de los objetos tradicionales de las ambiciones básicas referidas a la propiedad y al objeto amoroso.

2/ productividad, muy característica de la actividad del joven en adolescencia prolongada, quien no se conforma con disfrutar pasivamente, por ejemplo, el arte que otros realizan sino que hay una búsqueda personal de lo que significa el arte a través de la propia actividad. La productividad muestra al mundo exterior el idealismo del joven y a la vez pone en evidencia el modo personal de hacerlo, su espontaneidad y originalidad.

3/ cohibición de las dos características anteriores, que se muestra en un amplio espectro de indicios en los que está en juego la estima propia, cuyo origen es la represión.

4/ veneración de un amigo o líder, frecuentemente un profesor o unas pocas personas, a quienes se les profesa respeto y exclusividad en el amor. Como contrapartida se presenta una intensa necesidad de despreciar a los demás.

5/ formación grupal, manifiesta en una auténtica camaradería o fuertes lazos de amistad cariñosa para con un círculo de amigos afines en gustos y sensibilidad, del mismo estatus y valor.

Bernfeld se alía con las formulaciones de Freud acerca de la teoría de la libido, los fenómenos, características y funciones psicosexuales de la pubertad que se derivan de la sexualidad infantil y que la posicionan en la vida adulta. Al respecto son esenciales dos procesos básicos: el primero, es la subordinación de todas las zonas erógenas al primado de los genitales, la maduración genésica, el aprovechamiento del placer previo como acto preparatorio para la sexualidad "normal". El segundo, el proceso de hallazgo de objeto por segunda vez, guiado por la elección infantil hacia las figuras parentales o sus sustitutos, ya acontecida y reprimida.

A partir de esta concepción, Bernfeld distingue dos procesos de desarrollo: El primero se refiere a la actividad fisiológica del cuerpo, lo que se llamaría los efectos de la pubertad, que se expresan en una doble vía: la maduración genital y la capacidad sexual como resultado del proceso fisiológico.

El otro proceso es de carácter psíquico; en él se hace la diferencia entre las necesidades sexuales libidinales y la gratificación sexual apropiada. Las primeras están en correspondencia con la maduración genital y son el resultado de un desarrollo libidinal determinado. La gratificación sexual, por su parte, requiere estímulos apropiados para la excitación sexual y la tensión que ellos generan busca la resolución a través de un objeto.

"Para Bernfeld, la adolescencia en el sentido teórico más estricto sería el proceso que concierne únicamente la posibilidad de acceder a la gratificación sexual apropiada" [Braconnier-1996:124-125]. Pero en el sentido corriente, la adolescencia designada como "pubertad prolongada" sería la capacidad de acceder a las necesidades sexuales libidinales. Con estas ideas, Bernfeld llama la atención con respecto al desfase que hay entre lo psíquico y lo físico. El proceso de "pubertad prolongada" se refiere entonces al tiempo o a la duración que lleva la "toma en

cuenta psíquica” de las transformaciones puberales fisiológicas. La contrapartida de la “pubertad prolongada” es la adolescencia ideal, la más corta, aquella que permite acceder a la gratificación sexual apropiada tomando en cuenta la dimensión psíquica de las necesidades sexuales libidinales [Braconnier-1996:125].

Otra tesis central de la comunicación de Bernfeld se refiere al narcisismo, el cual es planteado como el origen común de las características de la pubertad prolongada. Con relación al período de latencia y a otras formas de adolescencia, en la prolongada, el yo sufre una intensificación libidinal excepcional a expensas del objeto, pero sin vaciarlo completamente, de tal manera que el amor verdadero no está excluido, y hasta da lugar a comprender fenómenos de fijación homosexual narcisista. Una porción considerable del empuje sexual no se adhiere al objeto sino que se transforma en narcisismo, y produce una situación narcisística secundaria y hasta terciaria en la parte que queda de adhesión al objeto libidinal. Así pues, en la adolescencia tiene lugar una transformación del narcisismo, que se manifiesta principalmente mediante un conflicto entre el *self* real y el *self* ideal; una mayor expresión del *self*, el deseo de realización de sus ambiciones, la regulación de la estima de sí, pone en juego la concepción de los valores, de la realización de las metas y de las relaciones con los demás. De este modo, en la concepción de Bernfeld el conflicto típico de la adolescencia está más del lado de la libido narcisista que de la libido de objeto. En cambio para Freud dicho conflicto se hallaba del lado de la libido de objeto, y para Peter Blos, como veremos, se halla en la oposición entre libido de objeto y libido narcisista.

Tipos de adolescencia y sus fases

Siegfried Bernfeld fue un autor muy sensible al esfuerzo hecho por escritores alemanes durante la década del 20 al 30 en cuanto al intento de conceptualizar la adolescencia y ganar comprensión con respecto a ese período tan desconocido entre la niñez y la adultez. Pero también fue conciente de que la complejidad y las múltiples formas del fenómeno adolescente hacían muy difícil dicha tarea, así que en 1938 él hace su propia propuesta de análisis a partir de lo que otros habían dicho, calificándola además de modesta, osada y una provocación para una investigación de mayor alcance.

Ante las múltiples variaciones que se presentaban de un individuo a otro durante la mocedad, los psicólogos de la época agotaban su trabajo teórico en la descripción de tipos de adolescencia. Al proceder de ese modo, corrían el riesgo de pasar por alto las semejanzas subrepticias o lo que hubiera en común entre las diversas clases de adolescencia no evidente a la vista, o incluso proponer tipos de adolescencia solamente por las semejanzas observables. Bernfeld fue muy crítico con el método de los psicólogos de dar cuenta de “fenotipos” a partir de simplemente mirar el adolescente, ver cómo se comportaba, preguntarle qué sentía, pensaba, esperaba y temía. En un intento por aportar a una comprensión más científica de la adolescencia desde criterios psicoanalíticos, Bernfeld propone una clasificación de

los tipos de adolescencia mediante el método de reconstrucción de “genotipos”. Para tal fin, realizó la observación sobre categorías no evidentes y no detectables a simple vista, tales como tener en cuenta la conformación del superyó, los mecanismos de defensa, la relación del adolescente con el medio pasado, etc. El resultado fue un curioso ejercicio matemático con bases psicoanalíticas.

Según Bernfeld, los tipos de adolescencia emergen como una respuesta a un hecho general y constante que es la aparición de la pubertad, con todos los cambios corporales que ella implica. El criterio psicoanalítico para valorar la pubertad es que ésta consiste en un considerable y repentino incremento de la libido que pone a prueba la estructura del pensar y los patrones de comportamiento, relativamente estables, del período de latencia. En ese sentido siempre se presenta un desajuste entre la pesada carga que impone la pubertad con respecto a la capacidad de sostén de la estructura. En estas coordenadas surge la adolescencia como la tentativa de ajuste de la personalidad del niño a la pubertad, mediante complejos cambios de ánimo y comportamiento. En este punto se empiezan a derivar los diferentes tipos de adolescencia, según sea la respuesta que se presente para lograr el equilibrio relativo.

Bernfeld condensa en una formulación el hecho común y las diferencias entre los tipos de adolescencia. El hecho común es el ajuste a una realidad biológica: la pubertad, y las diferencias no son más que los medios variados para lograr dicho ajuste, que de por sí ya están expresando los tipos posibles de adolescencia.

Consecuente con su estilo de análisis, Bernfeld le da un lugar importante al medio social y cultural, pues el púber no está solo sino que está rodeado de gente que hace un dictamen de cómo debe comportarse. Por lo general, dicho dictamen coincide en no estar de acuerdo con el intercambio sexual del adolescente y, aún más, el acceso a la vida sexual adulta. Los adultos esperan que el adolescente no esté preocupado por sus propios deseos, fantasías o planes que expresen actitudes sexuales adultas. Entonces, ante la situación despertada por el incremento de la libido hay algo del orden de la elección para hacer frente o dominar la situación que, al parecer, trata de conjugar tanto lo interno como las exigencias externas.

Al considerar el empuje libidinal, en términos generales, son posibles tres respuestas: la satisfacción, la represión, y el dominio por parte de los mecanismos de defensa. Si se tienen en cuenta las exigencias del medio, el púber puede estar en armonía con tales requisitos o puede contradecirlos, o puede estar en conflicto porque ambas actitudes tienen peso para él. Este orden de ideas es el contexto para las tesis del artículo “Types of Adolescence” [-1938]:

De manera esquemática se pueden deducir tres tipos o clases de adolescencia: rebelde, sumisa y mezclada. Los dos primeros son tipos de adolescencia puros, es decir, se trata del adolescente extremadamente rebelde o el excesivamente sumiso, que a decir verdad son bastante inusuales. La hipótesis es que ellos no tienen conflictos internos pues tienen casi resuelto el problema de la exigencia libidinal.

La forma mezclada de adolescencia ocupa un lugar intermedio entre los dos tipos puros, pues de hecho ella se despliega en diferentes grados de obediencia y rebeldía, siendo también por eso su denominador común la presencia de conflictos. El tipo mezclado abarca dos subclases más de adolescencia: la estrepitosa y la peligrosa.

Un criterio básico para toda esta tipología es que el adolescente se comporta de modo rebelde o sumiso “de conformidad con las órdenes de las autoridades de su niñez temprana” (Bernfeld-1938:246). Los tipos puros no están afectados por el entorno pasado o el superyó no les representa conflictividad ninguna.

Adolescente rebelde:

Desatiende las prohibiciones del medio adulto y trata de satisfacer su libido mediante la actividad sexual, tan pronto como su desarrollo físico se lo permite o quizás antes, de manera prematura. Este tipo de adolescente mira los obstáculos a su actividad sexual meramente como impedimentos externos que él está en el derecho de vencer.

Adolescente sumiso:

Tiene que negar los deseos sexuales pues ellos lo volverían conciente, en esa medida renuncia a la vida sexual adulta. Desde el comienzo de la pubertad reprime su libido y no da signos de la turbulencia que traen los cambios biológicos. En este caso la pubertad pasa casi desapercibida y es muy alta la tendencia a desarrollar síntomas de ansiedad neurótica o de histeria, como también períodos cortos de desasosiego que preceden o acompañan la formación de tales síntomas. Con excepción de tales períodos el adolescente sumiso reasume la vida emocional balanceada que traía desde la latencia. Aunque el desarrollo intelectual sigue su curso, él permanece pueril a veces hasta en la apariencia externa.

Adolescencia mezclada:

En este tipo confluyen rasgos tanto rebeldes como sumisos. Su característica común es la presencia de conflictos causados por la simultaneidad de las actitudes sumisa y rebelde. Esta clase comprende dos subgrupos denominados: estrepitoso o bullicioso y el peligroso, según el mayor énfasis de los rasgos rebeldes o sumisos en relación al pasado infantil (herencia del superyó) o al medio actual adolescente.

Tipo estrepitoso o bullicioso:

En la base de este tipo adolescencial hay una profunda rebelión contra el entorno pasado o los adultos de la infancia que sofocaron las manifestaciones libidinales del entonces niño. Al llegar a la adolescencia, se comporta de manera sumisa con respecto a su sexualidad, en una actitud que es muy defensiva de los deseos y fantasías de la infancia, pero en contrapartida se vuelve un problema en el hogar y en la escuela por malcriado, rebelde o agresivo.

Los púberes pertenecientes a este tipo han sido los tradicionalmente descritos por los psicólogos como lo típico de la adolescencia.

Tipo peligroso o arriesgado:

Acata las exigencias de las autoridades de la infancia pero es rebelde con respecto al presente pues disfruta en fantasía o en acción las gratificaciones de la sexualidad adulta, con un alto sentimiento de culpa por hacerlo. Aunque tiene vida sexual a su manera, se cree sin derecho para ello. No logra establecer conexión entre sus depresiones y su vida sexual. La tiranía del superyó hace que este tipo de adolescente esté en una posición muy arriesgada y que a la postre se constituya él mismo en un peligro para sí mismo o para la sociedad.

Los cambios que ocurren en la adolescencia no se mantienen dentro de los límites de alguno de los tipos específicos antes expuestos. El hecho de no haber uniformidad desde el comienzo hasta el final de la adolescencia en cada individuo, demuestra que el desarrollo de este proceso se produce en fases. Los cuatro tipos básicos (puros y mezclados) son monofásicos y la combinación entre ellos en dos fases (A y B) da lugar a doce formas bifásicas de adolescencia, es decir, según el juego de posibilidades de permutación de los cuatro tipos iniciales. Los psicólogos han estudiado con preferencia las formas bifásicas de adolescencia, pero Bernfeld plantea que la realidad del fenómeno adolescente es aún mucho más multiforme y que al considerar tres (o más fases) se pueden obtener 60 formas de adolescencia por permutación. Estas múltiples posibilidades abren el campo de la investigación científica en cuanto a indagar por la existencia real de estas fases en la adolescencia, y su participación en la definición de formas típicas o de extrema complejidad.

2.2 Psicoanálisis con niños y educación

2.2.1 AICHHORN, August

Presentación biográfica

August Aichhorn nació el 27 de julio de 1878³² en Viena, donde pasa toda su vida, y muere el 13 de octubre de 1949, después de un par de meses de enfermedad. Crece con su hermano gemelo, al que pierde a la edad de diecinueve años³³, dentro de una familia católica modesta.

³² En Perret-Catipovic-&-Ladame [-1997:22] aparece 1879 como la fecha de su nacimiento.

³³ A diferencia de Moll [-2002], Eissler [-1951:17] dice que su gemelo muere cuando tenía 20 años.

A los veinte años se hace maestro de escuela, pero continúa estudios en la *Technische Hochschule* (Alta Escuela Técnica) de Viena. De 1908 a 1918, asume la dirección general de los hogares de jóvenes de la capital austríaca. En 1918, es encargado de la instalación de un centro educativo para mil jóvenes asociales en Ober Hollarunn, un campo de refugiados abandonado.

En la “neuropatología” y “psicología experimental” que había estudiado no encontró respuestas satisfactorias para su inquietud acerca del método de tratamiento de los jóvenes delincuentes y criminales [Eissler-1951;19]. Decepcionado entonces por las diversas psicologías enseñadas en la Universidad y persuadido de que la represión entonces en uso iba por mal camino, practica métodos poco ortodoxos, fundados sobre *“una cálida simpatía por el destino de estos desdichados, y su compenetración empática, intuitiva, con sus necesidades anímicas”* [Freud-S-1925g].

Pudo así “evitar la penetración del rigorismo disciplinario en el sistema educacional” [Eissler-1951] y convertirse en pionero de una aproximación nueva de la reeducación de los jóvenes en dificultad.

Luego, cuando la administración municipal ponga fin tanto al proyecto de internado en Ober Hollarunn (1918-1920) como al que le siguió en San-Andrés (1920-1922), Aichhorn pasará a ocuparse del "Servicio central de la juventud", desde donde creará los centros de consulta pedagógica de orientación psicoanalítica en cada una de las catorce comunas de Viena, hasta su jubilación en 1930. Trabaja en eso, siempre pagado como maestro de escuela.

Sus éxitos educativos llaman la atención de Anna Freud y le permitieron ponerse en contacto con ella. Así es como descubre el psicoanálisis a más de cuarenta años de edad y emprende, durante el transcurso de su experiencia en las instituciones, un análisis con Paul Federn. Esto significa que su trabajo como educador no fue inducido por el psicoanálisis, y que el comentario psicoanalítico sobre su labor es escrito *a posteriori*. Finalmente, en 1922, se hizo miembro de la Asociación psicoanalítica de Viena.

Paralelamente a sus responsabilidades de reeducador, despliega una inmensa actividad de enseñanza y de formación. Las conferencias donde da cuenta de su aproximación original a los adolescentes en gran dificultad son reagrupadas en la obra *Juventud descarriada- el psicoanálisis en la re-educación*³⁴ [-1925] (*Verwahrloste Jugend - Die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung*). Este libro conoce un gran éxito internacional, y le vale a Aichhorn ser invitado a Zurich, Basilea, Berna, Praga, Berlín, Stuttgart, Lausana.

En el prefacio de esta célebre obra, Freud resalta que el profesor Aichhorn poseía *“ una cálida simpatía por el destino de estos desdichados, y su compenetración empática, intuitiva, con sus necesidades anímicas lo guiaba por el camino correcto ”*

³⁴ El subtítulo no aparece en la traducción al castellano.

[Freud-1925g AE=19/297]. Estas cualidades, en efecto, le fueron útiles para el establecimiento de una particular relación transferencial con los muchachos “inadaptados”. A pesar de haber considerado Freud como imposible la labor de educar, no deja de reconocerle su alto *valor social* y su carácter específico; carácter este último por el cual no podría ser remplazada por el psicoanálisis, aunque éste no deje de aportarle ayudas irremplazables.

De 1931 a 1932³⁵ dirige la pequeña Escuela Hietzing, en la que la mayor parte de los alumnos están en tratamiento psicoanalítico y un buen número de sus padres también están en análisis. En esta Escuela conoce y colabora con Dorothy Burlingham y Eva Rosenfeld, sus fundadoras, con Peter Blos, su primer director, con Erik Erikson, maestro de la misma, Margaret Mahler, colaboradora, y Anna Freud, su principal animadora y orientadora en el plano psicoanalítico y pedagógico; todos ellos personalidades que tendrán gran influencia en el desarrollo del psicoanálisis de niños y adolescentes.

Aichhorn colabora en la *Zeitschrifts fur Psychoanalytische Pädagogik (Revista de pedagogía psicoanalítica)* que coedita a partir de 1932. Es conocido, pues, como pionero en la *aplicación* del Psicoanálisis a la Educación.

Estando ya jubilado del Servicio Municipal, fue nombrado presidente de la Clínica de la Dirección Infantil de la Sociedad Psicoanalítica de Viena [Eissler-1951:20].

Después de la partida al exilio de Freud y de sus colaboradores, Aichhorn continúa formando a médicos y psicólogos en el psicoanálisis y realizando seminarios para consejeros educativos y de orientación, a quienes sensibiliza a la pedagogía psicoanalítica.

Durante la Segunda Guerra Mundial practicó como analista didacta para psiquiatras en Viena. En 1946 es nombrado presidente de la nueva Asociación Psicoanalítica de Viena.

Se le conoce por haber sido un abnegado clínico que dedicaba entre 16 y 17 horas diarias a la atención de sus pacientes [Eissler-1951:21 y 24]. En este sentido fue reconocido también dentro del ámbito psicoanalítico, por ser uno de los primeros en abordar el problema del tratamiento de adolescentes esquizofrénicos, en una época en que la psiquiatría mantenía el dogma de la incurabilidad de tal patología.

Además del libro ya nombrado, se conocen otras dos publicaciones póstumas: una llamada *Consejería y reeducación: 12 conferencias sobre pedagogía psicoanalítica*, impresa en 1959 (Bern, Huber) en alemán (*Erziehungsberatung und Erziehungshilfe: 12 Vorträge über psychoanalytische Pädagogik*), la otra *Psicoanálisis y consejería (Psychoanalyse und Erziehungsberatung)* editada en 1974 (Frankfurt, Fischer-Taschenbuch-Verlag).

³⁵ Moll [-2002:33] dice que dirige la Escuela hasta 1933; MIJOLLA-Alain-de [-2002: 245] afirma que hasta 1932.

Otros analistas retomaron su trabajo. Kurt Eissler, por ejemplo, presentó en 1948 un artículo titulado "Aportes sobre la delincuencia, nuevos estudios psicoanalíticos, dedicado al profesor August Aichhorn en su septuagésimo natalicio" y escribió el prefacio para la segunda edición de *Juventud descarriada* [-1951]. Paul Kramer publicó en el trimestral psicoanalítico de Julio de 1949: "En memoria de August Aichhorn".

Desde los 90 fue abierto en su memoria el "Centro para el cuidado residencial adolescente August Aichhorn" ("August Aichhorn Center for Adolescent Residential Care"), en New York, que aún continúa en funcionamiento.

El estado de inadaptación o abandono

Lo esencial de la concepción de Aichhorn gira en torno al adjetivo (*Verwahrlost*) del título de su obra. Esta palabra alemana (como lo explican los traductores al francés) califica a algo o alguien descuidado, como por ejemplo un jardín abandonado, o a algo que se deteriora por falta de mantenimiento. Hablar, en cambio, de "descarriados" (como lo hace la traducción castellana) o de "inadaptados", introduce un juicio de valor, el cual, como reconoce el mismo Aichhorn [-1925 fr:42], depende del ideal social del momento. No obstante, esta denominación valorativa, por momentos inevitable, olvida que la mayoría de los casos evocados por Aichhorn se relacionan más con carencias o traumas afectivos que con delincuencias soportadas por organizaciones psicopatológicas permanentes.

En este orden de ideas Aichhorn diferencia el *comportamiento disocial* de la *inadaptación latente*. Sólo en aquellos jóvenes que desde su infancia fueron "abandonados", dicho comportamiento puede considerarse como la manifestación de una particular formación psíquica que permanece latente (o asintomática) durante la infancia y que se expresa luego en el comportamiento, con ocasión de la influencia de factores corporales, psíquicos y sociales propios de la pubertad. Según él, tal configuración (estado de inadaptación o de abandono) es efecto de "disturbios en la organización libidinal" presentados, especialmente, durante los primeros momentos del desarrollo psíquico. Tales carencias emocionales dificultan la posterior instauración del "repudio (o la inhibición) contra los deseos" en los tiempos edípicos y, en consecuencia, generan un factor predisponente para la inadecuada regulación pulsional, especialmente durante el incremento libidinal iniciado en la pubertad. Durante la pubertad, algunos factores externos actúan pues como detonantes de la estructura latente, que se manifestará por medio de la conducta disocial [Aichhorn-1925 es:32-33].

Según esta hipótesis, los lazos eróticos inconscientes de la infancia que sobreviven a causa de las fijaciones libidinales, mantienen el predominio de las identificaciones primarias (especialmente con la imago materna), lo cual conduce al fallo en la identificación edípica con la imago paterna. Por el contrario al lograrse esta identificación se instauran los mecanismos psíquicos responsables de la regulación pulsional [Aichhorn-1925 es:108-9].

La consideración de la génesis del *comportamiento disocial* llevó a Aichhorn a

enfatar el paso del funcionamiento psíquico primario, basado en el *principio de placer*, al funcionamiento secundario, regido por el *principio de realidad* [Aichhorn-1925 es:247 – 249]; idea que sirvió para relacionar sus planteamientos con el estudio y el tratamiento de la psicosis en la juventud, a pesar de que su postura clínico-teórica se caracterizó por diferenciar el *comportamiento disocial de los jóvenes descarriados*, del actuar propiamente antisocial presentado en cuadros psicopatológicos graves como las psicopatías y las psicosis³⁶.

De esta forma, Aichhorn entendió que el reforzamiento de los deseos pulsionales - normal en la adolescencia- no permite que las tendencias sexuales pregenitales mal reprimidas puedan ser descargadas de manera adaptativa, interfiriendo así en el hallazgo y en el acceso al objeto sexual exogámico durante la juventud. Se entiende así por qué en estos casos la libido se expresa a través del actuar agresivo y/o destructivo, es decir, o como negativo de la sexualidad, o como medio para reafirmar la masculinidad cuestionada [Aichhorn-1925 es:115-6], o también como forma de menguar aquellos afectos penosos de angustia que no pudieron ser transformados en sentimientos de culpa y que, por tanto, no pudieron ser puestos al servicio de la inhibición pulsional, sino que, al contrario, empujan por la realización y la satisfacción actuada de las tendencias pulsionales [Aichhorn-1925 es:139 y 151-2].

Veamos esta concepción reflejada en las palabras del propio Aichhorn:

“Cuando a un niño se le trata con demasiado rigor [o cariño], o cuando, por capricho del destino, experimenta un encuentro rudo con la realidad, demasiado tempranamente, no es capaz en este estadio de su desarrollo de hacer el ajustamiento preciso a aquella. Una adaptación prematura a la realidad no se realiza, sino que, como ocurre a menudo, la regresión que toma la forma de delincuencia se establece después de un período de educación aparentemente lograda. De esta manera el principio de placer alcanza de nuevo el dominio como en el nivel más inferior del desarrollo”.

Así la adaptación no es soportada y surge una

“oposición consciente que se manifiesta a menudo en la insubordinación. Esta progresa hacia la rebelión abierta, y en los adolescentes puede llevar a actos de violencia” [Aichhorn-1925 es:247-248].

“En muchos casos, parece probable que el delincuente se encuentre básicamente bajo la dominación de un poderoso principio de placer y que,

³⁶ Kurt Eissler retomará y resaltará este valioso aporte propuesto por su maestro, para plantear una diferencia en la formación del *yo* entre los jóvenes disociales, por un lado, y por otro, los sujetos adultos propiamente psicopáticos, paranoides y esquizofrénicos que incurren en un acto delictivo y/o criminal [Eissler-1950]. Según Eissler esta diferencia radica en la parcialidad o globalidad de la perturbación en la formación del *yo*. La perturbación de una porción del *yo* tiene consecuencias en el proceso adaptativo socio-cultural durante la adolescencia, en contraste con el déficit radical y bien marcado en la formación *yoica* de los pacientes con afecciones mentales graves [Aichhorn-1925 es:242-3].

llevado por sus instintos, busque, automáticamente, satisfacción para sus deseos. Su Yo está dominado por el placer; la realidad, con sus desagradables consecuencias futuras, no existe para él en el momento” [Aichhorn-1925 es: 249].

Aichhorn establece {cf *Cap. 2*, “Análisis de un síntoma”} una analogía entre el síntoma neurótico y la conducta delictiva, en la medida en que ambos son producto de un conflicto entre impulsos inconscientes contradictorios. En otras palabras, los entiende según el modelo de la “solución de compromiso” o “formación transaccional” que S. Freud utilizó en su teoría de la neurosis [Aichhorn-1925 es:59 y 63]. Pero los diferencia en el hecho que el *síntoma neurótico* es de *naturaleza egodistónica* (causa malestar al individuo que lo porta) y *represiva* (es decir caracterizado por la inhibición), mientras que la *conducta disocial* es de *carácter egosintónico y compulsivo* [Aichhorn-1925 es:66].

Este modo de entender la participación de la predisposición latente delictiva, a la manera de una respuesta ante un conflicto intersistémico, le permitió postular no solamente su carácter *dinámico*, sino enteramente metapsicológico, es decir, también económico y tópico [Aichhorn-1925 fr:45]. La *comprensión económica* del asunto se refiere a la idea de una descarga de las energías instintivas no tramitadas psíquicamente, de una manera que desnaturaliza el ajuste del individuo a la sociedad [Aichhorn-1925 es:69-70]. Igualmente, concede al ambiente desfavorable el papel de desencadenante de la manifestación, sobre la base de la predisposición a la delincuencia [Aichhorn-1925 es:72].

La “inadaptación latente” permite, análogamente al síntoma neurótico, la instauración de *un tipo especial de realidad psíquica* que diverge en mucho de la realidad social. Según Aichhorn esto es el resultado de “experiencias infantiles traumatizantes”, de *gran contenido emocional* que deterioran los mecanismos psíquicos, a tal grado que pueden detener el desarrollo libidinal o crear puntos de fijación para regresiones posteriores. Esta concepción del trauma psíquico, es relacionada por Aichhorn con la noción freudiana de “neurosis traumática”, lo cual lo lleva a entender el efecto de las experiencias traumáticas, en estos casos, como una tarea psíquica no acabada que se impone constantemente [Aichhorn-1925 es:77].

En coherencia con lo anterior, plantea varios tipos de fijación traumática que posteriormente, en la pubertad, pueden llevar a la manifestación disocial. Uno de ellos sería el trauma por la fijación en un *lazo erótico inconsciente* intenso establecido con los primeros objetos de amor, que impide por tanto la sustitución objetal en la pubertad [Aichhorn-1925 es:79 -80]. El otro tipo de trauma, se presenta ante los eventos dolorosos, y facilitaría la regresión a los puntos de fijación, a modo de evasión del displacer por medio de las fantasías [Aichhorn-1925 es:86-7].

A partir de su concepción de la pubertad, como una etapa del desarrollo caracterizada por los cambios fisiológicos que intensifican la energía psíquica, Aichhorn afirma {cf *Cap. 4*} que la “gran oleada de libido que acompaña a la pubertad” crea el riesgo que las fantasías y los deseos inconscientes emerjan en la

conciencia. Por lo tanto, en los casos en que se instalaron puntos de fijación libidinales, es decir, en que no se liquidaron los lazos eróticos primarios, será necesario desplegar, durante la pubertad, un mecanismo defensivo del Yo que consiste en invertir el sentimiento libidinal inconsciente, al arribar a la conciencia, en un afecto de odio, como reacción ante la dificultad de llevar a cabo la sustitución objetal, vital en la adolescencia [Aichhorn-1925 es:108-9]. La conducta disocial es descrita, por consiguiente, como una “descarga de la energía psíquica que no se efectúa dentro de las normas sociales” [Aichhorn-1925 es:103].

Dichos puntos de fijación preedípicos permiten el predominio de las primeras identificaciones con la madre y, por consiguiente, el fallo en el establecimiento de las identificaciones secundarias con la pareja parental (en especial con el padre), posteriores a la represión del complejo de Edipo. En este sentido, Aichhorn menciona el papel de las identificaciones “feminoides” que obstaculizan la diferenciación de los sexos en la pubertad y facilitan, por tanto las reacciones a la frustración libidinal a modo de explosiones súbitas de agresividad que sirven como medio de afirmación de la masculinidad cuestionada [Aichhorn-1925 es:115-6].

Pero Aichhorn no deja de lado el paradigma clásico freudiano del delito por sentimiento de culpa {cf Cap. V}. Sobre la base de su concepción de la pubertad entiende que en los casos de conducta disocial más próximos a las neurosis, los contenidos inconscientes edípicos marcados por la prohibición, emergen en forma de sentimiento de culpa, el que, a su vez, empuja al joven a ser tratado como en la infancia, es decir, a buscar el castigo. Este modelo otorga entonces gran importancia al papel de la agresividad dirigida hacia el padre durante el complejo de Edipo, por cuanto es ella la que, en la pubertad, se reactiva de manera transformada, como agresividad contra el propio individuo, como de culpa inconsciente generada por el superyó [Aichhorn-1925 es:139 y 151-2].

El estudio de la transferencia en el niño disocial {cf Cap. VI}, lleva a Aichhorn a afirmar que estos individuos experimentaron “una vida amorosa que fue alterada en la primera infancia por falta de afecto o exceso de afecto”, es decir, que en ellos hubo ausencia de la instauración de “ciertos límites” en los lazos amorosos primarios [Aichhorn-1925 es:155]. Así mismo esto le permite dividir las manifestaciones disociales en dos grandes tipos:

- 1) “Casos neuróticos fronterizos con síntomas disociales”, en los cuales un conflicto interior genera el acto, como solución de compromiso entre las fuerzas instintivas implicadas, y en los cuales la culpa es sentida por el Yo. Estos pacientes transfieren por desplazamiento las imagos parentales y sus modos de relación de objeto al analista, por lo cual lo ven como un padre.
- 2) “Casos disociales en los que la parte del Yo que produce la conducta disocial no muestra rasgos de neurosis”. Resultan de un conflicto con el mundo exterior, no interiorizado, ante la frustración por no poder lograr la satisfacción de acuerdo con las modalidades de la fijación libidinal. En estos individuos la culpa es inconsciente y se hallan en confrontación con la norma; razón por la

cual el analista no puede colocarse en posición de receptor de la imago paterna ni de imagen de autoridad; se hace necesario establecer primero una relación de confianza [Aichhorn-1925 es:158-9].

Prosiguiendo con su interés en diseñar un método de tratamiento para jóvenes y niños “abandonados”, Aichhorn llegó a ser conciente de que la técnica clásica freudiana era inadecuada para estos casos, no sólo por tratarse de pacientes que no eran adultos sino porque ellos presentaban particularidades que no los hacían abordables con un método clínico destinado fundamentalmente para las neurosis.

La propuesta de organización de la institución de reeducación {Cap. VII}, como parte del método de tratamiento, concuerda con su ideas sobre las carencias afectivas de los “inadaptados” y sobre la conformación de los grupos agresivos {cf Cap. VIII}, por cuanto, según él, el “ambiente adecuado” debe caracterizarse por el afecto del cual carecieron estos niños o jóvenes en su infancia [Aichhorn-1925 es:210].

Pero una mayor sustentación de esta propuesta, se consolida con sus consideraciones {cf Cap. IX} acerca de los relaciones entre el principio del placer y el principio de realidad, en la conducta delictiva. Si la adaptación a la realidad más temprana está biológicamente determinada, mientras que la adaptación social, posterior en el desarrollo, está condicionada por la acción de la educación [Aichhorn-1925 es:235], entonces la conducta delictiva puede considerarse como “un infantilismo aún no abandonado” que impide al niño omnipotente la renuncia del placer inmediato [Aichhorn-1925 es:241]. Esta inmadurez en el desarrollo lleva al establecimiento de un mecanismo defensivo del Yo caracterizado por la *escisión* entre una parte del psiquismo a favor del principio del placer y otra, aparentemente adaptada a la realidad que le permite al delincuente manipular la realidad, especialmente en casos de supervivencia [Aichhorn-1925 es:242]. Estas perturbaciones de la evolución del Yo se deben bien a “inhibiciones del desarrollo” o bien a regresiones a etapas anteriores del funcionamiento psíquico, que permiten al individuo adaptarse a la realidad pero no a la sociedad. En este sentido, estos personajes sufren de la pérdida de una porción de la realidad relacionada con el desarrollo cultural [Aichhorn-1925 es:242-3].

Estas perturbaciones del desarrollo que, como ya se dijo, se deben a la instauración de fijaciones libidinales, permiten a Aichhorn proponer una tipificación de la “inadaptación delictiva” según el modo de la fijación: 1) por exceso de afecto, resultante de una erra educación del niño por parte de los padres [Aichhorn-1925 es:244-5], 2) por exceso de severidad o por la oposición extrema del mundo externo a la satisfacción de los deseos del niño [Aichhorn-1925 es:252], y 3) por la práctica de extremos en la educación: exceso de cariño – exceso de severidad [Aichhorn-1925 es:246-7].

A causa de la fijación libidinal a los iniciales objetos de amor, se produce el predominio de las identificaciones en medio de un estado de funcionamiento narcisista, en detrimento de la adecuada instauración de las posteriores identificaciones edípicas, a partir de las cuales se forma normalmente el superyó o

Ideal del Yo [Aichhorn-1925 es:264-7]. En estas condiciones resulta entonces que en la delincuencia se perturba la formación del Yo-crítico que deja sin brújula al Yo-activo (ejecutivo) {cf Cap. X}.

De este modo, al enfocarse en el papel fundamental del superyó en el comportamiento socialmente ajustado, Aichhorn propone unos modos de configuración subyacente a la conducta delictiva:

- 1) en aquellos casos en que el delincuente que crece en un ambiente criminal o asocial y, por ende, se identifica con los modelos delincuenciales de su entorno (se forma un superyó, pero con imperativos criminales);
- 2) en los individuos que nacen con “defectos innatos” (“heredados”) que les impiden desplegar catexias objetales e identificaciones (se presenta una incapacidad para la adaptación social);
- 3) en los individuos que carecen de figura parental con la cual identificarse y adquirir los caracteres de personalidad que le permitan socializarse, o en aquellos que cuentan con un padre presente pero que no cumple con su función normativa (se instaura un superyó deficiente en su función de exigir al Yo la regulación instintiva);
- 4) en los casos en que la catexia objetal primaria está en disarmonía con la identificación edípica, el predominio de la identificación primaria con la madre lleva a no soportar la autoridad del padre, los individuos reaccionan agresivamente frente a éste (se entorpece entonces la instauración de la identificación paterna y, en consecuencia, la formación del superyó y del Ideal del Yo);
- 5) en los individuos en los que el Ideal del Yo se sitúa como juzgador severo de las acciones del Yo, hace que éste se aparta de los imperativos sociales, incorporados mediante la identificación edípica (sobreviene, según el modelo clásico freudiano³⁷, el surgimiento del “sentimiento de culpa inconsciente” que empuja al delito) [Aichhorn-1925 es:260 – 79].

En síntesis, Aichhorn propone una tipificación de la “inadaptación latente” y de sus manifestaciones según el lugar ocupado por el sentimiento de culpa: 1) donde estos sentimientos son reprimidos o débiles, 2) donde no existen vínculos que los generen, 3) donde la culpa es severa (“casos fronterizos neuróticos con rasgos disociales”), y 4) donde la culpa está ausente debido a la inhibición del desarrollo que impidió el surgimiento del Ideal del Yo [Aichhorn-1925 es:280].

Sus principales aportes

Los planteamientos de Aichhorn se basan en gran medida en los postulados freudianos: sobre el desarrollo psicosexual, sobre el origen edípico del superyó y, por

³⁷ Modelo conceptual del “delincuente por sentimiento de culpa inconsciente” presentado por Sigmund Freud en *Varios tipos del carácter descubiertos en la labor analítica* [Freud-1916a:2427-8].

ende, sobre la importancia que reviste la incorporación de la norma, mediante las identificaciones secundarias (post-edípicas), en la regulación de las pulsiones.

En este sentido, sus explicaciones sobre el fallo de la estructuración de la instancia superyoica durante el desarrollo psíquico infantil, pueden considerarse en gran medida influenciadas por los aportes de Anna Freud al ámbito pedagógico y por las ideas que ella desarrolló sobre la adolescencia.

No obstante, sus apreciaciones y actitudes clínicas prefiguran la diferencia que luego se establecerá más explícitamente entre las neurosis clásicas y las patologías del carácter. Acorde con esto planteó la necesidad de un conjunto de técnicas clínicas especiales para el tratamiento de estos jóvenes, basadas en las condiciones específicas de la organización psíquica en que ellos se encuentran y en sus particularidades transferenciales.

Sus consideraciones sobre el manejo de la transferencia como instrumento terapéutico, sobre la importancia de la persona, tanto la del educador como la del delincuente, sobre la necesidad de responsabilizar a los jóvenes marginales para ayudarles a reinsertarse socialmente todavía son de autoridad. *“ El psicoanálisis no tenía grandes nuevas cosas para enseñarle en el plano de la práctica, pero le aportó perspectivas teóricas claras que justificaban su acción tanto a sus propios ojos como a los ojos de otros ”* [Freud S-1925g].

Aichhorn abrió también para el psicoanálisis unos nuevos campos de intervención en la re-educación y el trabajo social. Radicalmente renovó la aproximación de los jóvenes “en abandono”, insistiendo en la diferencia entre las manifestaciones disociales y la “inadaptación latente”, mostrando su origen en carencias socio-afectivas graves vividas en la infancia.

La teorización de A. Aichhorn subrayó que el funcionamiento psíquico de la pubertad se combina con otros antecedentes, para completar la fórmula etiológica que permite dar paso a la conducta disocial. La adolescencia para él es también un momento de reactualización de lo inconsciente, de lo edípico y de los contenidos pregenitales. Su concepción de una acumulación de “experiencias traumatizantes”, de la infancia y de épocas recientes, así como de la *regresión* psíquica, van más allá de un modelo desarrollista simple. La delimitación de una particular estructura del Yo que se manifiesta durante la pubertad por medio de la conducta disocial, constituye también un aporte a la comprensión de la psicopatología adolescente. Finalmente, pero no menos importante, Aichhorn ponía en práctica la posibilidad, todavía no reconocida por muchos en su época, de tratar a los adolescentes, y particularmente de desarrollar una técnica para abordar a los delincuentes infantiles y juveniles.

2.2.3 FREUD, Anna

Anna Freud, la sexta hija del matrimonio de Sigmund Freud y Martha Bernays, nace en Viena en 1895 y fallece en 1982, en Londres. Hasta su juventud presentó un carácter aventurero y díscolo en el medio familiar y de sus pares, razón por la cual su padre la llamaba el “demonio negro”. Posteriormente predominará en ella la prudencia y reserva, sobre todo para presentarse en el contexto público, en el cual solía usar el *dirnal*, vestimenta tradicional en Austria, consistente en un ropaje largo y suelto que oculta la figura femenina³⁸.

Inició su análisis con Freud en 1918, ejerció la docencia hasta 1920. Militante sionista y socialista junto a S. Bernfeld, ingresó en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1922, con la presentación del texto *Relación entre las fantasías de flagelación y sueño diurno*, en el cual utiliza parte del material clínico de su propio análisis³⁹. En 1924 ocupó el lugar de Otto Rank en el “Comité de los Siete Anillos”⁴⁰, y en 1925 es designada como Secretaria del Instituto Psicoanalítico de Viena. Más tarde, en 1927, sería nombrada Secretaria de la *Asociación psicoanalítica Internacional (IPA)*. Tuvo una capital importancia en la consolidación de la Asociación Psicoanalítica Internacional [Lustig-1997:10].

Desarrolló su obra en su ciudad natal hasta 1938, año de la anexión de Austria por los nazis. Desde entonces se trasladó con su familia a Inglaterra, donde fue admitida en la Sociedad Británica de Psicoanálisis.

Su primer libro, apareció en 1936, después de sus primeras publicaciones, con el título *El yo y los mecanismos de defensa*. En él incluye dos trabajos significativos acerca de la adolescencia, a saber: “El yo y el ello en la pubertad” y “La angustia instintiva en la pubertad”.

Sus primeros aportes al psicoanálisis fueron realizados con la colaboración de la psicoanalista rusa Lou Andreas-Salomé. Así mismo, inició la práctica del psicoanálisis con niños con el apoyo de Dorothy Burlingham; psicoanalista con quien tendría una profunda y compleja relación. Anna Freud es considerada como una de las pioneras en la aplicación del psicoanálisis a la mejor comprensión del niño y del adolescente. Consideraba, al igual que su padre⁴¹, que estos sujetos constituían un objeto de estudio

³⁸ Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:24-25 ; véase también Glaze-2001:1-10.

³⁹ En esa misma dirección algunos autores comentan que parte de las ensoñaciones de las que habla Anna Freud en el texto mencionado fueron objeto de las elaboraciones de su padre en el trabajo titulado “Pegan a un niño” [Freud-1919a], donde entre algunos historiales clínicos de los que se sirve el autor se encontraría el de Anna Freud [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:24-25].

⁴⁰ Sin embargo, desde 1914, antes de su ingreso en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1922, asistía a las famosas reuniones de los miércoles en las que se sesionaba el Comité de los Siete Anillos. Al respecto se sabe que su padre le otorgó uno de los anillos de oro grabados que poseían los miembros de dicho comité [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:24-25].

⁴¹ Veamos lo que dice Freud al respecto: “*el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica... Desde luego, es preciso modificar en gran medida la técnica de tratamiento elaborada para adultos. Psicológicamente,*

y de intervención diferente del adulto⁴². Se ocupó entonces de establecer diferencias y semejanzas entre la infancia y la adolescencia, en contraste con el proceder de otras corrientes psicoanalíticas que tienden a desconocer las disimilitudes entre el niño, el adolescente y el adulto, en razón de sus presuposiciones sobre la atemporalidad del sujeto [Brousse-1989:43-56]. Así pues, Anna Freud fue una de las primeras analistas que aportó a la revisión y adaptación de la técnica psicoanalítica para el tratamiento de los niños y adolescentes⁴³.

La suerte de los niños que habían perdido sus hogares a causa de los bombardeos, la llevaron a crear en Londres las *Hampstead War Nurseries*, en la que se albergaron 190 niños durante la época de la segunda guerra mundial. Sus escritos sobre las incidencias de la guerra en los niños, en particular en libro *Young children in War* [-1949] que escribe en compañía de Dorothy, muestran algunos de los factores intrapsíquicos y relacionales que favorecen u obstaculizan la posibilidad de elaborar los traumas generados por estas experiencias.

En 1950 llega a ser miembro del Comité Ejecutivo de la IPA. En 1952 inaugura la *Hampstead Child Therapy Clinic*, con lo que logra promover ampliamente las investigaciones clínicas. Influyó sobremanera en la aplicación del saber psicoanalítico a la pedagogía y a la pediatría, entre otras disciplinas relacionadas con la infancia⁴⁴. De los materiales clínicos que emergían en los sueños, los juegos, los dibujos y en los relatos de los niños y adolescentes pudo extraer un valioso saber a partir del cual construyó una teoría psicoanalítica de la adolescencia, que aportó valiosos conocimientos sobre los fenómenos de transferencia que se desarrollan en los jóvenes, así como de sus procesos de desarrollo normal y patológico⁴⁵. Un buen ejemplo de estos desarrollos son

el niño es un objeto diverso del adulto" [Freud-1932b:137]. Según Anna Freud la diferencia radicaría en que los niños no desarrollan una neurosis de transferencia como el adulto, en razón de que: "no están preparados para producir una nueva edición de sus relaciones de amor porque la edición original no ha sido agotada" [Freud-A-cit por Klein-1932:132 n3].

⁴² Según algunos autores, para Anna Freud "el psicoanálisis del niño no es superponible al psicoanálisis del adulto y desarrolla sus tesis en apoyo de la especificidad del psicoanálisis del niño. También, cuando trate del psicoanálisis del adolescente, se negará a amalgamar este grupo de pacientes con los niños y con los adultos" [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:24-25].

⁴³ Es que según la autora en el trabajo psicoanalítico con adultos el analista puede adaptar la técnica analítica a la resistencia específica de cada cuadro, mientras que: "No ocurre lo mismo con los pacientes adolescentes que pueden pasar repentinamente de un estado emocional al siguiente, presentarlos todos al mismo tiempo o en rápida sucesión, sin darle tiempo al analista para que rearme sus fuerzas y modifique el manejo del caso e acuerdo con las necesidades impuestas por las cambiantes circunstancias" [Freud-A-1957:171]. En consecuencia plantea que los desórdenes del período adolescente implican considerar que "hay algo en la estructura interna de los trastornos en cuestión que difiere radicalmente de aquellos desórdenes para los cuales se ideó originalmente la técnica analítica" [Freud-A-1957:171]. Véase también Wick-Nelson [-1997: 65-66].

⁴⁴ Véase por ejemplo Freud-A-1949a.

⁴⁵ Así por ejemplo, la autora explica que los conflictos adolescentes "asumen la apariencia de una neurosis cuando la situación patológica inicial esta localizada en el superyó y la ansiedad resultante es vivida como culpa;

las contribuciones acerca de la profilaxis de las neurosis y los comportamientos antisociales en estos sectores etarios⁴⁶.

Su libro *Normalidad y patología en la niñez* [-1965] es considerado por muchos como uno de los más importantes. En su teorización ella incorpora la “meta-psicología” freudiana, especialmente la denominada “segunda tópica” del aparato psíquico, para examinar las relaciones fluctuantes que se establecen entre ello, yo y superyó durante la infancia y la adolescencia, con el ánimo de avanzar sobre el estudio del desarrollo libidinal, explorar las líneas del desarrollo del yo y sus relaciones con el desarrollo psicopatológico⁴⁷. Este modelo le permitió construir un punto de vista original que se concretó en una clasificación de los trastornos del niño y del adolescente, que es ampliamente reconocida en el psicoanálisis, sobre todo en Norteamérica. Basada en este modelo, traza diferencias, por ejemplo, entre las inhibiciones neuróticas, las evitaciones fóbicas y las restricciones yoicas. Dentro del psicoanálisis se suele considerar que sus postulaciones sobre la infancia y la adolescencia constituyen uno de los ejes del enfoque evolutivo de la escuela psicoanalítica norteamericana, denominada Psicología del yo [Lustig-1997:9-15].

La expansión del psicoanálisis por ella promovida, fue consecuencia, en gran parte, de su rigurosa dedicación a la exploración analítica de la sexualidad y la agresividad infantil y adolescente.

Respecto al estudio que ella emprende de la adolescencia, veremos que se orienta básicamente por el modelo tópico del conflicto intrapsíquico y por la teoría de la angustia. De su estudio deriva una importante consideración teórica y clínica sobre las perturbaciones del desarrollo en el adolescente, según la cual, ellas no siempre obedecen a una psicopatología⁴⁸. Así mismo se desprenden enseñanzas concretas sobre los fenómenos propios de la adolescencia que ella aborda: la delincuencia juvenil, las manifestaciones artísticas, las adhesiones ideológicas y grupales, las dificultades entre el joven y sus padres, los problemas educativos, la psicopatología, la formación de vínculos amorosos⁴⁹.

en cambio, se asemejan a un desorden psicótico cuando la situación de peligro reside en la supremacía del ello, que amenaza la existencia y la integridad del yo” [Freud-A-1957:176].

⁴⁶ Véase Freud-A-1949a y 1966.

⁴⁷ Al respecto la autora comenta que: “Los llamados trastornos de la adolescencia no son más que los signos exteriores que indican que esos ajustes internos han comenzado” [Freud-A-1957:174]. Véase también Freud-A-1935 ; 1949 ; 1966.

⁴⁸ Freud-A-1949a y -1966. Más tarde algunos autores kleinianos hablarán del “Síndrome de la adolescencia normal”. Véase Aberastury.

⁴⁹ Freud-A-1935; -1936c ; -1949 ; -1957 ; -1966.

El Yo y el Ello de la infancia a la adolescencia

Anna Freud inicia el capítulo “El yo y el ello en la pubertad” [-1935] de su primer libro *El yo y los mecanismos de defensa*, señalando que, entre los períodos de la vida humana en los que los procesos “instintivos” [pulsionales]⁵⁰ adquieren alguna importancia, la pubertad ha sido uno que ha atraído sobremanera el interés de la psicología oficial. Los trabajos extraanalíticos presentan notables observaciones sobre los cambios de carácter y sobre los procesos psíquicos contradictorios que se manifiestan en esa época.

La psicología oficial intenta explicar estos fenómenos de la adolescencia de dos maneras opuestas: como fenómenos anímicos concomitantes o independientes de lo fisiológico. Empero, ambas explicaciones coinciden en considerar que en la adolescencia residen el principio y la raíz de la vida sexual humana, así como la capacidad de amar y de integrar la totalidad del carácter [Freud-A-1935:154-156].

El psicoanálisis, en cambio, hasta ese momento (1936), a excepción de los trabajos de Jones y Bernfeld publicados en 1923, ha demostrado escasa inclinación a concentrarse en la pubertad, aun cuando “*a menudo ha tomado las contradicciones psíquicas de este período como un punto de referencia para sus investigaciones*” [Freud-A-1935:153]⁵¹. La razón de eso reside en que el psicoanálisis había descuidado este momento evolutivo, debido a que precisamente desde esta disciplina se tiende a dar mayor relevancia a la época infantil, por cuanto no comparte la opinión de que la vida sexual de los seres humanos empieza con la pubertad. Piensa, en cambio, que se inicia en la primera infancia y que la pubertad constituye una mera fase del desenvolvimiento de la vida humana; la primera recapitulación de la sexualidad infantil [Freud-A-1935:154]. En este período se instalan las tendencias genitales en el primer plano, que dominan los instintos parciales pregenitales.

Y es que, como bien lo observa esta autora, en el psicoanálisis se sigue una premisa fundamental según la cual “*cada uno de los períodos sexuales constituye una renovación y reviviscencia del precedente y cada uno aporta, a su turno, algo propio a la vida sexual*” [Freud-A-1935:154]. Esto explica entonces que desde el psicoanálisis los orígenes de la sexualidad y del carácter no son buscados en el período de la adolescencia, sino más bien en la infancia, que es el verdadero momento del primer florecimiento de la vida sexual, lo que a su vez explica porqué el estudio de la adolescencia había estado en un segundo plano, hasta ese momento del desarrollo del pensamiento psicoanalítico [Freud-A-1935:154 ; -1957:167].

Hasta ahora el psicoanálisis se ha concentrado en señalar las similitudes entre tres períodos de agitada sexualidad (la primera infancia, la pubertad y el climaterio) e

⁵⁰ Recuérdese que la traducción del Trieb alemán por “instinto” o por “drive” sólo comenzó a remplazarse por “pulsión” a partir de 1967 con el *Vocabulaire de Psychanalyse* de Laplanche y Pontalis.

⁵¹ Al respecto la autora comenta que: “*más que cualquier otra época de la vida, la adolescencia, con sus típicos conflictos, ofrece al analista cuadros que ilustran el interjuego y la secuencia de peligros internos, ansiedades, defensas, formación de síntomas permanentes y transitorios y colapsos mentales*” [Freud-A-1957:167].

intentado caracterizarlos por el poderío del Ello y la debilidad del Yo, por un aumento de las cargas libidinales, basado en una relativa inmutabilidad del Ello.

Ahora bien, las disimilitudes entre estos tres períodos, también escasamente estudiadas en la literatura psicoanalítica, nacen de otro factor que integra la relación Ello-Yo: de la gran capacidad de transformación del Yo. "*La inmutabilidad del ello va acompañada por la mutabilidad del Yo*" [A-Freud-1935:155].

Si bien la instancia del ello conserva un carácter constante de empuje pulsional, en los diversos períodos del desarrollo (donde las fuerzas orgánicas aportan intensas excitaciones sexuales, tales como la infancia, la adolescencia y el climaterio), no ocurría lo mismo con la instancia del yo que presenta una gran *capacidad de transformación o mutación*, lo cual se evidencia en el hecho de que en los comienzos de la vida *el yo es débil* y en períodos más avanzados del desarrollo éste tiende a *fortalecerse*.

Dicho de otra manera, si en cada período del desarrollo se presenta un conflicto en donde "*un ello relativamente fuerte enfrenta a un yo relativamente débil*" [Freud-A-1935:155], es pertinente estudiar las consecuencias del hecho de que "*la inmutabilidad del ello va acompañada por la mutabilidad del yo*" [Freud-A-1935:155].

Anna Freud se propone entonces, en este capítulo, hacer un examen detallado de estas desemejanzas entre el Yo en la primera infancia y el Yo en la pubertad, con el fin de comprender mejor la formación del Yo [Freud-A-1935:156]. En su opinión, para penetrar en el último nivel del desarrollo del Yo, es necesario conocer las etapas anteriores, como ha sido el caso para los instintos, antes de pretender explicar los trastornos que pueden invadir al Yo en la pubertad.

En el niño pequeño el conflicto entre el Yo y el Ello se produce bajo condiciones características: las exigencias instintivas son intensas y el Yo es débil, pero eso no lo hace ni desenfrenado ni desbordado por la angustia. El Yo endeble tiene un gran aliado contra la vida instintiva en las influencias de la educación; su actitud para con el Ello le está dictada por las esperanzas de amor y las expectativas de castigo. Es imposible precisar en qué grado debe atribuirse su capacidad de control sobre la vida instintiva a su Yo o a la presión directa del mundo externo.

Pero en el niño pequeño también existe un conflicto endopsíquico, que escapa al alcance de la educación: entre la ansiedad objetiva (como anticipación del dolor que los agentes exteriores podrían infligir como castigo – que puede ser reforzada por la fantasía –) y las exigencias de satisfacción del instinto. Los síntomas de la neurosis infantil constituyen un intento por resolver este conflicto. No obstante los autores discuten si estos combates interiores son problemas que conciernen a la educación o a la teoría de la neurosis.

Otro rasgo característico en la oposición del Yo infantil es que el conflicto, en la infancia, lo plantea el Yo. El Yo es producto del conflicto mismo, está hecho "a la medida" para sostener el equilibrio entre las presiones interna y externa. Entre el Ello y el Yo se establece un modo particular de transacción al que ambos se ajustarán en adelante.

Al finalizar la etapa fálica y empezar la fase de latencia, se establece entre el ello y el yo “un *“modus vivendi”, un particular modo de transacción, al que ambos se adaptaran o ajustaran de ahora en adelante*” [Freud-A-1935:159]⁵². Pero en el curso de los años la situación se altera. El período de latencia se inicia con una tregua en la guerra defensiva dirigida por el Yo. Pero la completa dependencia anterior respecto de los padres disminuye, y se introyectan los principios invocados por los educadores; instalándose el Superyó. Se sustituye entonces la angustia frente al mundo externo por la angustia ante los nuevos representantes internos del antiguo poder. Hace su entrada la angustia frente al Superyó y el sentimiento de culpa.

En el período prepuberal (intervalo entre la latencia y la pubertad) la relación establecida entre las fuerzas del Yo y del Ello se trastorna; se opera un aumento de la cantidad de energía instintiva que se emplea, sin discriminación, con cualquier impulso al alcance. Pero la sexualidad infantil así renovada no encuentra las mismas condiciones anteriores, por cuanto el Yo muéstrase rígido y firmemente consolidado. Se da una lucha entro el Yo y el Ello por la supremacía. Con todo, los éxitos parciales del Ello, se acompañan de éxitos parciales del Yo, es decir, de defensas mucho más vigorosas.

Al alcanzarse la pubertad sobrevienen cambios de carácter y cambios cualitativos de las cargas instintivas. La carga de libido es retirada de los impulsos pregenitales y concentrada en la genitalidad. Sin embargo esta mejoría espontánea de la pregenitalidad es transitoria, mientras dura el exceso de carga libidinal de la pubertad. Una vez que la presión puberal de las fuerzas instintivas retorna al nivel normal de la vida adulta, la angustia y el conflicto reaparecen intactos.

Se alcanza la madurez física, y la genitalidad pasa al primer plano, a comandar las pulsiones parciales pregenitales.

“El proceso fisiológico indicador del comienzo de la madurez sexual física acompaña de una estimulación de los procesos instintivos, que se transfieren a la esfera psíquica bajo la forma de un avance de libido. La relación establecida entre las fuerzas del yo y el ello se trastorna; el equilibrio psíquico penosamente logrado se derrumba, reeditándose los conflictos internos entre ambas instancias” [Freud-A-1935:160]⁵³.

Siguiendo este modelo típico del aparato psíquico, Anna Freud subrayaba que para entender las *particularidades del conflicto intra-psíquico propio de la adolescencia*, también es necesario estudiar los *movimientos psíquicos* que se producían en el período de latencia, pues de esa manera puede explicarse *el tránsito de la infancia a la adolescencia* [Freud-A-1935:159 ; -1957:173].

⁵² Al respecto la autora comenta que: *“la estructura caracterológica de un niño al finalizar el período de latencia representa el resultado de prolongados conflictos entre fuerzas instintivas y yoicas”* [Freud-A-1957:173].

⁵³ Como puede verse, la autora diferencia entre procesos fisiológicos, procesos instintivos y procesos de la esfera psíquica como los avances de la libido.

Desde este punto de vista, si el final del período infantil tiene lugar entonces en el momento en que el yo toma una posición permanente frente al ello, y se establece una *cierta regularidad en la relación de estas instancias* [Freud-A-1957:173], la adolescencia, en cambio, *empieza cuando esta tregua se rompe, a causa de la intensificación de las fuerzas pulsionales*, y se reanuda el conflicto entre el yo y el ello. Ahora bien, este reforzamiento de las fuerzas pulsionales que se atribuyen al ello, no sólo se refieren a los empujes libidinales sino también a los impulsos agresivos, los cuales en la adolescencia *“suelen intensificarse hasta la crueldad sin frenos”* [Freud-A-1935:161].

De un período al otro, sin embargo (y esto es lo más importante), el yo *“se fortifica en relación al mundo exterior; se siente frente a él menos desamparado y sometido y ya no lo concibe tan poderoso como antes”* [Freud-A-1935:159]; razón por la que no puede pensarse que el conflicto actual sea una simple repetición del pasado. Ahora las condiciones del yo han cambiado y el conflicto intrapsíquico debe resolverse de otra manera. Además en el yo del período de latencia, a diferencia del yo de infancia, ya *“se ha instalado una institución permanente, como representante de las exigencias ambientales: el superyó”* [Freud-A-1935:159].

Para explicar estas diferencias Anna Freud retoma la teoría de la angustia de Freud y plantea que

“en forma simultánea con este desarrollo, opérase un cambio en la angustia infantil: la angustia frente al mundo externo amengua en forma paulatina se ve sustituida por la angustia ante los nuevos representantes del poder antiguo. Hace su entrada la angustia ante el superyó, el sentimiento de culpa ante la conciencia” [Freud-A-1935:160].

En síntesis,

“esto significa que el yo del período de latencia ha adquirido un nuevo aliado en la lucha (...) el sentimiento de culpa o ansiedad ante la conciencia prepara la defensa contra el instinto en el período de latencia, así como la angustia objetiva lo hizo en la temprana infancia” [Freud-A-1935:160].

Resumiendo: para Anna Freud una de las particularidades más notables de la adolescencia consiste en que *en dicho período la sexualidad y la agresividad se intensifican y demandan un modo de satisfacción diverso al que se implementaba en la infancia*, en razón de que *la instancia yoica presenta condiciones diversas a las de aquella época*, dadas las modificaciones que se han operado en dicha instancia en el tránsito de la infancia a la latencia y luego a la adolescencia [Freud-A-1935:161]. Estas diferencias se refieren precisamente el uso de *nuevos mecanismos defensivos por parte de la instancia yoica, que así resulta transformada*.

Dentro de esta lógica se plantea que *“la aparición de las diversas formas de angustia, el desarrollo de rasgos ascéticos, la acentuación de síntomas neuróticos y de inhibición, son la consecuencia de una defensa mucho más vigorosa”* [Freud-A-1935:162], y resultados del *“éxito parcial del yo”*, mientras que *“el aumento en la actividad de la*

fantasía, la satisfacción sexual pregenital –o sea perversa-, la conducta agresiva y criminal, significan éxitos parciales del ello” [Freud-A-1935:162]⁵⁴.

Los conflictos que surgen tienen dos posibilidades de terminación: o bien el Ello vence al Yo, en cuyo caso no persistirá ningún rasgo del carácter anterior del individuo, o bien el Yo sale victorioso, y en este caso, el carácter adquirido por el individuo durante la latencia se manifestará en forma definitiva. Este hecho, de que el Yo adquiera una estructura rígidamente fijada, no sólo menoscaba la vida instintiva, sino que es un perjuicio permanente para el individuo [Freud-A-1935:165]. En este último caso, ante una nueva adaptación que demande la realidad externa, siempre cambiante, el yo se encontrará en desventaja para rectificar sus antiguas posiciones, lo cual evidentemente le es desfavorable.

Aunque parezca lógico suponer que el resultado último de este conflicto dependa del valor absoluto de la fuerza de los instintos durante la pubertad, en realidad los factores que determinan la marcha de la pubertad y su pronóstico son relativos. El conflicto cuantitativo entre la fuerza de los impulsos del Ello, por un lado, y la tolerancia o intolerancia de las instancias del Yo frente al instinto, por otro, es decidido por un factor cualitativo: la naturaleza y eficacia de los mecanismos de defensa empleados por el Yo (factor que varía con arreglo a la disposición psíquica –histérica u obsesiva, por ejemplo– y a las líneas de desarrollo del individuo). En consecuencia, para predecir el desenlace de las luchas entre el yo y el ello en la adolescencia, no se debe “echar mano” del ello (pues no sería susceptible de modificaciones), sino más bien del primero, del yo.

Relaciones entre las instancias y transformaciones del Yo

⁵⁴ Ahora, según la autora, dado el predominio de la genitalidad, (mas próxima a los fines del yo) sobre lo pregenital (más próximo a los fines del ello), en el conflicto del período adolescente a menudo triunfan los fines yoicos y el comportamiento del adolescente da un cambio radical al mantener a raya sus tendencias instintivas que le imprimen un carácter asocial, sin importar que sean de índole libidinosa o agresiva, puesto que en la adolescencia el yo no discrimina la cualidad del instinto y solo se ocupa de las cantidades [Freud-A-1935:164]. Sin embargo la autora no desconoce que paralelamente a los cambios cuantitativos, en la adolescencia también se dan “cambios cualitativos de carácter que se combinan con los de índole cuantitativa” [Freud-A-1935:162.] En ese orden de ideas, la autora sugiere que en la adolescencia “los impulsos genitales adquieren las mas poderosas cargas. En la esfera psíquica esto significa que la carga de libido es retirada de los impulsos pregenitales y concentrada sobre la genitalidad, y que aparecen representaciones y fines objetivos” [Freud-A-1935:163] Esto conduciría según la autora a una mejoría, pues la agresividad propia de la pregenitalidad ahora cedería la plaza a una sexualidad menos tormentosa, pero aun así considera que “esta mejoría espontánea o fisiológica de la pregenitalidad –consecuencia de la natural evolución puberal-, es sobremanera decepcionante. Solo es dable observar una compensación puberal beneficiosa en aquellos casos en que previamente hubo fijaciones pregenitales dominantes” [Freud-A-1935:163]. Y aun así, este empuje de libido genital en la adolescencia no lleva a resolver sin embargo los conflictos referidos a las tendencias pregenitales de la infancia, sino que mas bien lleva a un encubrimiento. Por lo demás, cuando predominan las tendencias fálicas el empuje de libido genital en la adolescencia “no sólo no amengua el trastorno sino que lo actualiza e intensifica” [Freud-A-1935:164].

La visión del conflicto yo-ello en el período adolescente se verá ampliada al dar importancia al punto de vista tópico y al involucrar al superyó, heredero de los ideales sociales, en dicha lucha intrapsíquica [Freud-A-1935:157-58].

En efecto, en el período adolescente la autoridad externa ya está internalizada en la instancia del superyó, a diferencia del período infantil, donde el yo establece alianzas con la autoridad externa -encarnada en las figuras paternas- para hacer frente a las demandas pulsionales del ello y así evitar el conflicto con dicha autoridad (que surgiría por la satisfacción de tales empujes pulsionales).

Antes de que se creara la instancia del superyó, la regulación de los impulsos contaba con la presencia de una angustia real u objetiva, derivada de la posibilidad de ser castigado por la autoridad externa. Cabe también tener en cuenta que

“la aparición de esta ansiedad no prueba en sí misma la formación de una instancia superior. Sólo es el primer precursor de lo que luego será la conciencia o superyó. La ansiedad objetiva es la anticipación del dolor que los agentes exteriores podrían infligir al niño como castigo; una especie de “predisplacer” que gobierna la conducta del yo, con independencia de que se cumpla o no el castigo esperado” [Freud-A-1935:157].

Se pone así de manifiesto que, en la infancia, de no producirse tal alianza entre el yo y la autoridad externa, el yo quedaría a merced del ello, lo cual no podría más que conducir a la pérdida de amor y el subsiguiente castigo de parte de la autoridad externa. Debido a esta poderosa influencia externa, no es posible decidir qué grado de control sobre los impulsos instintivos tendría el yo durante la infancia, pues en realidad sin la ayuda externa el yo no sería capaz de tal empresa. Además esta angustia real *“mantiene muy vagas conexiones con la realidad”* [Freud-A-1935:158] y esto debido a que las fantasías también pueden despertar tales angustias. Por ello, en contraste con las posturas de M. Klein, Anna Freud sostiene que en el niño pequeño se produce *“un conflicto interno entre esta angustia objetiva aguda y las exigencias de satisfacción del instinto”* [Freud-A-1935:158] y no entre el yo y el superyó.

Para esta época de su obra Anna Freud sostiene que *“los síntomas de la neurosis infantil constituyen un intento para resolver este conflicto”* [Freud-A-1935:158], pero luego cambiará de posición y distinguirá los síntomas propiamente dichos que integran la neurosis infantil (que son sustitutos simbólicos producto del conflicto entre las instancias), de los trastornos y conflictos del desarrollo (que no obedecen a desplazamientos simbólicos y que son producto de conflictos con el ambiente). Por ello desde esta perspectiva se refuta también la idea kleiniana de la *“neurosis del primer año de vida”*, debido a que en ese momento del desarrollo no hay una estratificación clara entre las instancias y sistemas psíquicos. Sin embargo, y desde 1936 Anna Freud sugería que

“en este primer período infantil [el Yo] surge bajo la presión combinada de las exigencias instintivas del ello y de esa angustia objetiva nacida al contacto con el mundo externo. Cabría decir que el yo está hecho “a la medida” para adaptarse y sostener el equilibrio entre ambas fuerzas” [Freud-A-1935:158].

Se diferencia pues el conflicto entre el yo y el ello, del conflicto entre el mundo externo y el ello. Con todo, a pesar de la importancia otorgada al ambiente, parece posible concebir la existencia de conflictos entre el yo y el ello en la infancia temprana.

Al comparar al Yo de la infancia con el Yo de la adolescencia se encuentra que la diferencia básica consiste en que mientras *en la infancia el yo no está desarrollado, es débil, indeterminado, impresionable y con plasticidad para adecuarse a las influencias del ello*, de lo pulsional, en contraste, *el yo de la adolescencia tiende a ser más rígido*⁵⁵ y suele estar *firmemente consolidado*, en otras palabras, habría mayor capacidad de *síntesis del yo* [Freud-A-1935:161]. El yo de adolescente *“establece de una parte firmes relaciones con el ello y con el superyó de la otra –que es lo que denominamos carácter, lo cual torna inflexible al yo”* [Freud-A-1935:161]. Por tanto

“...en ambos períodos el yo se diferencia en su extensión, contenido, conocimiento, capacidad, grado de dependencia y predisposición a la angustia. Por consiguiente, en los diversos períodos de su organización, el yo emplea distintos mecanismos de defensa para resolver el conflicto con los instintos” [Freud-A-1935:156]

Dicho de otro modo, en la infancia los contenidos del ello son extraordinariamente intensos y en cambio *“el yo que los afronta encuéntrase apenas en su proceso de formación; no está del todo desarrollado y es, por tanto, débil”* [Freud-A-1935:156] mientras que en la adolescencia los contenidos del ello se enfrentan a un yo robustecido.

Por estas razones, si el yo del adolescente, a diferencia del yo infantil que podía rebelarse ante la autoridad externa y aliarse con el ello para satisfacer las demandas pulsionales, se permitiera dar satisfacción a los impulsos del ello, se crearía entonces *“intrincados conflictos con el superyó”* [Freud-A-1935:161].

De ese modo Anna Freud al interesarse en *las relaciones conflictivas que se establecen entre las instancias psíquicas en el período de la adolescencia*, se centra en de las *transformaciones de la instancia yoica*. Los efectos del resurgimiento pulsional que se producen con el fenómeno orgánico de la pubertad, son así estudiados en términos de conflictos intra-psíquicos entre esas instancias⁵⁶. Esto le permitió explorar un campo novedoso en la teoría psicoanalítica, a saber, *los mecanismos defensivos que utiliza la instancia del yo para hacer frente a las demandas pulsionales del ello* [Freud-A-1936c:167-89]⁵⁷, así como frente a las exigencias morales del superyó⁵⁸; razón por la

⁵⁵ De allí que la autora afirme que en el conflicto adolescente es importante tener en cuenta que el yo adolescente ante todo lucha por *“preservar su propia existencia inmutable”* [Freud-A-1935:162].⁵⁶ Freud-A-1936c:154-166 ; 1936c:176-189 ; 1957 ; 1966.

⁵⁶ Freud-A-1936c:154-166 ; 1936c:176-189 ; 1957 ; 1966.

⁵⁷ Según la autora: *“el aumento de las exigencias instintivas produce (...) como efecto indirecto la intensificación de los esfuerzos defensivos que persiguen la dominación de sus instintos”* [Freud-A-1936c:168-9].

cual sus aportes psicoanalíticos más reconocidos sobre la adolescencia se refieren a la descripción y al análisis de estos mecanismos.

Las defensas adolescentes ante la angustia pulsional

En el otro importante capítulo de *El yo y los mecanismos de defensa*, titulado “Ansiedad instintiva en la pubertad” [Freud-A-1936c], Anna Freud recuerda que durante ciertos períodos de incremento libidinal, tales como la adolescencia, se tornan accesibles a la investigación analítica los deseos, fantasías y procesos instintivos asociados al ello. Pero también estos períodos de exacerbación pulsional se prestan para el estudio del yo (sus tendencias generales y sus mecanismos defensivos), dado que “*el aumento de las exigencias instintivas produce (...) como efecto indirecto la intensificación de los esfuerzos defensivos que persiguen la dominación de sus instintos*” [Freud-A-1936c:168-9].

Por esta razón se enfoca ahora en el estudio de los mecanismos defensivos del yo en la pubertad, entre los cuales destaca: el ascetismo, la intelectualización, la identificación con los pares, el rechazo del contacto con las figuras parentales y sus sustitutos, entre otros⁵⁹, los cuales detallaremos a continuación.

* * *

El ascetismo corresponde a un “*antagonismo frente a los instintos*” [Freud-A-1936c:169] que sobrepasa al mecanismo psíquico de la represión ordinaria, dadas sus modalidades y extensiones [Freud-A-1936c:167-169]. En este mecanismo hay relación entre la naturaleza del instinto y los motivos de la defensa, a diferencia de otros procesos de defensa, en donde es posible observar “*una definida relación entre la calidad del instinto reprimido y los motivos del individuo para rechazarlo fuera de la conciencia*” [Freud-A-1936c:170]. Dicho de otro modo, el ascetismo no pone en operación una represión “especializada, sino “*una represión indiscriminada del instinto*” [Freud-A-1936c:170]. Según esto, el problema del adolescente “*no se relaciona con la satisfacción o frustración de especiales deseos instintivos, sino con el goce o renunciamiento instintivo en sí. Los adolescentes que pasan por tal período ascético parecen temer más la cantidad que la calidad e sus instintos*” [Freud-A-1936c:170].

Ahora bien, “*este recelo del adolescente para con el instinto muestra una peligrosa tendencia a generalizarse (...) y extenderse luego a las triviales necesidades físicas cotidianas*” [Freud-A-1936c:170]. En consecuencia, “*empezamos a inquietarnos cuando el renunciamiento se extiende a cosas inofensivas y necesarias*” [Freud-A-1936c:171]. Por el contrario, los arrebatos de satisfacción pulsional “*representan curaciones transitorias espontáneas del estado ascético*” [Freud-A-1936c:172].

⁵⁸ Freud-A-1935:156,162-66 ; -1936c:176-89 ; -1957:165-85; -1966:187-93.

⁵⁹ Freud-A-1949a ; -1957 ; -1966

El ascetismo del adolescente se diferencia también de la represión ordinaria. La represión es sucedida por la producción de satisfacciones sustitutivas; los síntomas que de ella resultan, consisten en una formación de compromiso que contempla la gratificación de las dos tendencias opuestas, esto es, la instintiva y la represora. En cambio en el ascetismo, en lugar de esas gratificaciones sustitutivas se halla un trueque por una actividad de goce sin límites, de carácter antisocial, o bien, cuando el yo dispone de la fuerza suficiente, se cierra la posibilidad de cualquier satisfacción y se produce una parálisis de las actividades del sujeto, una especie de actitud catatónica [Freud-A-1936c:171-2].

Al discutir si es lícito hacer esta distinción entre el repudio acético y el rechazo por represión, Anna Freud alega que, aunque en las neurosis también es importante la carga cuantitativa de la pulsión o aunque también en algunas de ellas se presente la sucesión de prohibición e indulgencia, en el ascetismo se asiste a un proceso más primitivo. Esto la lleva a recordar que ya antes se ha sugerido que en la naturaleza humana existe una disposición especial a rechazar la sexualidad, independientemente de toda experiencia individual. Adicionalmente, a favor de la presencia de angustia referida a este antagonismo, argumenta que ella es encubierta la mayoría de las veces por las angustias referidas a los incidentes de la evolución instintiva (que operan a modo de traumas).

Por esta razón concluye que *“no debe interpretarse el ascetismo de la pubertad como una serie de actividades represoras condicionadas cualitativamente, sino como la manifestación de un antagonismo innato primitivo y primario entre el yo y el instinto”* [Freud-A-1936c:174].

* * *

Por otro lado, al ocuparse de la intelectualización, Anna Freud dice que si la hipótesis según la cual el incremento libidinal que se presenta en ciertos períodos de la vida conduce a reorganizaciones singulares de los métodos de defensa, sería válido extender esa explicación a otras modificaciones que se observan en el yo durante la pubertad [Freud-A-1936c:174]. En ese sentido, señala que una de esas modificaciones se refiere, sorprendentemente, a un incremento de las facultades intelectuales, tal como en el caso de los adolescentes “prolongados” que estudió S. Bernfeld.

A primera vista no es comprensible cómo la avalancha pulsional y afectiva puberal, puedan conducir a un progreso intelectual. Sería más bien esperable lo contrario. No obstante más allá del innegable interés y elevada capacidad intelectual del que dan muestra los adolescentes, se encuentra que su pensar tiene poco o ninguna relación con su conducta. Al analizar sus intereses intelectuales se descubre que:

“el intelectualismo del adolescente no parece tener otra mira que la de contribuir a los ensueños diurnos. Tampoco las fantasías ambiciosas del período prepuberal están destinadas a realizarse (...) el deriva su satisfacción ya del simple proceso ideativo, al pensar, utilizar o discutir” [Freud-A-1936c:177].

Por otro lado, “los temas que polarizan el interés de primer plano del adolescente demuestran ser (...) los mismos que promovieron los conflictos entre las diferentes instancias psíquicas” [Freud-A-1936c:177].

Pero vistas de más cerca las producciones intelectuales del adolescente no representan esfuerzos para resolver los problemas que la realidad le impone. Ellas no son más que el reflejo de una actitud de tensa vigilancia frente a las tensiones pulsionales, “cuya percepción se expresa por desplazamiento en el plano del pensamiento abstracto” [Freud-A-1936c:178]. De allí que pueda concluirse, habida cuenta de que “la conexión de procesos instintivos y afectos con representaciones verbales ha sido considerada en la metapsicología psicoanalítica como el paso inicial y fundamental hacia la dominación del instinto” [Freud-A-1936c:179], que “el motivo de que la atención se concentre sobre los instintos constituye una tentativa de adueñarse de ellos y dominarlos en un nivel psíquico diferente” [Freud-A-1936c:178-179].

Como lo había dicho para el ascetismo:

“De nuevo aquí tenemos la impresión de que los fenómenos que hemos calificado como “intelectualización de la pubertad”, sólo son la exageración de esta común actitud del yo en particulares circunstancias, caracterizadas por un repentino incremento de la libido. Por un simple aumento cuantitativo libidinal se hace visible una función que en otras circunstancias el yo ejecutaba de un modo espontáneamente silencioso e inadvertible” [Freud-A-1936c:179].

Ahora bien, del anterior conjunto de observaciones se puede hacer otra deducción, a saber, que en el ser humano el peligro pulsional aguza la inteligencia. En efecto concuerda con esto el hecho de que durante la primera infancia y la pubertad, que son períodos llenos de dichos peligros, se acrecienta la vivacidad de la capacidad intelectual. Sin embargo, tanto la “investigación” en la infancia sobre la vida sexual, como la “intelectualización” del adolescente, son “por deslumbrantes y notables que se presenten, infructuosas en gran medida” [Freud-A-1936c:181].

Finalmente, se advierte que ascetismo e intelectualización corresponden a la defensa frente al peligro del Yo de verse sumergido por las pulsiones, por la cantidad de su fuerza. El ascetismo “busca mantener al ello dentro de prudentes límites por medio de simples prohibiciones” [Freud-A-1936c:181], mientras que la intelectualización “procura conectar ceñidamente los procesos instintivos con los contenidos de imágenes y representaciones, tornándolos casi accesibles y dominables” [Freud-A-1936c:182].

* * *

Una vez reconocido que detrás del ascetismo y la intelectualización se presenta un proceso de regresión, una especie de repliegue al nivel de la angustia pulsional pura, Anna Freud trata de estudiar la relación de este proceso con otras manifestaciones en la vida de los adolescentes, vinculadas con sus relaciones objetales.

La represión y el ascetismo toman su punto de partida en las fantasías incestuosas del período prepuberal. Por esta razón se dirigen en especial contra la fijación amorosa a los objetos infantiles, pero también lo hacen contra el superyó, por cuanto está cargado con libido derivada de las relaciones con los padres. Se entiende así que el conflicto se

extienda hasta este nivel, ocasionando también que el Yo se retire del superyó [Freud-A-1936c:183]. Los principales efectos de estas rupturas son la evitación del contacto con los objetos parentales y el aumento del peligro que amenaza del lado de las pulsiones, debido a la suspensión de las medidas defensivas surgidas ante la angustia del superyó. Así pues, la relación entre yo y superyó, que antes era solidaria de la represión de los instintos, al ser rota, deja al yo más desvalido frente a las irrupciones del ello y lo torna antisocial [Freud-A-1936c:183].

En lugar de la evitación de los vínculos con los objetos parentales, surgen nuevas fijaciones de amor, una búsqueda activa de nuevos objetos. Ahora bien, las particularidades de estas relaciones (extraordinaria deslealtad, repetición fiel de las mismas con nuevos objetos, asimilación de la persona amada), conducen a pensar que

“estas fijaciones amorosas tan apasionadas como efímeras de la pubertad no son, en modo alguno, relaciones objetales en el sentido que damos a esta expresión al aplicarla a la vida adulta. Son identificaciones de la especie más primitiva, tal como observamos durante las etapas precoces del desarrollo infantil, antes de que exista ningún objeto de amor” [Freud-A-1936c:186].

Es por ello se puede asemejar el adolescente al tipo de paciente que Helene Deutsch denominaba “como si”. En realidad, a través de esas identificaciones, el adolescente comparte los afectos del nuevo objeto, pero no vive ni expresa sus propios sentimientos y opiniones [Freud-A-1936c:184-5]. Por esta razón la inconstancia adolescente, más que un cambio interior, testimonia de *“una pérdida de su personalidad condicionada por el cambio en las identificaciones”* [Freud-A-1936c:186].

Pero el conjunto de condiciones de la adolescencia, esto es, el antagonismo con las pulsiones y la ruptura con las antiguas relaciones con los objetos, puede conducir a una deslibidinización del mundo externo y a una vuelta de la libido sobre el yo. Esta última operación produce una reactivación del narcisismo, e induce a que el yo, para sustraerse de los peligros que acarrearán estas regresiones, se apoye en el narcisismo y en las identificaciones en sus tentativas para restablecer vínculos con nuevos objetos. Las tormentosas relaciones del adolescente tendrían entonces el carácter de tentativas de curación, análogas a las que se observan en la psicosis [Freud-A-1936c:188].

Se concluye de todo esto que la impresión de normalidad o anormalidad que se puede tener de los procesos adolescentes depende del *“predominio de uno u otro de estos rasgos en el mismo individuo, o de la combinación de varios de ellos”* [Freud-A-1936c:188]. El paso del estado normal al patológico está determinado por la rigidez de las defensas y por el grado de extensión de las mismas, es decir, del campo que abarcan.

La orientación educativa del adolescente

Anna Freud había constatado desde sus escritos más tempranos que *“la transición del período de latencia a la preadolescencia se halla marcada (...) por una serie de perturbaciones”* [Freud-A-1949aa:196]. Y es que durante la época de la latencia se produce una disminución de los impulsos libidinales y agresivos, que luego en la

preadolescencia experimentan un aumento cuantitativo, empujando a una intensa necesidad de satisfacción de los deseos infantiles que se reactivan junto con los impulsos instintivos. De allí que *el retorno de lo reprimido en la preadolescencia produzca la desalentadora impresión de que “todo el prometedor proceso de adaptación al ambiente parece haberse interrumpido bruscamente”* [Freud-A-1949aa:196]. En la preadolescencia se presenta por tanto una *“ruptura de la moralidad infantil”* [Freud-A-1949aa:196-7], la cual se manifiesta en la tendencia a la voracidad e insaciabilidad, en la falta de autocuidado, en la crueldad y prepotencia, en el egoísmo, la desconsideración, la insubordinación, la rebeldía, la seducción y los actos destructivos del adolescente.

En ese orden de ideas, la autora cita varios trabajos psicoanalíticos que nos han familiarizado con la concepción según la cual *“esta ruptura de la moralidad infantil que tiene lugar a medida que el niño se aproxima a la pubertad constituye una ocurrencia inevitable, determinada por los procesos mismos del desarrollo”* [Freud-A-1949a:196-7]⁶⁰.

Este resultado se explica porque *“el yo del preadolescente no se halla equipado para manejarse con estas demandas aumentadas que vienen del interior, y bajo su presión no logra mantener el equilibrio de la personalidad previamente establecido”* [Freud-A-1949aa:197]. De allí que en la adolescencia sean comunes los ataques de ansiedad, y que también las defensas yoicas sean mayores, lo cual puede llevar, según los casos, a la formación de síntomas neuróticos, a manifestaciones perversas o a actividades antisociales. Por ello, Anna Freud destaca que por esta razón y por lo general *“el preadolescente se encuentra en desarmonía interna, ansioso, inhibido, deprimido y reñido con su ambiente”* [Freud-A-1949aa:197].

Aun cuando por estos hechos en la preadolescencia el individuo necesita más que nunca del apoyo y orientación, es típico, dice Anna Freud, que se presenten fracasos de la orientación educacional en esta época. Esto se debe a que los padres y educadores han perdido injerencia sobre el preadolescente, y en cambio los nuevos objetos sobre los que él se vuelca han adquirido una importancia creciente e inusitada. Adicionalmente el niño preadolescente se muestra menos accesible a la orientación educacional en razón de que sus lealtades son débiles y cambiantes, se mantiene solitario, narcisista y centrado en sí mismo [Freud-A-1949aa:198].

Esto cambios responden al retorno de las fantasías edípicas, ante las cuales el yo no puede defenderse ecuánimemente, pues *“sus contenidos lo llenan del mismo horror y ansiedad que antes sintiera, tanto más cuanto que su yo, en el período de latencia, se ha tornado más intolerante hacia los impulsos infantiles”* [Freud-A-1949aa:197]. De tal suerte *“el preadolescente no puede impedir la aparición de estos temidos deseos tempranos; todo lo que puede hacer es impedir que se ligen con las personas de sus progenitores, que fueron sus objetos en el pasado”* [Freud-A-1949aa:198]. La evitación de los padres obedece a este motivo. Se entiende entonces que el adolescente *“a través de todas sus acciones pone en evidencia su deseo de liberarse por la fuerza del vínculo*

⁶⁰ Ella refiere en ese momento a los escritos de Freud [-1905], Jones [-1922], Aichhorn [-1925], Meng [-1934,1943], Pfister [-1920,1922] y Zulliger [-1935,-1950,-1951].

emocional del que sus fantasías infantiles son temidos supervivientes” [Freud-A-1949aa:199]. Así pues, sólo cuando logre ligar sus impulsos genitales a un objeto exterior a la familia, las relaciones dificultosas con los padres podrán ser superadas. En síntesis, la dificultad con los padres se explicaría por el hecho de que la persona de ellos “se encuentra en el centro mismo del conflicto del niño, como símbolo del verdadero peligro contra el cual el yo del niño se esfuerza por defenderse” [Freud-A-1949a:199].

En este panorama, cabe agregar otro factor que ayuda a explicar estas dificultades con los padres. Se trata del *“crecimiento de la función crítica del intelecto del niño” [Freud-A-1949a:199-200]*, que permite ahora evaluar de forma más realista a los progenitores, destituirlos del lugar ideal en que habían sido colocados en la infancia, al compararlos con otros padres. En ese sentido, la autora articula las ideas sobre el desasimiento paterno, formuladas por su padre en el texto *La novela familiar del neurótico [-1908i]*, observando que el adolescente al tiempo que fantasea ser hijo de unos padres majestuosos, semejantes a los de su infancia, reniega de sus padres reales, los del momento actual; razón por lo cual también fantasea que ha sido entregado a estos últimos por algún motivo y que tarde o temprano será rescatado y restituido a sus supuestos y maravillosos padres originales. A partir de estas observaciones considera que lo que allí se produce es un:

“proceso regresivo de “superación de los progenitores”, que se combina con el profundo deseo regresivo de que retorne la relación, reaseguradora y confortante, de los días de la temprana niñez, cuando se pensaba que los progenitores eran todopoderosos, omniscientes y de inigualada perfección” [Freud-A-1949a:200].

Así las cosas, juzga que *“la novela familiar es precursora de la desilusión más cabal y cruel relativa a los progenitores, que caracteriza a la preadolescencia” [Freud-A-1949a:200]*. Sin embargo, esta desilusión constituye un paso puramente progresivo, puesto que la superación de la dependencia infantil es una de las tareas más importantes del desarrollo. Es obvio entonces que los padres *“se ven ahora doblemente desvalorizados” [Freud-A-1949a:201]*. A diferencia del niño pequeño que quiere ser grande, ser como el adulto, buscando la identificación, el adolescente no sólo quiere ser como el adulto, sino más bien sustituirlo, es decir, prima la intención agresiva y, sobre todo, la venganza.

El niño durante la preadolescencia reactiva estos elementos agresivos, pues *“demanda algo más que igualdad con sus progenitores. Hacerse más fuerte, madurar, adquirir inteligencia, son cosas que automáticamente traduce en la caída y declinación de sus progenitores” [Freud-A-1949a:202]*. En ese sentido, cuando se siente crecido opina que sus padres son infantiles y torpes, o concluye que su propio éxito social equivale a hacer de su padre un fracasado [Freud-A-1949a:202].

En conclusión, a pesar de todas las dificultades que implica la orientación del preadolescente, tanto en casa como en la escuela, Anna Freud considera que es necesario que padres y maestros comprendan que los procesos de aquel responden a un sufrimiento interno. De este modo podrán abordar sus conflictos de modo diferente, sin actitud rencorosa o punitiva, y prestar una ayuda. Aunque finalmente prefiera que dicha ayuda sea proporcionada por educadores analíticamente formados, en lugar de los padres que están tan involucrados en los problemas.

Con la acumulación de su propia experiencia y la de sus colegas amigos y discípulos, irá precisando cada vez más en qué momentos también podría ser recomendable un tratamiento analítico con los adolescentes. Este cambio de opinión lo abordaremos más adelante, cuando tratemos del estado de la teoría y la práctica psicoanalítica con los adolescentes a mediados del siglo XX [cf capítulo 4].

Adolescencia : recapitulación o nuevos conflictos ?

Sobre la base de las primeras hipótesis de Freud y de algunos de sus discípulos (E. Jones y S. Bernfeld), Anna Freud también comprendía la adolescencia como un período del desarrollo psicosexual, que renovaba y revivía los períodos precedentes, razón por la cual pensaba que la adolescencia constituía una recapitulación de etapas previas del desarrollo [Freud-A-1935:154] ⁶¹. Si bien las fuerzas orgánicas propias del período adolescente sustentan, en último término, la reviviscencia o actualización de los conflictos intra-psíquicos⁶², estos se generan a partir de la reactualización de las tensiones entre las instancias del psiquismo.

No obstante llegará a plantear concepciones propias y originales sobre las particularidades del psiquismo en este momento de la vida, al profundizar sobre *dichos conflictos*. Veamos la transición que ella efectúa desde el paradigma clásico al nuevo enfoque reformado.

En 1936, su propuesta inicial más significativa concierne al estudio de las *modificaciones yoicas* que se presentan en la adolescencia, las cuales explican, en su opinión, las nuevas formas en que se enfrentan y solucionan parcialmente tales conflictos edípicos (intra-psíquicos) [Freud-A-1935:154-56,160-66 ; -1966]. Se ocupa entonces de estudiar los conflictos que se generan entre la instancia del yo y los empujes pulsionales del ello, estableciendo diferencias en las formas de tramitar la angustia generada por estos conflictos, según las cuales, en casos normales el conflicto conduce a la adecuada formación del carácter, mientras que en casos patológicos lleva a la formación de los síntomas neuróticos [Freud-A-1935:161-66].

Considera que la lucha del yo y el ello en el adolescente es posibilitada por la *ruptura de la tregua que se habría establecido entre estas instancias* durante el inicio de la fase de latencia; tregua que obedecía a una modificación cualitativa y cuantitativa de las pulsiones (disminución de los empujes pulsionales) y a una distribución de fuerzas internas (capacidad de regulación del yo y del superyó)⁶³.

⁶¹ “...el individuo recapitula y amplía en la segunda década de vida el desarrollo que experimentó durante sus primeros cinco años” [Freud-A-1957:166-7]. Por ello, la autora considera que: “la manera en que una determinada persona ha de atravesar las necesarias etapas del desarrollo de la adolescencia, está en gran medida determinada por la modalidad de su desarrollo infantil” [Freud-A-1957:166].

⁶² Freud-A-1935 ; -1936c ; -1949 ; -1957 ; -1966.

⁶³ Para ampliar estas ideas sobre los cambios cualitativos y cuantitativos de los empujes pulsionales véase Freud-A-1957:167 y 1966.

Desde esta óptica, se considera que ante la angustia generada por la amenaza que implican los embates pulsionales, el yo del adolescente lucha contra ella mediante un intenso uso de los mecanismos defensivos pretéritos, así como de otros nuevos, lo cual produce cambios en la estructura de yoica de la personalidad⁶⁴.

Siguiendo este punto de vista se piensa que los cambios en las modalidades defensivas serían los responsables de las modificaciones en la organización del yo y del superyó, aunque también aquellas promueven la integración de las pulsiones a las nuevas formas de la sexualidad adulta [Freud-A-1935:161-66]⁶⁵. En casos menos favorables la rigidez e inmadurez del yo no permite tal integración, e incluso, en otros casos se produce en el yo una situación caótica próxima a la psicosis [Freud-A-1935:161-66]⁶⁶. Por esta razón piensa que la adolescencia, con sus conflictos típicos, muestra mejor que ninguna otra época de la vida un vasto reordenamiento interno [Freud-A-1957:167; Freud-A-1966].

En este sentido empieza a constatarse un ligero cambio de la perspectiva unos trece años más tarde, cuando en "Dificultades entre el preadolescente y sus progenitores" [-1949] afirma:

“si bien los acontecimientos de los primeros cinco años echan las bases del desarrollo neurótico, son las experiencias de la segunda década de la vida las que determinan en qué medida la neurosis infantil se reactivara o se conservara y podrá transformarse en, o seguir siendo, una amenaza permanente para la salud mental” [Freud-A-1949a:195].

Seguidamente, para profundizar en el estudio de estos *conflictos internos*, utilizará más explícitamente el modelo freudiano de la “segunda tópica freudiana”, con su esquema tripartito de las instancias psíquicas: yo –ello –superyó. Desde esta perspectiva dirá, con otras palabras, que en la adolescencia se *reactivan los conflictos pretéritos que se daban entre las instancias psíquicas ello-yo-superyó durante al atravesamiento del complejo de Edipo*.

El nuevo fruto de este punto de vista se hace evidente en su artículo “La adolescencia” [-1957], en el que explicitará dos premisas contenidas en su concepción de la adolescencia, a saber: “1) *la adolescencia es por naturaleza una interrupción del crecimiento imperturbado; y 2) el mantenimiento de un equilibrio estable durante el proceso adolescente es en sí mismo anormal*” [Freud-A-1957:183].

2.3 Psicoanálisis y movimientos de juventud

⁶⁴ Freud-A-1957:167 ; -1966

⁶⁵ Freud-A-1957:167 ; -1966

⁶⁶ Freud-A-1957:167; Freud-A-1966

Como ya dijimos la inquietud de los pioneros del psicoanálisis por la adolescencia fue impulsada no solamente por los hallazgos acerca de las neurosis y de la sexualidad humana, sino también por la emergencia de los movimientos de juventud en los albores del siglo XX.

2.3.1 BERNFELD y el movimiento de juventud

Siegfried Bernfeld, comprometido como vimos antes con los fenómenos de su tiempo, hace una lectura del movimiento de juventud desde el punto de vista psicoanalítico.

Si bien, todo el mundo admitía que a partir de la pubertad y pospubertad la sexualidad era de una evidencia innegable, los niños y adolescentes seguían siendo educados como si fueran seres asexuados. Bernfeld [-1919] ve entonces en los movimientos de juventud una protesta contra el monopolio de la sexualidad por parte de los adultos, una rebeldía de los jóvenes por el derecho a tener su propia vida. Los *Wander-vögel* fueron una forma inédita de oposición al mundo adulto. Las actividades de excursionistas indicaban un escape de los jóvenes de la casa paterna, queriendo vivir según sus necesidades, además, también eróticas. Si bien en el campo de la sexualidad esa reivindicación no era muy conciente, Bernfeld no tenía duda en que los jóvenes satisfacían su pulsión a escondidas. A los ojos de ellos, los adultos hicieron gala de una gran incompetencia para impedirselo, y además los dejó en la ignorancia y los redujo a la ingenuidad.

Sólo fue hasta 1913, en una Revista de la Juventud, que los jóvenes se expresaron públicamente y de manera crítica sobre su problemática sexual. Bernfeld sintetizó las conclusiones de ese debate señalando la importancia de pensar las necesidades sexuales del adolescente como diferentes de las necesidades sexuales del niño y de las de la madurez. También planteó que lo que experimentaba y pensaba la juventud era muy confuso porque no encontraba solución a la contradicción entre sus exigencias y las de la moral reinante [Bernfeld-1919].

Los planteamientos del psicoanálisis en torno a las transformaciones de la pubertad y las neurosis, empezaron a ser conocidos en el movimiento de la juventud. Freud empezó a ser cada vez más citado en las revistas de estos movimientos y la interpretación que ellos hacían de este nuevo conocimiento, por ejemplo en cuanto al eros masculino y la sublimación, llegó a tener consecuencias en las directrices de la organización, por ejemplo, en el hecho de segregar a las chicas adolescentes de esos círculos de reunión.

Según Bernfeld, el deber ser del psicoanálisis, una vez introducido en el movimiento de juventud, era tener, al menos, un efecto de clarificación, operar una especie de desingenuización sexual de los jóvenes.

2.3.2 REICH, Wilhelm

Este ideal acerca de un efecto explicativo del psicoanálisis en la juventud fue sostenido de manera más radical y beligerante por Wilhelm Reich, en *La lucha sexual de los jóvenes* [-1931].

Movimientos políticos juveniles en los años 30

Alrededor de los años 30 los movimientos de juventud presentes en Viena comprendían diferentes grupos de jóvenes que se reunían y se organizaban siguiendo algún criterio político. Un sector era el movimiento nacionalsocialista que reclutaba la juventud de la pequeña burguesía y la juventud reaccionaria en el sentido en que les inculcaban mantener el orden establecido: los intereses del capital, la preservación de la familia, la educación y la fe de la iglesia, a través de un discurso esencialmente moral que abogaba por la continencia sexual entre los jóvenes, la censura y prohibición del aborto, y el ejercicio de la sexualidad regulado por la institución del matrimonio [Reich-1931: 107-108]. Otro sector era el de la juventud socialdemócrata, bajo la influencia de jefes de la pequeña burguesía, cuya posición era socialista pero su partido no estaba de acuerdo con la vía de la revolución. En el extremo opuesto estaba el movimiento de la Juventud Comunista que aglutinaba a la juventud obrera o proletaria y revolucionaria, cuya línea política era la revolución social y la instauración del comunismo de acuerdo al modelo de la Unión Soviética [Reich-1931:92, 98,109,128].

En este contexto Wilhelm Reich escribe *La lucha sexual de los jóvenes* [-1931] en donde propone una salida política y educativa a la problemática de la sexualidad juvenil con la que él ya se había venido encontrando en la práctica clínica individual, pero que luego le pareció ver de manera más nítida en las reuniones de juventud del partido comunista [Sinelnikoff-1970:15].

Antes de exponer los planteamientos de ese difundido texto, es preciso mencionar que Reich (1897-1957) estudió medicina en Viena a partir de 1918, donde participó en un seminario de sexología que no formaba parte del plan de estudios, se interesó profundamente por el concepto de libido, leyó los autores que sostenían el debate al respecto, y conoció a Sigmund Freud. En 1920, Reich ingresó a la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Sus primeros escritos trataban sobre la relación entre psicoanálisis y sexología. Su carrera como psicoanalista estuvo marcada por el trabajo en el dispensario psicoanalítico de Viena, primero como ayudante y luego como vicedirector (1928-1930), que dio origen a la tesis sobre “la etiología social de las neurosis” [Sinelnikoff-1970:6]. Hacia 1925 Reich ya tenía en su haber una serie de ideas particulares con respecto a la genitalidad y a la técnica psicoanalítica que causaban mucha polémica entre sus colegas. Ese hecho, aunado a su carácter beligerante en la crítica, incidió para que Reich empezara a entrar poco a poco en conflicto con el medio psicoanalítico.

En estas condiciones no es extraño encontrar que *La lucha sexual de los jóvenes* [-1931] aunque se sirve del término represión, en términos sociales, de la sexualidad y de algunas ideas de la psicología profunda, de manera rápida y velada, difícilmente contiene una concepción psicoanalítica de la adolescencia. La obra trata sobre la sexualidad de adolescentes y jóvenes en la intersección con el orden moral burgués que torna problemático el ejercicio de dicha sexualidad, reprimiéndola, impidiendo que se despliegue libremente y llevando a la juventud a una miseria sexual. Reich insiste en la idea de que la sociedad burguesa tiene un gran interés en contener la vida sexual de los jóvenes y hacerla imposible, por eso no les provee la información necesaria sobre todo lo relacionado con la vida sexual para elevar la calidad de ésta. El orden sexual de la sociedad burguesa provoca perturbaciones entre la juventud en la medida en que impide el inicio de la vida sexual normal del adolescente cuando éste siente esa acuciante necesidad. En consecuencia esta obra es un manifiesto de guerra pues invita a luchar contra ese estado de cosas. Responsabiliza al orden sexual burgués capitalista de comprimir el desarrollo natural, normal de la sexualidad. Considera que los jóvenes no son responsables por sus conflictos masturbatorios, sus sentimientos de culpabilidad, sus desasosiegos, sus desviaciones sexuales. Nada de eso es hereditario ni imputable a ellos [Reich-1931-1932:43].

En un tono de denuncia política, y contrario al discurso paternalista y educativo, Reich dirige su texto a los jóvenes hablándoles acerca de la verdad de la miseria en que se encuentran. El autor abriga la esperanza de despertar, mediante su trabajo, la conciencia de la juventud sobre su problemática para que así sean los jóvenes mismos, de manera colectiva, quienes elaboren la línea de su propia política sexual.

El ideario de Reich

Reich estaba convencido de que la lucha por una vida sexual satisfactoria sólo puede ser victoriosa en la medida en que esté unida a la lucha contra el capitalismo y contra la reacción sexual. Al respecto afirma que “la conciencia de clase y un trabajo político importante y responsable modifican también la actitud ante la sexualidad” [-1931:57-58]. A partir de dicha premisa, propone: “...fundar, para las organizaciones revolucionarias, centros de consulta sexual de los jóvenes, donde estos recibirán no solamente medios anticonceptivos, sino también información política y sexual *correcta*” [-1931:54].

El bienestar de los jóvenes es sólo un objetivo parcial de Reich. Aquel es más bien un instrumento para lograr un objetivo político cual es la victoria del socialismo. Al mismo tiempo el autor basa todo ese trabajo con los jóvenes, meramente, en la información:

“...nuestro único objetivo es ganar a los jóvenes para la lucha de clases, hacerlos cuanto sea posible vigorosos y resueltos, y llevar también a fondo esta lucha hasta la victoria completa del socialismo. En la cuestión de la vida sexual de los jóvenes, no tenemos otra cosa que hacer que informarlos

completamente y acudir en su ayuda para terminar con sus dificultades” [Reich-1931-1932:58].

La tarea de informar y explicar a los jóvenes abarca múltiples aspectos que van desde la conformación del aparato sexual femenino y masculino, el proceso de la fecundación, el embarazo y parto, hasta consideraciones sobre el aborto, los medios anticonceptivos, la tensión sexual y la satisfacción por medio del onanismo y el acto sexual, los trastornos en las relaciones sexuales tanto en el hombre como en la mujer, las enfermedades venéreas y su prevención. Adicionalmente, el autor considera que si bien dar esas explicaciones a los jóvenes es muy importante, condiciona dicha tarea a que “sólo una sociedad comunista puede hacerlo eficazmente” [-1931:66-67]. Descrie de las explicaciones burguesas porque inducen a la abstinencia, engendran estados hipocondríacos y de ansiedad, por tanto inspiran un miedo terrible hacia la sexualidad en general.

La perspectiva de Reich de la juventud no es psicoanalítica sino médica y política:

“No hay otro camino, si no se quiere hablar en el vacío, que reconocer la realidad de la maduración sexual y tenerla en cuenta médica y políticamente” [-1931:100].

Observamos entonces que *La lucha sexual de los jóvenes*, no es de los jóvenes, es un trabajo de política sexual de Wilhelm Reich, mediante el cual se propone favorecer la rebelión sexual de los jóvenes para convertirlos en aliados de clase y enemigos del capitalismo:

“Si al entrar en contacto con los adolescentes no procedemos con mucha habilidad en la explicación de las causas de su aislamiento, de sus estados de angustia, de sus sentimientos de culpabilidad masturbatoria, etc., puede fácilmente ocurrir que en lugar de favorecer su rebelión sexual, y de hacer de ellos aliados de clase y enemigos del capitalismo, los reforcemos en su actitud moral y no solamente no los ganemos, sino que hagamos de ellos peligrosos adversarios” [-1931:76-77].

Reich adopta una posición mesiánica cuando proclama que la única salida posible que tienen los jóvenes, especialmente las mujeres, a sus miserias sexuales es la militancia socialista donde encontrarán conocimientos políticos y sexuales que les ayudarán en la emancipación de la mujer, tal como se dio en la sociedad matriarcal y comunista primitiva en la que no existe opresión sexual y material de la mujer [-1931:62]. El estilo de vida de las mujeres en el régimen capitalista es un hundimiento debido a las enfermedades venéreas, mentales, a un matrimonio burgués deprimente. Por el contrario, la opción de las mujeres de la lucha por sus derechos, junto a la lucha de clases en pro del socialismo, les da satisfacciones intelectuales, deporte y una vida sexual satisfactoria [-1931:63].

La miseria sexual es la consecuencia de la represión sexual. Los crímenes y la miseria sexual reinarán mientras que el régimen social reprima la vida sexual. El

origen de la histeria, los crímenes, las violaciones de niños se originan en la educación moral hostil a la sexualidad, porque ella “se enraíza profundamente en la masa de los niños y adolescentes hasta hacerlos incapaces de gozar de su sexualidad y no poder ya liberarse de sus tensiones” [-1931:69].

Al indagar a un grupo de jóvenes (el grupo “Fichte”) sobre las relaciones sexuales y el punto de vista diferente de las muchachas del de los chicos, Reich concluye que las dificultades que se presentan no es responsabilidad de ninguno de ellos sino que ubica el problema como “resultado de las contradicciones entre la sexualidad juvenil exuberante y la educación represiva e hipócrita” [-1931:92-93].

Reich ubica el sufrimiento de la juventud en una contradicción de tipo social:

“La juventud sufre enormemente porque su sexualidad en maduración entra en extrema contradicción con las condiciones sociales dominantes, tanto con la educación recibida antes de la pubertad como con la situación social actual” [-1931:98].

En el marco de los problemas abordados en el partido de Reich, desde la lucha de clases (deporte, teatro, religión, radio, etc.), uno de esos problemas es la vida sexual de los jóvenes. El autor hace énfasis en que no se puede ignorar esa problemática aduciendo que es un asunto privado o una preocupación excesiva del tipo burgués y por eso parece que no incumbiera a los revolucionarios. No. Él estaba convencido de:

“...resolver el problema sexual de forma revolucionaria, llegando a una teoría de política sexual clara, y como consecuencia a la *praxis* sexual revolucionaria, e integrando a ambas al conjunto del movimiento proletario. Estamos convencidos de que éste es el *verdadero* camino para llegar a una solución definitiva” [-1931:129].

La represión de la vida sexual de los jóvenes

Reich hace una crítica frontal contra la institución familiar, la iglesia y la escuela, porque considera que son perniciosas para la juventud por ser “talleres del orden social burgués destinados a la fabricación de sujetos discretos y obedientes” [-1931:105], al servicio del Estado. La defensa que el capitalismo hace de la autoridad y la tradición involucra o pasa directamente por la represión sexual de los jóvenes porque al reprimir las tensiones y los deseos sexuales se consigue la inhibición de la actividad, de la razón, de la crítica. “Por el contrario, cuanto más se desenvuelve la sexualidad sana y vigorosamente, el individuo se siente más libre, activo y crítico en su comportamiento general” [-1931:106]. Por eso se considera que:

“La limitación de la libertad de la actividad psíquica y de la crítica mediante la represión sexual es uno de los pilares más importantes del orden sexual burgués” [-1931:106].

“La moral de la abstinencia es exigida de forma particularmente severa durante la pubertad, porque en general la juventud comienza a esa edad a rebelarse contra la familia; las necesidades sexuales de cada individuo se enfrentan a los opresores. La época de la pubertad es precisamente aquélla en donde surgen en todas las familias, casi sin excepción, los más agudos conflictos entre los adolescentes y sus padres” [-1931:106].

Es decir, Reich destaca como un hecho que la época de la pubertad y la condición de ser joven conlleva una alta dosis de rebelión en sí misma, contra la familia; por lo cual ésta y las otras dos instituciones del estado les responden a esos jóvenes con represión sexual (abstinencia, moralidad, obediencia). En lo que concierne al papel de la familia, el autor sostiene que la vida sexual de los hijos es “el ámbito donde se expresa más intensamente la autoridad de los padres” [-1931:111]. Tal autoridad se ejerce mediante “la intimidación y la atrofia sexuales, el despertar en los hijos el miedo a la autoridad por sus deseos, pensamientos y actos sexuales” [-1931:111]. Todo eso constituye “el nudo del aparato psíquico con ayuda del cual la familia esclaviza a la juventud al capital” [-1931:111].

Otra idea que tomamos de este punto de vista es que poco importan los métodos mediante los cuales se obtiene esa represión sexual, bien sea la persuasión o el convencimiento de los muchachos, o la imposición y la brutalidad, porque el resultado siempre es el mismo: la falta de independencia de los jóvenes. De tal manera que, en conclusión:

“La miseria psíquica y sexual de los hijos es la primera consecuencia de la represión sexual por parte de los padres, a la cual se añade la represión intelectual por la escuela, el embrutecimiento espiritual por la Iglesia y, finalmente, la opresión y la explotación material por los empresarios y los patronos” [-1931:111].

En síntesis, la tesis de Reich es que: “el problema sexual de los jóvenes no tiene solución en el capitalismo” [-1931:121], por consiguiente plantea de manera directa y concisa que: “no existe otro camino para la liberación sexual de la juventud que el de la revolución” [-1931:125]. Por eso, en el ideario de Reich, la primera condición para organizar la lucha sexual de la juventud es la educación política. Sin esa formación acerca de lo que es la revolución socialista no es posible que ellos comprendan lo que subyace a su miseria sexual. De ese modo Reich politiza el problema sexual de los jóvenes.

Al apreciar el panorama del trabajo de Bernfeld y Reich en torno a la adolescencia, podemos decir que a diferencia de las contribuciones de Bernfeld más centradas en el psicoanálisis sin dejar de lado lo social, la visión de Reich es eminentemente política. Aún así, ambos confluyen en un ideal que marcó ese momento histórico: sostener que entregando a los jóvenes el saber sobre la sexualidad se lograría disipar la angustia suscitada por la violencia del deseo sexual emergente con la pubertad.

2.4 La Sociedad Británica de Psicoanálisis

Son varias las razones que nos mueven a presentar la Sociedad Británica de Psicoanálisis. En primer lugar, Ernest Jones, su fundador y primer presidente, puede considerarse como una de los primeros psicoanalistas, junto con Hug-Hellmuth y Bernfeld, en dedicar expresamente un ensayo al tema de la adolescencia [Jones-1922]. En segundo lugar esta sociedad albergará y permitirá la co-existencia y discusión de las dos grandes pioneras del psicoanálisis de niños: Melanie Klein y Anna Freud. Por último, será en ella donde proliferarán los trabajos acerca de la delincuencia juvenil, soportados en mayor medida por Edward Glover, Kate Friedlander y Melitta Schmideberg, y donde se formen analistas de la talla de Moses Laufer, quien acabará por convencer a Anna Freud, como veremos más adelante, sobre la posibilidad y necesidad del tratamiento de adolescentes.

2.4.1 Ernest JONES, el fundador

Alfred Ernest Jones (1879-1958), nació en el país de Gales (Reino Unido). Obtuvo su diploma de doctor en Medicina en 1900 con la medalla de oro. Por esta época, antes de incursionar en el psicoanálisis, se interesó por la medicina clínica, la neurología y la psiquiatría. Pero su carácter insubordinado y sus relaciones difíciles en el gremio médico, hicieron que fuera considerado por su colegas un *enfant terrible*, lo que a la postre le acarrió el despido del primer hospital, donde apenas trabajó algunos meses. Una experiencia que ya prelude otras tantas futuras acusaciones.

Tuvo conocimiento del psicoanálisis a través de su cuñado Wilfred Trotter, quien le presentó una reseña de *Estudios sobre la histeria*, aparecida en la revista *Brain*. Jones puso en práctica lo que había leído, con su primer paciente, desde 1905 a 1906. Conoció a Jung en 1907 en Amsterdam y fue invitado al Hospital Burghölzi en Suiza. En 1908 tomó parte activa en el Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, en Salzburgo, que él mismo había organizado junto con Jung, con la ponencia “La racionalización en la vida cotidiana”, y allí se conoció con Freud, con quien inició una alianza personal y científica que duró hasta la muerte de éste.

Su carácter desinhibido y su inclinación a tratar temas de sexualidad con espontaneidad y sin empacho por la moral victoriana aún vigente, lo hicieron objeto de acusaciones –como haberles hablado indelicadamente a pacientes niños- y de reclamos judiciales, que lo llevaron en una ocasión a la cárcel [Roudinesco-&Plon-1997 fr:547]. Probablemente estas dificultades lo indujeron a aceptar en 1909 en Toronto los cargos de Director del Hospital Psiquiátrico y de Profesor Asociado de Psiquiatría.

Durante su permanencia en Canadá, ayudó a fundar la *American Psycho-Analytic Association* (APsA) en 1911 y publicó *Papers on Psycho-Analysis* [-1912], que se convirtió en el primer libro de psicoanálisis en lengua inglesa. En 1912 regresó a Inglaterra, una vez más, acusado de “deslices” sexuales. En 1913, forma la *London Psycho-Analytic Society*. En esta época, aconsejado por Freud permaneció en Budapest en análisis didáctico con Ferenczi, al que siempre admiró. Mientras que

transcurría el análisis con Ferenczi, Freud por pedido del mismo Jones, tomó en análisis a la compañera sentimental de éste, Loe Kann, con quien mantenía una relación en franco detrimento. La coquetería de Jones pronto apuntó a Anna Freud, a quien el propio padre no dudó en advertir de las desventajas de un tipo como Jones [Roudinesco-&-Plon-1997 fr:547].

En 1919 disuelve la *London Society* para fundar la *British Psychoanalytical Society*, dentro de la cual desarrolla importantes labores, como veremos más adelante, que conducen a la consolidación, al reconocimiento y al desarrollo del psicoanálisis en Inglaterra, entre otras: crea el *International Journal of Psycho-Analysis* (IJP); negocia el reconocimiento del psicoanálisis como especialidad médica por parte de la *British Medical Association*; interviene para concretar la traducción de las *Obras Completas* de Freud al inglés por parte de James Strachey; ayuda a Melanie Klein a instalarse definitivamente en Londres, proporcionando así una base firme al psicoanálisis de niños en la BPS.

En el momento delicado de la persecución nazi desempeñó el papel escabroso pero importante de transigir con el nazismo, creyendo de tal modo "salvar" al psicoanálisis en Alemania. En este sentido coordinó la reunión de la Sociedad psicoanalítica de Alemania donde obligó a renunciar a los miembros judíos bajo la "política de salvamento". Sin embargo, al mismo tiempo, ayudó también a los migrantes judíos europeos –incluido Freud– a encontrar acogida en los países de lengua inglesa.

Como fuese, Jones hizo las veces de activo "embajador" del psicoanálisis en distintos continentes. Fuera de su actividad "diplomática" Jones tuvo también una agitada actividad intelectual y política en el movimiento psicoanalítico: fue organizador y presidente de la *International Psychoanalytical Association* (IPA) durante dos períodos cruciales (1920-1924 y 1934-1949).

Sus principales contribuciones a la teoría psicoanalítica conciernen a su aplicación a la antropología, al folklore, al arte y a la literatura. Tempranamente en su carrera, produce un ensayo famoso, que data de 1910, en el que intenta explicar el carácter del Hamlet de Shakespeare en términos edípicos⁶⁷. También muy conocido es su trabajo de 1916 sobre *La teoría del simbolismo*. En 1922, en el Congreso de la IPA de Berlín, lanzó el gran debate sobre la sexualidad femenina, que durante mucho tiempo opuso a la escuela inglesa y la escuela vienesa. Otros de sus trabajos de psicoanálisis aplicado fueron compilados en 1923 bajo el título *Essays in Applied Psychoanalysis*. Fue además el primer historiógrafo del movimiento psicoanalítico, y en ese plan dedicó un ingente esfuerzo, en medio de una calamitosa enfermedad, a escribir en tres volúmenes la biografía de Freud.

⁶⁷ Ensayo que con algunas variaciones fue publicado en forma del libro en 1949, con el título *Hamlet y Edipo* [Jones-1910/1949].

Hasta los últimos momentos de su vida la entrega a la causa psicoanalítica fue colosal; muy enfermo, asistió al congreso de la IPA en París en 1957, un año antes de morir.

2.4.2 Desarrollo del psicoanálisis en la *British Society*

La *British Psycho-Analytical Society* se constituyó en 1919, como reforma de la *London Psycho-Analytical Society* que había sido creada en 1913, con el fin de agrupar solamente a quienes practicaban el psicoanálisis. La presidencia de la Sociedad, como ya se mencionó, fue asumida por el doctor Ernest Jones, quien se mantuvo en dicho cargo hasta 1944.

Los años 20 contaron con muchos eventos que marcaron el desarrollo de esta Sociedad. Si en 1920 contaba con 30 miembros, ya en 1925 eran 54. En esos mismos años, varios de sus integrantes se desplazaban a Europa continental para proseguir análisis con Sigmund Freud, Hans Sachs, Karl Abraham o Sandor Ferenczi. Desde el mismo año 20 comenzó a aparecer la primera revista de psicoanálisis en lengua inglesa, a saber, el *International Journal of Psycho-Analysis*; en 1924 se crea la *International Psycho-Analytical Library*, se conforma el *Glossary Committee* que con el concurso de Joan Riviere, de Ernest y los esposos Strachey comienzan a trabajar en la traducción de la obra freudiana, y se funda el *Instituto de Psicoanálisis*; en el 25, delegados británicos presentan por primera vez una ponencia en el Congreso de Bad Homburg; en el 26 se crea el *Training Committee* para oficializar la formación dentro de la Sociedad, así como la *London Clinic of Psychoanalysis*; en el 27 se integra **Melanie Klein** a la Sociedad y aporta sus concepciones sobre el psicoanálisis de niños.

Después de 1933, con el recrudecimiento del anti-semitismo bajo el régimen de Hitler, muchos analistas de Alemania y Austria, optaron por asociarse a la *British Society*, con lo cual enriquecieron ampliamente la vida psicoanalítica en Londres. Pero con la llegada de **Anna Freud** y sus colegas en 1938, las críticas y el número de detractores de la ideas de Melanie Klein se acrecentaron, por lo cual y en vista del interés en el psicoanálisis de niños, la Sociedad organizó unos Encuentros Científicos para ocuparse de dichas divergencias. Estas reuniones dieron lugar, a las *Controversial Discussions*.

2.4.3 JONES y la adolescencia

En cuanto a los aportes de Jones al esclarecimiento de la adolescencia tenemos el importante artículo titulado "Algunos problemas de la adolescencia". Su aparición en 1922, lo convierte en uno de los primeros artículos enfocados al problema de la adolescencia en psicoanálisis, pero además es uno de los primeros escritos en intentar articular la adolescencia con la infancia y la adultez, y en señalar los problemas que suelen presentarse en ese proceso de articulación.

A juzgar por algunas de las afirmaciones de Jones en este artículo, no parece que su verborrea sexual, que le valió tantas recriminaciones, fuera un simple capricho. Al parecer consideraba que hablar de sexualidad es una actividad plenamente saludable, y que silenciarla es la causa de males, los que abarcarían también al adolescente. En este sentido este artículo contiene algunas críticas dirigidas a aquellos teóricos que tratan sobre adolescencia sin “mencionar la palabra sexo”, al igual que al ambiente pedagógico de su época en el que prevalecía “una conspiración de silencio contra la vida sexual del niño, es decir contra la vida sexual de la prepubertad, de la que nunca se habla(ba), salvo para negarle existencia” [Jones-1922:826]. Hoy, a casi un siglo de esta proclama, no parecen claras las ventajas de haber introducido un discurso sobre el sexo en las aulas, ni el hecho de haberlo puesto en el inventario de las cuestiones cotidianas. Al menos de esta perorata sobre el sexo, no ha resultado un hombre con menor malestar, ni más cómodo en su despliegue de prácticas sexuales. Sin embargo pocos estarían de acuerdo con un retorno al silencio, que por lo demás de nada aseguraría.

Con respecto a los postulados freudianos expresados en *La metamorfosis de la pubertad*, Jones se muestra como su continuador, y concibe en esa misma perspectiva, que la tarea de la pubertad se inscribe en el intrincado camino de la pulsión sexual, como etapa precursora “de la madurez sexual” definitiva; un período de transición, por el cual el niño se hace hombre.

El mérito de este artículo, desde una visión retrospectiva, estriba en que ofrece una definición de la adolescencia que hizo carrera en el psicoanálisis, y que inspirada en la idea de retroactividad de Freud aún se mantiene, no sin algunas críticas -dados los elementos filogenéticos que comporta. Dicha definición considera que:

“ (...) el individuo recapitula y prolonga en la segunda década de su vida el desarrollo que ha consumado durante los 5 primeros años, del mismo modo que recapitula durante esos cinco primeros años las experiencias milenarias de sus ancestros, y durante el período prenatal las experiencias de millones de años” [Jones-1922:836].

De este modo Jones extiende la acción reeditiva al material de los tiempos prehistóricos, y en este sentido el individuo no sólo recapitularía su historia sino también la de la humanidad entera. Si bien Jones se afana por aclarar que su idea de recapitulación no es la de una repetición exacta de un material pasado, sino que está determinada por circunstancias tanto internas como externas, sin embargo da mayor peso a la influencia infantil en esta recapitulación, como se puede ver cuando promulga la siguiente ley general:

“(...) la adolescencia recapitula la infancia y (...) la manera en que una persona determinada atravesará las fases necesarias de su adolescencia, está determinada en gran parte por la forma en que haya investido su desarrollo infantil” [Jones-1922:838].

Como pensador que considera la vida del hombre como una sucesión de etapas, Jones la separa en dos grandes períodos, los que a su vez subdivide. Al período infantil lo divide en primera infancia, que abarca los 5 primeros años de vida, y en segunda infancia, el lapso entre los 5 y los 12 años. El otro gran período está comprendido por la adolescencia, que Jones estipula entre los 12 y los 18 años, y por la adultez (18 años en adelante). Esta separación por edades intenta marcar una diferencia con el postulado psicológico que establece en 14 años el comienzo de la adolescencia. Es que Jones concibe que los cambios inherentes a la pubertad se presentan antes en la esfera psíquica que en la física. Consideración que difiere de la idea según la cual, son los cambios en el orden biológico los que introducen o exigen las modificaciones en el orden psíquico.

Pero más allá del aspecto etéreo de estas divisiones, Jones define una serie de diferencias psíquicas entre el niño y el adulto, que podemos resumir del siguiente modo, que aunque esquemático, puede servir para entender como concibe la función de la adolescencia, esto es, como un período de conquistas psíquicas:

- a. El desarrollo intelectual, según los tests psicólogos es más elevado en el adulto que en el niño, sin embargo Jones considera que este punto de vista es demasiado exterior y que merecería mayor profundidad.
- b. El “espíritu” del adulto aparece como un todo más completo y unificado que el del niño, de tal manera que toda acción del adulto puede comprenderse como un emanación entera de su personalidad y antecedida de reflexión, mientras que en el niño sus acciones son la expresión de pulsiones más o menos aisladas, desintegradas e impulsivas, carentes de reflexión.
- c. Mientras que en el adulto hay una acción ajustada a la realidad en el niño falta la subordinación al principio de “dolor – placer” o realidad, que es la base de la inhibición de las pulsiones.
- d. Las fantasías del niño en relación con las del adulto son más egocéntricas. Y esta es una diferencia con el adolescente, ya que éste más bien en su “necesidad de ideal” revela la incompletud de su yo, que lo lleva a entrar en contacto con otra cosa, una idea, un líder, etc.
- e. Como efecto de lo anterior la necesidad de ser amado del niño, se contrapone a la necesidad de amar del adolescente.
- f. Por último con la idea de la madurez sexual que sufre un gran empuje en la pubertad, Jones desarrolla los problemas de la adolescencia partiendo de tres grandes cambios en el plano sexual:
 1. La pulsión que empuja al individuo a realizar la meta sexual, que ya no está inhibida.
 2. Esta meta se orientada a cumplirse con objetos externos más que con objetos el entorno inmediato.
 3. El deseo de amar se impone por sobre el deseo de ser amado.

Sin embargo este final ideal de la pubertad, expresado en estos tres postulados, expresa sólo la exterioridad de un proceso complejo, que Jones resume en la siguiente frase:

“Al momento de la pubertad se produce una regresión hacia la infancia, hacia el primero de todos los períodos de la vida, y la persona rehace, aunque sobre otro plano, el desarrollo que ella ha consumado en el curso de los 5 primeros años de su vida” [Jones-1922:836].

De esta regresión se desprenderían, según él, los problemas propios de la adolescencia. Una adolescencia supeditada a pasar por un período autoerótico, en el que se presenta una tendencia a la introversión; luego un período de vívido sadismo y erotismo anal, en el cual son característicos la gaminería, la grosería, la suciedad y el coleccionismo; un tercer período narcisista en el que existe una suerte de primacía genital, y en el que las conductas más clásicas son las de vanidad, prepotencia o en su caso negativo el sentimiento de inferioridad y de humillación; luego una fase homosexual con intensidades variables, y al final una fase heterosexual donde el individuo concentra su interés por un objeto del sexo opuesto.

Ahora bien, el paso de niño a adulto se establece según un equipamiento psíquico adquirido en la adolescencia, y que se comprende por las diferencias entre niño y adulto señaladas más arriba. Entre estas adquisiciones Jones destaca la modificación intelectual y la integración de las pulsiones, que es aportada por el desarrollo de la inhibición, así como el poder de mantener en suspenso la acción, diferirla y aplicarla en un momento más oportuno.

Finalmente, los postulados del autor se orientan a mostrar que gran parte de los problemas en la evolución de la infancia hacia la adolescencia, se originan en las fuertes resistencias, tanto internas -fijaciones y regresiones- como externas -excesiva represión de la educación que puede llevar a la inhibición exagerada de la sexualidad manifiesta- que recaen sobre esa especie de empuje interno libidinal [Jones-1922:846].

3. LA HUIDA DEL NAZISMO Y LA MIGRACIÓN AL MUNDO ANGLOSAJÓN

La persecución anti-semita se desató luego del ascenso de Hitler al poder en 1933, y la promulgación ese mismo año de las leyes de Nuremberg (que despojaban a los judíos de sus derechos civiles y reglamentaban su persecución y discriminación). Se siguieron medidas más draconianas para el tratamiento de los judíos en 1935, adoptadas también por el gobierno de la Alemania nazi. Luego, con la anexión de Austria en 1938 (el *Anschluss*), las leyes de Nuremberg entraron en vigor para la población judía austríaca. En consecuencia, entre 1933 y 1939 cerca de 230 mil judíos abandonaron Alemania y cerca de 140 mil dejaron Austria.

Gran Bretaña y Estados Unidos fueron los países preferiblemente elegidos como refugio por los psicoanalistas judíos inmigrantes. Esta inmigración causó serios problemas, conflictos y tensiones en las instituciones psicoanalíticas anfitrionas, sin embargo, en la *British Society*, gracias al riguroso control de Jones y sus fundadores, reinó comparativamente una mayor estabilidad que en las agrupaciones norteamericanas.

Para entender las razones de estas elecciones, así como los problemas que originaron, debe tenerse presente que numerosos analistas de Berlín y Viena ya habían estado en dichos países, y que algunos de ellos (por ejemplo: M.Klein en Inglaterra, S.Lorand, F.Alexander y S.Rado en Norteamérica) ya se habían instalado en dichos territorios con anterioridad. Estos hechos condujeron a la formación de extrañas alianzas entre los refugiados recién llegados, por un lado, y los antiguos inmigrantes o los miembros autóctonos, por otro. Para los psicoanalistas refugiados la posibilidad de ser aceptados por las instituciones locales para ejercer su profesión se constituía casi en un asunto de vida o muerte. Esto, aunado al hecho de que las leyes inmigratorias locales eran muy rigurosas con las profesiones liberales, particularmente con la profesión médica, hacía que fueran miradas con mucho recelo tanto la cuestión del psicoanálisis de los legos, como las tendencias innovadoras teóricas y técnicas.

Es difícil evaluar de qué manera y en qué proporción influyó esta compleja coyuntura en el desarrollo del psicoanálisis de la adolescencia, pero si se juzga sobre la base de la relativa proscripción que sufre el psicoanálisis de niños durante esta época, sumada al “respiro” y la reflexión retrospectiva que respecto a la adolescencia se realiza una vez terminada la Segunda Guerra (como veremos en el capítulo cuarto) y sumada a la aceleración de la respectiva producción científica durante la segunda mitad del siglo (que reseñaremos en los capítulos quinto a octavo), puede pensarse que ella tuvo, al menos durante un primer momento, una influencia inhibitoria.

3.1 Londres y sus relaciones con Europa continental

La cuestión de los criterios de reconocimiento de un analista estuvo en juego en el momento de disolución de *London Psycho-Analytical Society* y ocupaba también a la IPA desde los comienzos de su constitución. Empero, apenas en 1918, en el Congreso de Budapest, Nunberg propone que todo futuro analista debe haber pasado por un análisis personal, y siete años después, en el Congreso de Bad-Homburg de 1925, se discute, entre los representantes de las Sociedades locales, un plan para organizar internacionalmente el entrenamiento. A este respecto la contribución de Eitingon [-1928] constituye un documento de gran valor histórico, por cuanto en ella se formulan los principios básicos de la formación que aún se mantienen.

La exigencia de la experiencia de un análisis personal llevó consecuentemente a que muchos ingleses y americanos viajaran a Viena, Berlín o Budapest, para analizarse durante períodos más o menos prolongados. Entre los miembros de la *British Society* que fueron a Viena a analizarse con Freud, se cuentan: John Rickman, Joan Riviere, James y Alix Strachey; en Berlín se analizaron con Hanns Sachs: Sylvia Payne, Barbara Low y Ella Sharpe, y con Abraham: James y Edward Glover, y más tarde Alix Strachey; en Budapest, con Ferenczi, ya se habían analizado Jones y Klein, y en los años 20 acuden John Rickman, David Eder y Margery Franklin.

Las negociaciones promovidas por la IPA en torno a la formación de los analistas condujeron a unos acuerdos básicos, hasta el punto que en la *International Training Commission* reunida en Innsbruck en 1927, Eitingon afirma que las sociedades de Viena, Berlín y Londres se orientan por los mismos lineamientos.

Sin embargo no debe desconocerse que en la *British Society* surgieron diferencias de énfasis en el desarrollo de la teoría psicoanalítica; diferencias cuyos orígenes se remontan, en Londres, a los intereses teóricos iniciales del mismo Ernest Jones. Por otro lado a la creación de estas diferencias contribuyó luego ampliamente el interés en el psicoanálisis de niños y la creciente influencia de Melanie Klein.

El primer impacto de Melanie Klein es sobre los esposos Strachey en Berlín, ciudad a la que se había mudado desde Budapest en 1921, y donde aquellos conocieron su trabajo. Después, el ofrecimiento que ella hace de dar una serie de seis conferencias en la *British Society* es aceptado por el Consejo de ésta en 1925. Ya el año anterior, Nina Searl y Sylvia Payne, habían presentado contribuciones sobre la técnica del psicoanálisis de niños. En diciembre de ese mismo 1925, a raíz de la muerte de su analista, Karl Abraham, la invitan a asentarse en Londres y a abandonar la Sociedad de Berlín, en donde tenían mayor acogida los planteamientos de Anna Freud que los suyos. En efecto, en Alemania no se aceptaba que tratara el juego infantil como equivalente de las asociaciones libres del adulto, como tampoco la manera de interpretar los aspectos negativos sin haber construido antes una relación positiva. En Londres, en cambio, varias de las formulaciones teóricas de Melanie Klein tenían punto de contacto con las de Ernst Jones, como por ejemplo, la importancia acordada a lo pregenital y a los determinantes innatos.

Melanie Klein finalmente es recibida como miembro de la *British Society* después de su segunda conferencia en febrero de 1927, y ya para mayo, se encarga de iniciar la discusión de la reseña del libro de Anna Freud (*Introducción a la técnica del análisis de niños*) que presenta Barbara Low. Su contribución, junto con la de los otros participantes, es publicada el mismo año, en el volumen 8 del *International Journal of Psycho-Analysis*, para disgusto del mismo Freud, quien la interpretó como un ataque a su hija (ver carta a Jones ##).

Por otra parte, en 1930, la hija de Klein, Melitta, que había permanecido en Berlín, y se había casado con Walter Schmideberg, un miembro de la Sociedad de Berlín, se instala en Londres. Gana en 1933 el Premio de Ensayo Clínico que otorga el Instituto Británico, sostiene una fructífera producción científica (24 artículos entre 1930 y 1942), y gradualmente aumenta los desacuerdos con su madre. Adicionalmente, Edward Glover, quien era el analista de Melitta, luego de que “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos” fuera leída en 1934 por Melanie Klein, se aparta de ésta, a quien había apoyado hasta entonces.

Por ese tiempo Ernest Jones, que ocupaba de nuevo el cargo de presidente de la IPA, reconoce que un número importante de diferencias teóricas y técnicas presentes entre Londres y Viena se habían incrementado, y propone, junto con Federn, vicepresidente de la Sociedad vienesa, la realización de un intercambio de conferencias (“Exchange lectures”) entre 1935 y 1936.

No obstante es difícil determinar qué tanto contribuyeron al entendimiento mutuo dichas conferencias, pues otros asuntos, derivados de la persecución nazi, acapararon entonces la atención de los psicoanalistas.

3.1.1 Controversias Melanie Klein / Anna Freud

Como acabamos de ver, los desacuerdos entre, por un lado, Melanie Klein y sus seguidoras, tales como Joan Riviere, Susan Isaacs o Paula Heimann, y por otro lado, los analistas continentales congregados alrededor de Freud y su hija – Willie Hoffer, Kate Friedlander, Babara Lantos, Dorothy Burlingham y otros – ya se habían expresado en los años 27 y 35-36, antes de que se propusieran las *Controversial Discussions* desarrolladas de 1941 a 1945.

Todas las tensiones previas se incrementaron considerablemente con la acogida en la Sociedad británica de los analistas inmigrantes vieneses y berlineses, pero ante todo con la migración a Londres en 1938 de la familia Freud, y más aún con la muerte de éste.

Afortunadamente el grupo británico local, compuesto entre otros por Ernest Jones, Sylvia Payne, James Strachey, Ella Sharpe y Marjorie Brierley, se esforzó en actuar como mediador entre las partes en conflicto y salvaguardar la cohesión de la *British Society*.

Así fue como los analistas refugiados se encontraron en un nuevo contexto cultural siendo invitados a defender sus posiciones, referentes tanto a cuestiones administrativas y educativas como teóricas. Dentro de estas últimas la consideración crucial giraba en torno a decidir si la nueva visión sobre el desarrollo del niño y la técnica analítica eran compatibles con la visión clásica del psicoanálisis.

Se propuso entonces a los kleinianos presentar cuatro textos. El primero fue el de Susan Isaacs “Naturaleza y función de la fantasía” (27 enero 1943)⁶⁸; el segundo el de Paula Heimann “Algunos aspectos del papel de la introyección y la proyección en el desarrollo temprano” (23 junio 1943)⁶⁹; siguieron en el turno Susan Isaacs y Paula Heimann con un tercer escrito titulado “La regresión” (17 diciembre 1943)⁷⁰, y finalmente Melanie Klein intervino con “La vida emocional y el desarrollo del yo del niño con una referencia especial a la posición depresiva” (1º marzo 1944)⁷¹.

Igualmente importantes fueron las memorias redactadas por Anna Freud, Melanie Klein, Sylvia Payne, Ella Sharpe, Marjorie Brierley, con el fin de exponer sus diferencias técnicas respecto al abordaje, durante el tratamiento, de la transferencia y de la interpretación de las defensas.

Las *Controversial Discussions* dieron lugar a la dimisión de Edward Glover de la Sociedad y a la renuncia de Anna Freud del *Training Committee*. Dada esta situación, Sylvia Payne, nombrada presidente de la Sociedad en 1944, lanzó entonces la propuesta de establecer un cambio de programa de formación de los analistas para que se pudiera incluir la perspectiva de Anna Freud. Se instauraron así dos currículos, el A (para los kleinianos y los del *Middle Group*) y el B (para los anna-freudianos), y se acordó que representantes de las distintas corrientes teóricas estuvieran presentes en cada uno de los comités de la Sociedad.

Los documentos resultantes de estas discusiones, ahora recopilados en una célebre publicación [King-&Steiner-1991], constituyen unos de los testimonios más importantes de la historia del psicoanálisis. En última instancia, las *Controversias* tuvieron poco que ver con el tema que nos ocupa en este trabajo, es decir, el de la adolescencia, pero sí con el psicoanálisis de niños, antecedente necesario para comenzar a enfocar el tratamiento de aquella de una manera más específica, como veremos más adelante.

⁶⁸ “The nature and function of phantasy” in: King-&Steiner-1991:264-321 {versión española Isaacs-1943}

⁶⁹ “Some aspects of the role of introjection and projection in early development” in: King-&Steiner-1991:501-530 {versión española Heimann-1943}

⁷⁰ “Regression” in: King-&Steiner-1991:687-709 {versión española Heimann-&Isaacs-1943}

⁷¹ “The emotional life and ego-development of the infant with special reference to the depressive position” in: King-&Steiner-1991:752-797.

Finalmente la mirada retrospectiva de las *Controversias* permite entender ahora que, lejos de ser el estallido de la acumulación de tensiones teóricas, fueron el síntoma de una compleja situación que reunió factores inconscientes, personales, culturales, institucionales y políticos.

3.1.2 Melanie KLEIN

Melanie Reizes (su apellido de soltera) nace en Viena en 1882, en un medio judío tradicional pero no ortodoxo y muere en 1960 en Londres. Probablemente la muerte precoz de un hermano y una hermana, así como la profesión de su padre, la inclinaron hacia el estudio de la medicina. Su esposo, Arthur Klein, con quien contrajo matrimonio en 1903, era un ingeniero químico que necesitaba viajar constantemente y hospedarse en pequeños pueblos. Por eso, cuando en 1910 él logró encontrar trabajo en Budapest, ella reencuentra los estímulos intelectuales que tanto echaba de menos; descubre la obra de Freud e inicia su análisis con Ferenczi. Durante esta estancia leyó su primer ensayo ante la Sociedad Húngara de Psicoanálisis "El desarrollo de un niño" [Klein-1921] y fue nombrada miembro de la misma, pero rápidamente, en 1921, se traslada a Berlín, en donde prosigue su análisis con Karl Abraham, desde 1924.

Una de las pioneras del estudio del psicoanálisis con niños y de las primeras autoras en considerar inminente la creación de una técnica psicoanalítica específica para el tratamiento en la pubertad. Sus aportes sobre la pubertad, sin embargo, puede decirse que permanecen ocultos, dado que están mezclados con sus planteamientos sobre el psicoanálisis infantil, incluidos de manera parcial en los escritos acerca de la infancia, pues en aquel momento el estudio de la pubertad no se había separado con claridad [Klein-1922:241 ; -1932a:207]. No obstante, ellos permiten ver que la pubertad no era totalmente desconocida en ese tiempo.

Fue poco lo que Klein se aventuró a pensar sobre la adolescencia. Encontramos cuatro escritos en donde se refiere a ella:

"Inhibiciones y dificultades en la pubertad" [-1922];

"La técnica del análisis en la pubertad" (capítulo 5 de la parte 1 de *Psicoanálisis con niños* [-1932a];

el apartado sobre el "Desarrollo en la pubertad" del capítulo 11 ("Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña"), también del *Psicoanálisis con niños* [-1932b]

y finalmente, el apartado "Relaciones en la adolescencia" del texto *Amor, culpa y reparación* [-1937].

En algunos de estos trabajos, Klein considera urgente investigar más acerca de los púberes, pues empezaba a percibir características psíquicas propias y la necesidad

de una técnica diferente a la que se había diseñado para abordar la infancia [Klein-1922:242].

La pubertad según Melanie Klein

Entre los aspectos relevantes que se encuentran de manera temprana en la obra de Klein, se destaca el intento de abordar teóricamente la pubertad [Klein-1922:242], no sólo refiriéndose a los cambios fisiológicos que acontecen en ella, sino sobre todo, a los asuntos psíquicos que ella nombra como “pubertad psíquica” [Klein-1932a:217].

El abordaje que hace la autora de la pubertad no es sistemático ni profundo, pero alcanza a mostrar la naciente preocupación por diferenciar los trastornos de ese momento vital y las técnicas psicoanalíticas de intervención que les serían correlativas [Klein-1932a: 207]. La pubertad es abordada en relación con la infancia, considerándola como la repetición de la problemática edípica infantil y considerando los trastornos psíquicos que sobrevienen en la pubertad como un “retomar de lo infantil”.

Klein sostiene que las dificultades e inhibiciones que se producen en la pubertad se generan por un desfallecimiento del yo ante una falta del “equipamiento psíquico necesario” para manejar la oleada pulsional, la maduración sexual y los cambios físicos que trae consigo la edad. Por esto, el púber se siente a merced de sus deseos e impulsos que no puede satisfacer y que representan para él una pesada carga psicológica. [Klein-1922:241] En concordancia con la tesis de Anna Freud sobre la tregua entre las instancias y un equilibrio temporal, que en la pubertad se ve roto por el empuje pulsional, Klein señala que “en circunstancias favorables, las fuerzas en lucha logran un cierto equilibrio” [Klein-1922:243]. En razón de la intensificación de los impulsos y la exigencia psíquica que impone, se considera también que la pubertad somete a prueba los logros del análisis de la infancia y determina la formación definitiva de las neurosis [Klein-1932:180].

Las ideas que Klein desarrolla sobre la pubertad, giran en torno a: los mecanismos de defensa, los cambios y repercusiones psíquicas, la sexualidad, la técnica psicoanalítica, las características de las relaciones adolescentes y la “pedagogía curativa”.

Con relación a los mecanismos de defensa Klein resalta que el poder de los impulsos, el incremento de la fantasía y las nuevas exigencias de la realidad demandan el uso de nuevos mecanismos defensivos para enfrentar estas nuevas condiciones internas y externas, con los cuales los púberes tienen mayor éxito que los infantes, pues ya han desarrollado a su edad más intereses y actividades para dominar la ansiedad [Klein-1932a:207]. Como mecanismos defensivos característicos de la pubertad se mencionan la fantasía y la idealización de héroes [Klein-1932a:208,209], la rebeldía y la actitud de desafío.

Dentro de las características que se relacionan con el momento de la pubertad Klein sostendrá que la “tempestuosa corriente instintiva” genera una lucha entre los deseos y las defensas, y siguiendo a Freud [-1905c], señalará que una de las tareas de esta edad es “organizar los incoherentes instintos parciales del niño hacia las funciones procreativas”, por lo que el resultado final de la pubertad determinará las características de la vida sexual adulta. Otra de las tareas, la del “desasimiento paterno”, consiste en que “el niño debe desligarse internamente de los lazos incestuosos que lo unen a su madre” o a los objetos originarios de amor, para convertirse en un “hombre activo, vigoroso e independiente”, aunque dicho vínculo con la madre constituya la base del modelo de su futuro amor [Klein-1922:243-244]. Con relación a este tema, Klein sostiene en 1932 que el púber debe separarse de sus objetos de amor y odio primarios, lo que sólo puede efectuar si sus ansiedades y sentimientos de culpa no tienen una intensidad desbordante y se han aumentado sus recursos psíquicos internos. De otra manera su conducta tendría el carácter de huida más que de verdadera separación [Klein-1932:397].

Pasando al ámbito descriptivo, la autora hace alusión a los inesperados cambios de carácter, las contradicciones de los púberes y a la necesidad de “dar pruebas de coraje en el mundo real y el deseo de competir con otros” [Klein-1932a:208]. Considera todo esto como la manifestación de una “autoestima tambaleante o dañada” [Klein-1922:241] y como la expresión del intento de desasimiento de los padres.

En el escrito “Amor, culpa y reparación” se mencionan algunas particularidades de las relaciones del adolescente, en las que se evidencia el alejamiento de sus padres ligado al desarrollo de las amistades. En este texto la autora sostiene que la lucha entre el odio y el amor, que aparece en la primera infancia, opera activamente durante toda la vida como base de las relaciones humanas, por lo que el alejamiento del adolescente respecto de sus padres es una respuesta defensiva al reforzamiento de los deseos sexuales asociados a las figuras parentales. Los conflictos del púber entonces, se entablan en relación con las imagos paternas, aunque fenomenológicamente la hostilidad se dirija hacia la relación con los padres. Como una corriente opuesta a ésta, aparecen mecanismos defensivos tales como la idealización de los héroes o de otras personas cercanas, que permiten confirmar la existencia de padres “buenos” con los cuales tener una relación positiva. El odio se dirige en algunos casos hacia seres imaginarios (villanos), lo que permite salvaguardar de mejor manera a las personas amadas [Klein-1937: 157-158].

Las amistades en la adolescencia entonces, cambian de índole, y la fuerza de los afectos e impulsos de la época favorece la formación de amistades intensas entre los jóvenes, especialmente del mismo sexo, ligando a ellas tendencias y sentimientos homosexuales. En ocasiones las relaciones son inestables como defensa a los impulsos sexuales (conscientes e inconscientes) que invaden, perturban y dominan al joven. Sumado a esto se da la huida del impulso hacia el sexo opuesto, que aparece como ingobernable, en razón de su cercanía con los objetos incestuosos y de la lucha por encontrar nuevos objetos de amor [Klein-1937: 157-158].

Con relación a la pubertad femenina Klein, retomando algunos aportes de la psicoanalista Helene Deutsch, considerará que la aparición de la menstruación es una fuente generadora de una gran ansiedad, debido a los múltiples significados que puede adquirir para la púber. Así por ejemplo, puede entenderse como ‘signo visible’ de que el interior del cuerpo y los niños contenidos allí han sido completamente destruidos, o como signo de haber sido castrada, de haber perdido la posibilidad de tener un niño, o como un castigo por haberse permitido la masturbación clitoridiana. Además el flujo menstrual aumenta su temor de que su cuerpo sea atacado por su madre, en venganza por recobrar el pene del padre, o también como que sea dañado por su padre al copular con ella sádicamente, o temor a ser atacada por los objetos introyectados, como consecuencia de una lucha interna. Así mismo confirma la creencia de no tener pene y de que el clítoris es la cicatriz dejada por su pene castrado [Klein-1932b:347-348]. Estas fuertes angustias generan en la púber desilusiones y un golpe narcisístico que reactiva angustias de etapas anteriores, lo que tiene como consecuencia el desarrollo tardío de la posición femenina y un mayor número de inhibiciones en la mujer [Klein-1932a:212-236]. Por otro lado, la aparición de la menstruación puede generar satisfacción, dado que la menstruación confirmaría, si la posición femenina ha sido bien establecida durante la infancia, que puede ser gratificada sexualmente y que puede tener hijos [Klein-1932b:349].

En resumen, aunque Melanie Klein no realiza amplios y novedosos aportes a la comprensión psicoanalítica de la adolescencia, puede valorarse su anuncio temprano sobre la urgente necesidad de estudiar y analizar los púberes de forma diferente a la infancia y la adultez.

La técnica psicoanalítica con púberes

El hecho de que Klein hiciera alusión a la técnica psicoanalítica con púberes de manera tan escasa, pudo estar en relación con la crecida tendencia de la época de suponer contraindicaciones en el psicoanálisis de niños y púberes vinculada al fin trágico de *Hermine von Hug Hellmuth* en 1924 [Klein-1922:245]. Respecto al tratamiento psicoanalítico con la población de esta edad, Klein argumenta en primer lugar en pro de su pertinencia sosteniendo que “los análisis de niños de toda edad muestran que la disminución de los sentimientos latentes de culpa y ansiedad conducen a una adaptación social mejor y a un reforzamiento de su sentido de responsabilidad personal” [Klein-1932a:218].

Con respecto a la técnica psicoanalítica con púberes, sostendrá que “la actitud de desafío y de rebeldía característica de la pubertad” genera una gran dificultad técnica en estos análisis. Estas actitudes hacen necesario acceder rápidamente a la ansiedad del paciente y a los afectos que manifiesta, pues se corre el riesgo de que el análisis quede “interrumpido muy pronto” como consecuencia de las dificultades del adolescente para entablar el vínculo con el analista [Klein-1932a:207]. Desde el punto de vista técnico propone reducir la transferencia negativa del púber, realizando interpretaciones desde la primera hora de análisis, y utilizar una técnica

suficientemente elástica, que tenga en cuenta la necesidad de acción del adolescente y la necesidad de expresión por la fantasía.

Por el carácter desarrollista de sus teorías, Klein considerará que para realizar análisis en la pubertad, será importante tener presente cómo se han dado las anteriores transiciones psíquicas, y si alguna de ellas no se han dado, modificar la técnica en función de dicho momento vital en cual se ha detenido. Mencionará también que es necesario modificar la técnica analítica en la pubertad, por cuanto el mayor desarrollo del yo del púber (con relación a la infancia) permite una técnica más cercana a la del análisis del adulto, confiando principalmente en las asociaciones verbales [Klein-1932a:208-219].

Por esta razón piensa que el terapeuta que trabaja con púberes debe manejar tanto la técnica de análisis de adultos y como la de niños; por tanto, que dicho trabajo puede ser entendido, en un primer momento, como una mixtura esas dos técnicas. Afirma que el tratamiento psicoanalítico con adolescentes, debe localizar las amenazas del superyó, los impulsos del ello y las tentativas del yo para conciliar a ambos. Por otro lado, subraya la necesidad de que el analista se limite a usar métodos estrictamente analíticos, absteniéndose de ejercer influencias morales o educativas para acceder a los más profundos niveles de su inconsciente. En este sentido, es evidente que esta técnica no conlleva ideas novedosas respecto a los objetivos terapéuticos diseñados para el abordaje del niño o el adulto. [Klein-1932a:219-220]

Finalmente, Klein realiza aportes a nivel educativo (Pedagogía psicoanalítica). Expone pautas sobre el mejor cuidado de adolescentes y niños, habida cuenta que los púberes requieren que los adultos les pongan límites (normas) y que también les brinden apoyo. Con relación a los maestros, considera que reconocer y comprender la transferencia que hacia ellos hace el joven -- como consecuencia de la rivalidad edípica, del amor y el odio infantiles --, puede ayudar al púber a fortalecer la autoestima y a moderar sus sentimientos de culpa [Klein-1922:244].

3.1.3 Kate FRIEDLANDER

Kate Friedlander fue una psicoanalista de origen austríaco, pero reconocida por su trabajo en el ámbito inglés, debido sobre todo a su experiencia clínica y a su teorización respecto a la *delincuencia juvenil*.

Nació en una familia judía de la clase media, en Innsbruck (1902), una de las regiones en donde prosperaba uno de los anti-semitismos más virulentos de Austria. Recibió el título de medicina en Berlín en 1926, pero la pobre perspectiva laboral que le ofrecía su ciudad natal la empujó a instalarse en Berlín, en donde trabajó como asistente del profesor Karl Bonhoeffer en la clínica psiquiática de La Caridad. Obtuvo un segundo diploma de medicina en 1930, y por esos tiempos

estuvo interesada en la neurología, tanto que en 1932 publicó un artículo sobre “Una entidad clínica diferenciable de la esclerosis múltiple”. Algunos de sus escritos hablan de la conservación de su adherencia a los intereses y paradigmas médicos⁷². También se ocupó de la integración social de los pacientes que con parálisis general eran tratados con malario-terapia; hecho que testimonia, así como su trabajo psiquiátrico en el tribunal de menores, de su conciencia por los problemas sociales. Por esto se entiende su posterior adhesión al llamado “círculo de la izquierda freudiana”. En el contexto de su formación en el *Instituto Psicoanalítico de Berlín*, se analizó con Hanns Sachs, por cuyo intermedio entabló una buena amistad con Otto Fenichel y pudo conocer a Bárbara Lantos, quién sería posteriormente su compañera de trabajo en Londres.

Debido a la persecución nazi antisemita, Friedlander emigra a Gran Bretaña en 1933, en compañía de su esposo y su hija de dos años. Ingresó como miembro titular en la *British Psychoanalytical Society* (BPS). En Londres tuvo que revalidar su diploma de medicina (1936), y después accedió en 1943 al prestigioso título de Medicina Psicológica (D.P.M.).

Dentro de la diversidad de sus intereses se destacan las contribuciones sobre dos temas: la delincuencia juvenil y el psicoanálisis de niños. El desarrollo del primero comienza en los años 30 y está asociado a la persona de Edward Glover a quien conoce en el *Institute for the Study and Treatment of Delinquency*⁷³. Sobre este particular publica en 1947 *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*, que es probablemente una de sus producciones con mayor difusión y receptividad.

La llegada de Anna Freud a Londres estimuló mucho su segundo tema de trabajo. Friedlander mantuvo con ella una amistad cercana y una relación profesional durante los tiempos de las “grandes controversias”, y la eligió como su analista de control. En consecuencia, Friedlander hizo parte activa de la *Hampstead Child Therapy Clinic* (1941)⁷⁴; además convenció a Anna Freud para crear e impartir allí un curso de formación en psicoanálisis de niños.

Su perspicacia y energía la llevaron a crear en zona rural (de West Sussex) un centro llamado *Child Guidance Service* (1942), en el cual atendió a niños y adolescentes que presentaban perturbaciones de comportamiento y en el cual se formaron psicoterapeutas en el enfoque psicoanalítico de la delincuencia. Dicho centro se extendió con otras sedes en Horsham, Chichester y Worthing. En este ámbito pudo reunir experiencia clínica que le sirvió de insumo para elaborar algunos

⁷² Como por ejemplo: "The Somatic Origin of Anxiety" [-1933]; "The Biological Basis of Freud's Theory of Anxiety" [-1935].

⁷³ Las primeras bases de este Instituto fueron erigidas en 1922; posteriormente se convierte en la *Portman Clinic*, con el auspicio del Servicio Nacional de Salud (NHS).

⁷⁴ Actualmente llamada *Anna Freud Centre*; ver en: <http://www.annafreud.org/history.htm>

textos que giraron especialmente en torno de la delincuencia juvenil y de la diferencia entre la neurosis y la estructura antisocial de la personalidad [Friedlander-1940, -1941, -1945, -1949a].

No obstante, sus trabajos y aportes fueron recibidos con hostilidad, en gran medida debido a su resistencia a hacer parte de la *International Psychoanalytical Association* (IPA) y a su espíritu deliberante y controversial.

Seguramente Friedlander habría realizado un aporte más acabado y satisfactorio si no hubiera muerto prematuramente, a sus 47 años de vida, en Londres (1949), a causa de un cáncer de pulmón que le hizo metástasis en el cerebro.

De sus aportes a la concepción de la adolescencia da testimonio el capítulo X, *Pubertad*, de su *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil* [-1947]. Una de sus premisas se puede captar en el siguiente pasaje: “Con la maduración de los órganos sexuales las necesidades instintivas, tanto las sexuales como las agresivas, vuelven a ocupar el primer plano” [Friedlander-1947:96]. Pero al mismo tiempo planteó que “las dificultades puberales sólo son comprensibles teniendo en cuenta el desarrollo del instinto sexual desde el nacimiento hasta la solución del complejo de Edipo”. De allí que según su visión “el normal desarrollo de la pubertad dependerá de la solución más o menos eficaz del conflicto de Edipo” [Friedlander-1947: 96].

Esta concepción de la pubertad, sin embargo, se especifica en Friedlander principalmente a partir de los siguientes cinco tópicos:

- *Masturbación*: esta actividad, según ella, crea conflicto para el púber debido a que ésta resulta del re-apareamiento de los deseos sexuales autoeróticos que habían permanecido reprimidos durante el período de latencia (en los casos de neurosis) y -junto a estos- la reactivación de las fantasías incestuosas y de sus correspondientes sentimientos de culpa. Por esto el púber puede desarrollar o una compulsión masturbatoria o un ascetismo radical [Friedlander-1947:96 – 98].
- *Relación con los padres*: para Friedlander en la pubertad “las necesidades sexuales se orientan nuevamente hacia las personas del mundo exterior” [Friedlander-1947:98]. Por esta razón los padres -quienes fueron los objetos primarios de amor- vuelven a revestir una tentación para el púber, frente a lo cual el cambio de objeto sexual se torna prioritario. En ese sentido, “la rebelión contra la autoridad de los padres” y la “degradación de la imagen” que tenía de ellos el otrora niño, son signos de tal desprendimiento y del inicio de la reubicación de las tendencias sexuales en objetos exogámicos. Al respecto sostuvo que “esta fase durante la cual niños y niñas por igual hállanse un tanto fuera del control paterno, es necesaria en el desarrollo”, por lo cual se espera que esta crisis de autoridad se establezca posteriormente [Friedlander-1947:98 – 99].

- *Elección de objeto*: frecuentemente la primera elección de objeto recae en una persona del mismo sexo, debido, según Friedlander, a la reactivación de los restos de la fase edípica (especialmente: del Edipo negativo). Aun cuando esta elección -en general- no llega a definir la orientación sexual adulta [Friedlander-1947:99 – 100] sí crea las condiciones para el surgimiento de medidas defensivas extremas contra los sentimientos de pasividad generados por esta normal y transitoria fase homosexual. Por otra parte, en caso en que esta última tarea adolescente se vea obstaculizada, puede aparecer el actuar antisocial.
- *Desarrollo del Superyó*: debido al “solevantamiento emocional causado en la pubertad por el renacimiento de viejos conflictos” se genera un “dominio inestable del Superyó sobre la personalidad consciente”, lo cual concuerda con la alternancia observada en el púber por la autora, entre períodos de severidad e inhibición y otros de “entrega al placer instintivo”. De igual forma en el púber se modifica el *ideal* debido al rechazo de la imagen ideal que tenía de sus padres en la infancia y a su tendencia a re-hallar figuras ideales en personajes sociales y/o públicos. Por la misma razón su norma ética no puede ser uniforme [Friedlander-1947:100].
- *Desarrollo del Yo*: de manera semejante en el púber las funciones del Yo sufren frecuentemente de gran inestabilidad, oscilando entre períodos de intensa actividad intelectual, artística y deportiva, y fases de disminución de las funciones psíquicas secundarias [Friedlander-1947:100 – 101].

Finalmente, en el debate de su tiempo acerca de la psicopatología adolescente, Friedlander sostuvo que “inclusive el adolescente mentalmente sano se parece a un enfermo mental y que por lo general requiere de dos o tres años hasta equilibrarse” [Friedlander-1947:101]. Respecto a la etiología de este particular cuadro clínico, sin dejar de concebir que los conflictos presentados en la primera mitad del desarrollo psicosexual demarca la psicopatología adolescente que se consolida en la adultez, también admitió que las vicisitudes de la pubertad pueden revertir los conflictos primarios o pueden generar otros nuevos que influirán en la salud mental del adulto. Debido a esto sostuvo que durante ese momento “se dan muchas variaciones en el desarrollo, que dependen de la forma en que se ha solucionado la fase edípica y de las experiencias reales de la pubertad” [Friedlander-1947:101].

3.1.4 Los aportes de WINNICOTT

Donald Wood Winnicott nace en 1896 en Plymouth, Gran Bretaña, y muere en 1971. Se desempeñó como médico pediatra y psicoanalista de niños, convirtiéndose en una

de las figuras más importantes de la “Sociedad Británica de Psicoanálisis”. Fue presidente de esta Sociedad en dos oportunidades entre los años 1956-1959 y 1965-1968. Gradualmente fue dando un giro desde la clínica pediátrica hacia la psiquiatría psicoanalítica de niños, pero su mirada de pediatra no la perdió nunca [Chelger, 2008].

Fue formado inicialmente por Ernest Jones y posteriormente asesorado por Melanie Klein. Encontró en esta última una mejor visión de los primeros años de vida de los niños, lo que le ayudó a aumentar su comprensión acerca de los terrores y preocupaciones más primitivas en la niñez. En 1927 se inscribió en el Instituto Psicoanalítico de Londres y, años más tarde, llegó a ser el primer analista de niños del Reino Unido.

Supervisó sus análisis de niños con Melanie Klein, Melitta Schmideberg y Nina Searl. Esta última y Ella Freeman fueron sus supervisoras de adultos. En 1940 es nombrado analista didacta. M. Klein en su momento lo llamó “analista didacta kleiniano”, por lo que la tradición psicoanalítica le ha ubicado dentro de esta línea de pensamiento; no obstante, algunos de sus aportes teóricos asociados al papel del ambiente en el desarrollo no fueron valorados por algunos kleinianos [Chelger, s.f.]. Frente a las controversias psicoanalíticas entre Anna Freud y Melanie Klein, se unió a otros analistas con ideas imilares para formar el llamado *Middle Group*, compuesto entre otros por Michael Balint, John Bowlby, Masud Kahn, Margaret Little, Marion Milner, Charles Rycroft.

Winnicott desarrolló conceptos novedosos en psicoanálisis de niños e inauguró el concepto de *juego* como espacio fundante de la cura psicoanalítica. Sus aportes en el estudio de la adolescencia aparecen de manera tardía en su obra hacia los años 60', especialmente en los siguientes ensayos y conferencias:#

#

[-1946] “Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil”

[-1955] “Los hijos adoptivos al llegar a la adolescencia”

[-1961] “Luchando por superar la fase de desaliento malhumorado”

[-1964] “Conclusiones extraídas de una entrevista psicoterapéutica con una adolescente”

[-1967] “La delincuencia como un signo de esperanza”

[-1968a] “Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior” [en: Winnicott-1971] {también aparece con el título “Inmadurez Adolescente” en: *El hogar, nuestro punto de partida*, 1993}

[-1968b] “Perturbaciones físicas y emocionales en una adolescente”

[s.f.] “Notas sobre el juego”

En estos trabajos, de manera constante, proporciona ideas generales y no sistemáticas sobre las manifestaciones de la adolescencia, más desde la

fenomenología que desde un intento de comprensión; aborda la adolescencia como una fase del desarrollo, que se modifica según las condiciones sociales de la época. Sus ideas sobre la adolescencia se pueden agrupar en tres aspectos, a saber: el proceso de maduración, la tarea de la madre (ambiente cuidador), y algunas dificultades que pueden surgir en este proceso.

El Proceso de Maduración

En su momento, a diferencia de sus antecesores, Winnicott ya diferenciaba la pubertad de la adolescencia; comprendía la primera como la maduración física y la segunda como la transición hacia la adultez que se logra por el crecimiento emocional. La adolescencia no se presenta de manera paralela con el cambio biológico, pues “es común que varones y mujeres pasen por el desarrollo puberal sin experimentar la adolescencia y sin arribar a la madurez emocional que constituye la mejor parte del estado adulto” [Winnicott-1964:51]. Además, en la adolescencia el individuo se mantiene como un agente pasivo de los procesos de crecimiento hasta tanto no sea “capaz de identificarse con las figuras parentales y con la sociedad, sin necesidad de adoptar soluciones falsas” [Winnicott-1964:52].

Señala que a los adolescentes no les interesa, por lo general, ser comprendidos; por tanto esta preocupación concierne más a los adultos. En esta lógica, plantea que en la adolescencia, como un periodo de descubrimiento personal que trae consigo un problema concerniente al hecho de existir y al establecimiento de una identidad, la única “cura real” es la maduración, la cual, combinada con el paso del tiempo, produce a la larga el surgimiento de la persona adulta. Por lo tanto, aún en circunstancias óptimas, el joven tendrá que enfrentar en la adolescencia, diferentes tipos de problemas y fases difíciles [Winnicott-1961:170].

Según algunos autores, este tipo de afirmaciones de Winnicott causó daños, en la medida en que ponían “las tentativas de suicidio y las depresiones graves en el rango de los signos de salud ciertamente favoreció la trivialización de los trastornos psíquicos en la adolescencia y privó a un buen número de jóvenes pacientes de los cuidados adecuados, de los que sin embargo tenían una necesidad urgente” [Perret-Catipovic & Ladame-1997:25]. Esta crítica también se puede entender como un problema interpretativo de las tesis de Winnicott, pues él no desconoce que en la adolescencia hay crisis de identidad, tentativas de suicidio o depresiones graves, frente a las que propone enfrentar, más bien que remediar, lo que esencialmente es una manifestación de salud. Como se verá en la tercera parte de este apartado, el autor sí considera que hay algunos adolescentes con problemáticas que requieren de una intervención específica.

Winnicott no hace una afirmación despectiva cuando señala que “la inmadurez es un elemento esencial en la salud de la adolescencia” [Winnicott-1968a:189], por que considera que el hecho de ser inmaduros y no tener responsabilidades es lo que le

permite a los adolescentes tener visiones, sueños y ser creativos. En este sentido, observa que cuando el adolescente debe asumir responsabilidades por la muerte, ausencia o abdicación de los padres, ocurre un “envejecimiento prematuro” que le exige un falso proceso de maduración y le obliga a renunciar a sus juegos, a perder la espontaneidad y el impulso creador [Winnicott-1968a:189].

La crisis adolescente a nivel emocional, la nombra como “fase del desaliento malhumorado” [Winnicott-1961:170-182], y la caracteriza por la condición aislada del adolescente y su lucha por sentirse real, asociada a sentimientos de futilidad y contradicción.

El adolescente debe repetir la lucha que implica aceptar los objetos que no son parte de él. En este sentido comienza como un ser aislado, del mismo modo que en la infancia el bebé es un ser aislado hasta que puede afirmar su capacidad de relacionarse con objetos que escapan al control mágico. El adolescente pone a prueba sus relaciones con los objetos subjetivos, razón por la cual algunos de los grupos de adolescentes menores parecen aglomeraciones de individuos aislados que intentan unirse sólo por causa de sus preocupaciones e intereses recíprocos, que se relacionan desde el aislamiento, incluso en las experiencias sexuales. A esto se ligan sus dudas sobre la naturaleza de sus elecciones de objeto, sin son heterosexuales, homosexuales o narcisistas. Además las actividades sexuales compulsivas pueden representar más una descarga que una verdadera unión o experiencia sexual [Winnicott-1961:172-173].

La segunda característica, la “lucha por sentirse real”, se refiere a la negativa del adolescente a aceptar soluciones falsas, defendiendo una feroz moralidad, según la cual sólo acepta como real lo que siente, y debe empeñarse en encontrar ese “*self*” al que debe ser fiel [Winnicott-1961:177-181]. En esta tarea cobra importancia la necesidad del adolescente de verdades fácticas, necesidad comparable a una pulsión instintiva de orden biológico [Winnicott-1955:177].

De la mano de este último planteamiento se explican las tensiones y dificultades presentadas comúnmente en los adolescentes adoptados, que no han sido informados a temprana edad. No se afirma que la adopción sea negativa ni que siempre tenga dificultades, pero sí que estos jóvenes que tienden a perderse en las primeras etapas de la fase adolescente, son proclives a pasar con premura a la idea adulta de las relaciones sexuales socializadas por el matrimonio, pues “la adolescencia les plantea más tensiones que a los otros niños” por su ignorancia acerca de su origen personal. Por lo tanto, en ellos se aumentan algunos problemas corrientes de la adolescencia y requieren mayores aclaraciones acerca de su vida, demandan respuestas y ayuda para formularse las preguntas adecuadas, e información sexual completa y apropiada [Winnicott-1955:178].

Por otro lado, en la “fase de desaliento malhumorado”, por cuanto se evita toda solución de compromiso, no se acepta tampoco, en especial, recurrir a identificaciones vicarias. Se trata de partir de la nada desechando los logros de la cultura; los adolescentes “buscan una forma de identificación que no los traicione en

su lucha por conquistar una identidad, por sentirse reales, por no amoldarse a un rol asignado por los adultos y, en cambio, pasar por todos los procesos y experiencias necesarios, sean cuales fueren” [Winnicott-1961:178]. Frente a esto, la sociedad y los cuidadores quedan perplejos y atrapados en la curiosa mezcla de desafío y dependencia propios de la adolescencia.

Otro planteamiento esencial sobre el proceso de maduración en la adolescencia se refiere al *juego*, el cual cambia de connotaciones y funciones. En efecto, éste ayuda en ese momento de “sexualidad indeterminada” a actuar “infinitas posibilidades de identificaciones cruzadas”, aunque también se dé un desplazamiento del juego por la actividad masturbatoria. Lo característico del juego en los adolescentes, es que su tema está compuesto de los asuntos mundiales, pues juegan con la política global; también juegan a que son padres y madres (relaciones amorosas); juegan mediante construcciones imaginativas en las que hacen lo necesario para convertirse en artistas, músicos, filósofos, arquitectos, fanáticos religiosos, etc.; participan en juegos reglados, convirtiéndose en profesionales campeones mundiales; juegan a la “guerra”, envolviéndose en grandes riesgos, y juegan a los ladrones, convirtiéndose en ello. Cuando los adolescentes pierden la capacidad de jugar, pueden recaer en parálisis (introversión) o en la explosión del instinto y de una intensa vida de fantasía [Winnicott, s.f. :82-83]. El juego en la adolescencia abre la posibilidad de poner en acto prácticas que le permitirán al adolescente introducirse gradualmente en el mundo adulto.

Tarea de la madre (ambiente cuidador)

Una de las contribuciones de Winnicott al psicoanálisis es su concepción de la “madre suficientemente buena”, con la que se refiere a los vínculos cuidadores que proporcionan un marco confiado, seguro y protegido, que equipan al menor de estabilidad emocional para una vida adulta, sólida y productiva. En esta medida se considera que el desarrollo supone un “ambiente facilitador suficientemente bueno” que le permite al individuo pasar de la dependencia absoluta a una independencia relativa [Winnicott-1968a:183-184]. Al respecto, algunos autores sostienen que Winnicott le da gran valor al mundo externo como facilitador o inhibidor del desarrollo madurativo de los niños, lo que hizo que algunos kleinianos se sintieran amenazados por un aparente desvío de la atención hacia el mundo externo.

Respecto a las determinaciones ambientales de las manifestaciones de la adolescencia, Winnicott plantea una continuidad entre esta edad y la infancia. Considera que los adolescentes afrontan los cambios de la pubertad y las angustias ligadas a ella, basándose de manera considerable en las pautas organizadas durante su temprana infancia cuando atravesaron una fase similar de crecimiento físico y emocional. Luego del paso por el complejo de Edipo, el niño llega más equipado a la adolescencia con un método personal para “habérselas” con nuevos sentimientos, para tolerar la desazón y rechazar o apartar de sí las situaciones que le provoquen angustia insoportable. De este modo, en la adolescencia se manifiestan

generalmente los éxitos y fracasos anteriores del cuidado del bebé y del niño [Winnicott-1961:171].

En la adolescencia hay una interacción compleja con el ambiente facilitador, por cuanto el joven necesita usar la familia de alguna manera (positiva o negativa) y necesita de una contención en su proceso de crecimiento. Mientras tiene lugar el crecimiento (maduración), la responsabilidad debe ser asumida por las figuras paternas; “si éstas abdican, los adolescentes tienen que revestirse de una falsa madurez y pierden su principal ventaja: la libertad de concebir ideas y actuar siguiendo sus impulsos” [Winnicott-1968a:189]. Es en este sentido, que el adolescente necesita adultos que reclamen su punto de vista, e incluso que se le “opongan”, como parte fundamental de su proceso de crecimiento.

Por otro lado, otra de las tesis centrales del autor sobre la adolescencia, se refiere a la presencia del asesinato. El crecimiento implica ocupar el lugar de los padres; crecer siempre es un acto agresivo (tener otro tamaño), es pasar sobre el cadáver del adulto. Esta idea se observa en la psicoterapia individual, en la que generalmente está en juego la muerte de alguien y el triunfo personal para la adquisición de la condición de adulto. Por esta razón la ayuda de los padres será limitada en esta perspectiva [Winnicott-1968a:186-189].

Aunque Winnicott expresa la idea de un desarrollo lineal desde las pautas infantiles, dirá sin embargo que un “buen cuidado”, en términos generales, no garantiza la ausencia de problemas y reproches por parte de los adolescentes a los padres. Si se espera promover el crecimiento personal de los hijos, también se debe esperar que ellos encuentren su propia agresión y sobrevivan a ella. En este sentido, en la adolescencia normal siempre habrá complicaciones de algún tipo con el ambiente relacional cercano. Incluso, en el mejor de los casos, se deben esperar manifestaciones de celos hacia los hijos por parte de los padres, por haber tenido mayores posibilidades que las propias para el desarrollo [Winnicott-1968a:185].

En este punto se sitúa el alejamiento entre padres y adolescentes, por cuanto estos tienen la necesidad de entablar relaciones confiables que les permitan aprender acerca del sexo y del origen, y además, contar con alguien externo a la familia para ver su hogar desde cierta distancia, evaluarlo y criticarlo [Winnicott-1955:178].

Al entender el “ambiente” no sólo como el círculo cuidador cercano (la familia) sino también como la sociedad, se incluye la influencia social sobre algunas manifestaciones de la adolescencia. En este sentido, por ejemplo, en los pueblos primitivos, donde se ocultan los cambios de la pubertad bajo diversos tabúes o por medio de ritos y pruebas, se los reduce a un corto tiempo y se les imprimen formas de manifestación diferentes a las actuales. En cambio, la sociedad de hoy debe estar dispuesta a tolerar y manejar la tensión del adolescente, quien sólo es impulsado por su tendencia de crecimiento, lo cual, según Winnicott, le permite llegar a la edad adulta más fuerte, estable y maduro [Winnicott-1961:173-174].

Desde esta perspectiva, Winnicott considera que hubo tres procesos sociales que actuaron de forma conjunta para alterar el clima en que se desenvolvían los adolescentes de su época: uno de ellos fue considerar que las enfermedades venéreas ya no eran un factor disuasivo de la sexualidad, al disponer de medicamentos que las podían combatir, a diferencia de otras épocas en las que se les asociaban prejuicios (considerarlas como castigos divinos). El otro proceso consistió en el desarrollo de los métodos anticonceptivos, que dieron al adolescente la libertad de explorar la sexualidad con menor riesgo. El tercero fue el cambio del sentido del reclutamiento de los jóvenes para las guerras; la posibilidad de una confrontación nuclear hace perder el recurso de tratar a los adolescentes difíciles preparándolos a luchar por su patria. Esto afectó la relación entre la sociedad adulta y los adolescentes, por lo cual la sociedad misma debe hacerse cargo de la contención de la agresividad del adolescente, sin pasar por la severa disciplina militar o naval [Winnicott-1961:174-176].

Dificultades que pueden surgir en el proceso

Según Winnicott, “las manifestaciones del adolescente normal guardan relación con las de varios tipos de enfermos” [Winnicott-1961:179]; idea que sustenta mostrando diferentes correspondencias: entre el repudio de las soluciones falsas del adolescente y la incapacidad de transigir del paciente esquizofrénico, entre la necesidad de sentirse real del joven y los sentimientos de irrealidad asociados a la depresión psicótica y la despersonalización, y entre la necesidad de desafiar del adolescente y la tendencia antisocial, tal como se manifiesta en la delincuencia. [Winnicott-1961:179] A esto agrega que, en los grupos de adolescentes, las diversas tendencias suelen ser representadas por los individuos más enfermos, que actúan por los otros en su nombre. Así, cuando se presentan suicidios o depresiones paralizantes en estos grupos “cada uno de estos adolescentes utiliza a los miembros extremos del grupo para ayudarse a sí mismo a sentirse real, en su lucha por soportar este período de desaliento malhumorado” [Winnicott-1961:181].

En esta vía, el autor considera que “no hay nada más difícil que decidir si la persona que uno está atendiendo es un chico o chica sano con las congajas propias de la adolescencia, o alguien que está enfermo desde el punto de vista psiquiátrico, en la edad de la pubertad” [Winnicott-1964:181-182]⁷⁵.

Aunque se considera que el adolescente sano pasa por la “fase del desaliento malhumorado”, la sociedad debe tenerlo en cuenta, tolerarlo y no tratar de curarlo, pues, según Winnicott, el paso del tiempo es la única cura. Esto no niega que haya individuos “demasiado enfermos” para alcanzar la etapa de la adolescencia o que lleguen a ella de modo muy distorsionado y requieran de una intervención psicoanalítica. Dentro de esta categoría, Winnicott hace especial referencia a los

⁷⁵ Esto lo ejemplifica con la ayuda de diferentes casos ; véase Winnicott-1964:53,59 y Winnicott-1968b:##]

adolescentes que realizan conductas antisociales. Según él, dicha tendencia es catalogable como una enfermedad, su presencia excluye la adolescencia normal. En la base de ella siempre existe una “deprivación”; hasta una deprivación leve puede someter las defensas disponibles a una tensión y esfuerzo excesivos que puede acarrear consecuencias duraderas [Winnicott-1961:180].

El concepto de “deprivación”, variable en la teoría de Winnicott, se puede entender como un cambio que altera por completo la vida del niño, se produce cuando éste tiene suficiente edad para darse cuenta de lo que está sucediendo [Winnicott-1967:1-2]. La deprivación no permite el establecimiento del sentimiento de seguridad en las creencias ni el desarrollo de un buen “ambiente interno”. Por esta “falla” en el desarrollo, el adolescente necesita absolutamente un control externo para sentirse bien y ataca a la sociedad sin saber que lo hace para restablecer el control interno. Cada acto de robo y de agresión (formas clínicas de la tendencia antisocial) es un signo de la esperanza del adolescente por recuperar dicho control [Winnicott-1946:140].

Finalmente, aunque Winnicott recurre a algunos casos clínicos para describir las particularidades de la adolescencia, son muy pocas las “recomendaciones técnicas” que ofrece para la intervención psicoanalítica; señala especialmente que con esta población es conveniente estar dispuestos a trabajar “a pedido”, es decir, sin encuadre preestablecido y de manera flexible [Winnicott-1964:60].

3.2 Norteamérica: emigrantes reformadores y ortodoxos

Antes de la llegada de los inmigrantes europeos que huían del nazismo, el psicoanálisis ya se practicaba en los Estados Unidos desde hacía cerca de treinta años. Se había implantado a consecuencia de una primera ola, después de la visita de Freud a la Clark University en 1909. Las conferencias de Freud atrajeron un público muy variado, entre el que se contaban psiquiatras y neurólogos como Adolf Meyer, James Jackson Putnam y Abraham Arden Brill, interesados en la cura de las neurosis; psicólogos como William James y Edward Bradford Titchener; antropólogos como Franz Boas, o activistas políticos como Emma Goldman.

La fundación de la primera sociedad psicoanalítica norteamericana, la de Nueva York, tiene lugar el 12 de febrero de 1911, bajo la presidencia de A.A.Brill (1874-1948). Poco después, el 9 de mayo de 1911, se funda la Asociación Americana de Psicoanálisis, cuyo primer presidente fue J.J.Putnam (1842-1918). En 1914 se funda la Sociedad Psicoanalítica de Boston y se forman grupos en la región de Washington-Baltimore, así como en Chicago.

La amplia difusión del psicoanálisis, sumada a razones de responsabilidad y de intereses profesionales, llevó a la APA en 1924 a votar una resolución que excluía a todos los analistas que no fueron médicos. En buena medida esto preparó el terreno para las primeras disensiones que aparecen, en el período entre 1930 y 1940, dentro de la segunda generación de psicoanalistas; algunos de ellos ya formados en Europa

y que se habían encargado de la implantación de los Institutos de Psicoanálisis. Se constituyen entonces otras corrientes psicoanalíticas, que demarcándose de la tradición más clásicamente freudiana, tratan de ser más eclécticas y se proponen hacer del psicoanálisis una práctica esencialmente terapéutica.

Pero la difusión del psicoanálisis se hace también en el campo de las ciencias humanas. Antropólogos como Margaret Mead, Gregory Bateson y Ruth Benedict, al igual que psicoanalistas como Sandor Radó y Abraham Kardiner, desarrollaban investigaciones sobre las sociedades tribales; el sociólogo Talcott Parsons hace del psicoanálisis un pilar de su teoría social, o Harold Laswell estudia los comportamientos políticos en términos de motivaciones y constitución psíquicas.

El cambio demográfico de la comunidad psicoanalítica se acentuará en el decenio siguiente, con la gran ola de inmigración europea. Entre 1939 y 1942, surgirán entonces las divergencias más importantes respecto a la definición de la sexualidad y a su papel en la etiología de las neurosis. Todas estas disensiones conducirán finalmente a la predominancia de la tendencia europea y, a partir de 1945, a la hegemonía de la *Ego-psychology* ortodoxa.

Empero, años antes de la instalación de la corriente ego-psicológica, se hicieron sentir en el espacio estadounidense: la “corrective emotional experience” de Franz Alexander (1891-1964), la orientación interpersonal de H.S.Sullivan (1892-1949), y la corriente culturalista, asociada a Karen Horney (1895-1952) y Erich Fromm (1900-1980).

Más tarde estas dos últimas corrientes estuvieron reunidas en el programa postdoctoral inaugurado en la Universidad de Nueva York, en 1952, por psicólogos formados en el “William Alanson White Institute”, hasta que en 1970, aproximadamente, en el momento de la declinación de la *Ego-psychology*, emerge una tercera vía, conocida desde entonces como “escuela relacional”. El desarrollo de esta última orientación se atribuye a la confluencia de la *Self-psychology* de Kohut y de las ideas del *British Independent Group* y su consolidación a la aparición posterior del trabajo de Greenberg & Mitchell. Pero también se afirma que su origen se remonta a algunos aspectos de las contribuciones de Edith Jacobson y Margaret Mahler, cercanas a la *Ego-psychology*, como también, mayormente, al quiebre teórico introducido por Hans Löwald [-1960]. Aunque la corriente relacional es la dominante actualmente en los Estados Unidos, comprende varias orientaciones, y más allá de ella existe otra pluralidad de nuevas corrientes contemporáneas (intersubjetivistas, hermenéuticas, constructivistas y hasta neuro-cognitivistas) junto a las ya conocidas (interpersonal, culturalista, ego-psychology, self-psychology).

Ahora bien, dentro de este amplio recorrido del psicoanálisis norteamericano hemos identificado y seleccionado algunas contribuciones al conocimiento de la adolescencia. Nos detendremos en la lectura de estos distintos aportes y contados autores.

En un primer momento (desde el siguiente apartado de este tercer capítulo) abordaremos el breve pero significativo artículo de Karen Horney, como ejemplo de uno de los aportes culturalistas, y el de Helen Deutsch, en cierto sentido más “clásico”, pero que no deja de presentar novedades.

Dejaremos para el capítulo siguiente (el cuarto) el análisis de varios de los ensayos sobre adolescencia de Kurt Eissler, influido de alguna manera por la obra que Anna Freud desarrolla luego de su emigración a Inglaterra y por la *Ego-psychology*, pero que todavía se sitúa en un momento de vacilación y reflexión sobre las posibilidades del psicoanálisis de la adolescencia.

En un capítulo subsiguiente (el quinto), abordaremos los desarrollos posteriores a los años 50, examinaremos los planteamientos de Erik Erikson, otro destacado estudioso de la adolescencia, que aunque no tiene vínculos directos con los culturalistas desarrolla un enfoque semejante, los de Edith Jacobson, cuya concepción aunque tiene puntos de contacto con la de la *Ego-Psychology*, contiene fuertes componentes relacionales, y los de Peter Blos, quien incorpora en ellas algunas influencias de Margaret Mahler. Todos ellos tienen en común, sin embargo, haber recibido una amplia influencia de la *Ego-psychology* y haber publicado sus principales trabajos en los años 50 a 60.

3.2.1 Karen HORNEY y el culturalismo

Como ya se había mencionado, la corriente culturalista en psicoanálisis se había desarrollado en un período anterior al auge de la *Egopsychology*. El culturalismo, más que un cuerpo teórico definido o una escuela, constituye un cierto modo de concebir el desarrollo de la personalidad y la generación del conflicto, por cuanto enfatiza en el papel de los factores sociales y culturales en su producción, es decir, valoriza la influencia del medio ambiente.

Por otro lado, los autores cuyos nombres se suelen asociar a esta orientación (Harry Stack Sullivan, Clara Thompson, Karen Horney, Erich Fromm y Abraham Kardiner) desarrollaron pensamientos muy diferentes; es más, hicieron parte de grupos cuya definición social e institucional no fue permanente ni teóricamente homogénea.

La persona que, sin embargo, operó como el primero y el más fuerte aglutinador de todos ellos fue Sullivan (1892-1949). Éste, un psiquiatra y psicoanalista norteamericano, comenzó a trabajar en psiquiatría desde 1921, bajo la dirección de William Alanson White, y fue miembro fundador de la *Washington Psychoanalytic Society* (1930), pero se alejó progresivamente del psicoanálisis freudiano para concentrarse cada vez más en la psiquiatría, en la *Washington School Psychiatry* (1936), y en la elaboración de su teoría interpersonal. Al comienzo de los años 40 trabajó como profesor y supervisor en el *Chesnut Lodge Hospital*, e influyó sobre una serie de colegas, particularmente en Frieda Fromm-Reichmann (1889-1957).

En 1923 Sullivan conoció a Clara Thompson (1893-1958), con quien mantuvo una amistad por cerca de veinticinco años, y la animó a analizarse con Ferenczi. Después de la muerte de éste en 1933, ella, ya instalada en Nueva York, forma un círculo de discusión con Sullivan, Karen Horney, William Silverberg y, más tarde, Erich Fromm. Con estos mismos colegas y Bernard Robbins, en 1941, a raíz de la renuncia forzada del *New York Psychoanalytic Institute* a la que fue sometida Horney, organiza la *Association for the Advancement of Psychoanalysis*, pero se retira de esta asociación dos años después cuando Horney quería prescindir de Fromm y de todos los analistas no-médicos. Después de ser una de las principales profesoras en la *Interpersonal School of Psychiatry*, funda con Sullivan y con la ayuda de Erich Fromm, Frieda Fromm-Reichman, Janet y David-M Riosch, la filial neuyorkina de la *Washington School of Psychiatry*, la que se convertirá en 1943 en el *Instituto William Alanson White*, consagrado a la enseñanza y el desarrollo del psicoanálisis interpersonal.

Ahora bien, algunos de estos colaboradores suelen ser catalogados en la corriente culturalista o también en el “movimiento neo-freudiano”⁷⁶, en particular Karen Horney (1885-1952) y Erich Fromm (1900-1980), pero también al norteamericano Abraham Kardiner (1891-1981), junto con una serie de antropólogos, entre los que se contaba a Margaret Mead, a Ruth Benedict y a Ralph Linton. No obstante, para la fecha en que Fromm publica *El miedo a la libertad* [-1941] y mientras se desempeña como director clínico (1946-1950) del *William Alanson*, ya Karen Horney trabajaba de manera independiente en el *American Institute for Psychoanalysis*, del cual fue su directora desde su creación en 1941 hasta su muerte. A veces también se incluye en la corriente culturalista a Clara Thompson y H.S.Sullivan, que como ya habrá podido colegirse, estuvieron más ocupados en la elaboración de la teoría interpersonal, o incluso a Erik Erikson, quien a pesar de las afinidades teóricas, trabajó en otros territorios e instituciones estadounidenses (Massachusetts y California).

Aunque Sullivan habló de la adolescencia y la diferenció entre varias etapas en la vida del humano (intermedia entre la pubertad y la juventud, para llegar a la adultez), solamente nos ocuparemos a continuación de un ensayo de Karen Horney relativo a dicha etapa en la mujer, por cuanto sostiene un enfoque más propiamente psicoanalítico, y en vista de que no encontramos en Fromm reflexiones directas sobre la adolescencia.

3.2.1.1 Etapas de la obra de Horney

Karen Horney ingresa a Estados Unidos en 1932, un año antes que Erich Fromm, motivada por la invitación que le hiciera Franz Alexander para asumir el cargo de directora asociada del recién creado *Chicago Psychoanalytic Institute*. Pero instalada en Nueva York desde 1934, se afilia entonces al *New York Psychoanalytic Institute*,

⁷⁶ Este movimiento será objeto de severas críticas por parte de Herbert Marcuse en el epílogo de su libro *Eros y civilización* [-1953], donde la mayoría de sus referencias conciernen a los trabajos de Karen Horney y Erich Fromm.

al cual debe renunciar en 1941. En este mismo año organiza el *American Institute for Psychoanalysis*, en el que, como dijimos, permanece hasta su muerte, en 1952. También fue fundadora y jefe de redacción del *American Journal of Psychoanalysis*.

En la trayectoria de su pensamiento se pueden identificar tres grandes momentos. En los años 20 y comienzos de los 30, trata de modificar el punto de vista ortodoxo sobre la psicología femenina, pero conservando el marco de la teoría freudiana. En los años 30, emprende una redefinición del psicoanálisis, buscando remplazar la orientación biológica de Freud por una que enfatice en la cultura y las relaciones interpersonales. Por último, en los años 40, elabora su teoría sobre la madurez: en *El autoanálisis* [-1942], *Nuestros conflictos interiores* [-1945] y *Neurosis y madurez* [-1950].

A su primera etapa pertenece *Psicología femenina* [-1922-36, edición 1967], colección de ensayos en los que manifiesta su desacuerdo con los conceptos de envidia del pene, complejo de castración, masoquismo y desarrollo femeninos. Sus libros *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* [-1937] y *El nuevo psicoanálisis* [-1939], fueron los que le valieron ser considerada como integrante neo-freudiano de la escuela culturalista. En efecto en dichas obras al concebir la génesis de las neurosis acentúa el papel de las condiciones adversas del ambiente, especialmente del familiar, y respecto a la técnica de la terapia recomienda focalizarse en la constelación de las defensas y conflictos actuales, en lugar de aquellos de origen infantil.

3.2.1.2 La adolescencia femenina

Mujeres en la adolescencia. En 1934, Karen Horney aporta al estudio de la adolescencia en las mujeres un artículo titulado “Los cambios en la personalidad de las adolescentes”. Sobre la base de la experiencia clínica con muchachas y mujeres adultas, se ocupa de estudiar cuatro vías diferentes y hasta opuestas que observó en el comportamiento y personalidad de aquellas, a saber las que:

- 1) Se dedican a actividades sublimadas y desarrollan aversión hacia lo erótico,
- 2) Son absorbidas por lo erótico y pierden el interés y la capacidad para el trabajo,
- 3) Se vuelven emocionalmente “distanciadas”, indiferentes, “nada les importa” y no ponen energía en lo que hacen,
- 4) Desarrollan tendencias homosexuales.

A pesar de las diferencias en los perfiles, según veremos más adelante, la autora sostiene que en estas jóvenes hay una base común de experiencias en la infancia que configuran “conflictos subyacentes similares” [Horney-1934:288], los cuales, con la pubertad, se empiezan a traducir en características de personalidad y comportamiento como “[...] soluciones o seudosoluciones” [Horney-1934:288] para eludir la angustia. Según la hipótesis que Horney aduce en la base de la sexualidad de estas jóvenes habría una gran culpabilidad.

En otras palabras, este estudio plantea que “si bien en todos los casos los conflictos determinantes surgieron en la infancia temprana [...]” [Horney-1934:277], es en la pubertad, con el aumento de la tensión libidinal, la culpa y el temor despertados por el deseo sexual, y el efecto emocional que suscita la llegada de la menstruación, que comienzan los primeros cambios en la personalidad y se continúan de manera gradual durante la adolescencia. Estas condiciones, presentes desde entonces, son con frecuencia constatadas luego en mujeres adultas que presentan problemas neuróticos o perturbaciones del carácter.

Tipos de cambios en la personalidad. Se habla de “cambios” en la conducta de las jóvenes, en contraste con los intereses que ellas mostraban cuando niñas. La clasificación que hace Horney, en cierto modo arbitraria y de ninguna manera completa⁷⁷, propone que hay chicas sublimadoras, seductoras de hombres, otras indiferentes y otras con tendencias homosexuales:

El grupo de las sublimadoras lo conforman muchachas que cuando fueron niñas “mostraban una curiosidad natural por las diferencias anatómicas y funcionales en los dos sexos y por los misterios de la reproducción, se sentían atraídas por los niños varones y jugaban complacidas con ellos” [Horney-1934:278], pero al llegar a la pubertad “se enfrascaban súbitamente en problemas mentales, en búsquedas religiosas, éticas, artísticas o científicas, mientras que al mismo tiempo perdían todo interés en la esfera erótica” [Horney-1934:278]. La naturaleza patológica de este tipo de cambio no es evidente, la joven misma no es consciente de su aversión hacia la sexualidad y, por su seriedad y aplicación, tiene una gran aceptación familiar y social.

Las seductoras muestran un cuadro inverso al anterior, comprende muchachas muy dotadas y capaces que “pierden interés en todo excepto en los muchachos, son incapaces de concentrarse, y abandonan todas las actividades mentales al poco tiempo de iniciadas. Están absorbidas por completo por la esfera erótica” [Horney-1934:279]. Lo problemático para estas jóvenes es su tendencia a enamorarse compulsivamente de un muchacho tras otro, sin que en realidad les importe alguno.

“El tercer grupo se muestra inhibido tanto en la esfera del trabajo como en la del amor” [Horney-1934:279]. No obstante esta doble inhibición no es evidente porque son muchachas con mucha vitalidad y facilidad para hacer relaciones sociales, hablar abiertamente de lo sexual y, hasta con iniciativa para iniciar encuentros sexuales. Aunque sus capacidades no están en duda, no logran comprometerse emocionalmente con nada ni con nadie; con una actitud distanciada se ubican como espectadoras de la vida.

Por último en las muchachas que desarrollan tendencias homosexuales, es notorio el interés exclusivo que ellas muestran por otras chicas, los intensos lazos de amistad

⁷⁷ Horney señala que la tipología es arbitraria o ficticia porque en la realidad no hay comportamientos puros sino que entre estos se presentan mezclas y transiciones. La clasificación también es incompleta por el hecho de comprender únicamente los cambios que ella observó, y es evidente que el universo de posibilidades en el comportamiento es más amplio.

que las unen y el alejamiento de los varones, todo esto teñido de un carácter sexual del cual pueden ellas tener o no conciencia.

Similitudes en la diversidad. A pesar de la diversidad de estos grupos, entre todas las jóvenes que los conforman hay tendencias en común, tales como: “inseguridad respecto de la confianza en sí mismas como mujeres, actitud conflictual o antagonista hacia los hombres e incapacidad de “amar” [...] [Horney-1934:280]. Estos aspectos que indican que el papel femenino les resulta problemático, auscultados con mayor agudeza develan “un antagonismo general contra todo el mundo, hombres y mujeres” [Horney-1934:281]; antagonismo que expresan de manera diferente dependiendo de a quien lo dirigen. La hostilidad hacia los hombres aflora con más facilidad, pero es variable en intensidad y motivación; hacia las mujeres, es más feroz y destructiva, y está oculta de manera profunda hasta el punto que, en ocasiones, no tienen conciencia de ella.

Esta hostilidad extrema hacia las mujeres encuentra una explicación en el antagonismo con la madre o una hermana mayor, el cual tiene sus fuentes primarias en la oposición a lo sexual surgida desde la infancia. Los celos y rivalidad que la niña sintió en aquella época hacia las figuras maternas dieron lugar a una serie de reproches, a su actitud desafiante y al despliegue de hostilidad en fantasías crueles, las que, a la vez, se convirtieron en fuente de los subsiguientes sentimientos de culpa y temor a ser atacada y castigada como retaliación.

Se conjetura que esas fantasías de destrucción hacia la madre acompañaron la actividad masturbatoria de la niña, por lo que el sentimiento de culpa también quedó asociado a este tipo de experiencia, no por el proceso físico de la masturbación en sí, sino por el ímpetu de las fantasías hostiles. En consecuencia, el onanismo y el deseo correspondiente fueron reprimidos desde entonces, de tal manera que al llegar a la adolescencia estas jóvenes tienen en común una fuerte actitud defensiva hacia la masturbación [Horney-1934:281].

Por otra parte, Horney sostiene que la experiencia de la masturbación física de las niñas, es la fuente en los distintos tipos de jóvenes adolescentes de una serie de temores frecuentemente relacionados con su cuerpo, sus potencialidades y atributos físicos: temen entonces haber sido dañadas o lesionadas, no poder tener hijos y no ser atractivas. El impacto emocional que en muchas de ellas causa la llegada de la menstruación está asociado a ese temor profundo de haber sido dañadas en efecto.

Los elementos anteriores confluyen en los cuatro tipos de mujeres descritos. En todos, ellas presentan una reacción al reencuentro con la sexualidad, buscan eludir la angustia o disminuir los temores, de tal manera que:

“Mientras todas las demás [grupos 1, 2 y 4] se proponen lograr su tranquilidad aferrándose emocionalmente a algo -a las realizaciones, los hombres, las mujeres- las jóvenes del tercer grupo buscan el camino de atrofiar su vida

emocional, con lo que lograrían disminuir sus temores. ‘No te comprometas emocionalmente y de ese modo no sufrirás’ ” [Horney-1934:288].

Relación con la analista, profilaxis y tratamiento. Si se repara en el acontecer de la relación de la niña con la madre, desde un estrato superior, se descubre también que la hostilidad de la joven tiene la connotación de una defensa [Horney-1934:283]. Este mecanismo se constata en la clínica psicoanalítica de manera nítida cuando analista y consultante son del sexo femenino. Al respecto Horney se percata de la incomodidad que, en todos los casos, la joven analizante siente frente a su analista mujer, lo que posiblemente corresponde a una reacción a los sentimientos de culpa y expresa los temores que la muchacha fantasea de ser atacada por aquella.

La autora es escéptica en cuanto a la profilaxis y optimista frente al tratamiento. Advierte que “[...] todo esfuerzo profiláctico que se efectúe en la pubertad -por ejemplo, un esclarecimiento razonable acerca de la menstruación- llega demasiado tarde” [Horney-1934:289]; la joven capta la explicación en el plano intelectual y los temores infantiles persisten. Dentro de las posibilidades de tratamiento, el psicoanalítico es el instrumento más adecuado para tratar las perturbaciones fuertes que conllevan los cambios de personalidad. Adicionalmente, Horney considera que “la vida suele ser la mejor terapeuta” [Horney-1934:290], especialmente cuando las dificultades de las pacientes son de naturaleza menor.

Este estudio de Horney no sólo aporta a la descripción fenoménica de algunos de los cambios en la personalidad de las adolescentes, sino también al análisis de lo femenino, identificando elementos que lo constituyen desde la primera época de vida de la niña, a saber: la actividad sexual temprana, las fantasías hostiles en la relación con la madre, así como el sentimiento de culpa y el temor que derivan de ellas.

3.2.2 Helene DEUTSCH

Reseña biográfica

Helene Rosenbach nació en Przemysl, territorio no ruso de Polonia, el 9 de octubre de 1884 y murió en Estados Unidos a la edad de 97 años, el 29 de marzo de 1982. Sus padres, Wilhelm y Regina eran judíos. Era la menor de cuatro hijos, antecedida por otras dos mujeres y un varón. Tuvo serias dificultades con su madre y en una ocasión, a los 14 años, huyó del hogar al darse cuenta que ésta tenía planes de boda e hijos para ella, muy diferentes a sus aspiraciones juveniles. No regresó hasta que logró que ambos padres firmaran un documento en el que constaba que se le permitiría asistir a la universidad, acceso que era poco común para las mujeres de su época.

En 1912 se casó con Felix Deutsch, quien luego sería el médico personal de Freud, un internista que dedicó muchos escritos a los factores psicosomáticos. En 1913 Helene obtuvo su M.D. (título en Medicina) de la universidad de Viena. Trabajó de 1912 a 1918 como asistente de tiempo completo en la Clínica de Wagner –Jauregg en Viena⁷⁸ pero mientras que los intereses de éste último iban encaminados a establecer un laboratorio experimental, los de Deutsch estaban en una dirección contraria.

En 1916 leyó *La interpretación de los sueños* [Freud-1898b] y solicitó analizarse con Freud mismo (de 1918 a 1919). Éste aceptó, pero le advirtió acerca de las dificultades que esto podría traerle con Wagner-Jauregg y su clínica, debido a la abierta oposición que éste tenía hacia el psicoanálisis; renunciar a la clínica de Wagner-Jauregg significaba perder las oportunidades y ventajas de ser un miembro de su staff, además de la pérdida del contacto con pacientes muy enfermos. Comenzó entonces su análisis con Freud bajo la condición de que con la supervisión de éste, ella analizara a Víctor Tausk. Si se repara en que Helene apenas incursionaba en el psicoanálisis y Tausk llevaba ya buen tiempo trabajando con el grupo de Viena, el sentido de esta exigencia de Freud no ha quedado del todo claro. A esto se suma que, aparte del suicidio de Tausk en 1919 durante el análisis con ella, Freud dejó de analizarla⁷⁹.

Tuvo la fortuna de ser formada por el círculo más íntimo de Freud y por él mismo, pero luchó contra el moralismo de éste y trató de ser más una ayuda para los otros que una juez. Era una mujer de espíritu independiente y quería establecer un punto de vista diferente a la psiquiatría tradicional o al conocimiento analítico convencional [Roazen-1985].

Deutsch fue pionera en insistir que la terapia debía conducirse de una manera propia, en lugar de tratar de imitar a Freud. Pensaba que el analista “en ocasiones también tiene que contentarse con haber encontrado un *modus vivendi* para sus pacientes equivalente a las tareas de adaptación de ellos” [Roazen-1985: 266].

Fue la fundadora en 1925 del “Instituto de entrenamiento psicoanalítico vienés”, con el consentimiento de Freud. Adoptó la regla del análisis didáctico, que ya había propuesto Nunberg en 1918 y que Jung había prefigurado al sugerir que todos los analistas fueran analizados. Estuvo a cargo del Instituto hasta que dejó Viena por Massachussets, en 1935.

⁷⁸ Wagner-Jauregg, ganó el premio Nobel de Medicina en 1927 debido a sus descubrimientos de que los pacientes que sufrían parálisis debido a sífilis podían ser tratados efectivamente siendo infectados con malaria, creándose cuadros febriles a través de esta infección.

⁷⁹ Roazen sugiere que Freud no se sintió interesado por el “caso” de Deutsch y que su gran esfuerzo por mantener a los esposos unidos respondía a alguna conveniencia personal.

Entre quienes realizaron su análisis didáctico con Deutsch se destacan psicoanalistas como E.Erikson, E.Kris y W.Reich. También participó en la formación teórica de personalidades como Aichhorn, Bernfeld (quien fuera el analista de su esposo Felix), E. Bibring, Ruth Mack Brunswick, Anna Freud, Hartmann, Hoffer, Jekels, Jokl, Nunberg, Reik, los esposos Sterba y Waelder. Como fundadora del centro, entre 1924 y 1935 asesoró a quienes venían a Viena en busca de instrucción psicoanalítica [Roazen-1985:xviii].

En 1935, Deutsch se fue de Viena para los Estados Unidos y, junto con Felix, se estableció en Cambridge, Massachussets. Fue presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Boston de 1939 a 1941. Los Deutsch tuvieron marcadas diferencias políticas y personales con la pareja de los Bibring, esposos que también participaron en dicha Sociedad, lo que llevó a que en el período de posguerra se establecieran allí dos variantes psicoanalíticas muy bien definidas.

El repertorio cultural de Deutsch era muy amplio. De ello da cuenta en sus diferentes escritos en los que utiliza como apoyo obras literarias en varios idiomas. Sobre el término de personalidad “como si” que se le atribuye, dice, por ejemplo:

“El cercano parentesco entre la literatura y el psicoanálisis fue confirmado una vez más para mí cuando descubrí la clara semejanza entre la historia de Chekhov ‘*Dushenka*’ (“The Darling”) y uno de mis artículos que trataba de la patología de las emociones. El artículo es una discusión de una clase de ser humano emocionalmente distorsionado, quien puede sostener su propia personalidad sólo a través de identificaciones con otros (la personalidad “como si”). La heroína de la historia de Chekhov no puede amar a alguien sin adoptar sus opiniones e intereses, hasta el último detalle”⁸⁰. [Deutsch-1973:152]

Desde sus primeros artículos se interesó por la psicología femenina y discutió abiertamente algunos conceptos de Freud; amplió la visión acerca de la mujer junto con (aunque no en concordancia) autoras como Karen Horney y Jeanne Lampl-de Groot.

Los grandes aportes para la teoría psicoanalítica de la adolescencia, en Deutsch, responden a tres momentos distintos: el primero se sitúa en el prolífico período de su producción vienesa con la publicación de *Psychoanalyse der weiblichen sexualfunktionen* (Psicoanálisis de las funciones sexuales de la mujer) en 1925; el segundo se establece con el primer tomo de *The Psychology of women* (La Psicología de la mujer, 1944) publicado en los Estados Unidos y en donde reelabora

⁸⁰ The close kinship between literatura and psychoanalysis was borne out for me once more when I discovered the clear resemblance between Chekhov’s story “Dushenka” (“The Darling”) and a paper of mine dealing with the pathology of emotions. The paper is a discussion of an emotionally distorted type of human being who can sustain his own personality only through identification with other (the “as if” personality). The heroine of Chekhov’s story cannot love someone without adopting his options and interests, down to the last detail.

las ideas del primer período; el tercer momento, en Boston, más circunscrito al tema de la adolescencia, se verá reflejado en la publicación de 1967 de *Selected problems of adolescence, with special emphasis on group formation* (Problemas selectos de adolescencia, con especial énfasis en la formación de grupo).

Contribuciones tempranas

Desde el inicio de su carrera como analista Helene Deutsch se interesó por lo femenino. Sus primeros escritos abordan temáticas vinculadas con la reproducción, el masoquismo en la vida psíquica y la menopausia. El análisis de George Sand (pseudónimo de la novelista francesa Aurore Dupin) como ejemplo de mujer masculina, al igual que los demás textos, dará lugar a las postulaciones posteriores de su “Psicología de la Mujer”.

Uno de sus primeros artículos titulado “*La Psicología de la mujer y su relación con la función reproductora*” [-1925a], preparatorio de su primer libro [-1925b], trata acerca del lugar que la vagina ocupa cuando hay madurez sexual (antes de esto la vagina no parece importar mucho), y del lugar del clítoris, que cede su investidura libidinal a la vagina después de una fuerte lucha. Estos aspectos los vincula con el placer masoquista del parto y la culminación de éste como una experiencia orgiástica. Además se adelanta a su concepción posterior ligando a la adolescencia la tarea de descubrir la vagina al tener una experiencia sexual real. Estas ideas fueron desarrolladas en un texto de título similar publicado ese mismo año, “*Psychoanalysis of the sexual functions of women*” [-1925b], el cual se basaba mucho más en la intuición que en su experiencia.

Otro de los aportes tempranos de Deutsch está referido a las funciones del Yo, perspectiva que más tarde se le atribuirá a Anna Freud, pero que aquella hace desde una óptica más positiva, en relación con la adaptación a la realidad en la juventud. Según Deutsch los desarrollos que ocurren en el Yo pueden servir, a manera de mecanismos de defensa, en contra de los peligros que significan las pulsiones sexuales, pero ellos no son utilizados sólo bajo la presión de los peligros pulsionales, como armas en contra de los mismos, sino que se desarrollan antes de la pubertad como un arma ofensiva en la ayuda de la conquista de la realidad, es decir, que contribuyen a la adaptación.

Psicología de la mujer

La obra que le dio renombre a Helene Deutsch y por la cual es más conocida es *La Psicología de la mujer* [-1944]. Su propósito al escribir este texto fue explicar la vida psicológica de las mujeres en su aspecto normal, mostrando a la vez que los conflictos normales están relacionados con aspectos evolutivos. A lo largo de la su exposición, hace énfasis en la idea de que el psicoanálisis debe considerar, en la

aparición y resolución de conflictos en las personas, tanto los factores biológicos y anatómicos como los sociales y psicológicos, en contraste con el psicoanálisis clásico, cuyo énfasis se centra en lo intrapsíquico.

Aunque privilegia el estudio de los aspectos de lo normal también aborda de manera somera lo que pueda considerarse como psicopatológico. Piensa, como Freud, que “La diferencia entre la conducta normal y patológica es cuantitativa” [Deutsch-1944:66] ; que la salud no es la ausencia de conflictos sino “la conveniencia de los métodos utilizados para resolverlos y dominarlos” [Deutsch-1944:10], y que justamente es lo patológico lo que le permite desvelar los procesos y conflictos normales. Estas aseveraciones, y otras más que hace a lo largo de su obra, descubren los vínculos que mantendrá Deutsch con el Freud de la segunda tópica y con las teorías de Anna Freud. Ellas convergen con el empeño de la llamada *ego psychology* y con los temas de ésta: a los mecanismos defensivos, la adaptación y la función activa del yo en este proceso. Deutsch concibe el psicoanálisis como una teoría evolutiva por excelencia, con lo cual hace eco a los esfuerzos de H. Hartmann por hacer del psicoanálisis una teoría psicológica general.

La Psicología de la mujer está expresada en dos tomos que tratan en su conjunto del desarrollo de la joven desde el período que denomina la prepubertad hasta el climaterio. El primer volumen se centra en el desarrollo individual y la personalidad de la mujer; el segundo aborda la maternidad y plantea el lugar de la mujer como “sierva de la especie” [Deutsch-1944:13].

El primer tomo concierne al desarrollo evolutivo y está dividido en 10 capítulos, en los que la autora se ocupa de tres temas:

- La exposición de la vida psíquica de las mujeres desde la prepubertad hasta el momento en que se llega a ser mujer, es decir, hasta el comienzo de la menstruación.
- La constitución del “alma femenina”, principalmente en torno de tres rasgos: narcisismo, pasividad y masoquismo.
- Los aspectos no femeninos en las mujeres –que siempre se los puede encontrar- aunque sus conductas sugieran lo contrario. Estos aspectos son la actividad o el complejo de masculinidad, la homosexualidad y la influencia del medio.

Para nuestra investigación, dejaremos de lado el segundo volumen, y seguiremos con más detenimiento el tema inicial sobre el devenir mujer planteado en el primer tomo, mientras que de los otros dos temas solamente consideraremos lo más pertinente para el estudio y comprensión de la adolescencia.

Convertirse en mujer. En su exposición acerca de la vida de las mujeres, Deutsch hace algunas objeciones frente a la concepción psicoanalítica de la infancia de ese momento, especialmente aquella de la niña y se aparta de algunas proposiciones freudianas tales como la premisa universal del falo, el complejo de castración asociado a ésta y el lugar del padre en la constitución psíquica. Además, al centrarse

en la vida y funcionamiento psíquico de la muchacha, toma del ambiente académico de su época el interés que existía por estudiar los métodos de ajuste a la realidad, el desarrollo de los sentimientos y otras funciones psicológicas superiores.

La noción de “ajuste a la realidad” será muy importante en la obra de Deutsch. Ella le permitirá el abordaje de la mujer desde la prepubertad, ya que durante esta fase (el final de la latencia), dicho ajuste se torna más activo y alcanza su nivel máximo. En esta fase se presenta un empuje hacia delante desde fases psicológicas anteriores, por tanto el ajuste a la realidad se construye contando con lo ya sucedido en la organización psicológica de cada niña.

Prepubertad. Aunque para Deutsch no existe paralelismo entre lo que sucede en la psique y el organismo, toma a este último como un punto de partida del desarrollo. En efecto ella afirma que el desarrollo fisiológico “en esta fase de la vida es particularmente importante para la determinación del desarrollo psicológico” [Deutsch-1944:18]. Así mismo el desarrollo fisiológico delimita la prepubertad de la pubertad, como sucede con la aparición de la menstruación. Esta concepción es una muestra del importante papel que la autora asignará a lo anatómico en la construcción de la feminidad.

La prepubertad, según la autora, puede ubicarse entre los 10 y los 13 años aunque es posible observar sus manifestaciones, al igual que las manifestaciones de las otras fases, a lo largo de la vida, si bien en diferentes grados. Su característica principal es el “brote de actividad” que tiende a la conquista del mundo exterior, estrechamente relacionada con la “vuelta hacia la realidad” [Deutsch-1944:19]. También la considera como una fase prerrevolucionaria, por cuanto en ella se reúnen fuerzas que combatirán las pulsiones sexuales que emergerán durante la pubertad, cuando habrá un máximo de libertad en cuanto a incitaciones sexuales se refiere. Es decir, la prepubertad es una fase preparatoria, de “armamento psicológico”, contra la futura embestida de la pulsión sexual y hacia el ajuste a la realidad. Sin embargo, no es un aumento de agresión “sino más bien un proceso intensivo de *adaptación a la realidad* y de dominio del medio, que se hace posible por el desarrollo del yo” [Deutsch-1944: 19]. En este sentido define la prepubertad como

“... esa última fase del período de latencia en la que, aunque pueden descubrirse ciertos precursores de los futuros impulsos sexuales, su característica es la de estar desligada, en su grado máximo, de la sexualidad infantil. Es una fase en la que los instintos sexuales están en su grado más débil, mientras el desarrollo del yo es más intenso” [Deutsch-1944: 17].

Lo típico de esta fase son unas conductas guiadas por la intensificación de la actividad, la cual, como ya hemos mencionado, está radicada en “el impulso inherente del yo hacia el crecimiento y la independencia” [Deutsch-1944: 19]. Por esta causa se movilizan talentos de diferente índole, esperanzas en las nuevas relaciones y aflojamiento de los lazos afectivos infantiles. El estar en medio de un mundo infantil y un mundo adulto –y la tendencia hacia la independencia– permite que la muchacha

pueda hacer una renuncia a la vida fantasiosa que tiene desde la infancia. La mayor evidencia de esta renuncia, para Deutsch, es la búsqueda que emprende la prepúber de nuevos objetos con los que se pueda relacionar, amar, odiar e identificarse. Permanecerá presente el deseo inconsciente de seguir siendo tratada como una niña, pero la muchacha tendrá presente la necesidad de ser considerada como una adulta.

Por otra parte, la prepúber también suele emprender constantes investigaciones filosóficas que se centran en el lugar de la mujer como sierva de la especie. Las preguntas que se hace son respondidas en buena medida con la idea de una participación brutal de parte del hombre, aunque en esta fase, las relaciones con los pares varones no suelen ser de tipo sexual. Su idea sobre las relaciones incrementa en ella la creencia de que la mujer sufre muchos dolores, expresando así el masoquismo femenino en la prepubertad. Este elemento, como ya lo destacaba Deutsch desde su trabajo de 1925, constituye una característica de la vida psíquica de la mujer a lo largo de su existencia.

Otra de las características de la prepúber es la importancia que le atribuye al *secreto*, ya que piensa que todos a su alrededor guardan alguno, especialmente su madre. El secreto es fuente de un áspero reproche que la muchacha dirige contra la madre, pero no en razón del contenido que a ella se le esconde sino por la misma acción de ocultamiento. La creencia de que los demás guardan secretos será la que ayude a la muchacha en sus identificaciones, pues buscará a una compañera con quien compartir secretos mutuos a la vez que identificarse con ella. Esta relación íntima con una sola compañera la hace menos proclive a una difusión identificatoria que si se identificara con varias muchachas a la vez. Por lo tanto

“...necesita de alguien que no sólo participe de los placeres y cargas que impone el secreto y la curiosidad, sino que también se asemeje a ella y que como ella esté sometida al sufrimiento de sentirse insignificante. La muchacha puede tolerar el peso del secreto, el sentimiento de que el mundo circundante es hostil y los tormentos de la culpabilidad más fácilmente debido a que los tolera con otra persona” [Deutsch-1944: 26].

En este orden de ideas, la identificación adquiere bastante importancia en la formación de la personalidad de la prepúber, quien elegirá objetos con base en las primeras identificaciones. La manera como la niña haya experimentado estos primeros objetos se reactualizará en la prepubertad (con lo que se fortalece el yo), pero irá abandonando esas primeras identificaciones a causa de la crítica que hace a los padres y de la constante oposición a su madre, y también gracias a la aparición de nuevos objetos de identificación. La actitud crítica hacia los padres da pie a la aparición de la “novela familiar”, configurada por compromisos relacionales, que responden a la poca independencia de la muchacha respecto a sus objetos de identificación. La relación con la madre se torna conflictiva porque, al igual que el niño de la fase preedípica, la muchacha se aleja de ésta con odio y rabia por su dependencia de ella, pero al mismo tiempo regresa angustiada por la necesidad de

sentir su protección. Esta lucha para liberarse de la adhesión a la madre es el punto central de la vida psicológica en la prepubertad, mientras que el padre no ejerce una influencia considerable en ese momento. Este panorama permite aseverar que la prepubertad repite el período infantil preedípico [Deutsch-1944: 43].

El principal peligro para la mujer, por tanto, lo representa la adhesión a la madre. Si ésta no se resuelve, la muchacha tendrá posibilidades de permanecer en un estado de “infantilismo psíquico” [Deutsch-1944: 21]. Pero también existe la posibilidad, si el yo es demasiado dependiente, de que la muchacha establezca demasiadas identificaciones, más allá de lo necesario. Esto puede conducir a un empobrecimiento de su real personalidad, porque en la búsqueda de un nuevo objeto con el cual identificarse, echará mano de lo que tenga más cerca sin discriminar. En este sentido recurre a sus pares o a otras personas conocidas someramente por ella, tales como un amigo de escuela o un pariente de éste, o recurrir, de manera temporaria, a algunos personajes de libros o películas, mientras encuentra alguien del mundo real. Este objeto será muy importante porque es “una extensión del yo propio de la muchacha”, “un *alter ego*” [Deutsch-1944: 25], caracterizado tanto por edad, deseos e intereses, como por la posibilidad de compartir los secretos, además de conquistar la realidad. Todo esto expresa el sentido de la realidad característico de la prepubertad.

La condición para el mutuo acompañamiento entre la muchacha y una compañera es la exclusividad y fidelidad de su amiga; vínculo que implica el compartir secretos con los que se excluye a otras personas, especialmente a los adultos. Es una relación “monógama” [Deutsch-1944: 26] en la que se comparten asuntos concernientes a la esfera sexual, principalmente a los procesos que tienen que ver con cambios fisiológicos. Es por esto que el interés, aquel mismo que se ejerció en la fase fálica por las diferencias anatómicas, en la prepubertad se centra en el tamaño y crecimiento de los órganos sexuales y de los senos.

La prepubertad puede definirse también, según la autora, como una fase homosexual, en la medida en que el objeto amado es del mismo sexo. Esta fase tiene dos maneras de expresarse: la primera es la adhesión a la madre, no exenta de conflictos, de ambivalencia y del deseo de liberarse de los lazos que las unen; la otra, es el conflicto con la amiga con quien se forma una relación de exclusividad. Por esta razón el trauma típico de esta fase y de la siguiente es la pérdida de esta amiga ya sea por separación o infidelidad [Deutsch-1944: 39]. Una salida común es dirigirse hacia una nueva amiga, otra es retornar hacia la madre, de quien se ha separado pasajera y someramente, pero con el peligro de causar retardos o alterar la maduración psíquica en algunos aspectos [Deutsch-1944: 40]. Por esto, los trastornos neuróticos son frecuentes, incluso pueden aparecer episodios psicóticos frente a la pérdida de la madre o la amiga. En otras ocasiones, en cambio, la amiga puede aminorar la pérdida de la madre y viceversa, pero si ambas se pierden al mismo tiempo, la muchacha puede regresar a un estado de dependencia infantil.

Primera Pubertad. El período siguiente a la prepubertad es el llamado por Deutsch *Primera Pubertad*. Aclara que los límites entre esta fase y la antecedente, al igual

que con la posterior, son difíciles de determinar. Sin embargo hay algunos elementos y características que permiten diferenciarla, como son el desarrollo psicológico, y el orgánico. El evento más importante de este último lo constituye la maduración sexual, hecho que influirá sobre la relación de la muchacha con su cuerpo. Una de sus consecuencias es el incremento por su cuidado, lo que invierte la tendencia a descuidarlo que tenía en la prepubertad. Con esta preocupación la muchacha satisface las necesidades de parecer bella y de ser vanidosa, sin el propósito de imitar a las mujeres adultas, si bien desean ser tratadas como tales. Prestan mucha atención a los cambios orgánicos, incluso esperan con ansiedad el crecimiento de los senos, por ejemplo, y en ocasiones resaltan dichos cambios. El interés por los órganos genitales se debe también a la reaparición de la masturbación y al comienzo de la menstruación, evento este último que

“es importante no sólo debido a su relación con la pubertad y con las dificultades de ese período, no sólo debido a que es la expresión de la madurez sexual y tiene una especial relación con la reproducción, no sólo debido a que es el centro de la psicología de esa fase del desarrollo, sino también debido a que es una hemorragia que moviliza muchas agresiones, ideas de autodestrucción y angustias” [Deutsch-1944: 175].

Es justamente este cambio orgánico el que tiene, en este período, más influencia en los procesos psicológicos.

Se puede nombrar como características de esta fase : la “intensificada excitabilidad psicológica y la necesidad de descargas motoras” [Deutsch-1944: 66], la ausencia de deseos sexuales conscientes y las fantasías de embarazo.

Ahora bien, la ausencia de deseos sexuales puede representar un peligro al no estar completamente formados los mecanismos de defensa que podrían gobernar y reprimir la necesidad sexual. De allí que los móviles para una conducta sexual en esta fase residan en la imitación de otras muchachas o mujeres mayores, o hasta en la venganza hacia los padres. No obstante debido a su falta de interés las muchachas se sentirán seguras o bien debido a que toman la conducta sexual como un juego. Consecuencia de esto es la inquietud sexual en general, sin la presencia de impulsos heterosexuales reales. Esta situación puede confundir a las muchachas y pueden huir de sus hogares como forma drástica de romper los lazos con los padres. Otra posible salida es la aparición de alteraciones neuróticas que en los casos menos favorables perdurarán en la vida de la mujer. Una buena manera de hacerle frente a estas situaciones es la conformación de grupos del mismo sexo, que normalmente se forman en esta etapa, en los cuales se habla mucho acerca del sexo sin que nada ocurra, lo que permite que cada cual pueda satisfacer sus propias necesidades de manera personal, así tendrá una satisfacción lejos del hogar que actuará de manera sustitutiva. Serán los galanteos de los muchachos los que, más adelante, “movilizarán la excitabilidad sexual en la muchacha” [Deutsch-1944: 63].

Por otro lado, Deutsch propone también varias tareas que la muchacha debe enfrentar durante esta fase. Una, es romper tanto los lazos con la familia como con otras muchachas cuando estos son muy fuertes, y “romper la nueva situación triangular a favor del varón” [Deutsch-1944: 46].

Mirando en detalle, la fase de la primera pubertad repite el momento infantil que va entre lo preedípico y lo edípico en el que la niña se dirigía al padre con más intensidad, pero no exclusividad, luego de una marcada adhesión a la madre. Ahora cambia el escenario, pero las dificultades y conflictos a los que se enfrenta la muchacha en esta constelación triangular son similares: “la muchacha normalmente desarrollada desea naturalmente dar su amor a su padre, pero se siente obligada a demostrar fidelidad a la madre” [Deutsch-1944: 44]. En este mismo sentido, dicha fase tiene una gran influencia del medio, en particular de la relación que se estableció anteriormente con la amiga y con la madre. La relación con la amiga debe ser resuelta y sublimarse para formar un lazo de amistad que no vaya a interferir con el desarrollo de la feminidad. Si la muchacha conserva esta relación se pueden producir conflictos que amenacen su normal desarrollo; si se mantienen los lazos con la madre, la muchacha quedará anclada en una experiencia infantil de dependencia.

Deutsch prestó gran atención a la situación triangular que se vive en esta primera pubertad por cuanto es una constelación psicológica en la que se vencen las tendencias bisexuales en beneficio de la heterosexualidad. Esta situación triádica,

“Como una expresión de bisexualidad constituye el campo de batalla de conflictos heterosexuales y homosexuales, da una forma definida a la distribución de sentimientos ambivalentes (amor y odio) y combina los impulsos activo-masculinos y pasivo-femeninos en un todo, que muchas veces es extraordinariamente complicado” [Deutsch-1944: 89].

Por esta razón la primera pubertad se tiñe de un carácter bisexual; “la muchacha joven aún oscila entre los objetos homosexuales y heterosexuales, y en este caso el giro de la heterosexualidad sólo se cumple gradualmente” [Deutsch-1944: 42]. Este es un asunto de suma importancia en el camino hacia la feminidad y el desarrollo de la mujer.

Por tanto, la declinación progresiva del componente homosexual favorecerá el desarrollo de la muchacha. Si ella no es capaz de discernir sus sentimientos hacia los dos sexos, las tendencias bisexuales pueden quedar encerradas en la psique sin un objeto, y expresarse en una pregunta por su ser sexuado: ¿ es hombre o mujer? En este caso ella desempeña alterdanamente ambos papeles en sus fantasías. Estas tienen su origen en la infancia, cuando fantaseaba con un gemelo, generalmente un varón al que idealizaba o culpaba de todas las represiones.

Pubertad o Adolescencia

La siguiente fase es nombrada por Deutsch, indiscriminadamente, *pubertad o adolescencia*. En ella se presenta una elaboración lenta y duradera del proceso de

maduración, y en ella se fundamenta la personalidad de cada quien [Deutsch-1944: 94], creándose nuevos lazos afectivos y rompiendo los antiguos.

El yo debe adquirir su independencia y enfrentar varias dificultades. Una de estas, es la propensión al conflicto que representan las emociones más estrechamente conectadas con las pulsiones. Las emociones, aclara la autora, plantean las dificultades más interesantes en esta fase:

“...son la manifestación de energía psíquica y dinámica, y hacen uso de diversos medios de expresión; [...] ¿Qué sucederá a la energía psíquica en la adolescencia? ¿Qué salida tendrán las emociones para tomar el lugar de los antiguos lazos?” [Deutsch-1944: 95].

La respuesta se encuentra en el Yo: esta energía afectiva se libera y el Yo dispone de ella para vigorizarse a manera de un “narcisismo intensificado”. La atención de la muchacha se dirige hacia adentro, lo cual determinará la intuición y la subjetividad, piedra fundamental esta última que se pone en la adolescencia. Estos dos importantes elementos de la femineidad se basan en el narcisismo intensificado, que aumenta el interés en los propios estados psicológicos.

Al igual que en las fases precedentes, “el yo manifiesta poderosos brotes en su desarrollo que no dependen directa ni exclusivamente de los procesos sexuales” [Deutsch-1944: 97]. El mencionado narcisismo será el que ayude en su momento a la muchacha frente a su tendencia a la identificación, porque sirve como una fuerza unificadora y fortifica al yo al aumentar la auto confianza; en su faceta negativa, el narcisismo adolescente representa arrogante orgullo y contrición.

Por otra parte, desde una visión evolutiva, se puede decir que la relación monógama con la amiga de la prepubertad prosigue hacia la situación triádica en la primera pubertad, debido a identificaciones con figuras, con las cuales el yo de la muchacha se pueda formar. Luego se presenta una identificación con el propio yo, cuando la muchacha se da cuenta de su ser como entidad, de que “yo soy yo” [Deutsch-1944: 98]. Es una estrategia en la que se llena el vacío de un mundo que está desapareciendo, el infantil, y otro que aún no se ha formado, el adulto. La muchacha se toma como objeto de amor porque no puede responder aún a las preguntas acerca de quién la amará y a quién amará ella misma. Esto le da una mayor confianza y constituye la “arrogante megalomanía” [Deutsch-1944:99], característica de la adolescencia. Pero por lo mismo se hace más sensible a las críticas externas y al amor frustrado, se queja constantemente de no sentirse amada, de sentirse sola. Todo esto, causado por la tensión emergente de la necesidad de amar y ser amada, que la dirige ávidamente a nuevos objetos luego de desvalorizar los antiguos.

Es decir que ocurre una desvalorización consciente de los objetos primarios, aunque inconscientemente permanecen claros elementos identificatorios que permiten el establecimiento de la personalidad en la adolescencia. Sin embargo debido a la adaptación a la realidad, la anterior idealización e hiperestimación de los padres declina en favor de otras personas con las cuales se establece una verdadera

identificación, diferente de la imitación juguetona de las fases anteriores. Lo más común es que las muchachas en una fase posterior se vuelven a encariñar y sentirse orgullosas de sus objetos antes rechazados, e incluso reconocen sus semejanzas con ellos.

Pero si se dan verdaderos motivos para la desvalorización, esta tendencia normal del desarrollo puede conllevar a una amenaza en la constitución de su Ideal del Yo; la muchacha buscará nuevas figuras como maestros, dirigentes o grupos que puedan satisfacer sus exigencias mejor que sus padres. Ninguno de estos sustitutos puede actuar como verdadero, a medida que va avanzando el tiempo se desvalorizarán estos nuevos objetos y su lugar es ocupado por un Ideal del Yo abstracto, el cual guardará para el futuro su realización.

Volviendo al tema de la identificación, conviene añadir que Deutsch la considera como un empuje que permanece durante toda la vida. Explica esto por la predisposición de la mujer a la identificación y por la dificultad de ésta para actividades que se dirijan al mundo exterior, y aclara que “El denominador común de todas estas cualidades es la pasividad más profundamente enraizada de las mujeres con respecto a todos los procesos de la vida que no sean la función reproductiva” [Deutsch-1944: 129-130]. Esta tendencia debe permanecer estable porque si sobrepasa ciertas barreras puede ser una verdadera amenaza en la constitución del Yo y sus límites. Ella es un elemento característico de las mujeres, es una cualidad “innata, que nacida de la debilidad y pasividad” [Deutsch-1944: 132] servirá a diversos propósitos como el de comprensión de lo masculino, y la misma aceptación de sus propias ideas desde los demás. Esta idea de Deutsch será expresada luego por M. Klein bajo su concepto de *identificación proyectiva*.

Los requisitos que el adolescente debe cumplir para reaccionar frente a los factores biológicos de manera adecuada, dan lugar a una pregunta por parte de Deutsch, cuya su respuesta es más compleja de lo que parece. Para ella “el muchacho debe llegar a ser un hombre, y la muchacha una mujer” [Deutsch-1944:117]. La muchacha tiene una doble concepción de sus órganos genitales: una, que se remonta a la infancia, considera que es una cloaca sucia de la cual debe estar avergonzada, y está la otra, en la que por educación de la madre son considerados como una joya que debe ser guardada y sacrificada al esposo. El erotismo, base para la feminidad, permanece separado del conocimiento de la sexualidad genital, además ahora se hace necesario el desasimiento de las adhesiones sexuales de los antiguos objetos. En este sentido el desarrollo normal en la mujer deberá llevar a la coexistencia armónica del erotismo y la sexualidad.

Al final de la adolescencia la muchacha persevera en grado mayor en su vida fantástica, la cual funciona a manera de mecanismo de defensa, y si su desarrollo es favorable, la fantasía puede conducir a una cualidad deseada:

“Si esta autoobservación no desempeña el papel de un rígido gobierno durante la adolescencia, e impulsa a la muchacha joven a huir por el temor a su propia vida fantástica, la combinación de la rica fantasía y de la vida

emotiva, de la subjetividad y de la percepción interna, da lugar a la *intuición*, un componente importante de lo que Goethe llamó “eterno femenino” [Deutsch-1944:134].

Resumiendo lo hasta ahora descrito: en el desarrollo de la feminidad se dan una serie de elementos que nos guían a un origen común, es decir a la pasividad femenina. La constante y mayor tendencia a la identificación, la vigorosidad de la fantasía, la subjetividad, la percepción interna y la intuición son partes de este gran todo femenino, aspectos que tocan en gran medida la diferencia anatómica y que pueden estar, según Deutsch, enraizados en la biología.

Las tareas planteadas para la fase de la pubertad o adolescencia pueden expresarse como sigue:

1. Dejar atrás la fase de narcisismo intensificado en favor de las relaciones de objeto para la unificación de los afectos y de las pulsiones (“impulsos instintivos”, Deutsch-1944: 116].
2. La eliminación del complejo de Edipo que se reedita, a la vez que dar formas más adultas a las relaciones antiguas y profundas con la madre.
3. Declinar cualquier oscilación bisexual a favor de una clara orientación heterosexual, o en palabras de la autora, “direccionar las fuerzas sexuales hacia objetos heterosexuales [Deutsch-1944: 119]
4. Una cuarta posibilidad es cargar con emoción su sexualidad y otros intereses vitales, a manera de sublimación.

Menstruación. Este acontecimiento, según Deutsch, es el más importante en la pubertad de la muchacha. Frente a él ella tiene expectativas que surgieron en un período previo al evento mismo. Este período es concebido por la autora de dos maneras: como el período de maduración que precede inmediatamente a la menarquia o como el largo período de preparación inconsciente para la feminidad. En este período de expectativa se movilizan fantasías referentes a la menstruación, alimentadas por los secretos que al respecto, según la muchacha, su madre le ocultaba. En este período también aparecen fantasías de ser desgarrada o desmembrada internamente motivadas por la presencia de la sangre.

Deutsch señala que lo importante es el significado psicológico que la muchacha le otorga a la menstruación porque, en su concepto, se puede hablar de un conocimiento inconsciente del significado de la menstruación como proceso biológico⁸¹. Atribuye algunos casos de intento de suicidio al ansia y defensa frente al acontecimiento fisiológico, al igual que la angustia y amenaza que representa el estado adulto y la sexualidad. Puede presentarse rechazo de la muchacha a la menstruación, o situaciones de *shock*, que provocan fenómenos como el de la

⁸¹ Es importante destacar que Deutsch hace mención del llamado complejo de castración femenino en términos de una reacción anormal, con un efecto traumático, al desarrollo pulsional de la muchacha. Considera que la expresión *trauma genital*, es más exacta para nombrar la creencia de la niña en su falta de un órgano genital activo, a la vez que el desconocimiento de su órgano pasivo; intelección que se dará sólo hasta la adolescencia.

amenorrea. Otro intento por resolver el conflicto con la menstruación es a través de la menstruación vicariante, es decir, se suspende la hemorragia vaginal normal y se cambia por una diferente, como en la nariz ⁸².

Con el tiempo y el desarrollo de la personalidad de la muchacha la doble valoración de su órgano genital, de cloaca y joya, pasa a la de "tesoro" intacto. La presencia de la masturbación y las sensaciones somáticas que aportan a esta valoración, son determinantes para que se den consecuencias psicológicas de gran alcance.

Ahora bien, la menstruación también se presenta con la doble función de la hembra: como ser sexual y como *servidora de la especie*, y es esta última la que obtiene más atención de la fantasía de la muchacha.

Deutsch plantea que la menstruación es muy importante debido a que es una hemorragia que moviliza agresiones e ideas de autodestrucción y angustia, pero poco a poco la mujer la acepta y se difumina su significación psicológica; incluso, en ocasiones, ocurre una amnesia frente a la menarquia debido a la repugnancia que se siente a admitir que se le dio una significación psicológica profunda a acontecimientos que luego se comprendieron mucho mejor y se asimilaron a un proceso biológico, quitándole así la carga psicológica a un proceso somático.

Finalmente el placer sexual depende del logro de la madurez; aunque como prerrequisito para la satisfacción de la pulsión sexual deben aparecer temores de desfloración y de violación, así como tentativas de huida y procesos defensivos, entre otras cosas.

El alma femenina. Habiendo expuesto las tareas de cada fase en la transición de la muchacha hacia la feminidad, pasamos a explorar la manera como se logra y sus componentes. Esto es la que la autora llama su "núcleo":

"A la feminidad, tal como la hemos definido, atribuimos el papel de un núcleo que combina elementos biológicos, fisiológicos, anatómicos y psicológicos. Los factores orgánicos son relativamente constantes; los factores psicológicos varían con el individuo, según sus procesos internos y la influencia del medio" [Deutsch-1944: 259].

El erotismo femenino en la mujer femenina. Según Deutsch hay tres tipos de mujeres: un primer tipo es *la femenina*, quien combina con armonía el narcisismo, la pasividad y el masoquismo, componentes con los cuales la mujer se hace a un erotismo intensificado y a la capacidad para identificarse con un hombre. El peligro al que se expone estas mujeres es una sujeción masoquista de su personalidad con una probable pérdida de identidad. Un segundo tipo de mujer es *la activa*, mas no femenina, en la cual la agresión y las tendencias activas tienen predominancia; lo

⁸² Este último fenómeno es ilustrado en la obra con el caso Andrea, cf Deutsch-1944:163 y ss.

que entraña esta posición es una protección frente a las funciones femeninas especialmente aquellas que tienen que ver con la reproducción. El tercer tipo de mujer es *la homosexual*, existiendo diferencia entre las que tienen signos físicos homosexuales y las que tienen una constitución corporal femenina; a las primeras les atribuye un factor constitucional, y ve una psicogénesis en las segundas. Según Thompson al observar

“que muy a menudo las mujeres homosexuales buscan recrear las gratificaciones de la relación infantil entre la madre y el hijo en sus *affaires* con otras mujeres, [Deutsch] concluye que el amor de una madre es una “bendición” en la vida de una mujer. Es sólo cuando elementos regresivos o de odio dominan este cuadro, y compelen a la mujer a buscar una relación sustituta, que el amor por la madre se manifiesta en homosexualidad femenina” [Thompson-1987:326-327].

En la concepción de Deutsch, para ser una mujer femenina, lo deseable es que en el desarrollo de la niña y la muchacha llegue a prevalecer el erotismo como foco de la vida psíquica y garante de la salud mental de la mujer. Este erotismo es adquirido a través de un proceso durante la adolescencia.

El erotismo femenino es una consecuencia de la intensificación de la vida interna, un resultado del “giro” de las fuerzas activo-agresivas, que permiten una ligazón armónica entre los tres componentes (narcisismo, pasividad y masoquismo) que caracterizan a la mujer femenina. El erotismo es el rasgo fundamental de la feminidad y le da solidez a la personalidad de la mujer, pero la mujer femenina también tendrá otras tareas que llevar a cabo como son ligar los deseos eróticos con la experiencia de la sexualidad y sublimar esta última a favor del erotismo.

En el examen de la constitución de la mujer femenina cobra relevancia el factor de la identificación con la madre:

“Es muy común en las muchachas odiar a sus madres para ser los objetos amados de sus padres, pero al mismo tiempo intentan identificarse con sus madres y parecerse a ellas, precisamente para obtener el afecto de sus padres. Este es el camino normal para llegar al estado adulto. Gradualmente el odio va desapareciendo, y la madre es conservada como modelo de feminidad” [Deutsch-1944: 278].

Es decir, para que emerja la feminidad, además del yo y las pulsiones intervienen factores constitucionales, anatómicos y ambientales, al igual que el desarrollo armónico del ideal del yo en relación con el modelo parental, que la identificación con ambos progenitores y con su papel al servicio de la especie.

Componentes de la feminidad. Desarrollemos un poco más los tres componentes fundamentales de la feminidad ya mencionados, para mostrar su lugar en la vida psíquica de la mujer.

Narcisismo. En la adolescencia hay un fortalecimiento del narcisismo debido a un conflicto entre las tendencias sexuales masoquistas y la parte del yo que expresa la pulsión de autoconservación. El yo se defiende frente a esas metas sexuales peligrosas y se fortifica al intensificar su amor a sí mismo, lo cual se manifiesta en forma de narcisismo.

La función del narcisismo en la adolescencia tiene una connotación protectora frente a la elevada sensación de vulnerabilidad y promueve la auto observación. Cuando la muchacha experimenta el conflicto entre sus tendencias sexuales de carácter masoquista – que es el agresor en el conflicto interno- y la parte de su yo que expresa la pulsión de autoconservación, el narcisismo la protege con la intensificación del amor hacia sí misma. Además la hace sentir menos vulnerable en lo referente a la conquista de la realidad y la protege en el proceso de identificación, permitiendo una cohesión de sí misma e impidiendo que se difumine en identificaciones indiscriminadas.

La continuación de la función del narcisismo más allá de la adolescencia es un aspecto específico de la feminidad.

Masoquismo. El masoquismo como componente fundamental de la feminidad, difiere del masoquismo que se presenta en las perversiones y las neurosis, y carece del sufrimiento, dolor, destructividad y crueldad que es típico en las primeras. Se presenta junto con la “actividad dirigida hacia adentro” mencionada anteriormente como constituyente del erotismo, y es la contraparte de la agresividad que los muchachos dirigen hacia fuera. Este masoquismo femenino es paralelo a la agresión masculina hacia el mundo externo, y es más pronunciado hacia el final de la adolescencia. También está relacionado con la posibilidad de procrear. Al respecto de esta función del masoquismo en la mujer Deutsch reintroduce con pocas modificaciones las ideas de su artículo de 1925, que habíamos mencionado al inicio de este capítulo:

“Toda preparación psicológica de la mujer para las funciones sexuales y reproductivas está relacionada con las ideas masoquistas. En estas ideas el coito se asocia con el acto de la desfloración, y la desfloración con la violación y con la penetración dolorosa dentro del cuerpo. La capacidad sexual, la preparación psicológica afirmadora del placer para el acto sexual, obtiene sus componentes masoquistas de dos fuentes –una infantil, regresiva, que radica en la disposición, la otra *real*. La desfloración es realmente dolorosa e implica la destrucción de una parte del cuerpo. La fantasía de violación constituye tan sólo una exageración de la realidad. La aceptación del dolor asociado con el placer, o del placer asociado con el dolor, puede dar lugar a una relación tan íntima entre los dos que el placer sexual se haga dependiente del dolor. Así, la sexualidad femenina adquiere un carácter masoquista. En realidad, cierta cantidad de masoquismo, como preparación psicológica para la adaptación a las funciones sexuales, es necesaria en las mujeres, pero se comprende que

de esta situación surge el peligro de “excesivo masoquismo” o de deformación patológica” [Deutsch-1944: 257].

Este es uno de los puntos más debatidos de la concepción de Deutsch. Según ella el giro hacia el masoquismo, como fundamento de la feminidad, se debe a factores biológicos y constitucionales. Para ella el sufrimiento tiene una atracción mucho más fuerte para las mujeres que para los hombres.

Sin aclarar mucho al respecto, Deutsch vincula el masoquismo con la relación de la muchacha con el padre y con las dos funciones que éste tiene en la adolescencia de su hija⁸³: una como representante del medio y otra como seductor. En razón de esta última función la muchacha transforma sus componentes pulsionales de índole agresiva en masoquistas, para conservar el amor del padre.

Dado que la más fuerte de todas las formas de amor es la del masoquismo, esto marcará la disposición de la muchacha para las relaciones amorosas. , No obstante, Deutsch enfatiza que este masoquismo no debe ser desbordante ni afectar la vida de la mujer; de hecho una de las tareas femeninas es poder gobernarlo y encauzarlo en beneficio de la feminidad.

Pasividad. Los orígenes de la pasividad y del masoquismo, estrechamente relacionados, vienen de un mecanismo de reversión pulsional vinculado con la constitución femenina, el cual lleva hacia adentro las energías dirigidas hacia el mundo exterior. La pasividad como tal es un estado de inhibición de la actividad que se impone al yo desde el mundo externo por su representante, el padre. Esta inhibición permite acceder al amor y la ternura de parte de éste. En otras palabras, la muchacha transforma su actividad en pasividad y renuncia a la agresión, para ser amada.

Deutsch toma tres puntos para hablar acerca de la pasividad y su determinación constitucional: primero aclara que la vagina no toma ningún rol en el desarrollo sexual temprano; en segundo lugar, plantea que, por constitución, las pulsiones femeninas son menos activas y agresivas que las de los muchachos; y finalmente, considera que el clítoris no ofrece una salida adecuada a la excitación pulsional.

De lo anterior Deutsch infiere que

“la chica declina los impulsos que requieren un órgano activo y, consistentemente con su predisposición constitucional, hace un giro hacia la pasividad, en la cual el clítoris es reemplazado por la vagina, un órgano pasivo-receptivo” [Thompson-1987: 324].

⁸³ En contraposición, sólo hay una relación con la madre desde el nacimiento hasta la muerte, aunque ésta sufre varios cambios de acuerdo al curso del desarrollo infantil.

Este proceso ocurre al comenzar la vida sexual de la joven, más específicamente al tener relaciones sexuales. Es en este momento que la muchacha se hace consciente de su vagina y siente la falta de un órgano activo, situación que produce el trauma genital antes mencionado. De allí que Deutsch considere la envidia del pene como una racionalización de este trauma y no el trauma en sí mismo. En este aspecto se diferencia también de las concepciones freudianas, ya que para ella la teoría que hace de la envidia del pene la base de los conflictos esenciales de la mujer, es insostenible.

Desviaciones de la feminidad. En la pubertad hay principalmente dos tipos de mujeres homosexuales, uno de tipo muy masculino que obedece más a asuntos biológicos, con la posibilidad de hermafroditismo. El segundo tipo, es de índole más psicológica y estableció tal orientación en la pubertad; en este el amor que se tiene hacia la amiga es genuino y puede significar varias cosas como temor a la heterosexualidad, identificación con el padre o un hermano, entre otros. Si en la vida adulta continúan estas tendencias homosexuales de la pubertad, se integran a la trama de la feminidad o se asume en un carácter masculino.

Al explorar las posibilidades psicológicas de la orientación homosexual la autora establece que en la pubertad normal la pulsión sexual se dirige casi de igual manera hacia ambos sexos. Posteriormente se constituye una preferencia por el mismo sexo, la cual a veces si se mantiene llega a conducir a la homosexualidad en la adultez. Como esta homosexualidad implica una continuación de las experiencias tenidas en la pubertad, pero de una manera intensificada y elaborada, se hace difícil decir cuál es el principal factor que la determina, es decir, el biológico o el psicológico. El destino pulsional queda establecido en la adolescencia y coincide con la combinación de características sexuales secundarias y la orientación típica hacia el otro sexo. Este orden de ideas da a entender que hay un énfasis en los factores tanto biológicos como psicológicos.

El origen psicológico de la homosexualidad femenina, se puede hallar en parte en la estrecha relación "monógama" que en la pubertad se entabla con otra joven ; relación de naturaleza amorosa narcisista que implica una identificación con la compañera. El común aprendizaje de lo prohibido le confiere excitación a la relación y el contenido de los secretos compartidos les da un carácter sexual.

Otro posible origen reside en la identificación con el padre temido, es decir, cuando se hace uso del mecanismo que Anna Freud llamó identificación con el agresor. Sin embargo la relación con el padre es fundamental tanto para la homosexualidad como para la heterosexualidad. La identificación con el padre o con la madre es lo que dará el carácter de masculino o femenino a la vida psíquica de la mujer, "las experiencias traumáticas de la pubertad, que constituyen el factor esencial para provocar la decisión sexual hacia la homosexualidad o heterosexualidad, dependen particularmente de sucesos dentro de la familia" [Deutsch-1944: 308]. Así pues la elección de objetos amorosos dependerá aún de los lazos con los padres, los cuales están intensificados, y de los efectos traumáticos que algunos eventos o

circunstancias tengan en el desarrollo, tales como el nacimiento de un nuevo hermano, el rechazo que pueda sentir de su padre para con ella, que genera una reacción de desprendimiento emocional y alejamiento precoz con consecuencias importantes para la muchacha.

Para terminar su exposición de la homosexualidad, Deutsch deja claro que:

“Todos los actos individuales del homosexual expresan una esperanza heterosexual no cumplida. Cuanto más apasionada es la muchacha en su deseo narcisista de ser amada, más ardientemente será su activo cortejo de la “otra”. Si su cortejo parece ser eficaz, se retrae, pues se supone que toda la acción tiene lugar dentro de la trama de una fantasía representada. La causa de esta forma de experiencia erótica yace en una desilusión heterosexual o más frecuentemente en el temor a la realización heterosexual y en la tendencia adolescente a experimentar las emociones no directamente, sino a través de la identificación” [Deutsch 1944: 310].

Para finalizar su examen de las desviaciones de la feminidad, la autora hace una revisión de la influencia del medio y de cómo éste moldea algunas de las características femeninas. Para ello utiliza como ejemplo la caracterización de las mujeres norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque es consciente de los diferentes roles que actualmente asume la mujer, también sabe que hay muchos elementos que permanecen constantes en su psique. Según Deutsch, no importa qué tanto demande el medio de ellas, en su constitución psíquica siempre existirá la característica de sierva de la especie en relación con el erotismo y la feminidad.

Acerca de la terapia

Hay que recordar que Deutsch, fiel a su espíritu independiente, consideraba que cada analista debía acomodarse con su propio estilo, que debía asumir una manera personal de abordar y llevar la terapia. Además pensaba que era necesario aceptar las limitaciones que cada paciente tiene y ayudarlo para que establezca un *modus vivendi* adecuado a sus capacidades adaptativas. En cuanto al tratamiento psicoanalítico de la adolescencia, planteaba que para que éste sea eficaz

“puede ser determinado más fácilmente recordando la conducta normal típica de la fase del desarrollo de la enferma [...] Lo principal para nuestro fin es conocer que se trata de un trastorno traumático o inhibición de tendencias definidas del desarrollo. Nuestro objetivo terapéutico o pedagógico será, a fin de cuentas, la corrección de este desarrollo perturbado” [Deutsch-1944: 92].

Es decir, que Deutsch propone propiciar el despliegue de los elementos faltantes o atrofiados en el normal desarrollo de la muchacha. De este modo reafirma su idea acerca del psicoanálisis como una teoría evolutiva por excelencia. Un ejemplo al

respecto está representado por la posibilidad de corregir la “situación triádica” gracias a condiciones ambientales diferentes, tales como ayudarla a ingresar en un hogar de paso en el cual se le permita establecer relaciones diferentes. Pero recomienda que concomitantemente se desarrolle un trabajo psicoterapéutico.

4. MEDIADOS DE SIGLO: NUEVA CONCIENCIA, NUEVO IMPULSO

La exacerbación de las tensiones que produce la llegada de los refugiados se resuelve en Gran Bretaña por medio de una coexistencia: por un lado, con el establecimiento de dos currículos de formación y por otro, con la agrupación de los adeptos alrededor de instituciones simbólicas: la Clínica Tavistock para los kleinianos y las Guarderías y la Clínica Hampstead para los anna-freudianos. En Estados Unidos se resuelve por la reconquista de la preponderancia del legado freudiano, representado en la teoría del yo que importa Hartmann desde Europa; sin que ello impida que otros, tanto autóctonos como refugiados, reaccionen desarrollando otras vías teóricas y prácticas.

Una de las consecuencias más visibles de la emigración masiva de los analistas consistió en que el psicoanálisis dejó de hablar en alemán, para comenzar a hablar en inglés. Debido a su número, incrementado por la afluencia de asilados, a su prestigio y a sus recursos financieros, los psicoanalistas norteamericanos fueron mayoritarios en la dirección de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Esta hegemonía estuvo moderada, sin embargo, por las funciones que como presidente de dicha Asociación ejerció Ernest Jones hasta 1949 y por la constante presencia de Anna Freud, hasta su muerte en 1982.

Terminada la Segunda Guerra, los inevitables conflictos internos de las agrupaciones analíticas, que derivan de los intensos vínculos transferenciales que mantienen sus integrantes entre sí, dejaron de estar potenciados por las dificultades de la migración, pero pasaron a ser alimentados por los ataques externos, que han solido estar motivados por el impacto cultural y social del psicoanálisis en los medios donde se implanta. Desde los países de la órbita soviética se lo comenzó a tildar de ideología burguesa o de disciplina no-científica; lo cual llegó a tener eco en Francia, en donde las revistas comunistas lo calificaron de reaccionario, individualista e idealista, y hasta llegaron a equiparlo con la ideología nazi por su cercanía con lo irracional. Con una argumentación similar, pero en sentido opuesto, la Iglesia Católica lo condenó por ser una enfermedad parecida al comunismo. En los Estados Unidos, en cambio, la orientación ego-psicológica se ganaba la adhesión del espíritu pragmático propio de la cultura allí reinante.

En estas circunstancias era de esperar que la renovación y ampliación de la reflexión sobre la adolescencia se desarrollara más tempranamente en los Estados Unidos. En efecto, aparece un gran estudio de Blos en 1941 (que curiosamente es poco citado, en comparación con el de 1962) y en 1950 el libro de Erikson; en tanto que solamente en los 60 comienzan las publicaciones de la Escuela francesa o de la Argentina. Los británicos, por su parte, si bien influyen en la compilación de trabajos sobre delincuencia que Kurt Eissler edita en 1949 en homenaje a August Aichhorn, también apenas en 1961 comenzarán a contar con el *Young People Consultation Centre* al que se vinculó Moses Laufer.

4.1 Preguntas por el estado de la teoría y la técnica

A mitad del siglo XX, en *The Psychoanalytic study of the Child*, el famoso anuario editado bajo los auspicios de Anna Freud, se publica un artículo de Leo Spiegel [-1951], que puede considerarse como un hito en la auto-conciencia que asume el movimiento psicoanalítico sobre el estado de la teoría de la adolescencia. Este hecho no está solamente marcado por la naturaleza formal del escrito, el cual consiste básicamente en una recensión e inventario de los escritos publicados hasta la fecha, sino por la distancia teórica que en él se toma frente a las tesis tradicionales. En efecto, Spiegel afirma allí, criticando la posición de Jones, que la “adolescencia no es una simple repetición del período edípico o post-edípico” [-1951:375] y sustenta esto en una proposición hecha por Anna Freud en 1936 y contenida en su libro *El yo y los mecanismos de defensa*, según la cual el Yo del adolescente no tiene las mismas dimensiones, contenidos, capacidades o dependencias que el Yo de la infancia. Además –dice Spiegel– el cambio representando por la maduración de la sexualidad genital, aunque no se conozca todo su significado, es suficiente para marcar la adolescencia como algo nuevo y no como un duplicado de una época más temprana.

Las repercusiones que tiene el trabajo de Spiegel llevan a preguntarse por su significación, por cuáles son los temas o preguntas que están contenidos en él y por qué logran producir una resonancia en cadena en otros autores. De ello da testimonio la realización, pocos años después, de otros análisis y balances semejantes a los suyos. Por ejemplo, en 1957, la referencia que Anna Freud hace a esta revisión de la literatura (y la adición que hace al inventario de Spiegel, diez años después, en el momento de la reedición de su artículo) o la extensa bibliografía que anexa Peter Blos, en 1962, a su libro-manual sobre la adolescencia. Igualmente Lampl-de-Groot y Kestemberg coinciden en referirse, ambas en 1960, a las publicaciones de Spiegel y Anna Freud, al retomar la discusión sobre la adolescencia; incluso Kestemberg emprende un análisis directo y extenso de su contenido. Pero al hablar de “resonancia”, pensamos más bien que la razón del efecto del artículo de Spiegel no se encierra en él mismo, sino en que de alguna manera, lo que él trata, las preocupaciones que aborda, ya son un hecho compartido, más o menos implícitamente, por todos estos autores. Veremos que de lo que se trata es de la posibilidad de contar con una teoría consolidada de la adolescencia.

4.1.1 SPIEGEL ¿un balance positivo o aparente?

Pero volvamos al estudio de Spiegel. Sus argumentos no se agotan en la crítica a Jones; a quien además no cita expresamente al aludir a ese punto. Más bien el propósito de su revista es el de mostrar que la teoría de la adolescencia se ha ocupado de los múltiples aspectos de su objeto, es decir, que ha llegado a ser lo suficientemente completa. En este sentido su presentación recorre siete áreas temáticas relacionadas con la adolescencia (a saber: Fenomenología y clasificaciones, Relacionales objetales, Mecanismos de defensa, Creatividad, Actividad sexual, Funcionamiento del Yo, y Tratamiento), dentro de cada una de las

cuales identifica unas contribuciones destacadas, cuyos contenidos se reseñarán a continuación.

Frente a la amplia variedad de *manifestaciones atribuidas a la adolescencia*, es deseable tener ciertas pautas de orientación. En este orden ideas Spiegel hace referencia a los ensayos de Bernfeld [-1923,1935,1938], los cuales, sin embargo, no han tenido suficiente reconocimiento por otros investigadores de la adolescencia. En los dos primeros ensayos Bernfeld trató de describir dos tipos de adolescencia: uno con actitud positiva y otro neurótico; separando en este último una variedad con terminación indefinida de la adolescencia, el “adolescente prolongado” que consideraba típica del artista. Finalmente en el artículo de 1938 propone definir tres tipos, en función de su actitud hacia la sexualidad (ver más arriba cap ## donde ya fueron presentados).

Esta última clasificación tiene el mérito de ser más elástica, al dejar abierta la posibilidad de mezclas e intercambios entre los tipos, acogiéndose así a la idea según la cual la adolescencia es más bien un proceso que un estado. Igualmente esta clasificación es valiosa por cuanto contrarresta el automatismo que induce a dirigirse a la caracterología psicoanalítica establecida. De todos modos Spiegel sigue viendo en ellas algunas deficiencias. En su opinión, no basta para fundamentarlas el referirse únicamente a los cambios de la relación entre yo y superyó, sino que se requiere tener en cuenta también que los cambios genitales sobrevenidos se constituyen en estímulos para la síntesis y re-organización del Yo. Por otro lado las clasificaciones de Bernfeld parecen más aplicables a adolescentes que dan una impresión de haber alcanzado cierta madurez, por lo que a Spiegel le resulta atractiva la propuesta de Wittels [-1949] de un esquema de desarrollo del Yo adolescente, aunque todavía está por ver su adecuación a los hechos y su utilidad.

Cabe introducir en este contexto la impresión de borramiento y fluidez que da la personalidad del adolescente, la cual parece endurecerse con el correr de los años y asumir un cierto “tipo”. Antes de esta estabilización pareciera que la estructura del aparato psíquico hubiera sido desequilibrada; hecho que parece necesario, pues si, por el contrario, el Yo permanece rígido ante las nuevas demandas, puede establecerse prematuramente un molde rígido de personalidad, con el consecuente empobrecimiento emocional [Anna Freud-1936].

Pero la consideración de aspectos más individuales de los adolescentes es posible hacerla al enfocar la naturaleza de sus *relaciones objetales*. Las características más sobresalientes de estas relaciones ya habían sido mencionadas por Anna Freud [-1936]. Debe tenerse en cuenta que la reanimación del complejo de Edipo no presenta la misma forma que el complejo de la infancia. Los vínculos y objetos parentales son sustituidos por otros que cada vez tengan menos en común con los antiguos, o bien a veces se efectúa una disociación entre imagos idealizadas y odiadas, tal como lo anota Melanie Klein [-1946]. En conjunto este retiro de la libido de los objetos infantiles conlleva consecuentemente el aumento de la libido narcisista. Por lo tanto se producen sentimientos de aislamiento y deviene importante el restablecimiento de contacto sobre bases narcisistas.

Exclusivas, tormentosas, breves, repetidas, son características de estas relaciones que responden a identificaciones de un tipo primitivo, cuya descripción en los adolescentes también inició Anna Freud [-1936] y que luego, a partir de los ensayos de Deutsch [-1934,1942], fueron catalogadas como identificaciones “como sí”.

Otras descripciones de estas relaciones (homosexuales, bisexuales, sadomasoquistas, triangulares), presentes sobre todo en las niñas, se encuentran en la obra de Deutsch dedicada a la psicología femenina [-1944].

En general, puede decirse que las relaciones objetales adolescentes comparten características con los fenómenos restitutivos: son intentos narcisistas de restablecer contacto con los objetos.

Al ya clásico inventario de los *mecanismos de defensa* hecho por Anna Freud [-1936], en el que se destacan el ascetismo y la intelectualización como respuesta al incremento cuantitativo, más que cualitativo, de las pulsiones, se añade el señalado por Greenacre [-1950], relacionado con el uso de la realidad externa. A esto suma Spiegel el cuestionamiento de Bernfeld [-1923] y Fenichel [-1938] al presupuesto de un antagonismo primario entre el Yo y las pulsiones [Kris-1938], que desconoce las condiciones culturales que hacen posible su satisfacción.

En cuanto a la *creatividad artística*, se reconoce que ya Anna Freud [-1922] y Bernfeld [-1923,1924] se ocupaban de ella. Éste la explicaba sobre la base de lesiones narcisistas, mientras que Anna se ocupó más bien de la transformación de las funciones defensivas de dichas creaciones en producciones verdaderamente artísticas.

En el campo de la *actividad sexual*, en opinión de Spiegel, falta en la literatura psicoanalítica una discusión explícita acerca de si las relaciones sexuales durante la adolescencia son sanas o no; a excepción, tal vez, de la pregunta planteada por Ferenczi [-1912] acerca del influjo de las condiciones culturales en la constitución de la capacidad para lograr satisfacciones sexuales adecuadas. En este orden de ideas Bernfeld [-1935] y Deutsch [-1944] sostienen que la satisfacción lograda luego del vencimiento de las coacciones sociales, convierte la sexualidad de los jóvenes en una práctica poco sutil. De modo semejante, a propósito del problema de la masturbación adolescente, Spiegel también opina que las contribuciones específicas han sido pocas [Freud-1912f ; Balint-1934 ; Fenichel-1938]; aunque Buxbaum [-1933] y Deutsch [-1944] hayan adelantado algunas observaciones sobre la masturbación en las niñas, queda mucho por dilucidar tanto sobre las condiciones de su supuesta nocividad, como de los conflictos y relaciones con las fantasías que la acompañan.

Por otra parte, para poder explicar la tolerancia del adolescente a sus peculiares contradicciones (altruista-egoísta, gregario-solitario, hedonista-asceta, etc), parece necesario suponer *disfuncionamientos del Yo*, si bien esas contradicciones obedecen en primera instancia al reforzamiento pulsional y a la defensa contra el mismo. Pero también, debido a la masiva libidinización del Yo, producida en reacción al retiro de las catexias objetales infantiles, en la adolescencia son frecuentes los sufrimientos

narcisistas. Ahora bien, en razón de esta re-narcisización, los disfuncionamientos yoicos, como anotaba Anna Freud [-1936], son similares a los que se presentan en las fases iniciales de una psicosis y responden a lo primitivo de los procedimientos defensivos empleados.

Cabe agregar, por un lado, que ya habían sido descritos otros disfuncionamientos yoicos por Landauer [-1935], así como cambios de carácter [Ferenczi-1912 ; Anna Freud-1936], y, por otro lado, como observa Harnick [-1924], que existe una diferencia cualitativa en los cambios específicos de la libido narcisista ocurridos en púberes de sexos diferentes; cambios relacionados con sus órganos genitales, su cuerpo y los caracteres sexuales secundarios.

También, para continuar en este plano del Yo, es preciso subrayar que se presentan en el adolescente problemas en la “identidad yoica”, que se intrincan con otros aspectos de sus relaciones sociales [Deutsch-1944 ; Buxbaum-1945 , Erikson-1946 ; Hoffer-1946]; problemas que se ligan al uso, ya mencionado, de identificaciones primitivas.

Finalmente, Spiegel halla que aunque muchos autores son cautos respecto a la recomendación de un *tratamiento psicoanalítico del adolescente* [Gitelson-1948] y otros lo desaconsejan completamente, sería más provechoso pensar en adaptar el psicoanálisis a su situación particular. Manifiesta su sorpresa ante el hecho de que se haya abordado la fase inicial del tratamiento en casos como el de los niños [Anna Freud-1927] o el de los delincuentes [Eissler-1950] y que todavía no se haya abordado con los adolescentes. Señala que probablemente para estos últimos se requiera un período preliminar de educación y auto-observación, y que, probablemente también, algunas de las prácticas desarrolladas por Aichhorn [-1925] y Melanie Klein [-1946] para lograr un rápido contacto puedan tener aplicación en la fase inicial del análisis con el adolescente. No deja de explicitar algunas dificultades: con la transferencia, de alguien que siempre está dispuesto a abandonar a su analista; con la revelación de fantasías que contrarían los esfuerzos de separación de los objetos incestuosos; con la disociación de las imagos parentales; con la contratransferencia, determinada por las expectativas personales del analista y las presiones conformistas del medio social.

4.1.2 Anna FREUD: la adolescencia ha sido una “cenicienta”

En 1957 Anna Freud lee un trabajo en el 35º aniversario del Centro de Orientación Juvenil de Worcester, titulado “Adolescence”, el cual es editado por primera vez en 1958 en *The Psychoanalytic Study of the Child*, es decir, en la misma publicación que la del artículo de Spiegel.

A juzgar por lo que dice en el “resumen”, esto es que “el propósito de este trabajo ha sido pasar revista y resumir algunos estudios fundamentales acerca de la adolescencia, así como mis propios puntos de vista sobre el tema” [-1957:184], más el hecho de que cita y comenta el escrito de Spiegel, podría asumirse que realmente

Anna Freud lleva a cabo esta revista. Pero en realidad el número de autores revisados por ella es mínimo.

En la primera parte del trabajo, de las tres que lo componen⁸⁴, tan sólo se ocupa de presentar los aportes de los psicoanalistas pioneros en el estudio de la adolescencia. Recuerda que estos estudios se iniciaron en 1905, con el ensayo de Freud “Las metamorfosis de la pubertad”. Señala que este primer abordaje trajo un efecto paradójico, en razón de que opacó la importancia de la adolescencia en los estudios analíticos, puesto que cuando Freud descubre que la vida sexual no inicia en dicha época sino en la infancia, aquella entonces dejó de ser considerada como un período importante o significativo, y en cambio fue concebida durante mucho tiempo como una etapa más de transformación final, de recapitulación de fases anteriores del desarrollo, o como un mero puente entre la sexualidad infantil difusa y la sexualidad adulta centrada en la genitalidad [Freud-A-1957:165].

Luego pasa a comentar la contribución de Ernst Jones, realizada diecisiete años después de la de Sigmund Freud. Cabe anotar, de paso, que Anna ignora varias producciones de ese período, tales como los ensayos de su padre sobre el onanismo y sobre la psicología del colegial, así como el diario que publicó Hug-Hellmuth. Lo que ella anota acerca del trabajo de Jones, “*Algunos problemas de la adolescencia*” [-1922], parece apuntar a criticar o a matizar algunas de las afirmaciones de Spiegel. Defiende que Jones examinó la correlación entre la adolescencia y la infancia, y que él confirmó la idea freudiana central según la cual la infancia es la precursora de la organización sexual adulta, mientras que la adolescencia la recapitula y amplía. Jones hace énfasis en la tesis freudiana según la cual la forma en que se atraviesan las etapas del desarrollo en la infancia determina en gran parte la forma como se atravesará la adolescencia. Anna Freud subraya que, desde este punto de vista, también se pueden entender las diferencias individuales, por cuanto se presenta una semejanza y una relación entre la forma particular como se desarrolla la adolescencia y las condiciones en que tuvo lugar el desarrollo infantil [Freud-A-1957:166]. Finalmente opina que el trabajo de Jones, aunque importante, fue una contribución aislada [Freud-A-1957:166].

Menciona luego los estudios psicoanalíticos de S. Bernfeld –que comenzaron a ser impresos en Viena desde 1922–, en los que encuentra contribuciones más amplias y complejas. Destaca la descripción de un tipo específico de desarrollo adolescente masculino llamado “dilatado”, debido a que excede largamente los límites temporales considerados como normales⁸⁵. Este tipo particular de desarrollo adolescente se caracteriza además por las marcadas tendencias sublimatorias expresadas en

⁸⁴ La primera parte se titula “La adolescencia en la teoría psicoanalítica”, las otras dos: “Aplicaciones clínicas” y “El concepto de normalidad en la adolescencia”.

⁸⁵ Ya se ha hablado de este fenómeno desde el enfoque de Erik Erikson, quien lo denominó “adolescencia tardía”.

diversas áreas, tal como lo muestra el abundante material (diarios, poemas, etc.) producido por los adolescentes estudiados por Bernfeld [Freud-A-1957:166-7]⁸⁶.

No deja de mencionar al famoso educador August Aichhorn, quien en 1925, en su libro *Juventud descarriada*, aborda a los adolescentes desde una perspectiva psicoanalítica opuesta a la de Bernfeld, puesto que se ocupaba de estudiar los criminales y antisociales, en lugar de aquellos con repuestas sublimatorias. Aunque Aichhorn entendió este desarrollo, al igual que Bernfeld, como resultado del impacto de las frustraciones internas y de las presiones ambientales externas, prestó mayor atención a jóvenes que ante las mismas presiones responden con falta de adaptación, desarrollo superyoico deficitario y rebeldía contra la sociedad [Freud-A-1957:166-7].

Dado que seguidamente Anna Freud va a señalar, antes de resumir el trabajo de Spiegel, que fue en la época de la posguerra cuando aumentó el interés de los psicoanalistas por el estudio de la adolescencia, especialmente en Norteamérica y sin citar trabajos concretos [Freud-A-1957:168], cabe interpretar que su propósito, en esta primera parte de su artículo, consistió más bien en subsanar unas omisiones importantes del estudio de Spiegel; sobre todo porque, como lo afirma, conocía los puntos de vista de Bernfeld y estaba íntimamente vinculada con los estudios de Aichhorn [Freud-A-1957:167]. Los aspectos positivos que reconoce a la “*Reseña de las contribuciones a la teoría psicoanalítica de la adolescencia*” de Spiegel, a saber, la utilidad del resumen, del inventario y clasificación de una extensa lista de contribuciones (41 trabajos de 34 autores), no implican –dice ella– que se pudiera esperar que sobre esa base se fuera a construir una teoría integrada de la adolescencia.

Con lo cual ella vuelve a la idea introductoria de su exposición, según la cual, a pesar de que han transcurrido veinte años desde la publicación de su libro *El yo y los mecanismos de defensa* [-1936], la adolescencia sigue siendo la hijastra o cenicienta del psicoanálisis. El nivel de conocimiento alcanzado sigue siendo poco satisfactorio, en contraste con lo realizado en el campo de la infancia, como para permitir una aplicación práctica que satisfaga las demandas que formulan los padres de familia y los educadores, o para ayudar a los pacientes adolescentes.

Por estas razones puede entenderse que el propósito implícito de Anna Freud, con su estudio de 1957, es el de aportar a la construcción de esta “teoría integrada” que, según ella, está haciendo falta en ese momento. En realidad este objetivo es el que permite comprender el sentido de la discusión con la que prosigue, acerca de los problemas metodológicos inherentes al abordaje de la adolescencia, así como el sentido de la presentación que emprende, a partir de la segunda parte, de sus propios puntos de vista sobre la naturaleza del desorden adolescente.

De todos modos, los temas y la clasificación propuestos por Spiegel se mantienen implícitos en los desarrollos teóricos que emprende Anna Freud, luego de que ella

⁸⁶ Estos trabajos de Bernfeld fueron realizados con la colaboración del psicoanalista W. Hoffer.

los presenta de manera explícita y resumida. Para esto toma los mismos rubros con que aquel clasifica las contribuciones psicoanalíticas sobre la adolescencia hechas hasta 1950, y los correlaciona con los nombres de los autores seleccionados, de la siguiente manera:

- Fenomenología y su clasificación (S. Bernfeld, H. Hartmann, E. Kris, R. Loewenstein y W. Wittels).
- Relaciones objetales (S. Bernfeld, Buxbaum, H. Deutsch, E. Eriksson, O. Fenichel, A. Freud, W. Hoffer, E. Jones, A. Katan y Landauer).
- Mecanismos de defensa (H. Deutsch, O. Fenichel, A. Freud, Greenacre, E. Kris y S. Bernfeld)
- Creatividad (S. Bernfeld y A. Freud).
- Actividad sexual (M. Balint, S. Bernfeld, Buxbaum, H. Deutsch, P. Federn, S. Ferenczi, S. Freud, Lampl-de Groot)
- Aspectos del funcionamiento yoico (O. Fenichel, A. Freud, Harnik, Hoffer, Landauer), y
- Tratamiento (A. Aichhorn, K. R. Eissler, A. Freud, Gitelson, A. Katan, M. Klein, Landauer, A. Reich).

El primero y único complemento a este inventario de autores lo hará Anna Freud pocas páginas después, al discutir acerca del análisis de los adolescentes; añadirá, entonces, directamente en su texto, la mención a tres artículos: de Fraiberg [-1955], Noshpitz [-1957] y Adatto [-1958]. Repetirá este gesto, aproximadamente diez años más tarde, con ocasión de la edición de la compilación de sus escritos, en una nota al pie de página, en la que hará un listado de otros veinte trabajos sobre el tratamiento psicoanalítico del adolescente, producidos con posterioridad al de Spiegel.

Dificultades para el tratamiento y el conocimiento de la adolescencia

Anna Freud plantea que la fuente de todos los conocimientos psicoanalíticos sobre las etapas de desarrollo del psiquismo humano son dos: el tratamiento directo de quienes se encuentran en el estado que se quiere investigar, y la reconstrucción de ese estado a partir de un tratamiento instituido con posterioridad. No obstante estos mismos métodos resultan menos satisfactorios y productivos cuando son aplicados a adolescentes.

Es sorprendente lo poco satisfactorias que son las reconstrucciones de la adolescencia en el tratamiento de adultos, además de que con poca frecuencia se logran revivir las experiencias de esa época. A diferencia de la amnesia infantil, tales

recuerdos de adolescencia (centrados en la sexualidad) permanecen en la conciencia y pueden ser relatados sin mayor dificultad al analista, tal como se observa al examinar los recuerdos de adolescencia de los adultos que ocultan los de la infancia. De modo que el problema consiste en que tales recuerdos están separados de los afectos que los acompañaban, siendo difícil recuperar la atmósfera en que se vivió tales recuerdos. Los estados de ánimo del adolescente al ser cambiantes y fugaces, son difíciles de recuperar y poco propicios para resurgir y ser revividos en la relación analítica.

Respecto al análisis durante la adolescencia Spiegel [-1951] lamentaba el pesimismo de algunos autores, al tiempo que reclamaba una adaptación de la técnica, semejante a las hechas en el campo de la infancia o la delincuencia. Ahora bien, es a propósito de esto que Anna Freud trae a cuento los nuevos artículos (no relacionados por Spiegel) que tratan sobre aspectos técnicos del análisis con adolescentes, precisando que los de Fraiberg y Noshpitz se dedican al período inicial de la adolescencia y el de Adatto al período final. Se apoya en esto para agregar inmediatamente que los estudios efectuados en la *Clínica de Hampstead* (estudios que no referencia) se han centrado, en cambio, en el período intermedio, en el pasaje de la pre-adolescencia a la adolescencia, en el cual se produce típicamente la rebelión del adolescente contra sus padres, al tiempo que se produce contra el analista, como sustituto de aquellos en la transferencia. Ahora bien, estas condiciones de la transferencia explican por qué los adolescentes deciden tan frecuentemente la interrupción abrupta del tratamiento.

Pero no sólo este período de la adolescencia es problemático. En general, se considera que el tratamiento analítico con adolescentes es una empresa azarosa de comienzo a fin, debido a la inusual intensidad de una variada gama de resistencias.

Al enfrentar la resistencia en ciertas estructuras clínicas en casos de adultos, el analista puede anticiparla, puesto que sólo enfrenta un tipo de resistencia y en consecuencia puede adaptar la técnica a cada cuadro, mientras que:

“no ocurre lo mismo con los pacientes adolescentes que pueden pasar repentinamente de un estado emocional al siguiente, presentarlos todos al mismo tiempo o en rápida sucesión, sin darle tiempo al analista para que rearme sus fuerzas y modifique el manejo del caso de acuerdo con las necesidades impuestas por las cambiantes circunstancias” [Freud-A-1957:171].

En ese orden de ideas, Anna Freud sostiene que antes de revisar la técnica para adaptarla a la particularidad de la estructura del adolescente, hay que examinar tal particularidad, y para ello establece una comparación entre la posición libidinal del adolescente y la de los estados de duelo y de infortunio amoroso. En estos últimos casos, la libido está comprometida totalmente con un objeto de amor real, del presente o del pasado más próximo, de suerte que al no poder descatectizar tal objeto para catectizar otro, no se dispone de libido para catectizar la persona del analista o para recatectizar regresivamente objetos anteriores. En los adolescentes esta lucha emocional implica que *“su libido está a punto de desligarse de los padres*

para catectizar nuevos objetos” [Freud-A-1957:172], de lo que resultan duelos por los objetos pasados, infortunios amorosos con los nuevos objetos, así como un retraimiento narcisista cuando no puede catectizarse estos.

De suerte que ni el presente ni el pasado llegan a ser suficientemente significativos como para proporcionar un material interpretable. En ese sentido, el tratamiento psicoanalítico con el adolescente sólo es posible cuando éste renuncia al objeto al que se encuentra fijado, para así poder investir al analista y de esa manera permitir la construcción de la neurosis de transferencia.

Esta hipótesis acerca de la distribución de la libido en la personalidad adolescente, puede explicar algunas de sus actitudes ante el tratamiento: tanto sus actitudes renuentes y desfavorables cuando no catectiza al analista, como las que se presentan cuando lo convierte en nuevo objeto de amor: perentoriedad de sus demandas, intolerancia a la frustración, tendencia a utilizar la relación como medio de satisfacción.

La descripción de estas condiciones permite a Anna Freud entender por qué aparecen otras formas de tratamiento de los adolescentes, pero no cree que ellas contribuyan a incrementar los conocimientos teóricos sobre los aspectos inconscientes de la psique del adolescente [Freud-A-1957:173].

El hecho de que después de esta afirmación proponga aplicar sus conocimientos a tres problemas, que en su opinión son apremiantes, pareciera dar a entender, por el contrario, que ella sí está convencida del valor y el alcance de los conocimientos que ha reunido.

Aplicación de conocimientos a tres problemas

El primer problema se refiere a la posibilidad de evitar el “desorden” adolescente. En este punto la opinión psicoanalítica se aparta de la de los padres y del sentido común, pues considera que el desorden adolescente no es otra cosa que el abandono del precario equilibrio interno, que representaba el resultado de conflictos entre fuerzas instintivas [“pulsionales”, en las nuevas traducciones] y yoicas, pero que no permitía dar cabida al incremento cuantitativo de la actividad de los instintos, ni a sus modificaciones cualitativas propias de la pubertad. Para el psicoanálisis, el desorden adolescente es el que permite romper el equilibrio logrado en la infancia para dar cabida a la sexualidad adulta, favoreciendo su integración en la personalidad. Por esto estos trastornos “*no son más que signos exteriores que indican que esos ajustes internos han comenzado*” [Freud-A-1957:174].

Así cuando no se presentan estos desordenes y el joven sigue comportándose como lo hizo en el período de latencia, los padres verían esto como algo positivo, mientras que el psicoanalista deduciría un retraso del desarrollo normal. En tales casos, más

que de un déficit instintivo, se hablaría de déficits yoicos y superyoicos, de jóvenes en los que las nuevas y crecientes exigencias instintivas son enfrentadas con defensas excesivas que, actuando como barreras internas, detienen los procesos madurativos normales. Es en tales casos donde más se requeriría la intervención terapéutica para levantar tales restricciones excesivas.

El segundo problema se refiere a la posibilidad de predecir la modalidad del desorden adolescente. Al respecto, se señala que algunos autores sostienen que esto no es posible, pues piensan que tal desorden obedece a relaciones cuantitativas, es decir, de lo intenso y repentino del incremento instintivo. En cambio, entre los pioneros que ya había mencionado, Jones había respondido afirmativamente de un modo general, indicando que a partir de la forma en que un sujeto atravesó las etapas del desarrollo infantil, se determina la forma en que lo hará en la adolescencia.

Solamente Bernfeld hizo un aporte más específico al relacionar una modalidad adolescente particular, "la dilatada", con un desarrollo infantil específico caracterizado por: a) quebrantamiento del narcisismo por frustración de deseos sexuales, b) intensas fijaciones incestuosas que no desaparecen en la latencia, c) superyó temprano, bien diferenciado el yo y con ideales cargados de libido narcisista y objetal.

En este orden de ideas, Anna Freud recuerda que en 1936 sugirió que en la adolescencia podía producirse algo semejante a una cura espontánea. Ello ocurre en jóvenes en quienes las actividades y características pregenitales predominaban durante la latencia, de suerte que el incremento de la libido genital en la adolescencia causa una disminución benéfica de la pregenitalidad. Puede darse otro caso, cuando en la latencia predomina lo fálico, en el que el aumento de la libido genital provoca una masculinidad agresiva, excesiva y perjudicial.

Ahora bien, más allá de los acuerdos y discrepancias entre autores, Anna Freud dice que *"en general se coincide en que una fuerte fijación en la madre que se remonta hasta el vínculo con ella no sólo durante la etapa edípica sino también durante la preedípica, hace que la adolescencia sea especialmente dificultosa"* [Freud-A-1957:175]. Pero ve necesario correlacionar esa afirmación con dos hallazgos que surgieron como resultado de los estudios realizados en la *Clínica Hampstead*. El primero es fruto del estudio niños huérfanos, el cual mostró que, por el contrario, la falta de fijación en la madre constituye una amenaza para la coherencia de la personalidad durante la adolescencia.

"En tales casos la adolescencia suele estar precedida por la frenética búsqueda de una imagen materna; la posesión interna y la catexia de esa figura parecen ser esenciales para la realización del proceso subsiguiente, que consiste en retirar la libido de ella para transferirla a nuevos objetos; es decir, a las parejas sexuales"[Freud-A-1957:175].

Así pues, en estos adolescentes ocurre todo lo contrario, pues buscan la figura materna, mientras que los adolescentes con fuertes fijaciones a la madre buscan apartarse de ella.

Otro hallazgo importante realizado en esta Clínica se refiere a la fijación de la libido en los mellizos. Se encontró que ellos no sólo deben aflojar tal vínculo libidinal con la madre, sino también con el hermano mellizo, pues la fijación al hermano tiene sus raíces en el mismo estrato de la personalidad que el temprano apego a la madre. De no romperse el vínculo con el mellizo el resultado es el mismo que de no romperse la fijación a la madre, a saber; *“un retardo de la madurez o una consolidación limitativa del carácter de la fase de latencia”* [Freud-A-1957:176].

En síntesis, solamente es posible predecir las reacciones adolescentes cuando se trata de cuadros específicos, pero no es posible *“para todas las variaciones individuales de la estructura de la personalidad infantil”* [Freud-A-1957:176].

El tercer problema tratado, se refiere a la dificultad para diferenciar lo normal y lo patológico en los adolescentes. Ella reside en la semejanza de las manifestaciones adolescentes con las formaciones de tipo neurótico, psicótico, asocial y fronterizo.

Al abordar este tema en 1936, Anna Freud postuló que esas formas sintomáticas dependen, *“por una parte, de la calidad y cantidad de los contenidos del ello que acosan al yo, y por otra, de la selección de los mecanismos de defensa que emplea este último”* [Freud-A-1957:176]. En la actualidad piensa que esta explicación debe ser ampliada, no en cuanto a la semejanza de los trastornos sino en lo que concierne a su especificidad. Al respecto, señala un hecho propio de estos fenómenos adolescentes y que por lo tanto sería exclusivo y característico:

“para la experiencia del individuo el peligro reside no sólo en los impulsos y fantasías del ello, sino en la existencia misma de los objetos de amor de su pasado edípico y preedípico. La carga libidinal de esos objetos persiste desde las etapas infantiles, y durante el período de latencia queda simplemente amenguada o se inhiben sus objetivos. Por lo tanto, las pulsiones pregenitales reactivadas o –peor aún– las pulsiones genitales recientemente adquiridas corren el riesgo de entrar en contacto con aquellos objetos, otorgando una nueva y amenazadora realidad a fantasías que parecían extinguidas pero que en realidad solo están reprimidas” [Freud-A-1957: 177].

En la nota, agregada a la última frase citada, se habla de un ejemplo de *anorexia nervosa* en el que se observa que el nuevo peligro no consiste solamente en la presencia real de los padres, sino sobre todo en la nueva realidad que pueden alcanzar las fantasías edípicas de infancia, en virtud del desarrollo genital y el estado de excitación constante exclusivo de esta época de la vida.

En nuestra opinión este planteamiento lleva a Anna Freud a modificar su perspectiva, en la medida en que ahora considera decisiva la defensa contra las personas y el escenario en el que se despliega el conflicto adolescente, por cuanto ella determina

el éxito o el fracaso de las otras medidas defensivas [Freud-A-1957:177]. Dicha defensa que tiende a romper el vínculo con los objetos reales, había sido identificada por Anny Katan [-1937], quien la denominó como “eliminación”.

La hipótesis a la luz de los tipos de desarrollo adolescente

Llegada a este punto Anna Freud anuncia que continuará presentando unas ilustraciones que sirven para esclarecer el significado de su hipótesis. En realidad va a ocuparse de cuatro formas de defensa de las que el yo del adolescente se sirve para hacer frente a los conflictos intrapsíquicos, asociados a los vínculos infantiles: “defensa por desplazamiento de la libido”, “defensa por inversión de los afectos”, “defensa por retiro de la libido hacia la propia persona” y “defensa por regresión”. La descripción de las posiciones y actitudes que asume el adolescente que privilegia cada una de estas formas de defensa, le servirá a Anna Freud para evaluar las posibilidades y dificultades que tendría un tratamiento psicoanalítico en cada uno de esos cuadros, los cuales, hacia el final del artículo, llamará “tipos normales de desarrollo”.

Se pone así en evidencia que su exposición sigue atravesada por la preocupación enunciada en un comienzo, a saber: si los conocimientos adquiridos pueden brindar orientación confiable para responder a las demandas de los padres o de los pacientes adolescentes. Veamos pues cómo describe las cuatro formas de defensa contra los vínculos objetales infantiles.

La “*defensa por desplazamiento de la libido*”, no sólo consiste en la huida repentina respecto de los padres (a quienes ahora el adolescente trata con insensibilidad), sino sobre todo en el retiro de la catexis libidinal de los “objetos” introyectados. Correlativamente, esta modalidad defensiva implica también una dependencia apasionada hacia ciertos “objetos” del medio extra-familiar, de su misma edad, a los cuales el adolescente desplaza su libido, debido precisamente a que aquellos poseen aspectos diametralmente opuestos a los de sus padres. En el caso de recaer la libido sobre un “líder”, este es escogido debido a que sus ideales pertenecen a una generación intermedia entre la del adolescente y la de sus padres. Lo repentino del cambio y el marcado contraste entre objetos otorga a esta conducta carácter defensivo, por lo que concluye que más que un proceso normal, se trata aquí de una anticipación del crecimiento. La ventaja del retiro de la catexia de los padres consiste en que:

“los impulsos pregenitales y genitales dejan de ser amenazadores; la culpa y la ansiedad disminuyen y el yo se hace más tolerante. Surgen entonces los deseos sexuales y agresivos anteriormente reprimidos que son actuados fuera del contexto familiar, en el más amplio medio social” [Freud-A-1957:178].

Esta defensa es asemejada por Anna Freud a un *acting out*, cuya forma depende de los objetos sustitutivos elegidos. En estos casos, la posibilidad de establecer la transferencia necesaria para la terapia analítica es incierta, pues:

“toda relación con el analista, y sobre todo la relación transferencial, revivirá los vínculos infantiles que han sido abandonados y por ese motivo es evitada por el adolescente. Además, la fuga de esos vínculos anula por lo menos temporariamente la sensación de conflicto interno y por lo tanto el paciente no siente la necesidad de recibir ayuda psicológica” [Freud-A-1957:178].

En síntesis, la hija de Sigmund ve en esta defensa una anticipación del crecimiento más que un proceso de desarrollo normal. En lo que concierne a la terapia, ofrecen pocas posibilidades de constituir una alianza terapéutica.

La “*defensa por inversión de los afectos*”, aunque menos conspicua en el aspecto externo es, sin embargo, más nociva internamente que la defensa anteriormente descrita. Luego de intentar infructuosamente retirar la libido de los objetos parentales, el adolescente procede a la inversión de los afectos, transformando amor en odio, dependencia en rebelión, etc. como forma de obtener un sentimiento de libertad, el cual, sin embargo, no se produce, y por el contrario el adolescente permanece más atado a las figuras parentales. Según Anna Freud, esta forma defensiva se podría comparar con un *acting out* que tiene lugar dentro de la familia, de suerte que en vez de ahorrarse el conflicto con los padres lo aumenta, produciendo sufrimiento y dilatando el proceso de desarrollo e independencia del adolescente. En acuerdo con S. Ferenczi, plantea que también en estos casos la oposición y la obediencia compulsivas resultan ser igualmente invalidantes.

Así pues, como no hay disminución de la culpa y la ansiedad, se ponen en marcha otros dos tipos de defensa, a saber: la negación de los sentimientos positivos y las formaciones reactivas que llevan a adoptar actitudes groseras, desconsideradas y depreciativas. Otro efecto patológico de esta defensa por inversión de los afectos, consiste en que la hostilidad y agresividad pueden devenir intolerables al yo, por ser amenazantes, y entonces se las proyecta sobre los padres, quienes se convierten entonces en perseguidores. Este fenómeno se refleja primero como actitud suspicaz y termina más tarde, cuando aumentan las proyecciones, en conducta paranoide. En caso de no darse la proyección, se presenta la introyección de esta agresividad y hostilidad, lo que conduce a producir fenómenos depresivos o masoquistas.

En estos casos, el adolescente experimenta sufrimiento y deseo de ayuda, que sin embargo no son suficientes para que acuda a la terapia. Cuando es llevado por sus padres y aparentemente acepta tal ayuda, ésta es sentida luego como una persecución. Estos adolescentes huyen de los sentimientos positivos, aunque se tenga la impresión de que huyen por la intensidad de la transferencia negativa.

La “*defensa por retiro de la libido hacia la propia persona*”, tendría más consecuencias patológicas que las anteriores, pues la libido retirada de los padres se

vuelca sobre el yo y el superyó, dando lugar a las ideas de grandeza de los adolescentes, quienes pueden llegar a considerarse redentores de la humanidad. Si la libido recae sobre el cuerpo se producen fenómenos hipocondríacos. En estos casos, próximos a la psicosis, Anna Freud sugiere que la terapia debe buscar el camino de retorno de la libido desde el yo y el superyó hacia los objetos infantiles u otros nuevos, para lo cual será tarea indispensable lograr el establecimiento del vínculo analítico que requiere de la catectización previa del analista. Sin embargo, en estos casos, luego de lograr establecer la transferencia inicial, el analista debe contentarse con este logro transitorio, sin profundizar la transferencia para no provocar las ansiedades mencionadas.

En la “*defensa por regresión*”, la mayor ansiedad derivada de los vínculos objetales tempranos obliga al uso de defensas rudimentarias y primitivas. Aquí se produce la “*identificación primaria*” con los objetos, que es característica de las psicosis. La regresión que se opera en este caso no sólo es libidinal, sino también yoica, de suerte que se borran los límites del yo y del objeto, como lo reflejan en ocasiones el extremo cambio de apariencia externa y de personalidad del adolescente. Así mismo se borra la distinción entre lo externo y lo interno, que lleva a estados confusionales. La ansiedad es eliminada transitoriamente, pues luego de retirar la carga libidinal de las fantasías edípicas y de muchas preedípicas, aparecerá una ansiedad más fuerte, que Anna Freud había descrito en otro trabajo [-1951] como “*el temor de la rendición emocional, con el concomitante temor de la pérdida de identidad*” [Freud-A-1957:181-2].

Ahora bien, según Anna Freud, “*cuando fracasan las defensas contra los vínculos objetales edípicos y preedípicos, se producen los cuadros clínicos que se acercan a la enfermedad psicótica*” [Freud-A-1957:182]. Entre esos cuadros clínicos, describe dos: el adolescente “*ascético*” y el denominado “*intransigente*”. Sobre el tratamiento del adolescente “*ascético*” afirma que no presenta tantas dificultades como cabría esperar, y sobre el tratamiento del “*intransigente*” no se expresa tan directamente, pero pone el ejemplo de un adolescente de este tipo que tuvo oportunidad de observar en análisis y que terminó por comprender la necesidad de las transacciones que él trataba de evitar.

Para concluir su exposición, se detiene en dos enunciados que esta contiene y que estima útiles para definir la normalidad: 1/ la adolescencia es una “*interrupción del crecimiento imperturbado*” [Freud-A-1957:183], y 2/ que la presencia de un equilibrio estable en dicha época es algo anormal. Ellos implican que se debe reconocer la falta de armonía en la estructura psíquica del adolescente como una premisa para la comprensión de la adolescencia. Entonces a partir de allí es posible ver que las defensas contra impulsos y vínculos tienen un carácter legítimo y normal, que sólo pueden considerarse como patológicas cuando son utilizadas excesivamente o de manera aislada.

Por eso los tipos de desarrollo adolescente normales que ha descrito, son una forma de recuperar la estabilidad mental, siempre y cuando se empleen con moderación y de manera integrada. Por lo mismo la conducta manifiestamente contradictoria de los adolescentes debe considerarse como enteramente normal, por más que se trate de

fluctuaciones entre extremos opuestos, lo cual, en cualquier otra época de la vida, sería anormal [Freud-A-1957:184]. De acuerdo con esta lógica, el desorden adolescente normal no requiere en realidad de tratamiento psicoanalítico. Dicho desorden habla más bien de la necesidad de brindar tiempo y medios al adolescente para que encuentre las soluciones propias. Anna Freud piensa que en estos casos tal vez sean los padres los que deban recibir ayuda y orientación para que puedan actuar con indulgencia [Freud-A-1957:184].

Adolescencia como perturbación del desarrollo

Ya que hemos visto a Anna Freud hacer un balance de sus concepciones en 1957, puede resultar ilustrativo que expongamos el resumen que hace ella misma de sus planteamientos en una intervención suya ante el *Sexto Congreso Internacional de Psiquiatría Infantil* en 1966. Su comparación podría darnos una medida del real avance de la teoría sobre la adolescencia dentro de esta corriente del psicoanálisis.

Ella misma advierte que, dado el espacio que tiene para su intervención, sólo alcanza a hacer algunos enunciados generales sobre su punto de vista acerca de la adolescencia. Comienza entonces por ubicar las reacciones adolescentes respecto a la línea divisoria entre la salud y la enfermedad mental. En este sentido recuerda que la investigación psicoanalítica ha llevado a borrar la línea demarcatoria entre lo normal y lo patológico, y a considerar que para atribuir la salud mental o basta con que cada parte de la psique se halle intacta. La salud mental:

“se verifica sólo cuando todas las instancias de nuestra mente, impulsos, yo racional e ideales coinciden de manera notoria y, en su adaptación al mundo externo, permiten resolver los conflictos inherentes a la situación total. Expresado en otros términos, ello implica que la salud mental depende de la avenencia viable y equilibrio resultante de fuerzas entre las diferentes instancias y exigencias” [Freud-A-1966:188].

En sus anteriores escritos ya había establecido que *“dicho equilibrio y avenencia tienen un carácter precario y puede trastocarlos cualquier modificación en las circunstancias internas o externas”*[Freud-A-1966:188]. Además esos cambios son tan inevitables como continuos, se producen con frecuencia en el curso del desarrollo y entrañan no sólo nuevos beneficios sino nuevos problemas.

Esto significa también que *“el cambio producido en cualquier sector de la vida mental trastorna el equilibrio previamente alcanzado, y que debe lograrse una nueva avenencia”* [Freud-A-1966:188]. Dicho cambio *“puede afectar las pulsiones instintivas, como ocurre en la adolescencia; o puede producirse en la esfera del yo, vale decir, en la instancia cuya función es manejar o controlar los impulsos; o bien pueden cambiar las exigencias que el individuo se plantea a sí mismo, sus objetivos e ideales; o sus objetos amorosos en el mundo externo; u otras circunstancias de su*

ambiente" [Freud-A-1966:188]. Estos cambios que rompen el equilibrio interno pueden ser de tipo cuantitativo o cualitativo.

Estas perturbaciones del equilibrio interno son consideradas como perturbaciones del desarrollo. Dado que están ligadas a determinadas fases del desarrollo ellas suelen ser de carácter transitorio. En "*la práctica clínica con niños el empleo del concepto de perturbaciones transitorias del desarrollo se ha vuelto indispensable como categoría diagnóstica*" [Freud-A-1966:189]. Cabe mencionar también que estos cambios no sólo producen trastornos sino que también provocan curas espontáneas.

Los problemas de la adolescencia constituyen el prototipo de dichas perturbaciones del desarrollo. Estas se caracterizan por afectar al mismo tiempo todas las esferas, a diferencia de las ocurridas en la infancia, en las que por lo general, se observan alteraciones en una u otra área de la personalidad del niño [Freud-A-1966:189]. En efecto, los cambios en la adolescencia son físicos y endocrinológicos, pero también conciernen al modo de expresión de la agresividad, al rendimiento intelectual y a las reorientaciones con respecto a vínculos objetales y las relaciones sociales.

En palabras de Anna Freud: "*se producen verdaderos cataclismos en la esfera del carácter y personalidad del adolescente*" [Freud-A-1966:189], que hacen que la anterior imagen del niño quede oscurecida por la nueva imagen del adolescente que empieza a emerger.

En lo que resta de su exposición, Anna Freud, va a ocuparse entonces en describir de manera breve cada uno de los sectores en los que se presentan cambios durante la adolescencia: en los impulsos, en la organización del yo, en las relaciones con los objetos parentales, en los ideales y en las relaciones sociales

Lo que formula respecto a las modificaciones de los impulsos no representa ningún cambio respecto a sus puntos de vista anteriores. El cambio cuantitativo lo ubica en la pre-adolescencia, y el cualitativo consiste en la emergencia de los impulsos genitales. Asocia con el primero la tentación de dar rienda suelta a las conductas pregenitales agresivo-sexuales, mientras que al segundo se asocian las fantasías incestuosas. Son estos riesgos los que ponen en alta tensión al sistema defensivo y llevan al Yo a multiplicar los esfuerzos en el plano de las defensas.

Pero las medidas defensivas que sirven al adolescente como protección contra la presión cuantitativa de los impulsos resultan ineficaces contra la profunda modificación sufrida en relación con los impulsos genitales [Freud-A-1966:191]. La aparición de la sexualidad adulta propiamente dicha incrementa los temores incestuosos, por lo cual el adolescente debe desarrollar otros métodos de lucha contra los vínculos con los objetos parentales, tales como actitudes de indiferencia, menosprecio, insolencia, rebeldía, etc. "*Cuanto más estrechos hayan sido los vínculos que unían al hijo con los progenitores, más violenta será la lucha entablada para quebrarlos en la adolescencia*" [Freud-A-1966:191].

Cabe mencionar que al respecto Anna Freud hace una observación novedosa: afirma que en medio de esa lucha el adolescente puede volver, por momentos, a cierto estado de desamparo y dependencia. Naturalmente esto crea dificultades en la relación con los padres y, por otro lado, induce una serie de cambios en las relaciones sociales.

Estos cambios en las relaciones sociales están fundamentados en el abandono de los lazos que lo unían a sus padres y de los ideales que compartía con ellos. De suerte que debe buscar sustitutos para ambos. Requiere que estos nuevos objetos y sus respectivos ideales estén en contraste con los anteriores [Freud-A-1966:192]. Ahora adopta otros ideales; los de un líder, sea de la generación de los progenitores, o más comúnmente idealiza al grupo de pares o a un miembro de éste.

La autora remata su exposición agregando tres observaciones, que también representan inquietudes nuevas en su reflexión. En primer lugar lamenta que coincidan sobre el adolescente tantas exigencias, las de su conmoción interior y las externas. En segundo lugar advierte que la importancia acordada a los problemas sexuales del adolescente no debe empañar la consideración del papel de la agresión. Finalmente invita considerar los detalles de la rebelión adolescente como un todo, por cuanto parece posible “*determinar qué tipo de rebelión ha de resultar más fructífera para conducir a una vida adulta más satisfactoria*” [Freud-A-1966:193].

4.1.3 EISSLER: perspectivas teóricas sobre el tratamiento

Junto con la conferencia de 1957 de Anna Freud que acabamos de analizar, fue publicado en el mismo número *The Psychoanalytic Study of the Child* de 1958, el artículo de Eissler que presentaremos a continuación y que tiene por título “Notas sobre problemas de técnica en el tratamiento psicoanalítico de adolescentes, con algunas observaciones sobre las perversiones”.

Eissler no solamente se vincula con Anna Freud en sus tareas de investigación y divulgación del psicoanálisis, sino que su obra es asociada también a las de Bernfeld y Aichhorn, por cuanto en la historia del psicoanálisis comparte con ellos una referencia común a la adolescencia y en particular a las cuestiones de la delincuencia y la psicopatía juveniles.

El propósito de Eissler con este escrito es el de elaborar unas hipótesis relativas al tratamiento psicoanalítico de adolescentes, inventariar las acciones posibles y recapitular los problemas técnicos que podrían presentarse. En realidad, lo confiesa, no ha tenido oportunidad de practicar o de dominar ese tipo de tratamiento.

La concepción respecto a la adolescencia que expresa aquí Eissler difiere, sin embargo, de la de Anna Freud, por cuanto piensa que la adolescencia se desarrollaría sin conflictos cuando no existen obstáculos internos o externos a la

satisfacción heterosexual. Como bien lo anota Kestemberg, esto implica una situación tan ideal, que entonces en realidad la crisis de la adolescencia sería difícilmente evitable. De todos modos él no atribuye a esta crisis el carácter normal que sí le reconoce Anna Freud, y advierte, en cambio, sobre los riesgos y perturbaciones que ella acarrea.

Por el contrario admite, como Anna Freud en esa época, que aunque los conflictos primarios sufren pocas alteraciones desde su articulación en la infancia, el proceso de reorganización que se pone en marcha durante la adolescencia, define la forma clínica en que se manifestarán. No obstante eso no niega que haya patologías que se manifiestan continuamente de la misma manera desde la infancia, o que se llegue a la adolescencia con una psicopatología ya bien instalada. En su opinión el problema técnico no se presenta para estos últimos casos, en los cuales lo recomendable, en su opinión, sería la cura clásica, sino en aquellos, más comunes, en donde la patología es fluctuante. Para este último tipo de patologías, que se presentan en formas diferentes y en una rápida sucesión, Eissler se propone analizar separadamente las técnicas que se utilizan con cada una de ellas, para después examinar la posibilidad de su utilización en la terapia de los adolescentes. El supuesto básico parece ser el de que se puede responder con una técnica adecuada a cada uno de los síntomas, si se define con precisión las coordenadas específicas de cada uno de ellos. Pero adicionalmente el adolescente presenta la imposibilidad de auto-observarse y una inmadurez del Yo propia de su momento de desarrollo, semejantes a los que se observan en los niños en análisis.

Respecto al tratamiento de los adolescentes señala también que aunque estos reúnen aquellos criterios de analizabilidad que enunció Freud (elasticidad de los procesos psíquicos y educabilidad), su economía psíquica es tan particular, que no deja de generar dudas en cuanto a su posibilidad y eficacia. No se detiene en profundizar las exigencias propias del análisis con niños, con el cual compara al trabajo con adolescentes, aunque sí recalca el rol pedagógico que con ambos debe desempeñar el analista.

Luego de revisar la técnica usada en cada uno de los cuadros clínicos clásicos (neurosis, delincuencia, psicosis y perversiones) y de esbozar las variantes técnicas que corresponden a cada uno de ellos, concluye que el analista, en el transcurso de una terapia con un adolescente, debe poder recurrir y disponer de todas ellas. El fin del análisis, sin embargo, siempre sería, según él, el de llevar al adolescente a la posición neurótica, que es fácilmente tratable.

Con la técnica clásica puede reparar ciertos daños causados por las inhibiciones consecutivas a fuertes represiones de las pulsiones. Por medio de las técnicas empleadas con los delincuentes, podría reducir las lagunas del superyó adolescente y doblegar las pulsiones antisociales. La técnica acondicionada para la esquizofrenia permitiría reconciliar al adolescente con el medio ambiente, ya sea que éste lo haya inducido a desligarse de él o a renunciar a sus defensas y someterse al ello. Mientras que cuando suscita el conflicto entre el Yo y las pulsiones perversas, el analista

intenta mantener la catexia de los objetos heterosexuales y preservar la función genital.

Teóricamente, según él, la tarea más difícil sería la de integrar todas estas técnicas, que deberán utilizarse en función de los signos manifestados por el paciente. Eissler supone igualmente que la técnica debe ser tan fluctuante y variable como lo son los mismos síntomas que presenta el adolescente; que necesita ser modificada en función del momento oportuno, no solamente de la fase de evolución del paciente, sino también en el curso de una misma sesión. Construye incluso un ejemplo ficticio, alrededor de un muchacho de 15 años, con el cual trata de justificar la validez de la flexibilidad técnica que postula frente a la variabilidad de la sintomatología adolescente.

Antes de terminar su artículo, Eissler se ocupa de lo que él considera una quinta forma de patología: el joven talentoso. El conocimiento de estos super-dotados permitiría ser más eficaces en aquellas situaciones en las que se trata de alentar el desarrollo psíquico y el potencial creador. Si bien estima que también los análisis de estos sujetos con potencial excepcional es peligroso, reconoce que no es posible adoptar una posición definitiva, pues todavía es un problema mal conocido y complejo. Cree, eso sí, que si el análisis permite a estos sujetos hallar una cierta flexibilidad del yo, sus posibilidades de creación se pueden conservar.

Las recomendaciones finales que hace Eissler, no obstante, no son homogéneas ni universales. Cita tres casos que ilustran tres problemas clínicos diferentes: uno, en estado muy grave, en el cual en lugar de un tratamiento propiamente dicho, se desarrolló una relación anodina, en forma de conversaciones, hasta que tres años después el paciente espontáneamente solicitó un análisis; un segundo, de un análisis emprendido por solicitud de los padres, en el cual constata los efectos desastrosos en el adolescente, y un tercero en el que una psicoterapia emprendida inicialmente, operó más bien como un freno para proseguir a un análisis posterior. Con todo manifiesta su preferencia por el análisis clásico frente a otras medidas de sustitución.

Curiosamente la razón por la cual sigue siendo citado más frecuentemente este ensayo de Eissler, no reside tanto en sus recomendaciones técnicas, como en el pasaje que introduce cuando está hablando de las perversiones, y en el cual hace una digresión acerca de la significación del orgasmo. A su juicio el orgasmo tiene por objeto brindar al hombre la creencia primaria en su existencia; por lo que el verdadero “cogito” comienza en el placer sentido en el “coito”. La búsqueda de esta convicción explicaría los esfuerzos en algunas perversiones para asegurarse una particular satisfacción, asociando el orgasmo a una realidad específica. Por otro lado, estima que las condiciones de obtención del primer orgasmo en el adolescente, tienen tanta importancia como la de los traumatismos precoces de la infancia, por cuanto el orgasmo fusiona el mundo interno y el mundo externo del sujeto.

4.1.4 LAMPL-DE-GROOT: nuevos conocimientos, nuevas posibilidades

En una ponencia presentada en el 21º Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional de 1959, Jeanne Lampl-de-Groot retoma uno de los problemas tratados por Anna Freud en la conferencia que acabamos de reseñar [Freud-A-1957], concretamente el de las dificultades con la reconstrucción de la adolescencia durante los tratamientos analíticos.

Pero en la introducción, antes de desarrollar su argumento, critica a algunos autores que afirman que el conocimiento teórico sobre la adolescencia es incompleto, y para responderles se refiere a las publicaciones de Spiegel [-1951] y Anna Freud [-1957]. Aprovechemos que aquí se expresa esta idea, que será repetida por otros autores, según la cual el artículo en cuestión de Anna Freud constituye una revisión de la literatura, para reevaluarla a la luz de nuestra anterior lectura. Como ya dijimos, Anna Freud presenta muy pocos trabajos nuevos, o que hayan sido elaborados después del de Spiegel o que éste haya omitido. Los tres pioneros en los que ella se detiene inicialmente, esto es, Jones, Bernfeld y Aichhorn, también son citados por Spiegel, aunque ella resalta el contenido y el sentido de sus tesis de otra manera. Lo mismo se puede decir del artículo de Anny Katan [-1937] y del comentario que le hace. Por otro lado, a las tres nuevas publicaciones sobre el tratamiento de adolescentes referidas por ella (Fraiberg, Noshpitz, Adatto), se pueden sumar otras dos referencias: la mención (sin datos bibliográficos) a los trabajos realizados en la *Clínica Hampstead* y el comentario y cita de la investigación de Dorothy Burlingham [-1951]. De resto los otros seis trabajos a los cuales remite (en las notas al pie) hacen contribuciones puntuales sobre fenómenos no específicamente presentes en adolescentes; entre ellos están los de M.Katan [-1950], Federn [-1952], Freeman-&-al [-1958] y Bibring [-1959], así como un viejo trabajo de Ferenczi, al que alude marginalmente, también en nota al pie y sin referencia bibliográfica. Entonces, si se sigue llamando a esto una “revisión de la literatura” no puede ser en razón del número de estudios repertoriados, sino acaso por presentar de manera extensa la propia visión de los mismos temas ya catalogados por Spiegel.

De estos temas, como ya se dijo, Lampl-de-Groot elige uno relacionado con la práctica clínica, concretamente el de la dificultad en reconstruir las experiencias de la adolescencia, debido a que éstas no logran ser reavivadas durante el análisis del adulto con toda su intensidad. Aunque --como lo confiesa-- compartía esta idea, tuvo la oportunidad de constatar lo contrario durante el análisis con dos pacientes, un hombre y una mujer, en quienes dichas experiencias emergieron con una vivacidad excepcional. Aclara que eso se logró después de haber avanzado mucho en el trabajo analítico, sobre todo en la reconstrucción de la infancia. Esta comprobación la llevó a recordar un caso que le relatara Freud, en el cual la paciente no se liberó de sus síntomas sino luego de recordar una experiencia traumática tenida a los quince años. Finalmente la llevó a decirse, después de repensar en otras situaciones, que para muchos casos el fracaso, total o parcial, de la cura estaba ligado a la no-elaboración de las experiencias adolescentes.

Si esta reconstrucción de la adolescencia es posible y en algunos casos es tan importante, se pregunta entonces por qué comparativamente la reconstrucción de la infancia se hace sin problemas, mientras que la del período adolescente permanece, por lo común, como algo “muerto”.

En su opinión la dificultad para revivir los procesos de la adolescencia depende menos de la intensidad con la que en ella se despliegan los sentimientos y pulsiones, o de la variación que en ella se presenta de los estados de ánimo, sino de factores ligados al desarrollo del Yo y del Superyó. En efecto, el Yo del adolescente, aunque parece más fuerte por haber acumulado adquisiciones, se encuentra debilitado en comparación con el Yo infantil. El desprendimiento de los vínculos con los padres, hace que ya no pueda contar con el Yo-auxiliar que representaban estos, además de que lo pone en un estado de duelo. De manera semejante sucede con el Superyó. El distanciamiento de los padres, obliga al adolescente a no contar sino con su propio Superyó y éste, ahora más internalizado lo hace mucho más responsable de su comportamiento que cuando era niño. Por esta razón muchos pacientes utilizan el material infantil para defenderse de las vivencias adolescentes, en lugar de enfrentar la vergüenza, la culpa o el sufrimiento narcisista que corresponden a la adolescencia. Pero la renuencia que esto suscita en el paciente, no es la única razón de la constitución de las dificultades del tratamiento, a ellas contribuye también la propia reacción del analista ante las manifestaciones del adolescente, mucho más irritantes, dolorosas e insoportables que las de los niños.

La renuncia a los vínculos incestuosos durante la adolescencia, acarrea también la renuncia a una parte fundamental del Superyó, es decir, a aquellas restricciones, normas e ideales asociados a los objetos parentales. Como esa parte del Superyó ya está bastante internalizada, dicha renuncia conlleva el abandono de una parte de sí-mismo; proceso tanto más doloroso que el apartamiento de los objetos de amor.

Al Ideal del Yo, que distingue del Superyó y cuyo origen sitúa antes que el de las exigencias internas, Lampl-de-Groot le atribuye la función de compensar los sentimientos de impotencia y ser fuente de las primeras satisfacciones narcisistas. En consecuencia, el adolescente, obligado a construir nuevos ideales, no sólo debe soportar la pérdida de los objetos de amor, enfrentar el duelo por las restricciones y limitaciones infantiles, sino resistir a la herida causada por el debilitamiento de sus sentimientos narcisistas. A partir de esta perturbación fundamental de su economía narcisista y de las limitantes transitorias que encuentra su Yo para remediarla, se pueden comprender entonces que muchas de sus manifestaciones trasferenciales (hostilidad, críticas, reproches), se correlacionan con su convicción arcaica e inconsciente en la omnipotencia del analista o de los padres. De allí que se permita atormentarlos y agredirlos, sin sentirse culpable, porque los cree invulnerables.

Finalmente, Lampl-de-Groot propone apoyarse en las observaciones y reconstrucciones de la adolescencia logradas en las curas de adultos, con el fin de extraer conocimientos útiles para la conducción de la cura psicoanalítica de los adolescentes. Con la recapitulación de las reflexiones contenidas en su ponencia,

nos muestra cómo con mayores conocimientos se puede pensar en condiciones que favorezcan a los adultos a revivir la adolescencia:

“...si nos esforzamos por superar nuestras propias resistencias frente a las manifestaciones adolescentes de agresividad de nuestros pacientes, si enfocamos nuestra atención y la del paciente en los ideales y fantasías inconscientes de omnipotencia atribuidas a los padres, posteriormente internalizadas, y si ayudamos a los pacientes a sobrellevar las heridas narcisistas y superar el carácter defensivo de su ideal arcaico” [Lampl-de-Groot-1959 in:102-3, fr:112].

En conclusión, sin desconocer que la cura psicoanalítica de los adolescentes es difícil, Lampl-de-Groot no la considera imposible, sino en muchos casos, por el contrario, un esfuerzo válido y beneficioso. Además indica la vía para obtener conocimientos útiles para su conducción.

4.1.5 KESTEMBERG: las otras “cenicientas”

Kestemberg [-1960] hace una reseña minuciosa de los trabajos de Anna Freud [-1957] y de Kurt Eissler [-1958], sin embargo, no se detiene en una crítica detallada y argumentada de ellos. Fuera de reprocharles que no citen los recientes trabajos franceses sobre los problemas de la adolescencia y sus posibilidades de tratamiento, se limita a formular algunas objeciones teóricas puntuales y algunas reservas frente a las indicaciones técnicas, que fundamenta en su propia práctica del tratamiento de adolescentes. En este sentido, por ejemplo, expresa su desacuerdo con la clasificación de las defensas que hace Anna Freud, en “defensas contra las relaciones objetales infantiles” y “defensas contra las pulsiones”, pues no es posible concebir el establecimiento de una relación de objeto sin la intervención de las pulsiones, o aislar pulsiones sin objeto.

Pero lo prioritario para ella, desde el punto de vista teórico, consiste en entender que el principal problema de la adolescencia es el de la identificación. De hecho, a su modo de ver, los mecanismos de defensa que Anna Freud describe como “desplazamiento de la libido sobre nuevos objetos” pueden reducirse a menudo a conductas identificatorias [Kestemberg-1960:305]. Lamenta, por tanto, que los dos autores analizados por ella no se hayan detenido suficiente y explícitamente en este problema.

Ahora bien, tener en cuenta los problemas identificatorios conduce a estar atentos, aunque el adolescente tienda a desplazar su libido en un nuevo objeto o a invertir sus afectos, al hecho de que él permanece no obstante ligado a sus padres, por lo cual el terapeuta debe siempre abstenerse de emitir juicios críticos sobre ellos. Esto lo lesionaría al adolescente doblemente, en la medida en que sus padres hacen parte de sí mismo, y que, al mismo tiempo, se le estaría privando de la autonomía de su

juicio. La prudencia respecto a la expresión de estas apreciaciones respecto a sus padres, debe mantenerse, por tanto, durante todas las fases del análisis.

Por estas mismas razones Kestenberg rechaza abiertamente que el analista se presente como un adulto “experimentado” cuyo ejemplo habría que seguir, es decir, como un Ideal del Yo, para usar la expresión y recomendación de Eissler. Según ella lo único que la actitud del terapeuta debe dar a entender al adolescente es que lo comprende o que le parece posible que alcance, sin necesidad de descompensarse, una conducta autónoma.

Dado que, a su modo de ver y de su maestro Pierre Mâle (a cuyos trabajos remite expresamente), es un error reducir la crisis de la adolescencia a sus componentes sintomáticos en lugar de afrontarla en su unidad [Kestenberg-1960:303], puede concluirse que ella no está de acuerdo con muchas de las sugerencias de Eissler relativas a las formas de adaptar la técnica en el tratamiento con adolescentes, sobre la base de su diversidad sintomática. Es seguro, eso sí, que se opone a la maniobra de inducir la transferencia positiva por medio de gratificaciones, en el caso de los esquizofrénicos, pues lo dice de manera explícita y basándose en una experiencia suya anterior [Kestenberg-1958]. Igualmente le parece que los cambios extremos que preconiza Eissler, desde técnicas de gratificación a técnicas de frustración, son perjudiciales, en cuanto darían una imagen particularmente incoherente del analista, a quien se supone debe identificarse el joven.

El lugar que asigna en su visión teórica al problema de la identificación en el adolescente, la conduce consecuentemente a enfatizar, desde el punto de vista técnico, en el conocimiento y el manejo de las posiciones transferenciales, como algo muy importante en el tratamiento de los adolescentes. Por lo mismo también objeta a los dos autores que comenta, que no se hayan ocupado del problema de la contra-transferencia.

Aunque no se extiende en todos los matices de los riesgos transferenciales, ni los apoya con ilustraciones clínicas, hace sin embargo una enumeración y descripción de algunos de los obstáculos que en este sentido debe superar el terapeuta. Así: descuidar o despreocuparse por la comprensión de las dificultades conscientes del adolescente; intentar hacer uso de la autoridad para reducir los comportamientos del paciente en lugar de hacerle ver que no se llama a engaño y que lo comprende; asumir actitudes paternalistas y tratar al adolescente como un niño; permitir que la intolerancia al sufrimiento del adolescente nos lleven a desear acortar la cura o a obtener éxitos rápidos, sin dejarle tiempo para su propia evolución; satisfacerse narcisistamente con el hecho de que nos convierta en un nuevo objeto de su amor.

Todo lo cual, no obstante, no la llevan a concluir que se deba renunciar a una terapéutica psicoanalítica, aunque sí a reconocer que sea difícilmente realizable en su forma clásica. De allí que se detenga a mostrar el interés y las ventajas que tendría el psicodrama psicoanalítico que ella practica con adolescentes, frente a la cura clásica.

Lo cual no significa que recomiende el psicodrama de manera universal. En su conclusión final Kestemberg deja entrever que admite que otros terapeutas puedan adoptar otras técnicas, en función de sus concepciones teóricas o de sus prácticas, aunque sostiene, en cambio, que debe acatarse siempre una regla fundamental: respetar al adolescente de modo que se le permita construir y elegir su propia vía, sin pretender ser los primeros en brindarle conocimientos o mostrarle el camino.

4.2 La expansión de los sesenta

A pesar del interés constante de los psicoanalistas en la adolescencia durante toda la primera mitad del siglo XX, a fines de los 50 ella seguía siendo la “hijastra” del psicoanálisis⁸⁷ y su teoría está por construirse.

Pero en el período 1960-1980 se asistirá a una verdadera explosión del psicoanálisis, en buena medida preparada por la publicación en 1950 de las Cartas de Freud a Fliess, y la publicación entre 1953-57 de la biografía de Ernest Jones. Su difusión a través de los medios de comunicación, de la realización de filmes sobre él (Hitchcock, Huston), y que alcanza su apogeo en el movimiento estudiantil francés de mayo del 68, también contribuyó a dicha expansión. Como efecto parcial de esta extensión y penetración del psicoanálisis, éste acaba por parecer, a fines de los 60 y a la luz de algunos freudo-marxistas, como portador de un ideal revolucionario, que habría desconocido el mismo Freud.

⁸⁷ Traducimos así el “stepchild” utilizado por Anna Freud [-1957:255,259]. E.Kestemberg propone verterlo como “cenicienta” [-1960:291].

5. NORTEAMÉRICA: EGOPSYCHOLOGY Y RELACIONES OBJETALES

En el proceso de ordenamiento del material del presente trabajo, los criterios adoptados fueron inicialmente intuitivos y posteriormente más elaborados y explícitos. No obstante en distintos momentos de esta labor siempre asociamos de alguna manera a las teorizaciones de Erik Erikson, de Edith Jacobson y de Peter Blos; retrospectivamente identificamos en ellos semejanzas biográficas, de ambientes teóricos, geográficos y temporales y de enfoques conceptuales.

Son claras las condiciones de vida y formación que tuvieron en común Erikson y Blos.

Ambos nacieron en Alemania (el primero en Franfort en 1902, y el segundo en Karlsruhe, el 2 de febrero de 1904). Como ya se mencionó, compartieron en Viena el trabajo en la *Hietzing Schule*, es decir, que llegaron al psicoanálisis a través del trabajo pedagógico. Blos, por ejemplo, había estudiado ciencias de la educación en la Universidad de Heidelberg donde luego se hizo profesor; si bien posteriormente se doctoró en biología en la Universidad de Viena. Así mismo, en medio del ambiente psicoanalítico vienés de entonces, los amigos encontraron en las enseñanzas de Anna Freud y Siegfried Bernfeld el nascente interés por la adolescencia, al igual que durante este tiempo fueron influenciados por las ideas y el estilo de trabajo con jóvenes que realizaba August Aichhorn, quien se convirtió, a su vez, en el supervisor de su práctica analítica.

También emigraron a Estados Unidos casi al mismo tiempo:

Erik Erikson emigró en 1933 y se instaló inicialmente en Boston (Massachusetts), donde comenzó a ejercer en privado como psicoanalista de niños. En el Instituto de Psicoanálisis de Chicago, se acercó a los psicoanalistas Edward Bibring, Helen Deutsch, Ernest Kris, Heinz Hartman y Paul Federn. Adquirió la nacionalidad Americana en 1939, y aprovechó dicho acto administrativo para cambiar el apellido que recibió de su padrastro (Homburger) por el de Erikson (inventado por él mismo). Se mudó entonces a Berkeley (California), en donde fue uno de los fundadores de la *San Francisco Psychoanalytic Society*. Pero desde 1951 retornó a Massachusetts, en donde murió en 1994, en la ciudad de Cape Cod.

Blos abandonó Viena en 1934 y se trasladó inicialmene a Nueva Orleáns (Estados Unidos), donde trabajó como profesor de una escuela privada. Este país lo acogió por más de 60 años, hasta su muerte el 12 de junio de 1997 en Holderness (New Hampshire). Después de Orleáns pasó a New York, en donde se afilió a la Sociedad Psicoanalítica de esta ciudad. En 1965 fue nombrado miembro especial del Instituto Psicoanalítico de New York; alcanzando allí funciones de supervisor y formador de analistas, hacia el año 1967. Este mismo año dictó el curso sobre el desarrollo de la adolescencia, y después, en 1972, dictó el curso sobre adolescencia tardía; tarea docente que mantuvo en dicho Instituto hasta 1977. Pero continuó desempeñándose

como clínico, maestro y supervisor en otros centros; por ejemplo, en el Centro psicoanalítico de Columbia, en calidad de cofundador de *The Association of Child Psychoanalysis*.

Ambos psicoanalistas lograron un amplio reconocimiento en los círculos académicos norteamericanos y mundiales por su honda reflexión. Para 1950 el pensamiento de Erikson -que conjuga de manera original lo psicológico con lo social, el contexto social y cultural como fuentes constructivas del Yo - se consolida en el famoso libro *Infancia y sociedad*, una de sus obras más reeditadas. En 1962 Blos publica *On adolescence, a psychoanalytic interpretation*, uno de sus cuatro libros que más lo hace conocer en los planos nacional e internacional como un consagrado especialista en el psicoanálisis con niños y adolescentes. En dicha obra retoma las fases evolutivas propuestas por Margaret Mahler, y desarrolla el concepto de segunda fase de separación-individuación.

En cuanto a Edith Jacobson, comparte menos aspectos con ellos, aunque sus principales contribuciones al esclarecimiento de la adolescencia se sitúan por la misma época [-1961, -1964]. Quizás por esta razón también recibe, como Erikson y Blos, la influencia de la, por entonces dominante, "Psicología del yo", originada y auspiciada, como vimos, con los aportes de Anna Freud, Heinz Hartmann y Kurt Eissler.

Pero, a diferencia de Erikson y Blos, Edith Jacobson (1897-1978) completó su formación en Alemania, sin pasar por Viena. En primer lugar en medicina, gracias a la cual se despertó su interés en el psicoanálisis mientras realizaba el internado de pediatría (1922-1925). Luego prosiguió la formación analítica en el Instituto de Berlín desde 1927; analizándose con Otto Fenichel y llegando a ser nombrada como analista didacta en 1934. Un año después fue encarcelada por los nazis por negarse a dar información sobre un paciente. Estando en prisión contrae una enfermedad que la obliga a ser hospitalizada; aprovecha esta oportunidad para huir de Alemania y finalmente emigrar a los Estados Unidos en 1941, en donde, como Blos, se hace también miembro de la *New York Psychoanalytic Society*.

Con todo, los tres autores que reunimos en este capítulo no reproducen estrictamente los esquemas de la *Egopsychology*, sino que integran de manera original, cada uno a su manera, la teoría tópica ("teoría estructural", como suelen decir los estadounidenses), la teoría de las pulsiones y la teoría de las relaciones objetales. Pasemos entonces a mirar con más detalle el contenido de sus respectivos planteamientos.

5.1 Erik ERIKSON

La obra de Erikson -que comporta cerca de ciento veinte escritos- abarca un amplio número de temas que aborda con la soltura propia del artista [Medina-1997:73-75]. En ella puede apreciarse la articulación del Psicoanálisis con la Antropología, la

Historia, la Psicología, la Pedagogía, la Sociología, la Embriología, las Letras y la cultura de su tiempo [Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:73-75].

Erikson fue ampliamente reconocido en los círculos académicos norteamericanos y mundiales por su honda reflexión, libre y desprejuiciada, que extendía los conocimientos psicoanalíticos a las diversas manifestaciones humanas, razón por la cual recibió famosos premios y participó en los máximos foros mundiales [Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:73-75, Wicks-Nelson-1997:56]. Esto, sin embargo, no lo hizo abandonar el recurso a la observación clínica, ni su actitud de alerta ante los riesgos de las posturas reduccionistas que restringen la experiencia humana a la psicopatología [Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:75-76. Erikson-1959:564].

En este sentido algunos autores comentan que en Erikson:

“el lenguaje clínico y el teórico reflejaban dos actitudes diferentes hacia la motivación humana, aunque eran actitudes que demostraban ser recíprocamente complementarias, dentro de la experiencia misma de la formación psicoanalítica: por un lado la formulación mecanicista y fisicalista de la teoría y por otro las persistentes referencias al mundo exterior y los problemas sociales en las presentaciones clínicas” [Medina-1997:76].

Por ello Erikson, desde su primer escrito de 1930 “*El futuro de la Educación y el Psicoanálisis*”, empieza a articular las teorías psicoanalíticas con los planteamientos de otras disciplinas, tales como la Pedagogía [Medina-1997:78-9] y con múltiples observaciones fenomenológicas.

Para 1950 su pensamiento original -que conjuga lo psicológico con lo social- se consolida en el famoso libro *Infancia y sociedad* [Medina-1997:80-81]. En dicho libro Erikson amplía la teoría del desarrollo psicosexual de Freud al incorporar aspectos socioculturales y de las historias de vida que inciden en el desarrollo de los sujetos⁸⁸, razón por la cual su obra complementa los aportes hechos por la corriente psicoanalítica denominada psicología del yo, pues sus desarrollos teóricos se centran en los procesos representacionales de la instancia psíquica del yo que apuntan a su formación y transformación [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608].

En contraste con los autores más representativos de esta orientación, este autor no se ocupa de estudiar las funciones de autonomía primaria asociados a tal instancia o las áreas del yo libres de conflicto, sino de abordar aquellos procesos del yo que permiten crear una representación de sí mismo (self) [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-51; 1968:600-608].

⁸⁸ Erikson se sirvió de su concepto de identidad del yo para avanzar la teoría psicoanalítica mas allá de la aproximación freudiana fundada sobre la libido, pues quería destacar la incidencia de la sociedad en la formación del yo, lo cual lo lleva a introducir la noción de psiquistoria como un intento de introducir el psicoanálisis en las ciencias sociales [Roazen-2002].

Para estudiar estos procesos Erikson forja el concepto de "identidad del yo" o "identidad yoica"⁸⁹. Debido al énfasis puesto en tales procesos representacionales que se desarrollan a lo largo del ciclo evolutivo, Erikson no adoptó el enfoque que parte de los *a priori* sobre los orígenes del desarrollo, enfoque que él mismo denominaba "originología" [Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:80; Wicks-Nelson-1997:56]. Al respecto, algunos autores comentan que:

"el psicoanálisis, en razón de muy buenos motivos clínicos, siempre regresa a los riesgos más tempranos y oscuros del desarrollo, ... pero esta tendencia {dice Erikson} debe complementarse con el énfasis sistemático de la fortaleza {yoica} que se va adquiriendo a lo largo del desarrollo a partir de la interacción intergeneracional" [Medina-1997:80].

En su integración de *la visión psicológica con la social* Erikson avanza desde las posturas clásicas sobre la genitalidad incipiente del niño y las primeras soluciones al conflicto edípico, para estudiar, entre otras, la incidencia de las interacciones que se dan entre el niño y el adolescente con los cuidadores primarios (padres) y sus sustitutos (educadores); incidencias que además, dicho sea de paso, sientan las bases para los procesos de identificación que sustentan la identidad yoica⁹⁰.

Según él estos procesos identitarios se inician en la infancia con las figuras paternas, se continúan en la adolescencia y posteriormente sufren reorganizaciones a lo largo de la edad adulta [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608]. En el curso del desarrollo evolutivo, la identidad yoica se logra con la vinculación a objetos exogámicos, los que sin embargo se perfilan como sustitutos de los objetos paternos [Erikson-1959:565-572].

Por ello, aunque no desconoce el hecho del resurgimiento de la actividad pulsional en la adolescencia, la concepción que tiene de ésta se centra en los procesos de identificación más que en los procesos somáticos, a diferencia del énfasis que a estos últimos otorgan otros enfoques psicoanalíticos [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608]. Así por ejemplo, dice Erikson [-1957] respecto a la precaria lucha del adolescente frente a sus impulsos sexuales y agresivos intensificados se evidencia "*la necesidad interna del individuo, de una identidad y una moral consistentes*" [Erikson-1957:560].

Su concepción también otorga gran importancia a las incidencias del individuo sobre la cultura, a los movimientos recíprocos entre el desarrollo individual y el desarrollo

⁸⁹ Sobre el particular el propio Erikson comenta que su concepto de "crisis de identidad nace y se desarrolla en Norteamérica" [Erikson-1966:447] luego de su propia inmigración.

⁹⁰ Este aspecto de la concepción eriksoniana, comentado por Kaplan-&-al [-1996:270-76], Medina [-1997:81] y Wicks-Nelson [-1997:56], puede ser corroborado en: Erikson-1957:556-563; -1959:564-573; -1966:447-451; -1968:600-608.

social [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608]⁹¹. Según algunos de sus comentaristas, el método psicoanalítico de Erikson es esencialmente histórico, ya que *“interpreta los datos clínicos en función de la experiencia pasada, y concomitantemente ilumina el hecho de que la historia de la humanidad es un metabolismo gigantesco de ciclos de vida individuales”* [Medina-1997:81].

En ese orden de ideas, al igual que la mayoría de psicoanalistas que se ocupan de la adolescencia, Erikson retoma el enfoque paradigmático de ésta como recapitulación de etapas del desarrollo anterior. En general plantea que el “ciclo de la vida” humana comporta una secuencia epigenética, en la cual cada una de sus ocho etapas implica una crisis central, que él comprende como punto de decisión y momento de cambio [Erikson-1959:565; Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:83]⁹². En sus palabras:

“la crisis de la adolescencia durante la cual queda establecido el predominio de una identidad segura por encima de la amenazadora difusión de identidad, no es más que una de toda una serie de crisis; pues, comenzando con el nacimiento, cada etapa de desarrollo tiene sus conflictos característicos y, después de la adolescencia, nuevas etapas de desarrollo traerán crisis, cada una de las cuales deberá resolverse en su propia etapa” [Erikson-1959:565]⁹³.

Sin embargo, para Erikson la adolescencia tiene un valor especial, en razón de que la crisis de identidad propia de ese período sería una “prima inter pares” que señala la culminación de la infancia y demanda especial atención por parte de la sociedad, pues, al constituir un puente hacia la adultez, las diversas sociedades deben intentar garantizar -por medio de ritualizaciones- que las nuevas energías y condiciones de la adolescencia sean puestas a su servicio [Erikson-1959:565]⁹⁴.

A pesar de esto esta etapa del desarrollo fue la última en ser estudiada por los analistas, en razón de que, piensa Erikson, la teoría del desarrollo psicosexual al principio se centró en las etapas infantiles [Erikson-1959:565]⁹⁵.

⁹¹ Así al referirse al pueblo norteamericano dice que él desconoce su propia identidad, y sobre todo, que ella está hecha a partir de inmigrantes, de seudoespecies humanas de todo el mundo [Erikson-1966:449].

⁹² Según algunos autores “las formulaciones de Erikson se basaban en el concepto de la epigénesis, un término prestado de la embriología. El principio epigenético sostiene que el desarrollo se produce a través de etapas secuenciadas y claramente definidas” [Kaplan-&-al-1996: 270].

⁹³ Véase también Kaplan-&-al-1996: 270-76.

⁹⁴ Véase también Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1968:600-608; 1966:447-451; Kaplan-&-al-1996:270-76.

⁹⁵ Véase también Kaplan-&-al-1996:270; Medina-1997:84. Según Erikson: “no es que el proceso de formación de la identidad comience en la adolescencia. Durante toda la niñez en un individuo, se desarrollan imágenes de sí mismo, evoca imágenes en otros y experimenta continuidades y discontinuidades en estas imágenes. A un niño acaso se le llama “niñito muy dulce” en una etapa y “muchacho rudo” en otra” [-1959:567].

Siguiendo su línea de pensamiento considera que la integración de las identidades previas de la infancia sólo se da después de la adolescencia, donde es fundamental que el joven logre construir -con ayuda de los otros significativos- una perspectiva o memoria histórica que sintetice las identificaciones del pasado, el presente y el futuro, de forma conflictiva [Erikson-1968:601-605]⁹⁶; lo que denominó “crisis de identidad” [-1968:601]⁹⁷.

Por ello, en contraste con autores psicoanalíticos –como Anna Freud- que se ocupan de estudiar los aspectos intrapsíquicos del período adolescente, Erikson dio gran importancia al estudio de los procesos identificatorios que se producen en relación con los pares y figuras de autoridad [Erikson-1959:566; 1957:556-63; 1968:600-608]. En ese orden de ideas, la adolescencia es pensada como el ensayo temporal de una o múltiples identidades parciales, que luego pueden incorporarse a la estructura del yo o pueden ser abandonadas en favor de nuevas identidades [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608].

Este enfoque de la adolescencia lo llevó a enfatizar las influencias de un contexto familiar y social dado, a enmarcarla en un lugar y momento histórico determinados. Esto le permitió plantear que la oposición y el desafío a los roles⁹⁸ e ideales de la sociedad, una identidad negativa, puede ser asumida en algunos casos durante la “confusión de identidad” o “crisis de identidad”⁹⁹, mientras que en otros casos se asume una identidad psicosocial positiva, que acoge los ideales de los padres y la sociedad, favoreciendo la adaptación social [Erikson-1957:556-63; -1959:566]¹⁰⁰.

Erikson plantea que el paso de la infancia a la adolescencia ocasiona una crisis de identidad [-1968:601]¹⁰¹, por cuanto el adolescente no sólo tiene que crearse una

⁹⁶ Véase también Kaplan-&-al-1996:270-76.

⁹⁷ Para Erikson las crisis de identidad son las que promueven el desarrollo no sólo del individuo sino de la cultura, pues la fusión de fuerzas del individuo y la sociedad en una combinación de lealtad y competencia, permite el desarrollo de identidades individuales y colectivas, por cuanto modifican antiguas identidades. En esa vía, sostiene que la juventud que no pueda tener acceso al desarrollo tecnológico de su época estaría enajenada de la sociedad [Erikson-1968:600-605].

⁹⁸ Al respecto Erikson comenta que: “con el impulsivo absolutismo de la juventud, preferirá ser nadie cuando no puede ser, definitivamente, alguien” [Erikson-1957:559].

⁹⁹ Véase: Erikson-1957:556-563; -1959: 564-573; -1966:447-451; -1968:600-608. Según Erikson el concepto de crisis de identidad se construye en Norteamérica por la propia influencia de la cultura de ese país, que experimenta precisamente una crisis de identidad [Erikson-1966:447].

¹⁰⁰ Al respecto, el autor anota que la concepción del ego como operador de las defensas contra los impulsos, tal como lo presenta Anna Freud, deja de lado otras de sus funciones, que en cambio son resaltadas por la escuela americana liderada por Hartmann, entre ellas “la función adaptativa del ego en el frente psicosocial” [Erikson-1959:566].

¹⁰¹ Véase también Erikson-1957:556-563; -1959:564-573.

nueva representación de su propio cuerpo, dada la notable transformación que ha operado en él la pubertad, sino que también tiene que crearse una nueva identidad acorde con las exigencias que cada sistema cultural impone a los sujetos durante tal período [Erikson-1968:601]¹⁰². Así, al dar importancia a los procesos de identificación que permiten construir la identidad yoica, la perspectiva psicoanalítica de Erikson se articula con algunas perspectivas sociológicas que dan relevancia a los procesos por los cuales los seres humanos se apropian de los roles psicosociales que les ofrece determinada cultura para ingresar al mundo de los adultos [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608].

Según esto los procesos identificatorios que permiten la formación inicial de una identidad yoica del niño en la familia, continúan, según Erikson, en el adolescente, pero en el contexto más amplio de la comunidad, pues las nuevas identificaciones se refieren a identidades o roles psicosociales [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608]¹⁰³. Es por esta razón que Erikson estudia aquellos procesos simbólicos, tales como los ritos de paso o de transición, que promueven el tránsito de la infancia a la edad adulta tanto en las culturas más primitivas como en las modernas [Erikson-1957:556-563; 1959:564-573; 1966:447-451; 1968:600-608].

De allí la importancia del papel que cumplen diversas instituciones sociales para enfrentar y resolver las crisis vitales propias de cada período del desarrollo o para impedir la adecuada solución de tales conflictos del desarrollo [Erikson-1959:565]¹⁰⁴.

“el hecho mismo de que haya una maquinaria social, con reglas que podemos aprender, da a la mayoría de los jóvenes la sensación tranquilizadora de que se les ha preparado una recepción pertinente. Por otra parte (...) los cambios históricos y culturales pueden producir una aguda sensación de que el “comité de recepción” nos esta engañando” [Erikson-1959:568]¹⁰⁵.

A menudo la crisis de identidad de la adolescencia y la consecuente elección de una identidad yoica y psicosocial negativa, causa en la sociedad una sensación de ser repudiada o agraviada y en consecuencia ésta responde sancionando a los jóvenes

¹⁰² Véase también Erikson-1957:556-563; -1959:564-573; -1966:447-451.

¹⁰³ Según Erikson: “La identidad psicosocial tiene características subjetivas y objetivas, individuales y sociales” [-1968:600].

¹⁰⁴ Véase también Kaplan-&-al-1996:271-76; Medina-1997:85.

¹⁰⁵ Al considerar el asunto de la identidad a lo largo del ciclo vital, el autor dice que “en una cultura viva, con una vida familiar bien definida, un individuo de alguna manera puede trazarse un curso desde muy temprano, percibiendo cuales son las situaciones de otras personas (...) En las culturas en que envejecer tiene un sentido, hay una perspectiva definida sobre toda la vida. En nuestro país, para la mayoría de los jóvenes la idea de envejecer y no poder avanzar mas representa un futuro muy dudoso” [Erikson-1959:572] por esto dice que “al evaluar los elementos de la identidad debemos considerar la jerarquía de imágenes ofrecida para todo el curso de la vida humana, de tal manera que se pueda envejecer en comparación con ellas” [Erikson-1959:572] lo cual lleva a la conclusión de que “aun cuando la crisis de identidad ocurre durante la adolescencia, los problemas de identidad comienzan desde muy temprano n la vida y no terminan sino con la muerte” [Erikson-1959:572].

de una forma precipitada, en vez de comprenderlos y cuestionarlos, con lo que contribuye más bien a consolidar o confirmar dicha identidad desafiante [Erikson-1957:556-63; 1959:571]¹⁰⁶. En estos casos “*el hombre tiende a ‘hacer suya’ la imagen negativa de sí mismo que le imponen sus superiores y explotadores*” [-1968:605]¹⁰⁷. En esa misma dirección Erikson indica que:

“Un joven sin identidad es como un polvorín sin guardián. Una fuente de combustión, al parecer insignificante, si no se le observa, puede convertir la broma y desafío en desastre y crimen y él no puede permitirse no ser un delincuente, a menos de que podamos convencerlo de que en nuestro sistema hay una identidad mas segura para él” [Erikson-1957:559].

De manera semejante a Anna Freud, Erikson considera que los conflictos asociados a la adolescencia, más que un testimonio de criminalidad, anormalidad o psicopatología, constituyen más bien una valiosa oportunidad para comprender la verdadera naturaleza humana, la normalidad, pues en dichos estados de sufrimiento emerge una verdad sobre la condición humana [Erikson-1957:556-563; 1959:564-569]¹⁰⁸.

Ahora bien, desde el inicio de su obra, Erikson atribuye un importante papel al ambiente, expande su concepto de “identidad” desde la vision clínica del psicoanálisis hacia otras disciplinas como la antropología, la sociología y la educación [Kaplan-&-al-1996:271-76; Medina-1997:87; Wicks-Nelson-1997:56]. Para lograr esto pretende, con su concepto de “identidad del ego”, “*conectar la teoría de la identidad con la teoría psicoanalítica del ego*” [Erikson-1959:566].

Sin embargo, su enfoque acerca de la influencia del ambiente implica que la identidad no depende exclusivamente de tal o cual ideología propia de un contexto y época determinados, es decir, no es algo totalmente externo al individuo. No

¹⁰⁶ Al respecto Erikson comenta que: “consideremos la desesperada necesidad de un “reconocimiento” del lado positivo de algunos jóvenes, que oscilan entre el genio y la delincuencia. Por reconocimiento, quiero decir el proceso por el cual la sociedad identifica al individuo. Cuando hablamos de identifica al individuo con otros, habitualmente decimos poco acerca de cómo estos otros lo identifican a el; y cuando hablamos de la incapacidad de una persona para identificarse con otras, no consideramos cuan significativamente: otros acaso reconocieran su lado negativo mas que el positivo” [Erikson-1959:571] Igual consideración vale para jóvenes excéntricos, y aun para radicales que están experimentando con una “identidad política negativa”, por lo que dice el autor que “deliberadamente he enumerado cierto numero de situaciones muy distintas, todas ellas en el borde de lo peligroso, lo desconocido y lo amoral, con que los jóvenes suelen experimentar, provocándose unos a otros así como a los representantes de la sociedad; pues no debemos subestimar los aspectos de “recuperación espontanea” de muchas formas de conducta irracional en individuos y grupos de jóvenes. Hasta el delincuente, al unirse a su banda, pierde el síndrome personal de confusión de identidad: la formación de la pandilla se encarga de sus problemas” (véase nota) [Erikson-1959:571].

¹⁰⁷ Véase también, Erikson-1959:564-573.

¹⁰⁸ Al respecto Erikson comenta que las crisis de identidad pueden ser ruidosas o pasar desapercibidas tanto en los individuos, como en ciertas clases sociales y aun en ciertos períodos de la historia [Erikson-1968:603].

obstante, la ideología es algo venido del otro a lo que debe ajustarse la estructura psíquica, incluidas las elecciones conscientes y las tendencias inconscientes¹⁰⁹. En palabras de Erikson: *“la identidad es una cuestión que llega mucho más hondo que la consciente elección de papeles o la exigencia retórica de igualdad”* [-1966:448]; la identidad yoica incluye la identidad psicosocial, y tiene por tanto características subjetivas y objetivas, individuales y sociales [Erikson-1968:600]. Dicho de otra manera: *“la identidad psicosocial depende de una complementariedad, de una síntesis interna (ego) en el individuo y de la integración del rol en su grupo”* [Erikson-1968:600]. Para Erikson *“la identidad y la ideología parecen ser dos aspectos de un mismo proceso psicosocial; pero la identidad y la ideología solo son estaciones de paso en el camino a una mayor maduración individual y colectiva”* [-1968:607].

En ese orden de ideas, puede decirse que Erikson intenta integrar la historia del desarrollo psicosexual individual con la historia del desarrollo de las ideologías, en diversos momentos de la historia de la civilización y del ciclo vital humano [-1959:565]¹¹⁰. La siguiente definición de la identidad del ego ilustra este punto de vista:

“el ego puede definirse como una agencia interna que integra las diversas crisis por las que pasa el hombre. Es guardián de la continuidad interna del hombre ante los

¹⁰⁹ Véase también Erikson-1957:556-563; -1959:564-573; -1966:447-451.

¹¹⁰ Erikson no comparte la idea de que el hombre ha aceptado su condición de especie, por lo que habla de seudoespecies, ya que no habría realmente una conciencia de ser una especie y en cambio cada hombre perteneciente a cierta tribu, nación, clase, etc. se siente superior a las demás, deformando la historia y la realidad, de modo que considera que la existencia de seudoespecies lleva los procesos de exclusión y de aniquilación [Erikson-1966:448 ; véase también Erikson-1968:602] pues una nueva seudoespecie se constituye por relación a las seudoespecies anteriores, declarándolas muertas, de una forma que es eminentemente ahistorica. Por ello Erickson critica la idea de preparar el terreno para futuras identidades aniquilando las anteriores [Erikson-1966:451 ; véase también Erickson-1968:602] En esta identidad no se perpetúan las identidades de las seudoespecies que la conforman sino que mas bien se produce una nueva identidad, como en el caso de los E. U., donde se trata de nueva identidad del “hombre hecho por si mismo en una nueva tradición creada por quienes inmigraron por decisión propia a un continente vacío, que ya esperaba una vasta y conjunta improvisación” [Erikson-1966:449 ; véase también Erickson-1968:602] En ese orden de ideas, este autor plantea que: “nuestro sentido de identidad coincide con nuestra condición de seudoespecie hasta tal grado que el peligro para la una es una amenaza para la otra” [Erikson-1966:448; véase también Erickson-1968:602]. Es que según el autor: “una imagen nueva y universal solo es concebible partiendo de una nueva síntesis de la imaginación juvenil y de la competencia y visión que nosotros podamos mostrar convincentemente” [Erikson-1966:451]. Así, al pensar el conflicto entre diversas identidades que pertenecen a diversos medios económicos, geográficos, etc. Erikson plantea un vinculo donde prime la reciprocidad y la aceptación de la otredad, veamos: “una identidad verdaderamente mas vasta incluye no solo la capacidad de una identificación empática con otras personas –y especialmente, con personas percibidas al principio como incomprensiblemente “otras”-, sino también la disposición a comprender la otredad así como lo que nos es demasiado familiar. Pues, según nosotros, siempre somos el ejemplo de la humanidad que esta mas a la mano” [Erikson-1966:451 ; véase también Erickson-1968:602].

súbitos surgimientos de impulsos, presiones alternas de conciencia y cambios inesperados de las condiciones naturales y sociales [Erikson-1959: 566]¹¹¹.

Es claro entonces que, según esta visión, la “identidad del yo” se va formando a lo largo de un proceso lento y largo en el que se producen síntesis y reconfiguraciones de los elementos que componen la instancia psíquica del yo¹¹² (tales como las capacidades cognitivas, las identificaciones más significativas de la infancia y la adolescencia, los mecanismos defensivos) y también de la herencia constitucional, los empujes libidinales y agresivos, las sublimaciones y los roles e ideologías sociales transmitidos en la familia y la escuela (entre otras instituciones sociales) [Erikson-1959:567; 1968:600]¹¹³.

A diferencia de la concepción psicológica tradicional, la síntesis de elementos en la identidad del yo no constituyen, para Erikson, una función que se reduzca al campo de la conciencia. Así, mientras que en la perspectiva de Piaget, por ejemplo, en la adolescencia se trata de asimilar una serie de elecciones conscientes de tipo personal, laboral e ideológico, en la perspectiva psicoanalítica se trata, además, de *“una integración inconsciente de todas las identificaciones anteriores (...) la identidad del posadolescente debe basarse en todas aquellas identificaciones anteriores”* [Erikson-1968:604].

¹¹¹ Según Erikson, la identidad del ego apunta a: “establecer un permanente sentido de identidad, el individuo debe aprender a administrar una perdurable jerarquía de todas esas imágenes de sí mismo. El duradero sentido de identidad que así se ha desarrollado debe mantenerse contra los cambios y modificaciones de la adolescencia, como impulsos sexuales enormemente intensificados, mayor potencia muscular y locomotora, mayor capacidad intelectual, mayor conciencia de los valores sociales y, por ello, una mayor preocupación por sus propias insuficiencias” [Erikson-1959:567; véase también Erikson-1968:600].

¹¹² Entonces, para definir la “identidad del ego” el autor dice que hay que “aprender a cambiar, del simple pensamiento de causa y efecto al pensamiento en términos de relatividad social” [Erikson-1959:566] y seguidamente dice que “la identidad del ego ha quedado establecida cuando el individuo llega a ser y a sentirse mas completamente el mismo, y esto en búsquedas y papeles en que también significa mas para algunos otros; es decir, para aquellos que han llegado a significar mas para el. Esta es cuestión “relativa” que incluye una delicada interrelación, pues puede decirse que el individuo elige y crea su medio de otros, así como es elegido y creado por ellos” [Erikson-1959:566 ; véase también Erikson-1968:600] y luego añade que “de manera similar el individuo elige un futuro, así como es determinado por su pasado. En este sentido, la identidad del ego también descansa en la continuidad interna entre lo que fue como niño y lo que será como adulto. Esa continuidad interna y esa identidad son apoyadas por los procesos culturales, mientras funcionan con sagacidad” [Erikson-1959:566 ; véase también Erikson-1968:600]

¹¹³ Véase también Kaplan-&-al-1996:270-76; Medina-1997:87, 89, Wicks-Nelson-1997:56. Según algunos comentaristas, para Erikson: “La adolescencia transcurre entre la moral del niño y la ética del adulto. La identidad se configura con ideologías y en relación con las ideologías disponibles” [Medina-1997:88] Y es que para Erikson: “la plenitud de identidad es mas que la suma de todas las identificaciones anteriores y debe ser apoyada por una orientación comunal a la que llamaremos ideológica” [Erikson-1968:604]. Ahora, para Erikson: “una ideología viva es un conjunto sistematizado de ideas y de ideales que unifica el esfuerzo por la identidad psicosocial en la generación siguiente, y que sigue siendo un estrato en las imágenes de cada hombre, ya sea que siga siendo un “modo de vida” o que se vuelva una ideología “oficial” militante”[Erikson-1968:604].

En consecuencia, para Erikson el enfoque terapéutico con los adolescentes debe ser eminentemente histórico, por cuanto en ellos se deben explorar las visicitudes de las identificaciones tanto de la adolescencia como de la infancia [Erikson-1959:565; 1968:600]. En este sentido la estructura del yo es un compuesto de identidades, es decir, es un conjunto de identificaciones que se articula de forma compleja a lo largo de la existencia. Dicho de otro modo, la instancia del yo es concebida como un compuesto de identificaciones parciales a ciertos rasgos del otro, que requiere de un proceso de historización que los integre para que no coexistan escindidos dentro del yo. En ese sentido, Erikson plantea que por más problemas que causen las crisis propias de este período de la vida, dichas crisis permiten la re-elaboración de las identificaciones pregenitales de la infancia, aún por fuera del dispositivo clínico [Erikson-1959:565; -1968:600].

Un aporte de Erikson ampliamente reconocido dentro del psicoanálisis y las ciencias sociales, es la noción “moratoria psicossocial”. Ésta consiste en un período de espera, durante la resolución de la “crisis de identidad”, en el cual se produce la reorganización psíquica de las identidades previas [Erikson-1959:564-573; 1968:600]¹¹⁴. En razón de esta moratoria se produce una tendencia, aceptada socialmente, a eternizar las conductas de la adolescencia, más allá de la edad cronológica asociada a ésta [Erikson-1959:564-65; 1968:600].

El reconocido concepto de “adolescencia tardía” se relaciona con este fenómeno, y permite señalar el déficit simbólico de aquellos procesos que, como los ritos de transición, propician el paso de la infancia a la edad adulta [Erikson-1959: 564-73]. En ese sentido, Erikson observó que los procesos que deberían asegurar el tránsito a la vida adulta, a la manera de los antiguos ritos, no operan de igual forma en las sociedades modernas, y en consecuencia, se presenta un prolongamiento del período adolescente [Erikson-1959:564-73].

Si en la “adolescencia tardía” se establece un sentido incompleto de identidad, se produce una crisis que, en lo manifiesto, en el plano de la consciencia, equivale a una confusión de identidad, pero que en lo profundo implica ciertos peligros dinámicos que pueden conducir a la conformación de una psicopatología [Erikson-1959:564-73]¹¹⁵ o de la delincuencia [Erikson-1959:569-71]¹¹⁶.

¹¹⁴ Por ello Erikson sostiene que el logro de una identidad yoica: “incluye un sentido subjetivo de una existencia continua y de una memoria coherente” [Erikson-1968:600] o que “un sentido subjetivo de la identidad es un sentido de mismidad y de continuidad como individuo” [Erikson-1968:600].

¹¹⁵ Véase también Erikson-1968:600. Al respecto Erikson comenta que: “hasta jóvenes saludables y activos solo funcionan por medio de la lucha (a menudo costosa) con la confusión de identidad. Y aunque el costo de esta lucha no siempre es el trastorno mental, si puede conducir a un uso muy limitado de los recursos internos y de las oportunidades externas. Pero debemos comprender que la confusión también puede presagiar un orden nuevo, lo cual debe impedirnos correr, armados de términos psiquiátricos, hacia una crisis que no solo son necesarias sino, tal vez, deseables” [Erikson-1959:569]. Sobre este último aspecto dice el autor que “cuando una persona joven así confusa da señales de una grave difusión de identidad, suele ser diagnosticada como esquizofrénica o paranoide, como psicópata constitucional o como empedernido criminal; para lo cual en

El reconocimiento de la incidencia de la aceptación social en los fenómenos asociados a la adolescencia tardía (confusión de identidad, criminalidad juvenil, entre otros) se basa en el estudio, por parte de Erikson, de la ritualización en el hombre; estudio que le permite identificar nexos entre las vivencias infantiles y adolescentes, por un lado, y las instituciones sociales, por otro. Según él, en cada etapa del ciclo vital es posible hallar un proceso de ritualización o actuación simbólica que debería ser promovido por la cultura y que apuntaría a superar la crisis de la etapa en cuestión [Erikson-1959:564-66; 1968: 604]¹¹⁷. En este sentido afirma que *“una cosmovisión ideológica puede ser transmitida en forma dogmática por ritos especiales, inducciones o confirmaciones; o bien la sociedad puede permitir a los jóvenes experimentar durante períodos especificados (les he llamado moratorias psicosociales)”* [Erikson-1968:604].

En consecuencia la adolescencia tardía lleva a tener en cuenta que *“entre las instituciones especiales planeadas para esta etapa, la educación universitaria probablemente sea el más grande aplazamiento organizado y artificial de la adultez, emocionalmente hablando”* [Erikson-1959:565]. Esto igualmente se cumple cuando la educación opera como un medio para avanzar al mundo laboral o cuando ella es un fin en sí misma, como parece ser el caso de los sujetos que se quedan con su identidad de “college” para toda la vida.

Erikson observa que a lo largo de la historia el afrontamiento de la crisis de adolescencia culmina en un momento acorde con la inserción en la cultura (como trabajador que conforma un nuevo grupo familiar y se emancipa de sus padres), pero en la actualidad:

realidad puede tener maderera. Pero debemos comprender que una persona joven, así tratada y catalogada sobre la base de semejante diagnóstico, a menudo es obligada –y ocasionalmente, hasta esta impaciente- por aceptar el diagnóstico como su identidad. De hecho, aceptar el rol de paciente (o de delincuente, para el caso) puede ser la elección de una identidad negativa; es decir, de una identidad que se considera que tiene una valencia negativa en el medio en general, pero positiva en una importante sub-sección, y así pone fin a la confusión al evitar una mayor difusión” [Erikson-1959:569-70]. De allí que respecto del tratamiento diga que “si podemos considerar estas situaciones como agudas confusiones de identidad que adoptan diferentes formas sociales (excéntrico, delincuente, neurótico, psicótico, fronterizo) podremos dar a la persona joven otra oportunidad sin sobrecargarla con un diagnóstico maligno y una identidad de por vida” [Erikson-1959:570] lo cual lo lleva a sostener que hay que “establecer nuevos y específicos criterios diagnósticos para los jóvenes” [Erikson-1959:570].

¹¹⁶ Según Erickson: “a veces se transforma en pequeño delincuente, un poco psicópata, un poco excéntrica, etc. y, como lo hemos señalado Kai Erikson y yo en un escrito conjunto, (véase nota) mucho dependerá de si la sociedad decide “confirmar” o no esta identidad” [Erikson-1959:569-71]. Por ello dice Erikson que: “muchos jóvenes delincuentes, dejando aparte consideraciones sociológicas, representan el decisivo predominio de una identidad negativa”[Erikson-1959:571].

¹¹⁷ Según Erikson: “rituales, ritos y tradiciones tratan de dar al individuo un sentido de que, en cada etapa de su larga niñez y aprendizaje, todo ocurrió en pasos preordenados, de modo que quien contemple su futuro y ponga a prueba sus oportunidades se dará cuenta de que sus etapas pasadas significaron algo. Esta efectuando una síntesis significativa del pasado, presente y el futuro” [Erikson-1959:567].

“la educación de college sólo es uno entre muchos de esos largos períodos de aprendizaje de nuestro tiempo, que van volviéndose más largos y más especializados y que constituye un aplazamiento sumamente radical de algunas satisfacciones emocionales y un remplazo por otras. Fomenta algunas formas particulares de niñez extendida mientras que cultiva otras de precocidad unilateral” [-1959:565-66].

La “adolescencia tardía” y la “moratoria psicosocial” están pues íntimamente relacionadas con la incidencia de la cultura. Por esta razón Erikson sostiene que estos fenómenos adolescentes no deben *“considerarse como una incapacidad o falla personal, sino como una institución cultural, ya sea pagada por los padres o por el estado”* [-1959:566]. Esto es más comprensible al considerar que según Erikson [-1959]: *“ir al college prolonga la adolescencia tardía, también aplaza el establecimiento de la identidad, aun cuando ponga a disposición del joven el conocimiento y las técnicas que le ayudaran a definir su identidad”* [-1959:566].

Para dar cuenta de este fenómeno moderno, Erikson construyó el concepto de “moratoria psicosocial”, con el cual denota el hecho de que algunos jóvenes, se identifican parcial y temporariamente al rol psicosocial de estudiante, incorporan dicha identidad a su estructura psíquica y conforman su identidad yoica en esa dirección [Erikson-1959:564-73]. Esta incorporación obstaculizaría el proceso de identificación a roles psicosociales asociados con el ejercicio de una profesión y el ingreso al mundo de los adultos [Erikson-1959:564-73].

Para finalizar comentemos el concepto de “confirmación del delincuente”, que Erikson aplica al fenómeno de la delincuencia juvenil, y con el cual destaca el rol de la crisis de identidad y de lo social en la formación de una identidad yoica positiva o negativa [Erikson-1957:556-63]. En este orden de ideas algunos casos de delincuencia juvenil se explicarían por procesos de identificación a la figura de sujetos delincuentes [Erikson-1957: 556-63]. Sin embargo, Erikson considera que para ello no basta con que un sujeto se identifique con un delincuente, por cuanto la temporalidad y parcialidad de estas identificaciones no podrían conducir a una introyección permanente de tales rasgos delincuenciales. Se requiere entonces un movimiento psíquico adicional que permita tal interiorización [Erikson-1957:556-63]. Por tal razón él sostiene que cuando el adolescente se ha identificado a un delincuente y en consecuencia se conduce como tal, resulta importantísimo y decisivo considerar la respuesta que recibe de los otros, especialmente de aquellas figuras representantes de la ley, tales como los padres, los maestros, los policías, los jueces, etc.. Si estos últimos consideran que aquellos actos son producto de una identidad delincencial firmemente establecida, el adolescente recibe entonces una confirmación, es decir, el otro le confirma el supuesto de que su yo corresponde a dicha identidad [Erikson-1957: 556-63; -1968:604]. Entonces, al producirse la confirmación de la identidad delincencial, la estructura del yo del adolescente puede incorporar tales rasgos a la manera de un falso self; la confirmación del otro le hace difícil reconocer dichos rasgos como ajenos [Erikson-1957:556-63].

De acuerdo con esto la diferencia entre criminalidad y delincuencia podría establecerse a partir de un examen de los procesos de identificación. Cuando tales procesos han derivado en una incorporación permanente de los rasgos delincuenciales el sujeto puede devenir un criminal [Erikson-1957:556-63]¹¹⁸. En este sentido comenta el propio Erikson:

“empezamos a saber que la diferencia entre delincuencia y crimen es, a menudo, tan grande como la diferencia entre niñez y adultez [...] empezamos a reconocer unas etapas decisivas dentro de la edad juvenil, y gradaciones y pasos en la confirmación de la delincuencia [...] mientras estos hechos no sean comprendidos hasta el punto en que encuentren su reflejo en las leyes, la ley misma no tiene otra opción que confirmar a muchos delincuentes por el camino del delito” [Erikson-1957:563].

5.2 Edith JACOBSON

Como habíamos dicho, Jacobson llega a Norte América en 1941. Sobre la base de una importante influencia teórica derivada de los escritos de Anna Freud y Heinz Hartmann, intenta desarrollar, durante el resto de su vida, una teoría más flexible, que involucrara, desde un punto de vista evolutivo, los objetos y sus representaciones en lo que a la construcción del yo y el superyó se refiere.

Dedica, en 1961, una conferencia a los estados de ánimo de los adolescentes, que expone en la Sociedad de Nueva York en el marco de la *Abraham A. Brill Lecture*¹¹⁹. En ella estudia del funcionamiento del yo y del superyó, los procesos de identificación que los sustentan y el lugar que tienen en la depresión. Por esta época generó ideas que ocuparon un lugar relevante en el proceso de conformación y auge de la *Egopsychology*.

En su obra prima *El Self y el mundo objetal* de 1964, amplía las ideas sobre el desarrollo evolutivo del Self, concepto introducido por Hartmann en 1950, que se refiere a la persona total de un individuo incluyendo el cuerpo y sus partes como una organización. Fue este texto el que la posicionó como una teórica intermedia entre la *Egopsychology* y la teoría de las relaciones objetales y del Self, y como referente de autores posteriores. Ella toma el término *Self* en su sentido descriptivo auxiliar, para puntualizar a la persona como algo distinto del mundo de objetos circundantes [Jacobson-1964:20]. En la tercera parte del texto, profundiza sus ideas acerca de la adolescencia mostrando algunos casos clínicos, retoma el tema del superyó desde el

¹¹⁸ Al respecto Erikson comenta que: “el hombre tiende a “hacer suya” la imagen negativa de si mismo que le imponen sus superiores y explotadores” [Erikson-1968:605].

¹¹⁹ El texto de esta conferencia fue publicado como un artículo y posteriormente adicionado, con algunas modificaciones, en su libro de 1964.

período de latencia y hace un bosquejo evolutivo de la consolidación de la identidad y una crítica al modelo energético, central en la teorización de Freud y de otros psicoanalistas. En este libro (que es una reelaboración de un artículo de 1954 que lleva el mismo nombre), expone también las ideas del artículo de 1961, agrega algunas reflexiones clínicas y realiza aportes acerca de la solución “normal y anormal” de los procesos de la adolescencia.

Si bien no se enfocó específicamente en la adolescencia, Jacobson, en su esfuerzo por integrar la teoría pulsional con una teoría de las relaciones objetales, propone un modelo evolutivo del *Self*, el cual, se traduce en el sentimiento de identidad, es decir, en un tema fundamental para la comprensión de la adolescencia.

5.2.1 El duelo de la infancia

Una de las observaciones que Jacobson resalta del trabajo de Anna Freud [-1957] es la responsabilidad que ésta le asigna al estado de duelo del adolescente en la aparición de las resistencias que tanto dificultan la comprensión de sus procesos. En el mismo sentido, hace justicia a Berta Bornstein y Nathan Root [-1957] al mencionar que también en sus trabajos ya se había llamado la atención sobre la importancia del duelo en la crisis adolescente [Jacobson-1961:515-6].

Los cambios anatómicos y fisiológicos de la pubertad, y la exigencia de la separación de los padres, se pueden ver acompañados de numerosas angustias y sentimientos de orgullo y de vergüenza [Jacobson-1964:172-4]. A esto se suma la necesidad que tiene el adolescente de tomar decisiones importantes, tales como, “la elección vocacional que determinará su trabajo y su futura situación económica y laboral, y la elección de un objeto de amor” [Jacobson-1964:172].

La adolescencia como despedida de la infancia implica cambios en el self para llevar a cabo la liberación de las ataduras con sus objetos de amor infantiles. “Esto requiere una completa reorientación, que lleva a transformaciones enérgicas y estructurales, a una redistribución catéctico-económica, y a una drástica recomposición de toda la organización psíquica” [Jacobson-1964:171].

Jacobson no se enfoca solamente en la depresión, sino más bien en la tendencia del adolescente a presentar repentinos y frecuentes cambios de estados de ánimo. En estos estados observa, de entrada, cómo se mezclan sentimientos de culpa, vergüenza, preocupación por sí mismo y fluctuaciones en los sentimientos hacia sí mismo o hacia el mundo.

Según este planteamiento, en la etiología de la reestructuración psíquica están los cambios físicos, el duelo del abandono de los padres, y la oleada pulsional, que pone a prueba y modifica las defensas y que genera un reavivamiento de las tendencias edípicas y preedípicas [Jacobson-1964:181].

5.2.2 Remodelación de la estructura psíquica

Jacobson se pregunta entonces *“¿Cómo consigue el adolescente reconstituir, reorganizar y conferir nueva solidez a su sistema defensivo?”* [Jacobson-1961:518].

La liberación de las ataduras familiares, causa de reacciones de pena, es indispensable para el establecimiento de la autonomía e independencia del yo y el superyó. Ahora bien, la reorganización de las defensas presupone una vasta remodelación del superyó, como éste se ha construido por medio de identificaciones (imágenes parentales idealizadas, patrones, demandas y prohibiciones parentales) éstas requieren también de una reestructuración.

Pero el problema no es simple. Si en la infancia las identificaciones servían al niño para adaptarse a la realidad en general, en la medida en que el yo adolescente ha madurado, estas identificaciones pierden su función. No obstante, la ruptura de los lazos edípicos sólo puede contribuir a formar nuevas relaciones y nuevas estructuras, mientras no resulten vaciadas las cargas libidinales del pasado [Katan-1937]. De modo similar, el superyó se enfrenta a una tarea igualmente contradictoria: reinstaurar el tabú del incesto, pero levantar las barreras de la represión, de tal manera que le permitan una libertad sexual adulta.

Las identificaciones con los padres en su condición de personas sexualmente activas, inaceptables en el pasado, deben volverse egosintónicas y predominantes. Esto requiere la disolución de las imágenes idealizadas de los padres y la introducción de conceptos más realistas de padres sexualmente activos y más permisivos, lo cual, implica el debilitamiento temporal del yo y el superyó. Pero los cambios en el contenido y las cualidades del ideal del yo y del superyó que esto presupone, no son, en opinión de Jacobson, el mero resultado de procesos de identificación sino de refuerzos en la formación del yo [Jacobson-1961:522-3].

No asombra por tanto, en razón de estas tareas y metas tan contradictorias, que durante un período más breve o más prolongado se produzcan acusadas perturbaciones, fluctuaciones de ánimo y de las funciones superyoicas, graves conflictos sexuales, narcisistas y de ambivalencia. Sin embargo, lo que le da su particular carácter a las vacilantes actuaciones del adolescente son los rasgos regresivos de las operaciones defensivas, que responden a la suspensión parcial y temporal del superyó y de las barreras represivas [Jacobson-1961:522-3]. De ahí, que el adolescente desarrolle comportamientos que sugieren psicopatía o hasta psicosis.

En esta lucha por reconciliar metas tan opuestas del superyó y el ello, el adolescente puede encontrar auxilio en personas ajenas al círculo familiar (grupos sociales, políticos o religiosos), con las cuales lleva a cabo revivencias de precursores infantiles del superyó. De tal suerte la relación entre superyó y yo puede resultar desneutralizada y re-externalizada, y el ideal del yo puede ser remplazado por imágenes desiderativas o idealizadas. Con todo, el incremento de estos valores

narcisistas puede tener, paradójicamente, un efecto estimulante para el desarrollo yoico.

Aunque no se abandona el planteamiento clásico que sostiene que los cambios corporales y el crecimiento mental del yo, crean una tremenda cantidad de energía psíquica excedente (oleada pulsional), le da una mayor importancia a los objetos a los que se liga dicha energía. Con esta idea se explica la presencia de defensas primitivas en el adolescente, tales como la negación, los mecanismos infantiles de introyección y proyección, los intentos de resguardar los impulsos sexuales y agresivos, y la realización de múltiples sustituciones o variaciones en los objetos y metas de placer [Jacobson-1964:189].

Una comprensión más completa de estos problemas exige, según Jacobson, percatarse de que el crecimiento y el cambio rápidos del adolescente inducen continuas transformaciones en sus representaciones de sí-mismo (*self*). En ellas se mezclan sentimientos de vergüenza e inferioridad, con culpa, que inducen fluctuaciones en los sentimientos de identidad y de la autoestima. A veces estos conflictos llegan a niveles arcaico-regresivos, extendiendo los miedos morales y de castración a miedos de aniquilamiento o pérdida de sí-mismo.

En definitiva, concluye Jacobson, las modificaciones de las estructuras y funciones del yo y del superyó aseguran mayor autonomía, son las que permiten restituir y conferir nueva solidez a la organización defensiva, así como conquistar la libertad pulsional, de elección de objeto, de pensamiento, de sentimiento y de acción; en oposición a los influjos externos y presiones arcaicas. En adelante, citando a Erikson [-1956], la identidad transcurrirá cada vez menos siguiendo la línea de las identificaciones, para dejar más espacio a las tendencias autónomas del yo [Jacobson-1961:530]. Empero, esto no significa que se deba subestimar el papel de las identificaciones en el ulterior desarrollo de la personalidad.

5.2.3 La concepción del mundo y la transformación del yo

Jacobson [-1961:525] muestra también la importancia del desarrollo en la adolescencia de una "Weltanschauung" o una concepción del mundo consistente y efectiva. Las "concepciones del mundo" o filosofías desarrolladas al final de la adolescencia, son a veces sostenidas de modo inestable, y por otro lado, remiten a identificaciones con figuras parentales que conceden también libertad de pensamiento y acción.

En estas identificaciones se refleja un efecto dual, comparable a la de las identificaciones relativas a la vida pulsional, por un lado coartan y por el otro reducen su importancia al promoverse la autonomía del adolescente. Aquellas filosofías pueden oscilar entre polos opuestos, según la influencia del superyó o el ello, así como pueden desconectarse extrañamente de los deseos y conductas, aunque también pueden considerarse como parte de la lucha por ganar libertad e

independencia individual (con lo cual Jacobson complementa la visión de Anna Freud acerca del ascetismo temporariamente asumido por algunos adolescentes). Ellas revelan la inseguridad de base del adolescente, cuando las defiende asumiendo actitudes desafiantes y pre-potentes ante los interlocutores adultos.

El crecimiento de la inteligencia que se aplica en estas filosofías es estimulado, según Anna Freud, por el peligro pulsional. En cambio, Jacobson supone que en la fase final de la adolescencia se presenta una situación metapsicológica más compleja y fluida *“que en muchos aspectos recuerda a las condiciones que se descubren en individuos creadores”* [Jacobson-1961:527] y sublimadores, las cuales permiten un intercambio de procesos primarios y secundarios. Igualmente, al final de la adolescencia, *“se produce un lento pero inequívoco traspaso del poder al yo”* [Jacobson-1961:527], gracias al cual, el yo desempeña cada vez más un papel de mediador activo, salvando los hiatos y contradicciones.

Por otro parte, el papel que el yo cumple en el desarrollo de las escalas de valor del adulto, lleva a Jacobson a preguntarse si el ideal del yo debe considerarse como una estructura del yo, como lo proponen Bing-McLaughlin-&Marbur [-1959]. Aunque reconoce la validez de los argumentos, no considera aceptable separar el ideal del yo del superyó. Propone resolver el problema teórico entendiendo que debido al retroceso de las identificaciones en favor de los procesos autónomos, el ideal del yo pueda intervenir más en la interacción entre superyó y yo, estableciendo puentes entre ellos y permitiendo al yo suplantar y complementar funciones superyoicas. [Jacobson-1961:528],

Como se puede ver, este planteamiento resalta el papel de las identificaciones en los puntos de vista, ideales y estándares del individuo, su conducta y el papel a desempeñar en la sociedad en que vive (su "identidad del yo").

5.2.4 Las turbulencias adolescentes y los cambios de humor

Jacobson considera que aún dentro del margen de un desarrollo normal, los adolescentes pueden pasar por períodos transitorios de crisis. Estos se pueden manifestar bajo la forma de un retraimiento narcisista hasta el punto de una real pérdida "interna" de objeto y pérdida de la identidad. Lo decisivo es más la reversibilidad de tales estados que su breve duración que normalmente son seguidos por el retorno al mundo objetal y por una renovada progresión [Jacobson-1964:185].

Para emprender el estudio de estas turbulencias emocionales, recomienda primero trazar el cuadro de la situación íntima del adolescente, como lo describieron Anna Freud [-1936,1957] y Helene Deutsch [-1944], quienes proponen que ser adolescente significa recorrer un camino entre un triste abandono de la niñez y la superación de antiguas barreras, para llegar a las puertas que permitan ingresar a una nueva vida. Por un lado, emanciparse de personas que eran indispensables, renunciar a antiguos placeres, por otro lado, ponerse a la altura de la sexualidad y la vida amorosa del

adulto, de relaciones personales y sociales diferentes, de nuevos intereses y sublimaciones, de nuevos valores, estándares y metas. Todo esto, “exige una reorientación completa, que lleva a transformaciones en lo estructural y energético: redistribución en la economía de las catexias y revisión radical de toda la organización psíquica” [Jacobson-1961: 516-517].

Las perturbaciones de esta etapa tienen como eje los conflictos pulsionales. Si bien estos pueden presentarse en cualquier etapa del desarrollo, durante el período adolescente los desarrollos en el orden pulsional llevan a lo que Deutsch [-1944] caracterizó como un “choque” entre fuerzas progresivas y regresivas, el cual, conlleva una oscilación entre disolución temporaria de estructuras psíquicas y formación de estructuras nuevas [Jacobson-1961:517].

Luego de su extenso análisis afirma que las manifestaciones turbulentas de la adolescencia son reflejo de los procesos y condiciones sobrevenidos durante las excursiones regresivas y progresivas del adolescente, en el curso de las cuales “se verá obligado a detenerse en diversos y variados niveles infantiles y a restablecer tipos narcisistas primitivos de relación de objeto y de identificación, que pueden llegar hasta un refusión con objetos” [Jacobson-1961:531], como lo señala Geleerd[-1961].

Por esto, los estados de depresión y elación en el adolescente pueden tener variados sentidos y diferentes causas. Pueden estabilizarse durante lapsos de relativa duración, o bien disiparse repentinamente en respuesta a sucesos o experiencias triviales. “Puede que estos reaparezcan, pero en definitiva, cuando la búsqueda en que está el adolescente de nuevos objetos de amor o de un nuevo y adulto sí-mismo [self] se vea coronada por el éxito, desaparecerán sin dejar rastros” [Jacobson-1961:533].

La infelicidad del adolescente puede expresar su pesar por el abandono que debe vivir de sus objetos y logros infantiles y los conflictos de culpa por impulsos sexuales o agresivos. En oposición a estos, también se pueden presentar sentimientos de felicidad de manera multi-causada por el éxito o por una conquista agresivo-narcisista en la esfera del trabajo, del amor y del sexo, que demuestran que ya se ha alcanzado un nuevo nivel de desarrollo [Jacobson-1964:199-200].

La sobre-expansión narcisista también se asocia a estados depresivos transitorios y a estados de éxtasis, en los cuales, el Self se expande con amor hacia el mundo objetal y lo dota con aquella libido que ha sido liberada y no puede todavía ser ligada a los nuevos objetos individuales. En contraste con los psicóticos, el adolescente puede retornar a la realidad rápidamente [Jacobson-1964:199-200].

Con la maduración y el logro del dominio instintual, las representaciones del self y del mundo objetal en general, adquieren una configuración característica. A pesar de esto, luego de la maduración y estabilización de los conceptos del mundo objetal y del self, en el curso de la vida, esta posición puede sufrir cambios radicales [Jacobson-1964:202-203].

5.2.5 Solución normal y anormal del conflicto adolescente

En el texto de 1964, Jacobson agrega algunas ideas acerca de la solución normal y patológica en el proceso de formación de la identidad. El desarrollo y la autorrealización futura de una persona depende no sólo de su liberación de los lazos incestuosos y de dependencia con el pasado, sino del desarrollo de la capacidad para establecer nuevas, sólidas y selectivas relaciones e identificaciones personales y de grupo para el futuro avance de la autonomía y maduración del yo y superyó. En este sentido, el papel de las identificaciones no puede ser subestimado en la elección de objeto y de trabajo [Jacobson-1964:205-6].

Para la psicoanalista, el fracaso en la solución de los conflictos adolescentes tiene en su origen conflictos infantiles. La formación de identidad normal, descansa sobre las premisas del “establecimiento de relaciones libidinales de objeto estables, de consistentes y bien organizadas identificaciones del yo, de maduras metas yoicas y autonomía del yo” [Jacobson-1964:210]. A esto, se suma la exitosa modificación y estabilización que sufre el superyó en la adolescencia y la regulación efectiva de las funciones del yo y relaciones objetales como protección del peligro de un colapso de las representaciones del self y del objeto.

Los fracasos en las luchas adolescentes se dan en las áreas de las relaciones objetales, de la identificación y de la formación de la identidad. Algunos de ellos, se pueden dar por discrepancias entre los procesos adolescentes de la maduración instintual y del yo, como por ejemplo, una precocidad sexual acompañada de lenta maduración del yo que puede desembocar en tendencias delincuentes, o por el contrario, se puede presentar ascetismo o excesivo moralismo. En otros casos, el lento o irregular ritmo del desarrollo del yo y superyó se presenta debido a las actitudes paternas que se resisten a los esfuerzos que el adolescente realiza para debilitar los lazos con su familia y obtener la libertad instintual y de sentimientos, pensamientos y actos [Jacobson-1964:210-1]. Estos fracasos impiden el establecimiento final de un ideal del yo maduro, de metas yoicas estables, de las funciones autónomas del yo y superyó y del desarrollo adulto posterior de sólidas identificaciones y relaciones selectivas personales y de grupo [Jacobson-1964:215].

Cuanto más prolongada es la situación de dependencia y más profundas y poderosas son las huellas de las actitudes maternas sobre los precursores preedípicos del superyó e ideal del yo, las influencias parentales interferirán en mayor medida, detendrán y asfixiarán el desarrollo autónomo. Este yo se caracteriza por la predominancia de rasgos parasitarios y narcisistas, de impulsos pregenitales y sadomasoquistas y, frecuentemente, de rígidas pero inestables formaciones de reacción frente a las intrusiones parentales [Jacobson-1964:222].

La psicosis, independientemente de sus aspectos orgánicos, puede comenzar en la adolescencia debido a los peligrosos procesos regresivos que ocurren en ese período, por la búsqueda de nuevos objetos y de un nuevo self, y por la severidad de los ambivalentes conflictos instintuales. Para llevar a cabo estos procesos, se

requiere de una fuerza potencial del yo y el superyó, de la cual carecen algunos niños que crecen en una atmósfera de pobreza espiritual y emocional. Este tipo de atmosferas suele ser generada por padres patológicamente narcisistas, inestables, confusos, incapaces de amar, que no soportaron el proceso de individuación y el desarrollo de consistentes escalas de valores y de perdurables identificaciones y relaciones objetales [Jacobson-1964:219].

5.3 Peter BLOS

En Estados Unidos, Peter Blos se convirtió en un destacado contribuyente del trabajo psicoanalítico con adolescentes. La adolescencia se convirtió para él en una especialización progresiva; fue el producto de una aproximación que avanzaba “desde los vastos territorios de la niñez y la adultez hasta el punto que las dos orillas se comunican entre sí –es decir, la adolescencia” [Blos-1970:10].

En el conjunto de su amplia obra se pueden distinguir algunas temáticas más destacadas, ligadas al proceso de la adolescencia: el desarrollo por fases continuas, el proceso de segunda individuación y el Edipo negativo, las problemáticas del yo, y el problema de las actuaciones. Tomamos estos cuatro grandes núcleos para presentar algunos de sus desarrollos, advirtiendo que esta selección está lejos de agotar la obra de tan prolífico autor.

5.3.1 Las fases de la adolescencia

De los textos publicados por Blos, el que quizá tuvo mayor impacto en el medio psicoanalítico fue *On adolescente: A Psychoanalytic Interpretation*, publicado en 1962, y traducido al español como *Psicoanálisis de la adolescencia*. Basado en la experiencia clínica con adolescentes acumulada por décadas, y desde una perspectiva evolucionista, Blos retomó el problema de las *etapas intermedias* del proceso adolescente. Aquellas “transiciones mediadoras” que Freud en los *Tres ensayos* reconocía que eran “todavía oscuras en muchos aspectos” [Freud-1905c AE=07/190] y que lo llevaron a admitir la necesidad de “dejar subsistir en ellas más de un enigma”. De esas transiciones se ocupa Blos en el libro citado, dándoles el nombre de “fases de la adolescencia”; dentro de estas fases incluye el período de latencia, y la preadolescencia, sin las cuales –dice él- la adolescencia “no podría establecerse por sí misma”.

La formación en biología sin duda influyó en las ideas de Blos respecto a su manera de concebir los cambios psíquicos que se presentan en la adolescencia, pues según él, estos cambios siguen “una pauta evolutiva” como la de los procesos biológicos (maduración) de la pubertad. Sin embargo los diferencia de estos procesos en la medida en que las modificaciones psíquicas extraen su “meta”, “orden”, “estimulación” y orientación, de la compleja interacción de fuerzas tanto externas como internas [Blos-1967:118]. La propuesta de Blos, aunque inscrita en una línea de pensamiento ciertamente desarrollista, no puede considerarse como la

descripción de un evolucionismo simple, lineal, de tiempos prescritos y de metas estrictas; por el contrario, su esquema está sometido a una serie de variables y contingencias que él define del siguiente modo:

“El pasaje a través del período adolescente es un tanto desordenado y nunca en una línea recta. En verdad la obtención de las metas en la vida mental que caracterizan las diferentes fases del período de la adolescencia son a menudo contradictorias en su dirección y cuantitativamente heterogéneas: es decir esta progresión, digresión y regresión, se alternan en evidencia, ya que en forma transitoria comprenden metas antagónicas. Se encuentran mecanismos adaptativos entretreídos, y la duración de cada una de las fases no puede fijarse por un tiempo determinado o por una referencia a la edad cronológica” [Blos-1962:82].

Ahora bien, sin dejar de reconocer y enfatizar esta amplia elasticidad y complejidad psicológica de la adolescencia, Blos considera que existe en el desarrollo psicológico, un ordenamiento regular de cinco¹²⁰ fases que se pueden diferenciar con alguna exactitud: *El período de latencia, la preadolescencia, la adolescencia temprana, la adolescencia como tal y la adolescencia tardía.*

- El período de latencia es un período de preparación para la entrada a la pubertad, es el período “que le proporciona al niño los instrumentos, en términos de desarrollo del yo” para el encuentro con el reforzamiento pulsional de la pubertad. Los diques pulsionales que se conquistan en este período, son determinantes para el proceso adolescente en general.
- La *preadolescencia*, se caracteriza por la nueva acometida pulsional, el refloreamiento de la pregenitalidad y los conflictos con la madre arcaica. Mientras que el “muchacho preadolescente” lucha con la angustia de castración en relación con la madre arcaica y así se separa del sexo opuesto, “la muchacha” se defiende de la fuerza regresiva hacia la madre preedípica orientándose hacia la heterosexualidad.
- La *adolescencia temprana* se distingue por el desarrollo propiamente genital (pubertad) que saca al adolescente de la fase preadolescente, y despierta una actitud de rechazo hacia los “objetos internos parentales”, a la vez que se inaugura el proceso de rompimiento de los lazos con el primer objeto. El retiro de catexias que estaban dirigidas a los objetos familiares da lugar a un

¹²⁰ El número de fases no parece ser contabilizado por Blos del mismo modo. Mientras que en el prefacio de 1961 a *Psicoanálisis de la adolescencia* enuncia que ha “llegado a la formulación de las cinco fases del proceso de la adolescencia” [Blos-1962:10], en la introducción de *Los comienzos de la adolescencia* de 1970, afirma que la práctica analítica le había demostrado que “existía una secuencia del desarrollo psicológico “que describí – dice él- como las seis fases de la adolescencia” [Blos-1970:11]. Esta diferencia parece establecerse, o bien, por el hecho de que Blos, en la serie de fases que presenta en 1962, introduce *la elección de objeto adolescente* como un numeral importante al mismo nivel de las cinco fases que realmente especifica como períodos del desarrollo, o bien, puede ser que la sexta fase corresponda a lo que Blos en algunas partes denominó postadolescencia, pero que en todo caso no es una fase especificada en 1962.

empobrecimiento del yo que se intenta superar con la búsqueda de nuevos objetos, elegidos siguiendo el modelo narcisista y localizados fuera de los lazos familiares. El “amigo” cobra una importancia inédita para los adolescentes de ambos sexos, se convierte en un objeto en el que se mezclan la idealización y el erotismo.

- La *adolescencia propiamente dicha*, se caracteriza por el resurgimiento del complejo edípico que lleva a su momento más problemático, pero también más decisivo: la individuación. Aparece un aumento del narcisismo al mismo tiempo que se presentan episodios de duelo que llevan a la depresión, producto del rompimiento con los primeros objetos libidinales. El enamoramiento pone de presente las dificultades en relación con la elección de objeto sexual, en la medida en que exige el abandono de “las posiciones bisexual y narcisista” que habían sido mantenidas incluso en los vínculos de amistad en la adolescencia temprana. Los mecanismos defensivos y adaptativos pasan a un primer plano en la vida psíquica, provocando comportamientos inéditos (aislamientos, fugas, actuaciones, uniformismo, actividades creadoras, etc.).
- La *adolescencia tardía* es la fase en la que se consolidan los mayores cambios a nivel del yo y la representación del *sí mismo*. Representa tanto la declinación de las turbulencias iniciadas en el entramado psíquico con la pubertad, como un período de “consolidación” que se refleja en actitudes de mayor estabilidad, constancia emocional, “posición sexual irreversible (constancia de identidad sexual)”, mayor integración social, etc.

Esta gradación tiene la ventaja de establecer una idea más precisa de la adolescencia, y una identificación del objetivo (la individuación en términos de Blos) y los avatares de ésta (fijaciones, regresiones, etc.). Sin embargo, como lo han señalado Marcelli & Braconnier [-1984], la propuesta también ha recibido algunas críticas por parte de otros autores. Estas críticas son de dos tipos: “críticas de forma”, por el esquematismo que presentan las fases, y “críticas de fondo”, por destacar demasiado una perspectiva ontogenética adaptativa, dejando de lado los aspectos más conflictivos. Sin embargo estas críticas parecen surgir de las cenizas de la imprecisión, pues las advertencias de Blos en cuanto al carácter “desordenado” y heterogéneo de estas fases, como la que hemos señalado más arriba, son frecuentes. De otra parte es un grupo de fases en las que se destacan siempre los aspectos psicopatológicos implicados en el desarrollo.

Si bien estos planteamientos de Blos coinciden en parte con los de algunos trabajos dedicados a esta materia, no obstante hoy podemos establecer la siguiente diferencia: aquellos otros trabajos se enfocaron al estudio de las fases que van desde la latencia hasta la pos-adolescencia, en el marco de una concepción de desarrollo libidinal progresivo de la personalidad, mientras que la propuesta de Blos estableció una teoría unificada de la adolescencia, que elevó a condición necesaria para una psicopatología y un tratamiento específico de ésta.

5.3.2 El segundo proceso de individuación y edipo negativo

Las relaciones preedípicas como determinantes del proceso adolescente, comienzan a ser estudiadas sistemáticamente por Blos desde 1967, en particular con el desarrollo del concepto de “segundo proceso de individuación”, el cual construye sobre la base las teorizaciones de Margaret Mahler [-1963] acerca del *proceso de individuación y separación*. Con dicho concepto esta autora reconocía “el establecimiento de un sentimiento de separación respecto de un mundo de realidad, y de una relación con él”, respecto a “las experiencias del propio cuerpo” y “el objeto primario de amor”; separación que da origen al “nacimiento psicológico del niño”. Un proceso que según ella se presenta a lo largo del “ciclo vital”, pero que tiene principales logros en la llamada “fase de separación-individuación” que transcurre entre los primeros 4 y 36 meses de vida [Mahler-1963:13].

Siguiendo esta perspectiva, Blos propone el concepto ya señalado para referirse al abandono de las primeras relaciones objetales que debe ejercer el self en la adolescencia. Relaciones que permanecen como representaciones e imagos, y que sirvieron en la infancia para establecer cierta independencia de los objetos externos. No obstante marca su diferencia con los planteamientos de Mahler cuando afirma que:

“Al hablar de un segundo proceso de individuación en la adolescencia se entiende que la fase de separación de la infancia (en el sentido de Margaret Mahler) no está involucrada en este proceso de diferenciación psíquica, de más alto nivel. La experiencia primordial del "yo" y el "no-yo", del self y del objeto, no tiene una resonancia comparable en el desarrollo adolescente normal. Es típica del adolescente psicótico la regresión a esta última etapa; se la puede observar en la sintomatología de la fusión y en fenómenos pasajeros de despersonalización durante la adolescencia” [Blos-1967:118-119 n2] .

En este sentido no se trata de un calco de etapas, es decir, de la recapitulación de las fases de individuación-separación señaladas por Mahler, sino de un proceso que en la adolescencia posee características propias, diferentes de las infantiles en la medida en que entrañan la conciliación de la moralidad y la genitalidad. En otras palabras la individuación adolescente corresponde a la “desvinculación emocional de los objetos infantiles interiorizados” que permite “el hallazgo de nuevos objetos amorosos fuera de la familia” [Blos-1967:120].

En el momento en que Blos considera que “el segundo proceso de individuación” se constituye en el “hilo” que recorre toda la “trama” de la reorganización psíquica, la adolescencia viene a ser caracterizada por la oscilación entre tendencias progresivas y regresivas imprescindibles para la normal estructuración del psiquismo. En el contexto de la heterogeneidad de las “fases de la adolescencia” caracterizadas por movimientos yoicos y pulsionales, la segunda individuación constituye el elemento transversal a todo el proceso adolescente. La adultez sólo adviene tras este proceso regresivo que no es defensivo, sino más bien liberador de las ataduras preedípicas y

que está puesto al servicio del desarrollo, en la medida en que permite al yo modificado, entrar en contacto con angustias, dependencias y necesidades engendradas en la infancia. El esquema de desarrollo que plantea Blos supone una reorganización de la etapa preedípica y edípica, un desarrollo en el que se produce la estructuración triádica (edípica) de las relaciones preedípicas (diádicas).

Desde esta perspectiva, los riesgos de hundimiento del yo y la psicotización en el proceso adolescente dependen de la capacidad del individuo para mantener los límites no defensivos de la regresión; en esto se diferencia la regresión patológica de la regresión puesta al servicio del desarrollo. La psicopatología neurótica en la adolescencia (por ejemplo: la “enfermedad de abandono” propia de talentos disfóricos acompañados de angustia, inhibiciones y sentimiento de culpa, conductas adictivas) obedece, en este sentido, a remanentes traumáticos preedípicos que filtraron las formaciones edípicas.

Durante el tratamiento, la emergencia de estos remanentes preedípicos se refleja en exigencias veladas y regresivas, ya sea detrás de la postura crítica y cautelosa del paciente, o en la esperanza de que el terapeuta, como objeto idealizado *materno*, le brinde “la buena vida”. El hecho de sentirse parte del objeto idealizado *materno*, preedípico, “cosificado en la persona del terapeuta” le depara al adolescente un “sentimiento de seguridad” al que no quisiera renunciar. En contra de esta idealización, la reanimación de la imago *parental* en la persona del terapeuta “demanda la tarea sumamente delicada de desidealización del objeto” [Blos-1978:393]. Esta desidealización se logra por la técnica de desilusión sistemática a la que es expuesto el adolescente con respecto al self y al objeto. Tarea que Blos compara con la que tuvo que soportar la humanidad con el paso del geocentrismo al heliocentrismo operado por Copérnico: “una toma de conciencia existencial verdaderamente desembriagante”. La consecuencia de este procedimiento es una mayor capacidad por parte del adolescente para tolerar las imperfecciones, con relación al objeto primero, y con relación al self después.

A partir de esta particularidad referida a la desidealización, Blos considera que sólo en la adolescencia aparece el sentimiento de lo trágico producto de la aceptación de su condición humana, a diferencia del niño que más bien es presa de sentimientos de tristeza, terror, ira y abandono. El duelo concomitante a la des-idealización y la segunda individuación sólo puede desarrollarse si se ha producido una “ambivalencia madura”, esto es, la posibilidad de conciliar la realidad inmodificable de la muerte y la negación de su existencia.

Las metas explicitadas por Blos para este proceso de individuación corresponden al orden de las relaciones objetales que se sustentan en importantes modificaciones psíquicas. Este proceso se traduce en el desprendimiento de los lazos de dependencia a los padres y el aflojamiento de los vínculos objetales primarios, condiciones para integrarse a la sociedad adulta. En términos metapsicológicos, estas modificaciones se traducen en: representaciones objetales con mayor estabilidad y definición de límites; modificación del poder de las instancias, pues por una parte el superyó edípico pierde soberanía mientras que el ideal del yo alcanza

mayor fuerza y dominio; mayor independencia del narcisismo de las fuentes externas, o dependiente de fuentes externas que el mismo individuo elige [Blos-1967:119; 267].

En la medida en que este proceso de segunda individuación se entrama en el contexto de las relaciones objetales, se conecta con otro de los grandes núcleos de la teoría de Blos: el del Edipo negativo.

A este respecto, al igual que otros autores considera la adolescencia como un momento recapitulatorio, esto es, el momento en que la sexualidad infantil y las primeras relaciones objetales son reavivadas por la pubertad. El modelo que propone Blos se diferencia del *modelo clásico* que presenta la adolescencia como una recapitulación del Edipo positivo. En su texto *Modificaciones en el modelo psicoanalítico clásico de la adolescencia* de 1978 expresa en detalle sus divergencias al respecto. Allí, Blos considera que al final de la fase fálica se suspende la constelación conflictiva, pero no se produce una solución definitiva. Lo que no ha quedado resuelto, según él, es la constelación conflictiva del Edipo negativo. De este modo el Edipo en su completitud encuentra solución solamente en dos tiempos: mientras el Edipo positivo se disuelve en la entrada a la latencia, el Edipo negativo debe esperar su solución en la adolescencia. En este sentido si la adolescencia revive los conflictos de la fase fálica a causa de la maduración genital y su relación con el tabú del incesto, los problemas del Edipo negativo, que quedaron reprimidos en la fase fálica, se ven también reavivados por estos factores.

El Edipo negativo representa importantes problemas en la adolescencia debido a la polaridad y a la relación excluyente entre masculino y femenino que tiene lugar en este período. El adolescente no soporta la bisexualidad, que en cambio, es normal para el niño antes de la latencia. La maduración sexual ya no da cabida a los deseos edípicos negativos, y para mantenerlos reprimidos el adolescente aplica una “defensa edípica”, que es más fuerte que aquella que aplica respecto a los deseos incestuosos hacia el padre de sexo contrario, en la medida en que estos, a diferencia de los otros, son acordes con el yo. Por eso, dirá Blos, una de las tareas más importantes de la adolescencia consiste en lograr un arreglo con el componente homosexual inherente al Edipo negativo y en conformar la identidad sexual. Clínicamente este *impasse* del adolescente respecto a sus deseos homosexuales tiene sus consecuencias, que se traducen en las resistencias y defensas relativas a los deseos e impulsos sexuales hacia el padre del mismo sexo.

Blos nunca abandonó esta idea, como puede constatarse en su libro *Son and Father* [-1985], en el cual insiste en que la consolidación de las estructuras psíquicas y del carácter en la adolescencia tardía, depende en gran medida de la resolución de las fijaciones preedípicas al padre del mismo sexo y de su reactivación tanto en el período edípico como en la adolescencia temprana.

Por otra parte apoyándose en las tesis expuestas por Freud en *Introducción del narcisismo* [-1914e], Blos propone una nueva concepción relativa a las instancias

ideales en la adolescencia. El vínculo edípico negativo –que es una relación narcisista de objeto (ideal del yo infantil)– se desexualiza, para dar lugar al ideal del yo adulto. Del auto-engrandecimiento y la certeza de perfección infantil se pasa a un ideal del yo socializado que impulsa a la perfección, no como un estado actual sino como una meta a conseguir, lo que introduce un reconocimiento de los límites y la tolerancia frente a ellos. De lo cual concluye el autor que si el superyó, antes de la latencia, es el heredero del complejo de Edipo positivo, “el ideal del yo adulto es el heredero del complejo de Edipo negativo” [Blos-1978:390], en la adolescencia [véase también Blos-1962:267-268].

El desenlace de la turbulencia biológica y psíquica, que se traduce en la acomodación adolescente, conlleva procesos de “estabilización” y de reestructuración psíquicas. En esta medida el ideal del yo que, como hemos dicho, es el heredero del complejo de Edipo negativo, representa una de las grandes modificaciones en la estructuración psíquica, a la vez que constituye la “modificación típica del yo en la adolescencia”. A esta instancia ideal, Blos le atribuye el papel nada desdeñable de “promover la formación de la identidad sexual y estabilizarla”, además de posibilitar las vinculaciones con pares del mismo sexo, sin que ello implique compromisos homosexuales censurables por el superyó o una discrepancia con la “autorrepresentación”.

5.3.3 Las problemáticas del yo

El análisis del yo adolescente tiene un lugar especial en la obra de Blos. El yo constituyó la instancia a partir de la cual introdujo sus primeras observaciones acerca de la reestructuración psíquica que tiene lugar en la adolescencia. En efecto, considera que el yo constituye “la suma total de aquellos procesos mentales que busca salvaguardar el funcionamiento mental” de las nuevas exigencias pulsionales, de las demandas del mundo externo y de los requerimientos del superyó. Estos tres lugares, desde donde son hechas las exigencias al yo, corresponden a fuentes de tensión que él debe intentar superar. En este orden de ideas, en la adolescencia normal se ha de producir “la destrucción de las instituciones del yo infantil”, en la medida en que la estructura de estas instituciones no responde a dichas exigencias [Blos-1962:254]. De este modo se convierte al yo en el epicentro de las transformaciones y las acomodaciones psíquicas del adolescente.

Las hipótesis de Blos en este sentido, apuntan a que en la adolescencia el yo debe transformarse si tiene como meta conservar la cohesión psíquica y el contacto con la realidad. Las diferentes fases de la adolescencia, que hemos señalado más arriba, comprenden a su vez estados particulares del yo. Estas fases que tienen características cualitativas y cuantitativas muy distintas, implican que el yo debe adquirir mecanismos de estabilización que le permitan afrontar las variaciones de fase a fase. Así, por ejemplo, “el yo al principio de la adolescencia” debe su buen funcionamiento sintetizador y de relación con la realidad, al modo como se haya “transpuesto” la fase de la latencia y de los logros de este período.

Algunas de las adquisiciones yoicas consideradas normales en la adolescencia son: el “aumento en las catexias de los objetos internos” y autonomización de algunas funciones del yo, la “resistencia creciente de las funciones yoicas a la regresión”, la construcción de “un yo autocrítico”, el crecimiento de la capacidad verbal independiente de la actividad motora y el control el ambiente a partir del pensamiento y del principio de realidad. Al final de la adolescencia, el yo debe tener una estructura menos defensiva; más aún, con mayor capacidad integrativa y adaptativa.

En este tránsito por las distintas fases el yo emplea una serie de mecanismos que se entremezclan y requieren una estabilización compleja. Entre ellos se encuentran los siguientes:

- Mecanismos de estabilización restitutiva que se ponen de presente en las identificaciones transitorias del adolescente en los grupos, y a partir de las cuales se sobrepone a sentimientos de vacío y soledad, sin implicar necesariamente mayores compromisos o modificaciones psíquicas sustanciales.
- Mecanismos de estabilización compensatoria por los que se mantiene un cierto “balance narcisista”, en la medida en que el adolescente se ve enfrentado a eventos o incluso cambios físicos que fácilmente pueden producir en resquebrajamiento en su “autoestima”.

Finalmente, esta “segunda oportunidad” (o segunda individuación) para poner fin a la dependencia infantil, depende de la pre-existencia de un yo que haya adquirido mejores recursos (diferenciación y supremacía) en la latencia. Este proceso falla si la fijación pulsional en el narcisismo infantil impide la autonomía del superyó, y por ende, la capacidad madura y crítica del yo sobre el self y el objeto; capacidad que es esencial para afrontar tanto las tensiones internas, como las nuevas relaciones objetales. Las dificultades en este sentido constituyen la base de problemas como, por ejemplo, las indecisiones y vacilaciones del adolescente en el orden vocacional. Blois explica que estas son *inhibiciones edípicas*, que salvan al adolescente de la competencia y rivalidad con sus padres, cuando desea llenar las expectativas de estos o cumplir con las tareas no consumadas por ellos, sin poder articular la necesidad de nuevas relaciones objetales más allá de la matriz familiar.

5.3.4 El problema de las actuaciones

Las ideas de Blois en torno a este problema se encuentran expuestas tanto en los artículos referidos al *acting out*, como en los textos que tratan de la delincuencia. En la primera línea encontramos el artículo titulado *El concepto de actuación (acting out) en relación con el proceso adolescente*, publicado en el año de 1962; en la segunda

línea, de la delincuencia, encontramos al menos tres artículos: *Factores preedípicos en la etiología de la delincuencia femenina* (1957); *La concreción adolescente: contribución a la teoría de la delincuencia* [-1968], y *Reflexiones sobre la juventud moderna: la agresión reconsiderada* [-1970].

En estos textos Blois presenta de manera global dos tesis importantes: que en la adolescencia se presenta una particular inclinación a las actuaciones, y que estas actuaciones cumplen un papel reparador.

Respecto a la primera el autor considera que hay una “tendencia a actuar” del adolescente, una proclividad de cierta manera normal: “No hay duda alguna –dice Blois- de que, en nuestra cultura, los adolescentes normales muestran una proclividad a menudo tan intensa y compulsiva a la acción, que uno está tentado de hablar de su “adicción a la acción”” [-1963:209]. Desde su punto de vista, la desinvestidura de los objetos primarios por la cual el yo adolescente resulta gravemente empobrecido, determina esta propensión, puesto que el “profundo sentimiento de pérdida y aislamiento” que es efecto de ese empobrecimiento, provoca el volcamiento “frenético” del adolescente “hacia el mundo exterior, la estimulación sensorial y la acción” [Blois-1963:215]. Metapsicológicamente la proclividad a la actuación resulta de la combinación del déficit represivo con cierta dinámica pulsional y una tendencia regresiva propia de la adolescencia:

“[La actuación es] un mecanismo transitorio típico del proceso adolescente, que debe su prominencia al pasajero debilitamiento de las fuerzas inhibitoras y represivas, y, por añadidura, al predominio de las posiciones libidinales y yoicas regresivas” [Blois-1963:218].

No obstante, si bien destaca esta especie de proclividad natural de la adolescencia, sin embargo advierte que entre la predisposición (característica del yo adolescente) y su manifestación, no existe una línea inquebrantable: un hecho determinado, en un período como la adolescencia, puede o no precipitar estas conductas.

Al intentar articular esta propensión a la actuación con la fantasía, Blois se sirve de algunas consideraciones de Fenichel para hacer notar que en la actuación “es defectuosa la formación de símbolos mediante la cual, normalmente, la acción es remplazada o postergada a través del ensayo en el pensamiento y en la fantasía” [Blois-1963:210]. La actuación en este sentido, se muestra como una solución de estilo preverbal —porque la falta de símbolos a los que se refiere Fenichel son léxicos— en los que impera la fantasía y el pensamiento. Y es que según Blois existe en los adolescentes una tal predominancia de la fantasía sobre la realidad que pone a la segunda al servicio de la primera:

“Los adolescentes de este tipo –dice Blois- afirman que sus fantasías son más reales que cualquier cosa del mundo exterior. En consecuencia, aceptan a este último sólo en la medida en que da crédito a su realidad interna, y lo atacan o se apartan de él tan pronto como la indispensable

gratificación que les ofrece deja de estar en inmediata y perfecta armonía con la tensión de necesidad que ellos vivencian” [Blos-1963:211].

Propuesto así, el falseamiento de la realidad como defensa, se presenta como desmentida de algunas situaciones a las que el adolescente quisiera sobreponerse, entre ellas, el estado de desvalimiento, la dependencia a su madre arcaica y su estado de pasividad. Sin embargo ello no quiere decir que el adolescente pierda todo contacto con la realidad exterior, sino más bien que este hace “un uso autoerótico del mundo externo”, en la medida en que el objeto exterior se reduce a la posibilidad de “una gratificación momentánea e inmediata”. El vuelco hacia el mundo objetal no tiene la intención de reconocer una alteridad, sino que el objeto es tratado por el adolescente actuante como un “objeto parcial que alivia su tensión” [Blos-1963:213].

La segunda apuesta de Blos, que anunciábamos arriba, consiste en plantear la actuación de manera reparadora. La novedad de sus ideas en este sentido se opone a las características contraproducentes adjudicadas a la actuación, por distintos autores, entre ellos el mismo Freud. La posición de Blos, respecto a la opinión de Freud sobre el valor resistencial de la actuación, es como sigue:

“Estas inquietudes y formulaciones tienen como propósito esclarecer la situación analítica, y por ende deben ser tratadas por separado de la actuación en calidad de "síntoma", según se la llama —más bien sería un equivalente sintomático—, que trae a consulta a muchos adolescentes. (...) existen (...) otras clases de actuación que no requieren interponer las mismas medidas [tornarlas inocuas por la interpretación u otro modo], pues están al servicio de funciones diversas y no plantean peligro alguno para la alianza terapéutica. [Así concluye que] la actuación tiene entonces una función reparatoria” [Blos-1963:212-214 Entre corchetes añadidos nuestros].

Cuando Blos menciona que la actuación conlleva “una función reparatoria”, parece referirse entre otras cosas a un efecto sobre el yo, un resarcimiento narcisista que se produce en un movimiento regresivo por el cual, objeto externo y *self* son una sola cosa, lo que puede llevar a una denegación de las limitaciones de la realidad. Por eso el mismo Blos dirá que “la actuación es siempre acorde con el yo”. Esto indica entonces que es de reparación narcisista de lo que se trata.

En conclusión, desde esta perspectiva la actuación es un componente esencial del proceso adolescente, que se inscribe como uno de los tantos recursos para superar las dificultades psíquicas de este proceso. Las actuaciones así consideradas, constituyen un “recurso homeostático”, que es promovido y favorecido por el proceso adolescente.

6. INGLATERRA: DESARROLLO DE LOS TRATAMIENTOS

Ya hicimos una presentación del contexto en que se cultivaba el psicoanálisis en Gran Bretaña, así como una revisión de los planteamientos de Donald W Winnicott.

Respecto al tiempo posterior a la Segunda Guerra conviene añadir que la vida científica de la *British Society* continuó distinguiéndose por su creatividad, gracias a la coexistencia contenida de las divisiones entre los grupos. Más recientemente dichas divergencias se han atenuado mucho y los intereses se han dirigido más hacia la técnica psicoanalítica que hacia los problemas teóricos. En 1957 se instaló el *Research Committee* para facilitar la ejecución de proyectos de investigación. En 1968 se creó una Sección de psicoanálisis aplicado. En el 73 se creó una nueva estructura, consistente en un *Education Committee* que confía diversos aspectos de la formación a distintas sub-comisiones. En 1981 se constituyó, gracias a la generosidad de Erich Simenauer, miembro honorario de la Sociedad, una fundación con su nombre, destinada también a financiar y promover la investigación en psicoanálisis.

Desde un punto de visto cronológico cabría también abordar aquí la obra de Winnicott, por cuanto hizo aportes sobre la adolescencia en sus ensayos tardíos de los años 60, y enfocó la adolescencia como una fase del desarrollo, teniendo en cuenta también las condiciones sociales de su época (posteriores a la segunda guerra mundial). Pero de esta segunda mitad del siglo XX en Inglaterra, solamente destacaremos a continuación el trabajo desarrollado por los esposos Moses y Eglé Laufer, en el contexto del *Brent Consultation Centre* y del *Centre for research into adolescent breakdown*.

6.1 Moses LAUFER

6.1.1 Reseña biográfica

Moses Laufer nació el 6 de mayo de 1928 en Montreal, Canadá y murió el 21 de Julio de 2006 a la edad de 78 años. Desde niño mostró gran solidaridad humana y, a pesar de las dificultades económicas que pasó con su familia en los años 30 durante la gran depresión, tuvo una actitud de cuidado, sobre todo hacia las personas menos afortunadas, algunas de las cuales llevó a su casa para que su madre las ayudara.

Laufer se formó en Trabajo Social en la Universidad de McGill, Montreal, y adelantó otros estudios en la Western Reserve University, en Cleveland, Ohio. Fue nombrado tesorero por una fundación judía que le permitió trabajar en un proyecto social de su elección en Israel. En este mismo país trabajó un tiempo con niños inmigrantes de la India que habían llegado sin sus padres. Fue allí también donde nació su inclinación profesional por la infancia y la adolescencia, y su interés en el trabajo de Freud.

En 1955 Laufer decidió irse para Londres en donde estableció contacto con Anna Freud y se forma como analista. Anna le invita a asistir a los seminarios de la Hampstead Clinic en donde él tiene la oportunidad de hablar acerca de los jóvenes con los cuales trabaja.

Como un anexo de la *Hampstead Clinic*¹²¹ empezó a funcionar en 1961 el *Young People Consultation Centre*. Este último centro sobrevive gracias a la ayuda del sector público y unos diez años más tarde su nombre es modificado por el de *Brent Consultation Centre*. Es este uno de los primeros centros especializados, en el que los psicoanalistas comenzaron a recibir principalmente adolescentes y sus familias para consultas y evaluaciones.

Laufer no se sentía satisfecho con las diferentes clasificaciones que describían ciertos disturbios mentales en la adolescencia tales como: esquizofrenia, drogadicción, promiscuidad, depresión severa, anorexia, anormalidad sexual, etc., por la poca especificidad que para este período de la vida tenían. También le inquietaba el incremento de los suicidios en la adolescencia.

Le preocupaban las extrapolaciones que se solían hacer en el trabajo con los adolescentes, desde lo investigado en la adultez y en la infancia. Por el contrario pensaba que debía hacerse un trabajo más específico con los adolescentes, consciente de la contribución que este período tiene en el desarrollo total de la persona y en las patologías específicas que en éste suelen presentarse. A este respecto observó que la pregunta compartida por las personas que en ese momento trabajaban con adolescentes era “¿cómo saber cuándo preocuparse y cuándo es urgente la ayuda?”

La hija de Freud, entusiasmada por los alcances del psicoanálisis en la adolescencia, ayudó a buscar los fondos para la creación del *Centre for Research into Adolescent Breakdown*, y ofreció a una docena de adolescentes muy enfermos la posibilidad de asistir a terapia psicoanalítica de manera gratuita. Gracias a esta experiencia Laufer, su esposa Eglé y el grupo de colaboradores que los rodeaban, elaboran una teoría original acerca de la adolescencia y su patología, según la cual ésta es determinada por la relación del adolescente con su cuerpo genitualmente maduro y la dificultad para establecer una identidad sexual normal.

Invitado por la Revista *Adolescence* (Francia), se integró a su comité editorial a partir de su fundación en el año 1983. Desde el año siguiente hasta 1987, desempeñó el cargo de presidente de la Sociedad Psicoanalítica Británica. También llegó a ser secretario de la Asociación Psicoanalítica Internacional, en la que trabajó fuertemente para aumentar los estándares de la educación en psicoanálisis a nivel mundial.

Preocupado por la formación específica de los psicoanalistas en cuanto a la adolescencia se refiere, fundó en compañía de François Ladame, Philippe Gutton, Serge Lebovici, Raymond Cahn, y otros psicoanalistas europeos la *European Association for Adolescent Psychoanalysis* (EAAP) en 1993, la cual se disolvió a partir de la creación por parte de la *Federación Europea de Psicoanálisis del Forum on Adolescent Psychoanalysis*, copresidido hasta el 2005 por Eglé Laufer y François Ladame.

¹²¹ Actualmente se llama *Anna Freud Centre*

Moses Laufer escribió un buen número de artículos y cinco libros dedicados a la adolescencia, usualmente en compañía de su esposa Eglé, con quien vivió por más de 50 años. Esto les valió la buena fama de clínicos y teóricos de la adolescencia, por lo que fueron invitados a dar conferencias en Italia, Suiza, Escandinavia, Francia, y en varios países de América. Su trabajo con los adolescentes que habían intentado suicidarse o con deseos de hacerlo fue muy notable. Los índices de suicidios adolescentes se redujeron en los programas de intervención de aquellos países que adoptaron sus ideas, especialmente en Inglaterra.

6.1.2 La Adolescencia Normal

La concepción lauferiana delimita la adolescencia entre la pubertad y los 21 años; desde la pubertad se configura un cuerpo físicamente maduro con la capacidad de embarazar o embarazarse –uno de los elementos más importantes en opinión de los autores-, y con los albores de la veintena se marca el momento en que la persona ya ha debido establecer formas predecibles de lidiar con la ansiedad que suscitó la maduración sexual. En la adolescencia se presentan importantes y numerosos cambios (biológicos, psíquicos y relacionales) y se establecen patrones que no serán modificables; por tanto es la última oportunidad para sobrepasar los desórdenes mentales.

Según este modelo, la adolescencia tiene una función evolutiva básica que radica en el establecimiento de una organización sexual definitiva que debe incluir los genitales, ahora físicamente maduros. Por tanto, otras de sus funciones, tales como los cambios en la relación con los objetos incestuosos o con los pares, deben mirarse como haciendo parte de un todo y no como tareas separadas. Esto significa que, para los Laufer, la función evolutiva de este período es más específica que lo que otros autores normalmente han considerado.

Los autores identifican cinco características fundamentales propias de un proceso evolutivo normal en el adolescente [Laufer-1997a:7], a saber:

1. La sensación de sentirse valorado y admirado por fuera de la órbita de dependencia de los padres.
2. El poder disfrutar de los pensamientos y sentimientos respecto de su cuerpo, aunque estos en ocasiones puedan traerle sentimientos de culpa y vergüenza; poder considerar entonces como un logro la adquisición de relaciones que le permitan satisfacer estos pensamientos y sentimientos.
3. Tener la capacidad de lidiar con la ansiedad que le producen ciertos pensamientos. Se trata de pensamientos relacionadas con el cuerpo que no sólo le generan vergüenza y culpa, sino también preocupación, debido a sus nexos con las ideas de anormalidad; pero que no lo abruman por cuanto sabe que no tiene que quedarse ligado a ellos y que puede buscar otras fuentes de placer que le ayudarán a dirigirse hacia la adultez.
4. El establecimiento de una auto-conciencia y estima de sí que permita la reparación de su admiración por sí mismo en los momentos de desesperación o desesperanza.
5. Capacidad de mirar el futuro, sustentada en el amor a sí mismo que conserva desde la infancia, como una época en que podrá reparar sus propios odios o desilusiones y podrá enmendar la imagen de los padres del pasado. Los padres inevitablemente tuvieron que defraudarle de alguna manera –sobre todo por no haber protegido el estadio original infantil de perfección narcisista [Loewald-1979]-. Por otro lado, la reparación de las figuras

parentales tendrá consecuencias en la visión que el adolescente tenga de sí mismo como hombre o mujer, esposo o esposa, padre o madre.

Al principio de la adolescencia se presenta una pasividad temporal hacia el progenitor del mismo sexo, en la cual está contenida la ansiedad y el miedo a la retaliación del progenitor edípico del sexo opuesto, a la vez que se expresa el deseo de permanecer cuidado y amado de manera no incestuosa, es decir no conflictiva. La identificación con el progenitor del mismo sexo permite que el adolescente supere esta tendencia regresiva, es decir que “el miedo de la agresión edípica y el continuado miedo de la envidia de los progenitores, dan lugar a una adquisición prudente desde el punto de vista psíquico de los propios genitales sexualmente maduros” [Laufer-&-Laufer-1984:44].

Hacia el final de la adolescencia, la imagen corporal está lo suficientemente integrada para abandonar la sumisión como medio defensivo frente a los progenitores edípicos, y para operar como fuente de gratificación, lo que le da capacidad al adolescente para buscar una relación objetal con una persona del sexo opuesto. Esto implica que él debe integrar la presencia de los genitales del sexo opuesto en una “imagen internalizada de manera indestructible, una representación que contiene simultáneamente la base de una potencial unión narcisística y gratificación libidinal” [Laufer-&-Laufer-1984:45], la cual reemplazará la actividad autoerótica que antes se utilizaba como una “actividad para la experimentación”. Esto permitirá una identificación con la persona del sexo opuesto, lo que constituye la base para el amor objetal. Así, el adolescente se siente libre de buscar compañeros del mismo sexo que le sirven como objetos de identificación y compañeros del sexo opuesto que le sirven como objetos de sus deseos sexuales. Este proceso descrito termina en la diferenciación de cada persona como varón o como hembra y allí acaba la adolescencia.

La tesis de los Laufer se resume en que, si bien las identificaciones sexuales y el núcleo de la imagen corporal queda establecido con la resolución del conflicto edípico, será sólo hasta la adolescencia que el contenido tanto de las identificaciones edípicas como de los deseos sexuales se integrará a una identidad sexual. Para entonces esta identidad ya es irreversible, gracias a la presencia de los genitales físicamente maduros. Hacia el final de la adolescencia, cerca de los 21 años, el sujeto tendrá una actitud con respecto a su cuerpo que refleja sus experiencias totales previas, y encontrará una salida al conflicto entre lo que desea y lo que se permite, gracias a esa definición de su identidad sexual.

Los Laufer son cautos frente a la concepción de la adolescencia como una mera recapitulación de lo ocurrido en la vida del sujeto, y advierten el peligro que esta visión conlleva de no considerar el nuevo elemento del desarrollo adolescente (la maduración física de los genitales), y de dejar escapar el significado que él tiene para la normalidad y la patología adolescente.

* * *

Pasemos a examinar algunos problemas relacionados con el superyó, en vista de que él juega un papel esencial en los esfuerzos del adolescente para establecer la organización sexual definitiva.

Pasemos a examinar algunos problemas relacionados con el superyó, en vista de que él juega un papel esencial en los esfuerzos del adolescente para establecer la organización sexual definitiva.

En la adolescencia hay una posible dependencia del superyó que se observa de tres maneras diferentes, y que expresan la normalidad o patología del desarrollo:

1. Masturbación e imagen corporal idealizada. Sólo hasta después de la pubertad ocurre una identificación con el cuerpo del padre edípico y la posibilidad de procrear, lo que conlleva a un cambio en la propia imagen corporal. Los cambios que sobrevienen en este período reinician una nueva y decisiva fase de separación del cuerpo de la madre, al igual que de los cuidados físicos que ella prodigaba. Para lograr el reinvestimento narcisista de su cuerpo que incluya ahora los genitales maduros, el adolescente debe ser capaz de depender de su propia actividad, sea esta autoerótica u objetal no-incestuosa. Si no se permite el cambio en la imagen corporal hay una crisis del desarrollo. Esto se observa en los fetiches para la masturbación o en la utilización de zonas erógenas distintas de las genitales para obtener la satisfacción.

La unión con la madre omnipotente se puede figurar en la imagen corporal idealizada, pero ésta no es la única manera de representar dicha unión y no siempre significará lo mismo. “La experiencia de gratificación contiene la fantasía de unión con la madre a través de la imagen corporal idealizada que se ha desarrollado durante el período preedípico” [Laufer-&-Laufer-1984:90].

2. El ideal del yo y el avance hacia nuevas relaciones objetales. El ideal del yo es una función del superyó que se forma en una etapa de dependencia parental, en la cual se aprende a aceptar la realidad. Durante el desarrollo el ideal del yo permite independencia frente a las demandas del superyó, lo que hace menos probable la aparición de la patología adolescente. Según ellos es un “puente eficaz” [Jacobson-1964 cit Laufer-&-Laufer-1984:90] entre las estructuras del Yo y el superyó. Además, para tomar un papel activo en relación con su cuerpo sexual, el adolescente debe estar libre de las restricciones impuestas por el superyó en relación con las expectativas del ideal del yo. Se acerca a dicho propósito cuando se identifica con las expectativas de sus pares, en las que percibe un nuevo ideal del yo confiable para sus suministros narcisistas. Esto además le lleva a otra manera de relacionarse por fuera de la órbita familiar y le posibilita establecer una pareja heterosexual no incestuosa.

3. El uso de la relación transferencial por el adolescente enfermo. La relación transferencial permite observar el papel del superyó que impide el desarrollo progresivo. Cuando el adolescente no ha podido separarse de las representaciones de los objetos edípicos en el superyó, se interfiere el desarrollo hacia la adultez normal [Laufer-&-Laufer-1984:93]. Su dependencia del analista indica el intento de sustituir la dependencia de los padres; le ayuda a enfrentar la renuncia a la imagen corporal preedípica idealizada y a los aspectos pasivos del ideal del yo preedípico. Si, en cambio, se pone en vilo la capacidad de cuidar de su cuerpo se generaría en el adolescente un colapso transitorio [Laufer-&-Laufer-1984:93].

Así pues, como ejes de la construcción normal o patológica de la historia personal que se hace en la adolescencia, los Laufer toman de la concepción freudiana la idea de la psicopatología como un trastorno en la vida sexual, y de su propia concepción, el lugar preponderante del cuerpo, así como la idea de que la relación que la persona establece con el cuerpo es un precursor del yo.

Cuando el adolescente asume la responsabilidad de sus deseos sexuales y el potencial agresivo, al igual que renuncia a la relación con los objetos edípicos de la latencia (incluido

su cuerpo), culmina la posesión del cuerpo sexual [Laufer-&-Laufer-1984:87]. El hecho de que dé más importancia a la aprobación de los pares que a la de los padres, le lleva a una creciente independencia de estos últimos y a percatarse de los cambios que ocurren en sí mismo (lo que piensa, o le preocupa o cómo siente su propio cuerpo). Además pesan decisiones que afectarán el resto de la vida, tales como el futuro laboral, la elección de pareja sexual, como también la relación consigo mismo en cuanto persona exitosa o fracasada y hasta la misma relación con la realidad. En palabras de los Laufer:

“La elección del objeto sexual durante la adolescencia, y especialmente hacia el final de la misma, representa la manera en que la genitalidad sexual ha sido o no integrada en la organización sexual definitiva. En otras palabras, la relación de uno con los objetos edípicos, con el propio cuerpo sexual, y con el mundo interno, representa también la relación de uno con la realidad. Es sólo con la necesidad última de renunciar a los deseos edípicos originales que el juicio de realidad puede finalmente establecerse” [Laufer-&-Laufer-1984:200].

6.1.3 La fantasía masturbatoria básica

Los Laufer tienen una visión particular acerca del tema de la masturbación. Aunque señalan los avances de algunos posfreudianos referidos a la estrecha relación entre la imagen corporal y el desarrollo de las funciones yoicas, tales como la prueba de realidad y la percepción, no obstante piensan que los autores se quedan cortos en la explicación de la importancia de la masturbación y las fantasías masturbatorias. Ellos, en cambio, logran ir más lejos en la explicación y toman de Freud un comentario a pie de página que les ayuda a plantear una visión diferente: “Tal vez, el factor más general e importante en este condicionamiento es el hecho de que el onanismo constituye el poder ejecutivo de toda la sexualidad infantil, y por eso está habilitado para tomar sobre sí el sentimiento de culpa adherido a ésta” [Freud-1905c:172]. Esta proposición les permitió repensar, como un eje fundamental, el papel privilegiado de la masturbación y de sus fantasías asociadas, en la constitución de la patología y la normalidad. También pensaron la no utilización de estas fantasías como una tentativa de acceder al comportamiento sexual adulto, y la abstención completa de su uso como un obstáculo para el desarrollo.

Así pues, con la expresión de *fantasía masturbatoria básica* los Laufer nombran un fenómeno universal que no está restringido a la patología y que en sí mismo no es patológico; contiene las diversas satisfacciones regresivas con el primer objeto de amor (la madre) y las principales identificaciones de orden sexual. Este contenido es inconsciente, y se expresa durante la infancia y la adolescencia a través de ensueños diurnos, juegos e incluso fantasías durante la masturbación, entre otros fenómenos.

La masturbación tiene una primera fase preedípica que abarca el período en el cual se construye la relación con el propio cuerpo; primero a través de la correspondencia de la mano de la madre con el cuerpo del niño, luego identificando a ésta con la propia mano. Esto tendrá consecuencias diferentes en el desarrollo psíquico de los hombres y de las mujeres, lo cual lleva a nuestros autores a postular que la masturbación puede ser más conflictiva en estas últimas por la relación incestuosa mano-madre, que se pone de manifiesto durante la identificación extendida con su progenitora.

La diferencia entre el hombre y la mujer en cuanto a la relación con el cuerpo reside en el tiempo que ambos necesitan para cambiar el apego exclusivo con la madre, ya que la chica a través de la observación de su cuerpo y de verlo similar al de su progenitora, se sostiene en una expectativa de identificación con ésta por más tiempo que el muchacho.

Durante la pubertad y adolescencia, en el nuevo contexto de los genitales físicamente maduros, la fantasía masturbatoria básica, que no cambia de contenido ni se altera en el desarrollo, implica una tensión mayor para la organización defensiva que venía funcionando desde la latencia. En la pubertad se le agrega un componente de apremio que se expresa en “la necesidad de ser vivida en relaciones de objeto y en la vida sexual personal y con el sentimiento de que la única gratificación que realmente importa es la que también representa, inconscientemente, el vivir esta fantasía” [Laufer-&-Laufer-1984:23]. Inclusive el acting out típico de la adolescencia, al igual que las salidas más patológicas como los episodios psicóticos, puede verse como una manera de integrar, con resultados infructuosos, esta fantasía masturbatoria básica en el nuevo contexto de la genitalidad.

Pero esta actividad autoerótica también permite integrar fantasías regresivas en el camino hacia el dominio genital; de igual forma es una manera de experimentar cuáles sentimientos, pensamientos y gratificaciones sexuales son o no aceptados por el superyó, y de esta manera decidir cuáles formarán parte de la imagen personal de cada uno como “varón o hembra sexualmente maduros” [Laufer-&-Laufer-1984:57].

La organización defensiva del adolescente se pone a prueba al enfrentarse con las fantasías y los movimientos regresivos. Algunos adolescentes pueden experimentar la masturbación y las fantasías asociadas como pérdida del control corporal o como una sumisión pasiva a una fuerza interior frente a la cual son impotentes. Si es éste el caso, consideran los Laufer que la patología está presente ya en las vidas de esos adolescente. Respecto a la regresión temporal estiman que puede generar ansiedad aguda por el temor de no volver al nivel de funcionamiento anterior; por otra parte la regresión puede ser positiva en el sentido en que se presenta como un modo de obtener cierto tipo de gratificación de manera diferente, pero acorde con los logros evolutivos alcanzados.

En el desarrollo normal, frente a los deseos regresivos, el adolescente sabe que existe la posibilidad de elección, de dirigir la libido es hacia el objeto, por mucho que la gratificación pueda ser de naturaleza narcisista o autoerótica. También tiene la posibilidad de elegir entre un rol activo o pasivo en la sexualidad. La posibilidad de elección del objeto se revela en sus fantasías masturbatorias en las que se incluye la búsqueda de un objeto sexual amoroso. . Esto prefigura la organización sexual definitiva, presagia el triunfo de la genitalidad por encima de los deseos pregenitales contenidos en la fantasía masturbatoria básica, habla de deseos que se adecúan a las demandas de la conciencia, las expectativas del ideal del yo y las condenas del superyó. Otra manera como se previsualiza la organización sexual definitiva es a través de la identificación del adolescente con el padre edípico, quien le ayudará al establecimiento de la misma.

“La presencia o la importancia de la fantasía masturbatoria básica no depende en modo alguno de si la persona se masturba o no” [Laufer-&-Laufer-1984:24], pero el orgasmo que sobreviene con el uso del pene o de la vagina da lugar a que la fantasía masturbatoria básica se gratifique, al igual que se refuerza la tendencia de la libido de continuar dirigiéndose hacia el objeto.

En un sentido patológico, la fantasía pueda tomar control del adolescente y compelerlo a actuar. Esta situación revela que la defensa contra el deseo edípico no es suficiente; se presenta, por tanto, la ruptura con la realidad externa al igual que la distorsión del cuerpo sexuado, como medios de defensa frente a los deseos incestuosos. En razón de esta condición y el nuevo contexto genital, las fantasías de incesto y parricidio se pueden hacer realidad, con el consecuente temor a la retaliación del padre edípico, y la facilitación del surgimiento de la patología adolescente.

6.1.4 Fantasía nuclear de masturbación

Con esta expresión, los Laufer designan una fantasía que tiene la primacía en la jerarquía de fantasías masturbatorias. Dicha fantasía se entrelaza con la patología del adolescente que presenta un *breakdown*.

La Fantasía nuclear de masturbación es universal; contiene la constelación edípica. Por lo tanto, no es patológica en sí misma. A través de ella se puede explicar la dirección de las gratificaciones y el desarrollo sexual de cada persona. Esta fantasía nuclear, durante la adolescencia, se integra a la organización sexual definitiva, razón por la cual los Laufer piensan que, en esta fase, la patología es reversible.

Dicha fantasía no es accesible a la conciencia; sin embargo su re-experimentación a través de la transferencia (con la consiguiente interpretación, insight, elaboración) brindará mayor comprensión de la patología adolescente. Estas fantasías en sí mismas no se corresponden con algún nivel del desarrollo del adolescente, ni su reconocimiento curará necesariamente, pero saber de ellas constituye un aspecto indispensable en el tratamiento y proceso de de-construcción de la enfermedad.

6.1.5 La patología adolescente: crisis del desarrollo (breakdown)

Para los Laufer, la *patología adolescente* es un fenómeno específico que tiene una etiología claramente discernible.

Los autores se basan en algunas proposiciones de Freud según las cuales “todas las perturbaciones patológicas de la vida sexual han de considerarse, con buen derecho, como inhibiciones del desarrollo” [Freud-1905c:190], y de la idea según la cual la fase hasta la pubertad “ha de apreciarse como importante precursora de la organización sexual definitiva” [Freud-1905c:214]. A partir de estas ideas agregan que lo que sucede en la pubertad, en razón de la madurez física y la capacidad de procreación, se continuará durante la adolescencia, en “un proceso en el cual se experimenta, reorganiza e integra el propio desarrollo psicológico anterior dentro de un nuevo contexto de madurez sexual física” [Laufer-&-Laufer-1984:20-21] haciendo que las fantasías y deseos adquieran ahora un significado incestuoso:

“la normalidad o patología pasadas, serán ahora experimentadas y se reaccionará frente a ellas como signos de normalidad o patología sexual. El cuerpo, que hasta la pubertad era sentido como un portador pasivo de necesidades y deseos, es ahora

como la fuerza activa respecto a la fantasía y al comportamiento sexuales y/o agresivos” [Laufer-&-Laufer-1984:21]¹²²

Ellos acuñaron el término de *Breakdown*¹²³ para describir el proceso de enfermedad que se inicia en la pubertad y puede cristalizar al finalizar la adolescencia; la psicoterapia sería una posible manera de redirigir el curso adecuado del desarrollo durante esta fase evolutiva.

Así pues, junto a los adolescentes que pueden denominarse normales, es decir quienes transitan su fase evolutiva con las dificultades típicas de la etapa, hay otros para los cuales el período de la adolescencia es un tormento: se presenta una guerra en su interior que siempre involucra el cuerpo sexualmente maduro, como su enemigo o principal causante del sentimiento de anormalidad o locura. El *breakdown* implica un gran sentimiento de odio que se centra en el cuerpo, frente al cual al adolescente no le queda más remedio que rendirse. El cuerpo se convierte así en el causante de sus comportamientos, que le resultan vergonzosos, y le hace perder el control de sus acciones.

El *breakdown* es el derrumbamiento de un proceso del desarrollo, una falla de la integración de la imagen del cuerpo maduro a la imagen mental de sí mismo, con el consecuente desconocimiento de los genitales, de su repudio o del sentimiento de extrañeza frente a lo que quisiera que fueran. Adicionalmente en el *breakdown* se presenta una relación pasiva con el progenitor del mismo sexo, y un abandono del deseo o aptitud de dejar atrás la sexualidad infantil [Laufer-&-Laufer-1984:10].

Para los Laufer la adolescencia es un momento crítico en el desarrollo mental de la persona y una segunda oportunidad para quienes experimentan una ruptura de éste: “La idea del *breakdown* de un proceso implica también que, en el momento del *breakdown* –es decir, antes de que los resultados sean fijados como parte de la identidad sexual propia- existe la posibilidad de reversibilidad”¹²⁴.

El *breakdown* está relacionado también con el hecho de que la madurez física y, también, la capacidad para engendrar hijos devienen problemáticas frente a las exigencias y normas del medio. También contribuyen a él la soledad interna y la desesperación, derivadas de los sentimientos de ser sexualmente anormal o del hecho de tener una falla social y sexual clara, con el consecuente odio a sí mismo y a su cuerpo. Por tanto, no es de extrañar que en estos adolescentes la capacidad de cuidar de sus cuerpos esté disminuida.

El *breakdown* del desarrollo puede manifestarse tanto en la pubertad como en la adolescencia. Si la crisis aparece durante la primera, esto significa que está relacionada con deseos incestuosos o con la ansiedad suscitada “por la destrucción de la fantasía de no ser apremiado para escoger entre tener un cuerpo de varón o uno de hembra” [Laufer-&-Laufer-

¹²² Traducción revisada cotejando la versión francesa.

¹²³ La palabra “breakdown” usualmente es traducida como “avería”, “fracaso”, “colapso” y hasta “depresión”. Una de las pocas traducciones del trabajo de los Laufer, de origen mexicano, la traduce también como “Crisis”. En el presente informe por tanto, recurrimos indistintamente a ambos términos (Breakdown o Crisis) para referirnos al mismo asunto en el desarrollo.

¹²⁴ “The idea of a ‘breakdown’ of a process implies also that, at the time of the breakdown -that is, before the results are fixed as part of one’s sexual identity- there is the possibility of reversibility” [Laufer-1997a:15].

1984:42]¹²⁵. Esto significa, si se interpreta literalmente este enunciado, que según los Laufer la situación “normal” del púber es no sentirse compelido a definir tempranamente el sexo de su cuerpo. La destrucción de esta fantasía indica entonces la alteración del juicio de realidad ya sea de forma temporal o permanente. En la pubertad la manifestación de la crisis (breakdown) varía desde fobia escolar hasta daños o lesiones al propio cuerpo o al del progenitor con el que se establece el conflicto edípico.

Si la crisis se hace más evidente durante la adolescencia, indica que el adolescente posee recursos defensivos para aplazar sus deseos incestuosos y poder encontrar respuestas, además de un daño menor del juicio de realidad. Una crisis posterior, un evento que irrumpe en el proceso de desarrollo (como un intento suicida, anorexia, adicción, homosexualidad, depresión severa, entre otros), si se presenta, muestra el rechazo del cuerpo sexuado, el intento frustrado por integrar los genitales físicamente maduros a la representación del cuerpo. Estas crisis son menos severas que las que se presentan durante la pubertad.

En los adolescentes que han sufrido una crisis, la posibilidad de elección en su vida sexual está coartada y sienten que dependen de algo por fuera de ellos mismos o de algo que los habita en su interior. No importando cual sea el significado inconsciente que el adolescente le dé a su cuerpo sexualmente maduro, éste tendrá una influencia directa en la diferenciación que él haga acerca de la separación de su cuerpo de sus objetos incestuosos y su pasado edípico, orientándolo ya sea hacia la masculinidad o la feminidad.

Una vez presentado el breakdown se pierde la posibilidad de una relación sexual de tipo heterosexual y lo que permanece es una relación homosexual de tipo perverso y autoerótica. La representación de los genitales del sexo opuesto queda sin integrar, continúa siendo fuente de ansiedad y es rechazada, por lo que se vive la pubertad como

“... una demanda de adquisición de características genitales que destruirán las relaciones con los objetos edípicos, o, en los casos más severos, un sentimiento de que la pubertad es la confrontación final con el hecho de que el cuerpo es diferente de lo que el adolescente esperaba que fuese. Esto representaría para el adolescente la confirmación del odio de la madre hacia el niño” [Laufer-&-Laufer-1984:45-46].

Para los Laufer, entonces, en la la patología se expresan disrupciones acaecidas desde el período pre-edípico, que dificultaron la resolución edípica, afectando así más tarde la genitalidad. Estos conflictos sólo serán visibles en la adolescencia, luego de la lucha interna que, durante la pubertad, se libra por la “posesión del cuerpo”, es decir, la lucha del adolescente por sentir que su cuerpo maduro es algo que le pertenece, en lugar de sentirlo como algo que pertenece a su madre (primera persona que lo tuvo a su cuidado). Cuando siente esto último, se presenta entonces la crisis del desarrollo.

No importa cuál sea el trastorno específico en la adolescencia, lo primero que ocurre es esta alteración en la relación con el cuerpo, expresada a través de odio, vergüenza o furia con el cuerpo sexual. Este cuerpo representa para el adolescente aquello que lo agobia con

¹²⁵ “The effects of developmental breakdown may become obvious immediately at puberty or only much later in adolescence. If they become obvious soon after puberty, it is a sign that the breakdown is related to the direct incestuous wishes of the adolescent or to the anxiety provoked by the destruction of the fantasy of not being required to choose between having either a male or a female body” [Londres, Karnac Books, 1994, p 23].

“dolorosas o atemorizantes fantasías y afectos”¹²⁶, así como una sumisión pasiva a la madre. Es esta comprensión de la patología, en el establecimiento de la identidad sexual, lo que será fundamental para la tarea terapéutica. Si no puede resolverse esta crisis del desarrollo, el *breakdown* continuará en la adultez distorsionando todas las áreas de la vida, incluyendo la ruptura de la relación de cada quien con el mundo.

Existe otra posibilidad igualmente negativa en cuanto al desarrollo en general y es, según los Laufer, la terminación prematura del mismo, evento que se presenta cuando hay una patología más definida y completa. En este caso la crisis no sólo interrumpe el desarrollo sino que compele a su terminación prematura, dejando pocas o nulas posibilidades de reversión de la patología actual [Laufer-&-Laufer-1984:187]. En razón de esta terminación prematura, la integración de los genitales sexualmente maduros deviene una tarea irrealizable, debido a que dicha terminación adviene poco después de iniciada la pubertad y que queda fijada sin cambios (o pocos) posibles en la adolescencia [Laufer-&-Laufer-1984:187].

Ahora bien, estos adolescentes reportan en las consultas sus vivencias pasivas con su cuerpo y el sentimiento de ser controlado por él, hasta el punto en que actúan como si perdieran el control de sí mismos. Para darle sentido al *breakdown* del adolescente es de capital importancia, según los Laufer, reconocer la fantasía nuclear y elaborarla a largo de la terapia.

El *breakdown* no termina a la par que la adolescencia sino que abarca el mundo interno del adulto, sus relaciones sociales, el trabajo, la vida sexual y las relaciones con el mundo a su alrededor. No obstante el hecho de que la patología adolescente concierne a una ruptura del proceso del desarrollo implica, también, que este puede ser revertido antes de cristalizar.

6.1.6 Evaluación del adolescente

En 1965, en el congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Moses Laufer ofreció una primera versión de lo que sería la aplicación del perfil diagnóstico de Anna Freud para los adolescentes. El de Anna Freud estaba preparado para la valoración de niños pero, con ciertas modificaciones entre agregados y omisiones, Laufer logra construir uno adecuado para su tarea en el trabajo evaluativo con adolescentes y lo publica finalmente ese mismo año en el *Psychoanalytic Study of the Child*.

Esta ayuda diagnóstica brinda la posibilidad al clínico de observar cómo procede el desarrollo durante la adolescencia bajo los parámetros teóricamente establecidos hasta entonces. Se centra, en general, en los problemas con los que el Yo debe enfrentarse: los relacionados con la reacción a la primacía física de los genitales, el cambio en la relación con los objetos primarios, el encuentro de un objeto de amor

¹²⁶ “Unlike the child or the adult patient, the adolescent patient experiences his body as the constant representative of that which will overwhelm him with painful or frightening fantasies and affects” [Laufer-1978:310].

heterosexual y la integración de las identificaciones preedípicas y edípicas, al igual que la expectativa interna y externa de conducta.

Esta herramienta clínica, motivo de gran reconocimiento a Laufer, es modificada a medida que su pensamiento evoluciona y especifica tanto la función de la adolescencia como el desarrollo de la patología. De este modo desarrolla estrategias que permiten al clínico evaluar la posible aparición o presencia de un *breakdown* en la adolescencia.

Los Laufer precisan que “evaluar” significa dar un juicio y poder predecir, pero ante todo averiguar lo que va mal para brindar la ayuda adecuada. Sabiendo la importancia que le brindan al *breakdown* en la adolescencia no es de extrañar que ellos hallaran maneras de identificar cuándo un proceso de desarrollo tiene la posibilidad de detenerse o en qué medida se ha interferido.

La evaluación abarca tres áreas principales que reflejan el alcance del trastorno del desarrollo en cuanto a la distorsión de la relación consigo mismo como una persona sexualmente madura, y a la relación con la realidad externa. Dichas áreas son:

1. El desarrollo dominado por el *funcionamiento defensivo*. Aquí se tiene en cuenta si solamente un campo de la vida está dominado por este funcionamiento, o si, por el contrario, se presente una dominación global.
2. El *punto muerto*. El sitio en donde el proceso defensivo que contenía la ansiedad respecto al cuerpo, fracasó.
3. La *terminación prematura* del proceso de desarrollo, no da lugar a una integración de una imagen corporal que incluya los genitales sexualmente maduros. Cuando esto sucede ya no se presenta ansiedad y se mantienen los medios arcaicos para obtener gratificación sexual.

La evaluación se enfoca en la comprensión de la relación del adolescente con su propio cuerpo, y en la cualidad y dirección de las principales identificaciones sexuales. Es importante conocer la manera como cada uno de los adolescentes maneja el estrés; valorar si está o no presente es una futilidad, ya que siempre está presente en la adolescencia. Otros de los factores más importantes a considerar son la masturbación y los sentimientos sexuales. Aquellos adolescentes que renuncien a cualquiera de estas posibilidades o que son incapaces de masturbarse porque piensan que pueden hacerse daño, son dignos de atención clínica. Otra señal de peligro que debe evaluarse, si bien está también siempre presente, es la culpa, pero cuando ella interfiere seriamente con el desarrollo. La depresión, los dolores corporales y un sentimiento constante de desvalimiento pueden ser indicios de riesgo suicida. Siempre que el adolescente hable sobre esto debe ser tomado en serio; esto puede indicar una amenaza más que un simple signo de depresión.

Para hacer una evaluación precisa los Laufer proponen también ocho criterios de conjunto, es decir, no se refieren a comportamientos específicos y aislados. No hay que olvidar que todos los adolescentes transitan por estas situaciones y que por

tanto es la manera de reaccionar frente a ellas lo que debe poner en aviso de que algo anda mal o no. Constituyen una ayuda simple, para poner en alerta al clínico acerca de las posibilidades patológicas de cada adolescente. Dichos criterios son:

1. ¿La regresión a formas infantiles de comportamiento es tan fuerte que existe el peligro de abandonar el deseo o el esfuerzo por progresar hacia comportamientos más adultos?
2. ¿El comportamiento del adolescente es tan rígido que no se permite o no puede permitirse una relajación temporal de las demandas que se hace a sí mismo?
3. Las relaciones sociales del adolescente, ¿le ayudan a mantener relaciones infantiles, o favorecen su deseo de evolucionar hacia la edad adulta?
4. ¿Son los amigos más importantes en la vida del adolescente, que los padres?
5. ¿Tiene el adolescente la capacidad de expresar o experimentar sentimientos apropiados, o hay una notable discrepancia entre un "suceso" y la forma en que el adolescente reacciona frente a él?
6. ¿Existe alguna interferencia en la capacidad del adolescente para juzgar y comparar reacciones del mundo externo con las "creaciones" de su propia mente?
7. ¿Cuál es la actitud del adolescente hacia el futuro? ¿Lo considera como algo atractivo o como algo atemorizante?
8. ¿Existen algunos tipos de fantasías que dificultan seriamente la capacidad de funcionamiento del adolescente? O ¿es el adolescente capaz de tratar con diversas fantasías atemorizantes sin abandonar el deseo de convertirse en adulto? (sobre todo las referentes al propio cuerpo) [Laufer-1995a:29-35]

Los Laufer advierten además sobre el cuidado que hay que tener en el proceso diagnóstico y en la utilización de las diferentes nosografías para evitar minar, con etiquetas que no se adecúan a la fase evolutiva en que transitan los adolescentes, las posibilidades que ellos aún tienen. el adolescente que. En este sentido previenen frente al uso de los términos de neurosis y de psicosis, por cuanto en la adolescencia el funcionamiento psicótico puede tener un sentido defensivo, ligado a la evolución en progreso. En este caso consideran que serían más adecuadas categorías tales como *episodios psicóticos*, *funcionamientos psicóticos* o *proceso psicótico en marcha*.

Otro aspecto importante a evaluar, por cuanto facilita la decisión de mantenerse en el tratamiento, es la ansiedad que pueda sentir el adolescente ante un *breakdown* del desarrollo. Si este es el caso, el clínico debe comunicar al adolescente qué es lo que le sucede, darle explicaciones sobre sus sentimientos de anormalidad y ayudarle a reconocer sus ansiedades

Finalmente, luego de la valoración del adolescente, lo que sigue es sentar las bases para el tratamiento. Esto implica darle un tiempo al adolescente y a sus padres para que comprendan que la ayuda es necesaria y cuál es el objetivo de la misma. También se explicitan, para completar el encuadre, asuntos relacionados con la elección de tratamiento, así como los relacionados con el estudio, el trabajo y el uso del tiempo libre, el lugar de residencia del adolescente y la posibilidad de utilizar la atención hospitalaria.

6.1.7 Aspectos del proceso clínico

Una de las primeras tareas con la que se encuentra el clínico es la de reconocer las ansiedades con las que viene el adolescente frente al tratamiento y el alcance de la soledad o vacío interno que pueda estar experimentando. Ahora bien, al reconocer esto el clínico se acerca a la comprensión de la patología en el adolescente tal como se expresa en su vida sexual, y gracias a ella podrá establecerse una alianza que permitirá el avance en el trabajo terapéutico. Según los Laufer, la función central del analista es "la comprensión de la enfermedad en términos del desarrollo sexual anormal"¹²⁷, por lo que el trabajo con los conflictos típicos de la adolescencia, tales como la relación con los padres o el rol de la infancia, es necesario pero no suficiente.

Su concepción clínicase guía por dos principios terapéuticos que permiten anular el efecto de la crisis del desarrollo. Dichos principios se resumen así:

1. El proceso terapéutico ayuda a hacer consciente la imagen corporal deformada que tiene el adolescente de sí mismo y el deseo de que el analista se haga cargo de él. La tarea clínica consistirá en la integración del cuerpo sexuado y de los deseos incestuosos, en una identidad sexual desprovista del deseo regresivo de rendirse a la madre.

2. El establecimiento y posible elaboración de una "crisis de transferencia", por medio de la cual la patología del adolescente queda concentrada en la relación con el analista dentro del análisis. No se trata de una neurosis de transferencia en el sentido clásico, ya que lo que sucede es una crisis en el desarrollo y no una neurosis o una psicosis.

El significado de la patología y de las fantasías nucleares del adolescentesólo comienza a captarse a través de la transferencia. Además el reconocimiento de dichas fantasías también ayuda a la resolución del *breakdown*. A menudo, el adolescente intenta hacer que el analista participe de su patología, poniendo así de manifiesto , a través de esta relación, la sumisión de su cuerpo al de la madre.

Según los Laufer, el fin último del tratamiento clínico —dado que la tarea fundamental de la adolescencia es la integración de la imagen del cuerpo maduro con la imagen mental de uno mismo y el incumplimiento de ella es el causante de la patología— es crear una posibilidad de solucionar de una manera diferente, a partir de las fantasías nucleares, la situación edípica, y enfrentar al adolescente con la creencia en su anormalidad y con su cuerpo sexual. A este proceso lo denominan "cura a la enfermedad adolescente".

En consecuencia el proceso analítico apuntará a que el adolescente encuentre una nueva manera de integrar su cuerpo sexuado y los deseos incestuosos en una identidad sexual de su propia elección. Para esto es preciso hallar las fantasías nucleares y contenerlas en el análisis; otorgarles sentido a través de la interpretación y la elaboración, sin olvidar que todas las intervenciones del terapeuta, interpretaciones y reconstrucciones, tienen que ser ubicadas en el contexto de la vida sexual actual del adolescente. No puede perderse de

¹²⁷ "... I feel that our work with ill adolescents becomes diffuse or intellectual or unconsciously strengthens the resistance to change when we do not see our central function as analysts to be the understanding of the illness in terms of abnormal sexual development" [Laufer-1978: 319].

vista entonces que el propósito del tratamiento es contrarrestar la imagen del cuerpo sexual deformada que surgió en la pubertad y que afecta las experiencias actuales normales:

“Al mismo tiempo, sin embargo, este tipo de entendimiento ahora ofrece al adolescente una nueva esperanza. Le permite no sólo comprender el pasado y ubicarlo en el contexto del presente, sino que ofrece al adolescente la posibilidad, primero de deshacer la represión (y entrar en contacto con el sentido de su enfermedad) y después encontrar una nueva solución a la resolución edípica y a re-reprimir esto, pero ahora con la capacidad de sentirse activamente a cargo de su sexualidad. En términos del establecimiento de una identidad sexual para el final de la adolescencia, el proceso analítico ha creado así la posibilidad interna para que proceda de nuevo el desarrollo” [Laufer-1978:317]¹²⁸.

Llegado el momento en que el *breakdown* se reexperimente en la relación con el analista a manera de proyecciones, distorsiones y emociones que han estado unidas al cuerpo sexual y a los progenitores edípicos, hay que estar atentos a una posible ruptura con la realidad. Al permitirle conocer al adolescente su compulsión para actuar sus fantasías en general, y su fantasía masturbatoria básica, en particular, se le permite que vea las conexiones entre el estado patológico actual y las soluciones que dio al conflicto en el pasado.

Por tanto cuando el adolescente comete diversos “acting outs” para vérselas con tales fantasías, se hace necesario poner límites para mantenerlas al interior del análisis e ir permitiendo que sea el adolescente mismo quién las controle, ofreciéndole la posibilidad de construir una sexualidad y una imagen de su cuerpo diferentes de las que tiene en ese momento. Esta será una de las mayores tareas del proceso analítico.

Y no sólo, según ellos, se debe ser directivo en estas situaciones, sino que es necesario mantener presente que la función del analista es la de brindar sus cuidados al adolescente enfermo y estar atento a los peligros que pueden sobrevenir: intentos de suicidio, ingestión de drogas, anorexia, daños a su cuerpo o destrucción de la función heterosexual normal [Laufer-&-Laufer-1984:94]

Como Laufer mismo lo había descrito:

"El adolescente debe ser capaz de experimentar su propia condena de su anormalidad, y debe ser capaz de ver al analista como la representación de la esperanza de tener un cuerpo sexual que no contenga la anormalidad. Podemos decir que queremos hacer al adolescente anormal sexualmente normal. Algunos analistas no estarán de acuerdo con esta aproximación, en la medida en que sentirían que el adolescente puede elegir cualquier sexualidad que desee, pero creo que ofrecer la posibilidad de una sexualidad diferente y una imagen diferente del cuerpo sexual es una tarea más crucial del proceso analítico en la adolescencia" [Laufer-1978:

¹²⁸ “At the same time, however, this kind of understanding now offers the adolescent new hope. It enables him not only to understand the past and to place it within the context of the present, but it offers the adolescent the possibility first to undo the repression (and to come into touch with the meaning of his illness) and then to find a new solution to the oedipal resolution and to re-repress this, but now with the ability to feel actively in charge of his sexuality. In terms of the establishment of a sexual identity by the end of adolescence, the analytic process has thus created the internal possibility for development to proceed again” [traducción W.Gallego].

320-321]¹²⁹.

Con esto los Laufer buscan mantener vivo el conflicto mental en el adolescente, para tener la posibilidad de ofrecerle una manera de resolverlo diferente de la que ya había encontrado, con la consecuente declinación de las soluciones patológicas ya establecidas.

Los Laufer y su grupo de colaboradores plantean que en ciertas circunstancias se puede establecer contacto con personas significativas para el adolescente que puedan ayudarles en un contexto diferente al analítico. Con los adolescentes que han intentado suicidarse, por ejemplo, se habla acerca de la posibilidad de una repetición de tal evento y se incluye a los padres, explicándoles que esto puede suceder de nuevo.

Finalmente, los Laufer hablan acerca de la necesidad del analista de adolescentes de estar en contacto con sus propias vivencias de la adolescencia. Si esto no sucede se corre el riesgo de hacer un mero ejercicio mental de ayudar a los otros; los puntos ciegos de la vida de cada quien tienen consecuencias en el trabajo de los terapeutas con esta población.

Por tanto el analista de adolescentes debe preguntarse en su propia historia, por las respuestas encontradas a las preguntas que surgieron durante esta fase de su vida; lo que le permite estar en contacto con estas experiencias. Si él no logra utilizar lo aprendido de su propia adolescencia entonces, dicen los Laufer, en el trabajo que se haga con adolescentes, se llegará, en el mejor de los casos, a un ejercicio intelectual sin la convicción de poder aportarles algo. Si el analista no toma en serio a los adolescentes, cuando estos buscan ayuda, se habrá perdido una oportunidad que no se presentará de nuevo.

¹²⁹ “The adolescent must be able to experience his own condemnation of his abnormality, and he must be able to see the analyst as representing the hope of having a sexual body which does not contain the abnormality. We may say that we want to make the abnormal adolescent sexually normal. Some analysts do not agree with this approach, insofar as they may feel that the adolescent can choose any sexuality he seeks, but I believe that offering the possibility of a different sexuality and a different image of the sexual body is a most crucial task of the analytic process in adolescence” [traducción W.Gallego].

7. FRANCIA: HACIA LA ESPECIFICIDAD ADOLESCENTE

En la Francia de la postguerra, la conjunción de varios factores favoreció el desarrollo de esta teoría de la adolescencia¹³⁰. En primer lugar el re-agrupamiento de los psicoanalistas y el refloreCIMIENTO de la enseñanza del psicoanálisis, los que son visibles en la Sociedad Psicoanalítica de París, a través del número de solicitudes de formación, de candidatos y de analistas didácticos.

En segundo lugar, en los servicios de psiquiatría de niños o de adultos se consolida una nueva concepción de la asistencia que había sido esbozada por los higienistas de comienzos de siglo, la cual hacía hincapié en las nociones de prevención y detección. Esto conlleva una apertura del campo de la psicopatología para el psicoanálisis, en la medida en que se presta mayor atención a las interrelaciones de la psicopatología con el entorno y a las posibilidades de prevención de los trastornos psíquicos.

Un tercer elemento que contribuye a la identificación de la adolescencia es la evolución de la institución judicial, que acentúa los enfoques socio-educativos y psico-educativos, en lugar de la represión o las colonias penitenciarias. Entre 1942 y 1946, la creación de los servicios para la "infancia desadaptada", así como la promulgación de leyes de protección del menor, va a solicitar a los psiquiatras y psicoanalistas que intervengan en los niños deficientes o en los traumatizados por la guerra. Así mismo la fragmentación de la institución penitenciaria en múltiples centros o entidades, propiciará los lugares donde los jóvenes psicoanalistas van a entrar en contacto con los adolescentes.

Finalmente, un cuarto elemento que acrecentará la atención en la adolescencia lo constituyen las leyes que extienden la edad de la escolaridad obligatoria; hasta los 14 años en las leyes de 1936 y hasta los 16 en 1959. Esto conducirá, como fue de consenso entre médicos y pedagogos, a designar a los "anormales", y determinará que la psicometría de Binet y Simon entre en la escuela con sus tests, para discriminar entre los anormales pedagógicos y los anormales médicos.

Ahora bien, en este contexto surge una iniciativa original, por cuanto no está destinada a los jóvenes que no tienen capacidad intelectual para aprender, sino para aquellos niños en edad escolar con trastornos del carácter y del comportamiento, susceptibles de ser tratados con técnicas psicológicas o pedagógicas. Se trata del Centro Claude Bernard, creado en 1946 por Georges Mauco, el cual, sin duda, funcionó como una especie de semillero experimental psicoanalítico, al margen del sector educativo nacional.

¹³⁰ Las informaciones y datos de esta historia provienen de Annie Birraux [-1996].

Casi simultáneamente (en 1948), se crea un servicio en el Hospital Henri Rousselle, que dirigirá Pierre Mâle, en el cual practicarán y se formarán importantes psicoanalistas: P.Bourdier, R.Diatkine, Jean-Luc Donnet, Jean y Évelyne Kestemberg, Lang, Michel Neyraut, Conrad Stein, Losserand, entre otros.

En resumen, entre 1945 y 1950 se fundarán instituciones de diferente tipo, pero que tendrán en común el tomar en cuenta las dificultades del niño escolarizado o del inadaptado. En ellas las prácticas de discriminación y selección ceden el paso al cuidado corrector, re-adaptativo y re-educativo. En consecuencia, en dicho ambiente el psicoanálisis es llamado, paradójicamente, a intervenir para normalizar a los adolescentes que sufren de mala-integración escolar o social.

Pero también otras iniciativas institucionales no medicalizadas, sino puramente pedagógicas, hacen entrar el psicoanálisis en la escuela francesa. Se pueden citar particularmente el "Cours Molière", liderado en 1951 por Gilbert Terrier, y el "Atrium du lycée" abierto por Paule Rambaud, en 1953. La pedagogía psicoanalítica tendrá un gran impacto en Francia sobre el psicoanálisis del adolescente, y a ella se deben asociar los nombres de Xavier Audouard, Maud Mannoni y Gérard Mendel. Si bien, miradas retrospectivamente, esas iniciativas contribuyeron a instalar una cierta ilusión pedagógico-psicoanalítica alrededor de la educación sin coerciones, fue en parte gracias a ellas que los psicoanalistas franceses llegaron a verse interpelados por los adolescentes.

Las entidades asistenciales siguieron multiplicándose en los años 60: El primer hospital de día para adolescentes se instalará en 1961, a partir de una iniciativa de Thérèse Tremblay. El Quinto Plan gubernamental, preveía la creación entre 1966 y 1970, de 50 Centros Médico-psico-pedagógicos. En 1972, Raymond Cahn y Denise Weill abren el CEREP para adolescentes. No obstante, todas estas realizaciones, si bien abrieron su espacio al "psicoanálisis del adolescente", acogían al adolescente problemático: al agresivo, al delincuente, al delirante, al fracasado escolar. Por lo mismo la especificidad de la psicopatología adolescente desarrollada entre 1940 y 1960 (Mâle, Lebovici, Pasche, Ey), no da cabida todavía a la especificidad de la adolescencia propiamente dicha.

Pero un nuevo movimiento teórico nuevo, la "Escuela francesa de psicoanálisis del adolescente", comienza a delinearse en los años 60.

7.1 La escuela francesa

La "Escuela francesa de psicoanálisis del adolescente" que comienza a surgir en los 60, hará de la economía psíquica interna del adolescente el objeto de la investigación, y al dinamizar su psicopatología sacará la adolescencia de los cuadros rígidos de la nosografía psiquiátrica. Esta reflexión, iniciada por Évelyne Kestemberg, unida a la herencia de Pierre Mâle, compartida en sus comienzos por Serge Lebovici, Raymond Cahn, Philippe Jeammet y Alain Braconnier y prolongada por todos ellos,

dará origen a la “Escuela francesa de psicoanálisis del adolescente”, cuyo representante más conspicuo en la actualidad es Philippe Gutton.

Al mismo tiempo, otras vertientes teóricas sobre la adolescencia se iniciarán en Francia desde la práctica y la enseñanza de Françoise Dolto, o bien a partir de la influencia de Jacques Lacan (como es el caso de los esposos Mannoni o más recientemente de J.J.Rassial).

7.1.1 Pierre MÂLE

Para muchos psicoanalistas franceses, *Pierre Mâle (1900-1976)* es el "padre" de la llamada “Escuela francesa de psicoanálisis del adolescente”, en la medida en que él entrevió que la adolescencia no se limitaba a marcar el fin de lo infantil sino que constituía un nuevo comienzo¹³¹.

En 1920, en los años del surrealismo y de las primeras traducciones de Freud al francés, Pierre Mâle ingresa como médico externo en el servicio del Profesor Henri Claude, quien fue el primero en acoger psicoanalistas. No carece de interés situarlo respecto a sus más próximos amigos y colegas de internado en 1926: Henri Ey y Jacques Lacan. Conformaba con ellos el trío aristocrático de los internos de Sainte Anne; compartían la crítica a las teorías dominantes en la psiquiatría de la época y tenían un gran deseo de crear y enseñar una obra original. También como Lacan, Mâle hace su análisis didáctico con Rudolph Loewenstein, el cual retoma después de la guerra con Marie Bonaparte. Fue elegido en 1932 como miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París, cuya fundación databa igualmente del año 26.

En los años treinta participa en el nacimiento de la psiquiatría infanto-juvenil, bajo los auspicios del Profesor Georges Heuyer. En 1948 crea en el Hospital Henri-Rousselle (Centro Hospitalario Sainte-Anne) el Centro de Orientación Infantil (*Guidance infantile*), del que será su director hasta 1976.

Se orienta hacia un enfoque pluridisciplinario, en el que el psicoanálisis es pieza clave; privilegia luego la adolescencia por cuanto le parece que ella es una especie de segundo nacimiento, en el que aquello que se encontraba sepultado, aflora y se presenta al alcance de la acción en el campo de la transferencia. En su obra *Psicoterapia del adolescente* [-1964] trata sobre las diferentes formas de psicoterapia relacionadas con la “crisis juvenil” y las “disarmonías puberales” (abordadas antes con Lebovici en 1951), y también con la criminalidad y las “pre-esquizofrenias” (estudiadas en 1958 con André Green).

También retienen su atención, al comienzo de los años sesenta, dos estados de la adolescencia: la “neurosis de fracaso” (para la que propone la combinación de

¹³¹ Gutton, por ejemplo, entre muchos otros, le reconoce a Mâle este papel de “padre” y maestro [cf Gutton-&-Gagey-1983 ; Gutton-1996a:243].

psicoterapia con pedagogía curativa) y la “morosidad” (categoría clínica que él describe). En el decenio siguiente, las resistencias a la acción psicoterapéutica lo encaminan a re-considerar los problemas “en la fuente”: en la relación precoz madre-niño.

La práctica de P.Mâle es deliberadamente psicoterapéutica; enriquecida con nociones psicoanalíticas fundadas en una metapsicología semejante a la que Freud pregonaba en el prefacio al libro de A.Aichhorn: “es preciso hacer otra cosa que un análisis” cuando faltan “ciertas estructuras psíquicas y una actitud particular frente al analista” [Freud-1925g:300]. Mâle recibía primero a los padres y luego al adolescente solo. Apuntaba en lo posible a una acción terapéutica rápida, sin neutralidad ni borramiento; insistía en una relación positiva, en el contacto, la comunicación y la desculpabilización (de la masturbación). Apoyándose en Alexander, su fin era la “experiencia emocional correctiva”, usar la transferencia sin encuadre definido y mezclando intervenciones que lo convertían por momentos en pedagogo, abogado o consejero. No dejaba además de inspirarse en Janet, en la psicología de Wallon o en la Egopsychology.

La obra de Mâle refleja, sin embargo, un compromiso entre el clasicismo, próximo al de las teorías de S.Bernfeld y A.Freud, y la innovación, representada por el estilo de su práctica y los descubrimientos de su clínica (la morosidad o la disarmonía evolutiva, por ejemplo). Con todo, permanece en gran medida fiel al modelo freudiano del *après-coup* de lo infantil, de la neurosis infantil, del Edipo y lo pregenital, y también, aunque más discretamente, al modelo de las relaciones madre-niño.

Pierre Mâle ilustra pues los aspectos buenos y malos de la cultura psiquiátrica y psicoanalítica de su tiempo, junto a las intuiciones innovadoras de un excelente clínico.

7.1.2 Évelyne KESTEMBERG

Évelyne Kestemberg-Hassin (1918-1989) tiene una licencia de filosofía cuando sale de Francia en 1942, de huida de la ocupación nazi. En esos poco más de tres años de exilio en México, conoce a Jean Kestemberg, su marido, originario de una familia judía polonesa, pero que había estudiado medicina en París desde sus 17 años.

El regreso a París al momento de la Liberación, marcó el comienzo para estos esposos de un período de compromiso militante, tanto con el Partido comunista (al que ella renuncia en 1956) como con la formación psicoanalítica.

Évelyne emprende su análisis con Marc Schlumberger y al mismo tiempo asiste regularmente a los cursos dispensados por Serge Lebovici. Se embarca en un trabajo colectivo sobre la psicoterapia de grupo y el psicodrama, del que hace un

primer balance en su artículo de 1949 (“Quelques notions sur le psychodrame chez les enfants”). La experiencia que ella desarrolla a este respecto en el Centro Pedagógico Claude Bernard, fusionada con la de Lebovici en el Servicio de Niños Enfermos del Profesor Heuyer, dará nacimiento al psicodrama psicoanalítico propiamente dicho¹³². La reflexión colectiva sobre esta práctica (que incluso ejerce en privado, en su casa, desde 1954), se prosigue durante una decena de años, durante los cuales es admitida como miembro (en 1953) de la Sociedad Psicoanalítica de París, y será objeto de otro balance en 1958 (“Bilan de dix ans de pratique psychodramatique chez l'enfant et l'adolescent”), redactado en compañía de integrantes del Grupo de Psicoanalistas del Hospital de Niños Enfermos. Su continua y larga experiencia con esta técnica le permitirá mucho más tarde, en 1987, escribir en colaboración con Philippe Jeammet *El Psicodrama psicoanalítico*.

Ahora bien, su interés por los adolescentes se inscribe más particularmente, también desde 1958, en el Centro Alfred Binet, el cual funda, en asocio con Lebovici y Diatkine (como sección del Centro de Salud Mental del Decimotercer Distrito de París, creado por Philippe Paumelle). En este contexto ella concebirá su extenso y denso ensayo de 1962 "Identité et identification chez l'adolescent"¹³³, que constituirá un hito en la teorización de la adolescencia. En él trata, como lo veremos con detalle más adelante, de las vicisitudes de la identificación en la adolescencia, y muestra cómo en ésta se articula la problemática objetual con la problemática narcisista, referida a la identidad.

Sobre sus acciones en los años siguientes de su carrera, veamos lo que nos dice su biógrafa Liliane Abensour [-2002]:

“Elegida al año siguiente [-1963] como didacta, es la primera mujer no-médico titular de la SPP, después de María Bonaparte. El informe para el Congreso de los psicoanalistas de lenguas romances de 1965, redactado conjuntamente con Jean Kestemberg, la sitúa en una perspectiva genética próxima de los estadounidenses Heinz Hartmann, Ernst Kris y Rudolf Loewenstein.

“Presidente de la SPP en 1971, Évelyne Kestemberg toma una parte activa en la vida de la sociedad y llega a ser en 1980 codirectora, con Jean Gillibert y Claude Girard, de la *Revue française de psychanalyse (Revista francesa de psicoanálisis)*. Colabora, por otro lado, en la formación de la Federación europea de psicoanálisis al lado de Raymond de Saussure. En 1972 aparece *El Hambre y el Cuerpo*, escrito en colaboración con Simone Decobert y Jean Kestemberg. Esta obra sobre la anorexia mental ha sido siempre de autoridad y condujo a plantear la noción de " psicosis fría " o no delirante.

“En vista de la muerte de Jean Kestemberg que acababa de crear, con la ayuda de René Angelergues, el Centro de psicoanálisis y de psicoterapia del XIII para pacientes psicóticos, Évelyne Kestemberg se ve llevada a tomar su dirección. De 1975 a 1988, desarrolla allí con pasión actividades de enseñanza clínica y teórica y seminarios de reflexión, en particular en

¹³² Didier Anzieu la sucedió en la investigación sobre estas técnicas y en el mismo Centro.

¹³³ KESTEMBERG Évelyne [-1962] "L'identité et l'identification chez les adolescents – problèmes techniques et théoriques" *La Psychiatrie de l'enfant*, 1962, 5(2):441-522.

un círculo restringido con Alain Gibault, Colette Guedeney y Benno Rosenberg. Allí profundiza su reflexión sobre la psicosis y establece nociones como la relación fetichista con el objeto, la fobia al funcionamiento mental, personaje tercero. Demarcándose de Melanie Klein, no buscaba reclamarse fiel a alguien. Los *Cahiers du centre* (*Cuadernos del centro*, creados en 1980, tienen por vocación presentar, a partir de ilustraciones clínicas, nociones como la escisión del Yo, la negación, la solución delirante, la excitación y la representación de palabra y de cosa, etc.

“Évelyne Kestemberg, notable clínica, pertenece a una generación pionera y creativa.

Vínculo entre narcisismo y problemática objetal

En contraposición con el planteamiento de Eissler [-1958], que ve difícil hallar un denominador común a la variabilidad de síntomas que presenta el adolescente, Évelyne Kestemberg [-1960] afirma la existencia de la especificidad y la unidad de un período marcado por la alteración normal y necesaria de la economía psíquica. Ella entiende la crisis puberal de una manera “positiva” y, según el término que toma prestado de Spitz, como un nuevo “organizador”.

En su artículo de 1962 Kestemberg toma dos ideas como fundamento de su planteamiento. Por un lado, piensa que la persona se constituye a partir del objeto y simultáneamente con él. A este objeto investido corresponde una identificación proyectiva, es decir, que sujeto y objeto son vividos en una relación de proyección e introyección. Este juego relacional da origen a fantasías inconscientes, a fantasías arcaicas que presiden las relaciones objetales primitivas. Por otro lado, considera que la evolución de los medios instrumentales del yo va a crear un conocimiento y por lo mismo un modo de relación que permitiría una distanciamiento de la fusión primitiva. Ahora bien, en todos los momentos de crisis, el equilibrio dinámico entre esos dos modos de aprehensión de sí y de los otros es puesto en cuestión.

Dentro de este marco, se propone entonces demostrar que los trastornos de la adolescencia se relacionan directamente con la maduración del aparato genital. La transformación de la que son sujeto y objeto los adolescentes está determinada por una modificación de su cuerpo y por un cuestionamiento de sus relaciones interiores con su cuerpo. La relación con el cuerpo modificado o la negación de éste, determina la crisis de la pubertad, que aunque normal, contiene muchos riesgos patógenos. Estas modificaciones corporales no sólo cambian el equilibrio anteriormente logrado sino que despiertan las angustias precoces. No obstante, Kestemberg reafirma que la crisis de la pubertad será un nuevo organizador del modo relacional del niño; organización y reorganización que duran tanto como la adolescencia.

El sentimiento de inutilidad que acompaña a la maduración genital, sumando a la reactivación del Edipo, conducirán a un cuestionamiento de la auto-estima como consecuencia de las actividades masturbatorias, es decir, a una alteración de las satisfacciones narcisistas. El adolescente al rechazar las imagos parentales para distanciarse del Edipo, pierde la posibilidad de identificación con ellas, lo que conmociona su sentimiento de identidad. El rechazo brutal de los ideales y las

imágenes paternas constituye a menudo para los adolescentes una herida narcisista profunda. Sus comportamientos reflejan este trastorno: se siente extraño con los otros y consigo mismo, pierde su auto-estima y busca a veces un Ideal del Yo inaccesible.

Con la ayuda de numerosos ejemplos clínicos Kestenberg examina, en su escrito de 1962, la reviviscencia del conflicto edípico y la puesta a distancia de las imágenes parentales de la infancia. El Edipo hace resurgir la angustia en función de la rivalidad y en función de las relaciones primitivas (angustia de castración infiltrada por la angustia de despedazamiento).

Bajo el rechazo a la identificación el adolescente esconde una identificación inconsciente al padre del sexo opuesto, que asegura respecto a la rivalidad con el del mismo sexo y contra la agresividad destructiva, pero pone en cuestión el valor de la adquisición genital. En el caso de las adolescentes su situación equivale a decir: "Para no ser destruida por mi madre que puedo destruir si soy como ella, es necesario que sea como mi padre que no es como yo". Lo que concluye en : "De todas maneras no puedo ser lo que soy". En el caso de los adolescentes varones Kestenberg opina, a diferencia de Freud, que la situación puede ser más dramática, pues ellos no pueden prescindir de la imago materna arcaica omnipotente que les da consistencia y vigor. En consecuencia el adolescente, hombre o mujer, se halla ante la imposibilidad de integrar la madurez orgánica en un equilibrio psíquico adecuado, dentro del cual pueda utilizarla sin destruir a alguien o sin el riesgo de ser destruido; ni permanecer íntegro ni llegar a ser el que es.

Pero los problemas de la adolescencia son también problemas relacionales: en el plano de las normas socio-culturales, de la dimensión relacional, los adolescentes son y se consideran (identidad) dado que se los considera y de acuerdo como se los considera, es decir, en función de lo que son los adultos y de la manera como estos son considerados por ellos (identificación).

En resumen, en la adolescencia la libido objetal y la libido narcisista están relativamente fusionadas y más estrechamente articuladas con la problemática de la identidad. En la adolescencia se opera una ruptura del equilibrio entre las catexias objetales y las catexias narcisistas.

¿Por qué razón el sistema relacional "cognitivo" no les es de ninguna utilidad a los adolescentes? Las funciones autónomas del Yo sufren un sobre-investimento, que las vuelve conflictivas, y por tanto hace imposible su utilización neutralizada. La búsqueda de un desarrollo de habilidades instrumentales representa para todos estos sujetos, hombres o mujeres, una afirmación viril. La puesta en cuestión de su persona, no concierne pues solamente a su persona biológica, a la imagen corporal o a las vivencias arcaicas, sino también al sistema relacional autónomo. Por desplazamiento, las actividades instrumentales se vuelven receptoras de las tendencias auto-mutiladoras de los adolescentes. Dichas actividades brindan una protección análoga a la que tienen los rituales obsesivos en los adultos. Las incapacidades para el trabajo no inquietan en un primer momento a los adolescentes,

luego se sienten asistiendo pasivamente a sus dificultades, sin involucrarse personalmente. En estos casos las tensiones libidinales terminan por no permitir la estructuración del Yo. Es común que el lenguaje pierda su función de intercambio y se convierta en expresión de toda su persona y sus fantasías.

Llegada a este punto, Kestemberg formula la hipótesis de que las modificaciones del cuerpo (integradas al sistema cognitivo, pero no utilizadas ni utilizables en nuestro sistema socio-cultural) infiltran las posibilidades instrumentales, como si la no-utilización de los órganos genitales se desplazara a la mala utilización de los instrumentos intelectuales. A su vez esta mala utilización provoca los mismos sentimientos de incompletitud y de castración.

Para elaborar este ensayo Kestemberg no tuvo en cuenta su experiencia con adolescentes psicóticos, para cuidarse de extrapolaciones indebidas. De este modo mantiene el espíritu de la enseñanza de Pierre Mâle y critica la postura de Kurt Eissler, pues para ella no se trata de manejar los adolescentes como psicóticos o perversos, sino como adolescentes, es decir, como sujetos involucrados en un reajuste evolutivo que cuestiona sus investimentos libidinales. No se trata pues de encontrar, en la sintomatología polimorfa de la crisis adolescente, las analogías que la asimilarían a las crisis del adulto o a las entidades clínicas conocidas, sino de intentar conocer su especificidad estructural. Se trata de encontrar detrás de la sintomatología inestable y lábil, el equilibrio útil en un momento dado para satisfacer la necesidad de prestancia del adolescente frente al analista o los otros. Se trata de buscar la manera de comprender y hacerle comprender, sin forzar la conceptualización consciente de su persona, que su soledad no es verdadera y que haga lo que haga se dirige siempre a un semejante.

Narcisismo, ideal-del-yo y placer del funcionamiento mental

Évelyne Kestemberg no dejará de desarrollar su reflexión sobre la articulación entre la problemática objetal y la problemática narcisista, como lo demuestra otro artículo suyo de 1980: "Notule sur la crise de l'adolescence – de la déception à la conquête"¹³⁴.

Allí va a profundizar lo ya que había sentido, pero que no había elaborado teóricamente de manera suficiente: la importancia del Ideal del Yo, su fragilidad en la problemática adolescente, y los trastornos que de ello se derivan. Enfatiza el hecho de que la adolescencia es el momento de coronamiento de la latencia, de la espera que ella comportaba. En este sentido, la pubertad puede representar una desilusión, que no solamente pone al individuo en conflicto con las identificaciones anteriores sino con la imagen ideal que tiene de sí mismo. En otras palabras, Kestemberg dice que el adolescente se va a conducir, no en función de lo que ha sido, ni de lo que es

¹³⁴ Editado originalmente en: *Revue Française de Psychanalyse*, 1980, (44):523-530; reeditado en: PERRET-CATIPOVIC & LADAME-1997 cap 6, pp 151-162.

en la actualidad, o de lo que son o no son sus padres, o de lo que le aporta o no la sociedad, sino en función de lo que imaginaria e inconscientemente esperaba de su “nueva vida”. Esta decepción específica, se va a reforzar por las otras pérdidas, ante todo la de la doble identidad sexuada, además de la pérdida de las identificaciones anteriores. Por tanto la decepción de la adolescencia estará en proporción con la idealización hecha antes de este período.

En este orden de ideas Kestemberg encuentra que la adolescencia se retrotrae a un momento muy arcaico de la organización psíquica: el de la necesidad de todo, de todo inmediatamente, o de lo contrario no hay nada. Por eso el problema fundamental de la adolescencia es el de vivir los proyectos como tales, recuperar el tiempo para esperar y fantasear; en otros términos, pasar de la decepción a la actitud de conquista. Esta conquista no consiste en fulgores querubínicos, en ardores apasionados y atrevidos, en compromisos impetuosos, ni en vagabundeos románticos, sino en una reconquista de sí-mismo, que pasa por un objeto mal individualizado en su alteridad, pero que tiene función de “trampolín” narcisista, en la medida en que está alejado de las figuras edípicas. Sólo de este modo tendrá cumplimiento la espera de la pre-pubertad.

Se pueden presentar diversas maneras de afrontar estas pérdidas, de confrontar la decepción sin lograr la conquista. De todos modos, por esperada que sea, la pubertad es siempre una sorpresa. Recibida fugazmente con un sentimiento de gloria, pasa luego, casi instantáneamente, a ser negada y sucedida por la angustia, instalándose entonces una especie de “hiperlatencia”, un rechazo del cuerpo y una brecha entre lo intelectual y su fuente pulsional.

El modelo extremo de una de estas “soluciones” estaría representado por la anorexia. En otros casos, en cambio, se instala un activismo sexual que busca negar la novedad y cortocircuitar los conflictos, el cual en realidad es una depresión acompañada de la inhibición de la capacidad intelectual y creativa. Por último (aunque Kestemberg no pretende ser exhaustiva) aparece la posibilidad de la ruptura y la instauración de la esquizofrenia adulta en el momento de la adolescencia. En este caso el individuo se vuelve extraño a sí mismo y al objeto.

En todos los casos, puede decirse, que la pubertad y la adolescencia han sido no sólo críticas sino también traumáticas; para unos, momentos integrables, para otros, momentos insuperables que inducirán al suicidio o a reorganizaciones psíquicas graves. En conclusión, nos dice Évelyne:

“... si es cierto que todo se prepara desde la primera infancia, creo que es durante la aparente ‘declinación’ del Edipo, es decir durante la latencia, que todo se anuda, y que es en la pubertad y la adolescencia cuando todo se juega, dentro de la ineluctable ruptura (pasajera, en los casos afortunados) que estas últimas representan” [Kestemberg-1980 réed:162]

Transición o catástrofe

En su última época, Kestemberg [-1984] mostrará que la relación entre identidad e identificación no es simple. En la adolescencia todos los componentes de la sexualidad infantil son reorganizados en función de ese cuerpo nuevo y esperado, pero que en la mayoría de los casos es repudiado, al convertirse en fuente de tantas excitaciones nuevas en los planos sensorial, afectivo y de las representaciones. También esta excitación nueva acarrea una resexualización de la desexualización sublimada o socializada, así como una resexualización de las relaciones con los congéneres que reduce la diferencia entre los sexos.

La sociedad moderna, además, refuerza los desfases; promueve una sexualidad actuada más que una sexualidad fantaseada, cuya integración en la vida psíquica se dificulta. Insiste entonces en que la identidad del adolescente, en lugar de conquistarse con el coito (como afirmaba Eissler) debe hallarse en el reforzamiento de los cimientos narcisistas y en el descubrimiento del placer del funcionamiento mental y de la actividad fantasmática.

En las situaciones felices ese cuerpo y este funcionamiento nuevos van a suscitar una serie de formaciones reactivas y contra-catecticas. En los casos menos afortunados, como dramáticamente lo ilustra la anorexia, se producirá una escisión con el cuerpo, una verdadera separación de él.

Esa forma de aprehender la adolescencia le permitirá a Kestemberg hacer énfasis en tres dimensiones que hasta entonces le habían pasado relativamente desapercibidas, o al menos que no había puesto en relación tan explícitamente: rechazo del cuerpo o tentativa de despojarse de él, presencia constante de una depresión (debido a la pérdida de las imagos de la infancia y del *self* infantil) por debajo de las apariencias; inflación del ideal del yo y de los procesos de idealización.

La puesta en relieve de estos tres elementos, a su vez, le permitirá evaluar en qué medida se mantienen los recursos que permiten reorganizaciones más flexibles, sin rupturas, más allá de las engañosas apariencias de una sintomatología grave, y también le permitirá decidir sobre las modalidades de tratamiento recomendables, entre las cuales ella destaca cuatro: la entrevista a petición de los padres, la psicoterapia frente a frente, la cura psicoanalítica y el psicodrama. Finalmente acaba pareciéndole más apropiada esta última técnica, habida cuenta de la frecuente presencia en el adolescente de fuertes mecanismos proyectivos, de dificultades para verbalizar los conflictos o para establecer una relación transferencial relativamente duradera, estable y coherente.

* * *

Mencionemos, por último, las ulteriores repercusiones del pensamiento de Évelyne Kestemberg. Éstas se descubren en lo que señalan Perret-Catipovic & Ladame:

“El vínculo entre narcisismo y apetencia objetal se mantiene como central para muchos psicoanalistas franceses concernidos por la adolescencia. Es particularmente el caso de *Philippe Jeammet*, que podemos situar en una filiación directa con Évelyne Kestemberg. Así como esta última, él insiste en la parte jugada por la fragilidad de los cimientos narcisistas entre los adolescentes enfermos y en la necesidad de tomar en consideración esta fragilidad en las indicaciones terapéuticas. Jeammet ha desempeñado un papel eminente para la difusión de una visión psicoanalítica de los trastornos de la adolescencia entre los psiquiatras y los psicólogos, primero en Francia, como jefe del *Servicio de Psiquiatría del Adolescente y del Joven adulto* en el Hospital Internacional de la Universidad de París, luego en el mundo, cuando presidió la *International Society for Adolescent Psychiatry* (ISAP). En el plano científico, sus trabajos sobre la anorexia mental, sobre la psicopatología de la adolescencia en general [Jeammet-1990] y sobre los trastornos vinculados con la dependencia en particular, así como sobre el psicodrama psicoanalítico individual constituyen una referencia fundamental” [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:31-33].

7.1.3 Philippe GUTTON

Philippe Gutton fue fundador en 1983, junto con François Ladame, de la revista *Adolescence*¹³⁵; también fue especialista del bebé (*El bebé del psicoanalista*, 1983) y del juego del niño (*Le jeu chez l'enfant*, 1973), antes de concebir los procesos de la adolescencia a partir del modelo freudiano, reexaminado por Lebovici [-1980], que pone en interrelación la neurosis infantil y la neurosis de transferencia.

Según dicho modelo, la primera neurosis hace referencia a un trabajo psíquico a partir de un acontecimiento de desarrollo, y la segunda, a la producción de una transferencia objetal, opuesta a la neurosis narcisista. La pubertad, tomada como el “acontecimiento de desarrollo”, acarrea la genitalización de las representaciones incestuosas. En cambio el trabajo psíquico que ella demanda, y que correspondería a la neurosis de transferencia, consiste en una idealización, que tiende a organizar los efectos de la primera.

De este modo Gutton desdobra la reflexión teórica sobre la adolescencia en dos problemáticas: “puberal” y “adolescens”¹³⁶, las cuales trabaja extensamente en sendos libros: *Le pubertaire* [-1991] y *Adolescens* [-1996].

¹³⁵ En torno de estos fundadores y de esta revista “...se constituye un núcleo de psicoanalistas y de practicantes implicados en el tratamiento de los adolescentes así como en la conceptualización de los aspectos específicos del proceso de desarrollo. Esta revista semestral de psicoanálisis, psicopatología y ciencias humanas se impuso rápidamente en los países francófonos como el principal canal de transmisión del pensamiento psicoanalítico sobre la adolescencia y de la práctica psicoanalítica con los adolescentes” [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:33-34].

¹³⁶ Participio presente en latín del verbo “adolescere”.

Lo “puberal” debe pensarse en su anclaje en lo biológico y en su novedad respecto a toda posible preparación a partir del Edipo infantil. Su base biológica propicia la reactivación de los procesos originarios (Aulagnier)¹³⁷ y su intento de re-imposición sobre los procesos primarios y secundarios.

Lo originario puberal se define como la pulsión que encuentra su fin en el nuevo objeto genital (“genital” en el sentido ferencziano de sexualidad que llega a su madurez puberal; diferente pues de lo “genital fálico”). Este originario se explicita en una pulsión puberal, en una corriente “sensual” que sucede a lo “sensual” infantil. Lo puberal es, en sus cimientos, la confluencia de las corrientes sensuales de la infancia y de la pubertad, bajo la égida de las pulsiones de fin no-inhibido. Ahora bien, el concepto que, a criterio de Gutton, resume la turbulencia de esta confluencia y permite pensarla, es el de “complementariedad de sexos”, que extrae de la anfimixia de Ferenczi [-1924].

Gutton define entonces lo originario puberal como la pulsión que encuentra su fin en el nuevo objeto genital (“genital” en el sentido ferencziano de sexualidad que llega a su madurez puberal; diferente pues de lo “genital fálico”). De este modo, por cuanto en la pulsión puberal persisten ciertos auto-erotismos con funcionamiento originario, inserta lo sensual puberal en continuidad con lo sensual de la infancia, es decir, con ciertas actividades libidinales en las que cuenta más la acción que el objeto, en donde éste se mantiene en un espacio que no es ni el de la fantasía ni el de la realidad, en el que se mantiene la confusión entre lo interno y lo externo, en donde se da preferencia a la equivalencia cuantitativa en detrimento de la diferencia cualitativa que ofrece la fantasía, en el que las partes del cuerpo no son especularizadas. Todo esto hace pues que se inserte también lo sensual puberal en continuidad con los mismos problemas: referidos a la identidad narcisista y a la función fantasmático-representativa, dado que a mayor complementariedad del objeto será mayor la dependencia de él, con el consecuente riesgo de alienación identitaria, o mayor el riesgo de anular el trayecto de la pulsión y la concomitante actividad de fantasmaticización y transferencia.

Estos planteamientos se entienden si se asume que la “complementariedad” designa a su vez el modelo ideal del cuerpo erógeno. Un objeto complementario sería aquel que se presenta tan pronto es requerido, como si el sujeto no tuviera que desear (o casi nada). Mientras mayor sea la adecuación, más ideal será el objeto en su

¹³⁷ “...Piera Aulagnier (1923-1990) nunca trabajó en el dominio de la adolescencia...[no obstante]...marcó el pensamiento de teóricos actuales de la adolescencia (Gutton, Ladame, particularmente); por otra parte, publicó un artículo *princeps* que ilustra y conceptualiza de modo ejemplar las dificultades en apropiarse un pensamiento propio en la adolescencia [Aulagnier-1984]. A partir de su conocimiento de la psicosis en la edad adulta, no dejó de insistir en la autonomía del pensamiento, que representaba para ella una adquisición de la adolescencia, indispensable para la constitución del yo. Este punto ha sido repetido y desarrollado por Cahn y Gutton, quienes ponen en perspectiva la dimensión de la apropiación del cuerpo sexuado (particularmente subrayada por Laufer) con la del pensamiento y de su liberación de los embargos ‘extranjeros’, es decir paternos” [Perret-Catipovic-&-Ladame-1997:31-33].

relación. En cambio, la proyección toma más o menos fuerza de acuerdo con el grado de inadecuación del objeto.

Por otro lado, tan pronto como lo biológico y el centramiento genital permiten nacer al objeto de la complementariedad de los sexos así como a la fuente y a la zona erógena que apuntalan el funcionamiento ineludible que invade la psique, la experiencia puberal es recubierta con representaciones y sentidos que la historia infantil había preparado en secreto y que habían marcado los destinos del Edipo: narcisistas o genitales.

Para lo “adolescens”, en cambio, debe aplicarse el argumento freudiano de la inhibición del fin de las pulsiones, justamente en un momento en que el objeto es susceptible de permitir su logro. El fin que este trabajo psíquico asume es pues el de la desexualización de las representaciones incestuosas, por medio de los procedimientos de idealización ya ejercitados en la infancia, y es encaminado hacia la elección de objeto potencialmente adecuado.

No obstante estas modalidades pulsionales no se corresponden del todo con las transformaciones psíquicas de la adolescencia. Mientras lo “adolescens” se incluye en la categoría de lo ideal, lo “puberal” implica un movimiento pulsional que choca con la represión y con una desexualización infantil primera, la definida como “homosexualidad infantil”.

Se capta entonces cómo esta perspectiva teórica, además de redefinir la sexualidad infantil y de diferenciarla de la sexualidad genital, toma en cuenta el papel del objeto externo, tal como lo muestra la definición de la “escena puberal”. Estas “escenas puberales” están animadas por los ajustes psíquicos del muchacho y por las profundas modificaciones que sufren los padres durante la pubertad de su hijo. En consecuencia la “escena puberal” no es una fantasía, sino una conducta implícita, sobre la cual el adolescente tiene la secreta certeza (sólo absoluta en la psicosis) de que sus representaciones edípicas tienen correspondencia en sus padres.

En este sentido, por lo que contiene de coincidencias con la realidad externa, lo puberal es traumático. No obstante difiere de lo infantil en dos aspectos: en la pubertad, el Edipo se presenta según una asimetría que favorece la heterosexualidad, y el incesto ingresa en la categoría de lo posible. Se establece así una oposición entre la genitalidad puberal y la sexualidad infantil.

Aunque Gutton acentúa así la idea de Freud de la instalación de la sexualidad humana en dos tiempos, no cree que la economía puberal sea solamente la actualización après-coup de la neurosis infantil o del Edipo, pues ella cuestiona la organización narcisista-fálica que se mantenía reprimida y sublimada durante el período de latencia, así como las instancias tópicas. En efecto la alianza infantil entre el Yo y el Superyó, tal como se selló en la latencia, no puede prolongarse; el principio de realidad, las prohibiciones y las promesas identificatorias, soportados en la inmadurez biológica, ya no son competentes ante las modificaciones cuantitativas y cualitativas y ante los aportes externos.

El trabajo “adolescens” consistirá entonces en la simbolización, la integración fantasmática, relacional y la subjetivación, de la nueva corriente puberal, radicalmente intrusiva respecto a las organizaciones infantiles pre- y post-edípicas. El fracaso de esta labor, en particular en lo referente a la adaptación y consolidación de las instancias, se manifiesta en lo que Gutton llama “fractura de la historia”, inspirándose del “breakdown” de los Laufer.

Esta elaboración implica una deconstrucción-reconstrucción que Gutton denomina “neurosis adolescente de desarrollo”. Gracias a esta neurosis la “escena puberal” se transforma en una “escena adolescente” en la que son reprimidas las representaciones parentales y se hace un desprendimiento de los objetos parentales. “Escena adolescente” que mantiene también una contradicción: entre el desconocimiento de los rasgos de la escena puberal y el investimento de características de sus representaciones, que desplazadas y condensadas parecen venir del exterior.

La neurosis adolescente liga así dos series de elementos: por una parte, los de la neurosis infantil y, por otra, los que producen las transformaciones puberales. De este modo entre neurosis adolescente y neurosis infantil se pueden distinguir tres niveles: 1/ una repetición simple, 2/ una reorganización o repetición elaborativa, según el esquema del *après-coup*, y 3/ una verdadera reorientación objetal.

Dentro de dicha neurosis los mecanismos de desprendimiento [Lagache-1958] efectuados ante los objetos parentales son básicamente: “procesos de obsolescencia” (que descorporalizan los lazos incestuosos) o “trabajos de duelo”. Cuando predominan estos últimos, más pesados y menos silenciosos, la pubertad tiende a convertirse en fuente de depresividad, de sentimientos de impotencia, de inadecuación al mundo o de vacío del pensamiento, en suma, en un cuadro que tiende a confundirse con el de la “fractura de historia”. Pero estos cuadros se diferencian. El depresivo mantiene la capacidad de representar y confía en ella para eliminar su sufrimiento, mientras que en la “fractura” la única escena que se pone en juego es la del cuerpo en acción.

En resumen, la originalidad de la contribución de Gutton reside, por un lado, en mostrar la insuficiencia teórica y el error técnico que involucran el referirse exclusivamente a lo infantil y, por otro lado, en indicar la necesidad de tomar en cuenta el potencial de transformación y de creación que tiene la adolescencia en el *après-coup* que redefine la sexualidad infantil.

7.2 La influencia lacaniana

En 1926, cuando se crea la *Sociedad Psicoanalítica de París* (SPP), Jacques Lacan (1901-1981) apenas está terminando los estudios de medicina (a los que había ingresado en 1920) e iniciando su especialización en enfermedades mentales. Durante su trabajo en el Hospital Sainte-Anne (1927-28) hace una gran amistad con Henry Ey y Pierre Mâle, con quienes participa en la *Evolution Psychiatrique*. De esta sociedad, conformada en 1925, puede decirse que fue un semillero de psicoanalistas, por cuanto siete de los doce miembros fundadores de la SPP pertenecían a ella. También durante el tiempo de su formación psiquiátrica, Lacan recibe la influencia de Henri Claude; doctor que facilitaba su servicio hospitalario para el desarrollo de conferencias psicoanalíticas o para la consulta, que confió a René Laforgue.

Lacan adhiera a la SPP en 1934, luego de haber coronado su formación médico-psiquiátrica con su tesis sobre la paranoia en 1932. Su titularización en esta Sociedad le es otorgada en 1938, a condición de continuar su análisis (que venía realizando desde el 32 con Kurt Loewenstein), pero él no cumplió esta promesa.

Durante la guerra, tanto la SPP como Lacan permanecieron ajenos a la política. A la SPP se le obliga cerrar su Instituto en 1940, y Lacan, durante ese tiempo, no publica, no participa en la *Evolution*, pero mantiene su consulta privada. Después de la guerra rompe su silencio con dos publicaciones en los *Cahiers d'art*, que tratan sobre lógica de manera muy cercana a la teoría de juegos, y al interior de la SPP empieza a estar muy presente.

El número creciente de psiquiatras y psicólogos que después de la guerra comenzó a interesarse en el psicoanálisis, exigía una formación seria y un lugar de reuniones e investigación, que hicieron necesario pensar en la creación de un Instituto. Después de tres años de discusión dicha iniciativa produce un estallido en la SPP, cuyo detonador fue la moción en contra de Lacan, en ese entonces presidente. La renuncia de Lacan fue seguida inmediatamente de la de Daniel Lagache, acompañado de Favez-Boutonier y Fraçoise Dolto, quienes abandonaron la Sociedad para formar la *Sociedad francesa de psicoanálisis* (SFP), con Lacan, quien se adhiere en el último momento.

A pesar de esta escisión, Lacan logra, a través de sus relaciones, que le autoricen presentarse en el Congreso de Roma, donde distribuye su informe "Función y campo de la palabra y del lenguaje". En este escrito plantea un programa de reflexión sobre la cura, así como tener en cuenta los trabajos de algunos lingüistas que entonces eran desconocidos en Francia, por cuanto la palabra del paciente, juzga él, es el único medio de acción del psicoanálisis. De este modo la relectura de Freud que propone, se encaminaría, según él, por una vía que en esa época podía considerarse científica, de construcción de un psicoanálisis estructuralista; vía que en ese momento tendrá a su favor el auge de los trabajos de Lévi-Strauss y durante los años 60 el de la ola estructuralista.

La distinción de los tres registros (simbólico, imaginario, real) y su utilización personal de los términos saussurianos de “significante” y “significado”, se articularán desde entonces en una investigación que se centrará en la constitución del sujeto en su relación con el Otro; perspectiva que seguramente no abordó Freud por el temor de ver desviar el psicoanálisis hacia la filosofía.

La apertura al público de su Seminario desde 1953, aunada al preciosismo de su persona y de su lenguaje, contribuyeron más a su reputación que la comprensión y estudio de sus reflexiones, bastante difíciles. Durante veinticinco años *El Seminario* fue el espacio para una audiencia atenta y numerosa, compuesta también por personalidades eminentes, pero que tuvo que desplazarse de sitio en función de las rupturas institucionales que marcaron su historia.

El ambiente de competencia entre la nueva Sociedad y la SPP, a través de la producción de trabajos psicoanalíticos originales, promovió la creatividad del movimiento psicoanalítico durante los quince años de su permanencia, pero esto no le valió ser reconocida por la *Asociación Internacional* como organismo de formación. Las condiciones de admisión en la *Asociación Internacional* de la SFP ya habían sido claramente formuladas desde 1961, pero se sabía que Lacan no las aceptaba, dada su defensa de nuevos criterios de ritmo y duración para las sesiones de la cura. En razón de la permanencia de este desacuerdo, finalmente varios de los miembros de la SFP decidieron suprimir a Lacan de la lista de los didactas. Este desgarramiento interno condujo así a la conformación de dos nuevas sociedades: la *Escuela Freudiana de París* (EFP), fundada por Lacan en junio de 1964, y la *Asociación Psicoanalítica de Francia* (AFP) en julio del mismo año, donde se agruparon quienes no lo siguieron.

Con el tiempo, el propósito de Lacan, al crear la EFP, de evitar el autoritarismo de sus detractores, no escapará a los efectos de la transferencia; seguirá siendo el director de la *Escuela* hasta su disolución y manteniendo su injerencia en todas las tareas: en la afiliación, en la aprobación de los análisis de control, en la titularización, en el nombramiento de las instancias de gobierno, en la apertura y cierre de eventos. Precisamente la discusión en torno a los modos de selección y de formación de los analistas, que ya habían adelantado Piera Aulagnier, François Perrier y Jean-Paul Valabrega, determinará su dimisión colectiva y la creación del *Cuarto Grupo*, en 1969, con motivo del procedimiento de “la passe” que instituyera Lacan para habilitar a los psicoanalistas.

En los años venideros, el debilitamiento que conllevaba en Lacan el avance de su edad, la disminución de su productividad, claramente manifiestos en el otoño del 77, incitaron a su yerno, Jacques-Alain Miller, a tomar las riendas de la *Escuela*; hecho que comenzó a originar divergencias y rivalidades que finalmente motivaron la disolución por el propio Lacan de la EFP, el 5 de enero de 1980, y el nacimiento, el 9 de septiembre de 1981, de la *Escuela de la causa freudiana*.

En resumen, la evolución de la enseñanza y la práctica de Lacan lo condujeron a ser rechazado por la comunidad psicoanalítica tradicional, a pesar de que él presentara

su reflexión y teorización como un “retorno a Freud”. En los años 60 desarrolló una concepción original del psicoanálisis, al que quería rescatar en su especificidad, fuera de toda psicología o biología, e incluso sin la exclusividad de un objetivo terapéutico. El afán de purismo y sus capacidades teóricas extraordinarias pusieron a Lacan en la búsqueda de formulaciones afinadas, que terminó en la utilización de esquemas y formas de tipo matemático, con las cuales constituyó una “teoría lacaniana”, juzgada por muchos como completamente alejada del freudismo y, por otros, como su auténtica prolongación y superación.

Ahora bien, ante la reflexión y el tratamiento de la adolescencia, la concepción lacaniana produjo inicialmente muchas resistencias. Su enfoque de tipo estructuralista, contrario a las perspectivas evolutivas, hace verla con malos ojos, sobre todo si es conceptualizada como una etapa del desarrollo. Adicionalmente la crítica permanente de Lacan a la *Egopsychology*, no permitía una consideración favorable de las elaboraciones que sobre la adolescencia se hubieran hecho bajo este marco teórico.

Los tres autores que presentaremos a continuación, superarán de algún modo y a su manera, estas incompatibilidades u objeciones. **Dolto**, a pesar de haber compartido combates profesionales y amistad con Lacan, en realidad solamente adopta de él algunas de sus ideas; lo hace de manera aislada, sin involucrar el conjunto de la concepción de su colega. Los **Mannoni**, en cambio, que fueron durante buen tiempo mucho más fieles a la enseñanza lacaniana, se apoyaron en la concepción de la relación del sujeto con el Otro, en la idea del síntoma como resultado del discurso de los padres, para intentar un abordaje de los niños y los jóvenes. Por último, **Rassial**, psicoanalista contemporáneo a la ola de fragmentación y multiplicación de los grupos lacanianos que adviene luego de la muerte de su maestro, al abordar la adolescencia se permite reconsideraciones de algunos planteamientos de los epígonos, así como lo hace a propósito de los estados *borderline*.

7.2.1 Françoise DOLTO

Vida de la autora y contexto de su obra

Doctora en medicina y enfermera diplomada, esta psicoanalista francesa (1908-1988) dedicó su vida a la atención del sufrimiento psíquico en la infancia y a la prevención de tal sufrimiento mediante labores de orientación y educación de padres de familia y adultos en general. Cultivó un estilo muy personal de comunicación coloquial, franca y directa con las personas interesadas en el desarrollo de los niños, y en programas radiales y televisivos en los últimos 15 años de su vida. También implementó una propuesta innovadora mediante la fundación de la primera “casa

verde”¹³⁸, todo ello rebotante de un gran pragmatismo, que fue decisivo en la popularización del psicoanálisis.

Antes de abordar su concepción de adolescencia cabe presentar primero, con base en su autobiografía [-1988a], algunos aspectos de su vida pertinentes para establecer el contexto de su trabajo.

El entorno familiar de la joven Françoise Murette¹³⁹ fue notoriamente decisivo en su elección profesional. Entre siete hijos -cinco varones y dos mujeres- le correspondió venir al mundo en el lugar del medio, pero la balanza pronto se desequilibró cuando empezando su adolescencia murió su hermana mayor a los 18 años, la preferida de su madre. Esa situación de duelo familiar, que sumió a su madre en una profunda depresión, generó en Françoise una tormentosa culpa por sentir que era ella quien debió haber partido y no su bella hermana. Tal sentimiento sumado al malestar que le causaba las transformaciones de su cuerpo y su imagen obesa, fueron ingredientes notorios en la complejidad de su adolescencia. La hostilidad entre madre e hija se tornó recalcitrante hasta el punto en que Françoise defendió con mucho coraje lo que su madre más atacaba, su formación académica. Esta actitud de oposición y su perseverancia en el aprendizaje de un oficio, le ayudaron a conquistar su relativa independencia del hogar.

Desde muy niña tenía la fantasía de ser algún día “médica de la educación”, aspiración que podía realizar, según ella, a condición de presentar los exámenes “preparatorios” del bachillerato. Apoyada por su padre y contra la voluntad de la madre, muy precozmente, antes de cumplir los 16 años, eligió presentar el preparatorio en el área de filosofía, en los temas de psicoanálisis y los estoicos, que no había sido parte de su currículo académico. Para tal efecto ya había leído de Sigmund Freud *Psicopatología de la vida cotidiana*, y *Cinco conferencias sobre psicoanálisis (en la Clark University)*. Pero su primera referencia al psicoanálisis la obtuvo un poco antes y, significativamente, provino de su padre, un hombre con formación técnica, al tanto de las novedades editoriales de todo tipo y con la buena costumbre de comprar libros. Cierta día llegó a casa con una publicación de divulgación aparecida en 1924 titulada: *La psychanalyse*, de un autor llamado Angélo HESNARD, de la cual hubo una segunda edición en 1928, y le dijo a la joven Françoise: “*Es interesante este nuevo método que cura a personas que a veces tienen delirios; pero, a veces, también es interesante para las personas normales. Léelo, me dirás que piensas de él*” [Dolto-1988a:80].

¹³⁸ “Casa verde” fue, según Dolto, una experiencia informal, como una especie de jardín público al que acudían padres de familia con sus niños menores de 3 años de edad. Mediante el tema de “Primera infancia y parentalidad” Dolto hacía un trabajo de profilaxis de los traumas por separación entre los niños y sus madres con ocasión del ingreso al parvulario o escuela maternal. Esta experiencia fue muy exitosa por lo que luego se institucionalizó en otros países como Canadá, Rusia, Bélgica, etc. [Dolto-1988a:146 ; Roudinesco-&-Plon-1997].

¹³⁹ Murette era el apellido de soltera, que dejó de llevar al casarse con el médico ruso Boris Dolto.

Desde la época de los exámenes preparatorios quedó con la idea de que el psicoanálisis era filosofía y, por tanto, su interés seguía siendo medicina de la educación, para poder prevenir y brindar atención en el área de la salud. Pronto se tituló en enfermería y logró así una relativa independencia económica. Posteriormente fue a la facultad de medicina, con una mayor aquiescencia de su madre por el hecho de ir acompañada de su hermano consecutivo¹⁴⁰ que también ingresó a la carrera médica.

Françoise cambió su percepción del psicoanálisis a través de su amistad con Marc Schlumberger, un compañero de medicina que estaba por los treinta, había sido psicoanalizado por Nunberg, en Austria y había retomado su proceso analítico con René Laforgue, en París. El buen desempeño de Françoise en los exámenes de la Facultad pronto había causado un efecto de inhibición en su hermano Philippe, quien no era tan destacado. Schlumberger que estaba al tanto de lo que pasaba entre ellos descubre para Françoise la dimensión de la cura psicoanalítica y, a solicitud de ella, le sugiere para su hermano acudir a tratarse con Laforgue. Un año después, en 1934, Françoise siente la necesidad de psicoanalizarse y decide acudir al ya referenciado Laforgue. El proceso analítico de Françoise duró tres años, durante los cuales tuvo la exigencia de no leer nada relacionado con la teoría psicoanalítica para no incrementar las resistencias.

Dos años después de concluir la experiencia de análisis y sintiéndose curada de su neurosis, Françoise defendió ante los jurados de la Facultad su tesis en medicina, titulada: "*Psicoanálisis y Pediatría*", en la cual reunió los dos campos de su interés, aunque sin tener todavía la perspectiva clara de ser psicoanalista. Con un deseo urgente por trabajar, abrió un consultorio independiente en el momento crítico en que estalló la segunda guerra mundial; para entonces su especialidad era la psiquiatría y, en segundo lugar, la medicina general. Hasta ese momento tenía la expectativa de "*[ser] una pediatra que comprendería los problemas psicológicos que terminaban en problemas somáticos*" [Dolto-1988a:95]. Alternó el trabajo en el consultorio particular con su desempeño como médica interna itinerante en el único hospital para niños de la ciudad.

En cuanto a la formación psicoanalítica, se inscribió en la SPP -*Sociedad Psicoanalítica de París*- en la que participaba en los seminarios. En ese momento solo se impartía formación para psicoanalistas de adultos, exigencia que se completaba con el análisis de tres pacientes supervisados. Así fue como, sin conocer todavía la producción de Melanie Klein, por su cuenta y riesgo desde el trabajo cotidiano con los menores, Françoise Dolto fue en Francia una gran impulsadora del trabajo psicoanalítico con niños, en la medida en que dedicó su ejercicio clínico a lo que ella denominó "la causa de los niños".

¹⁴⁰ Se trataba de Philippe, cinco años menor que Françoise. Se doctoró en medicina y estuvo en análisis con R. Laforgue.

F. Dolto vivió de cerca las transformaciones de la institución analítica en su país. Participó activamente en congresos psicoanalíticos. Se destacan sus trabajos sobre la sexualidad femenina y la clínica de la psicosis. A partir de este último publica (en 1971) el *Caso Dominique* -un adolescente de 14 años con un retardo escolar severo y esquizofrenia-. Dictó seminarios acerca de la niñez, escribió sobre la relación de los hijos y el deseo de los padres. Escribió también acerca del cuerpo en la que es quizá su obra más fecunda teóricamente y siempre con fundamento clínico: *La imagen inconsciente del cuerpo* [-1984]¹⁴¹. Por último cabe mencionar su lado místico que la llevó a proponer un diálogo entre el psicoanálisis y los evangelios; propuesta que fue muy criticada tanto por sus colegas como por los católicos franceses, pero que sirvió para darle más difusión al psicoanálisis al atraer personas de ese credo religioso. Gran parte de toda esta producción la encontramos en la modalidad de seminarios, recopilación de artículos, conferencias, diálogos, entrevistas o bien “palabras para...”, en este caso dirigidas a los adolescentes.

Ahora bien, ¿qué concepción de adolescencia se encuentra en la obra de F. Dolto?

Además de una entrevista centrada en el tema “Los adolescentes y la contracepción” [-1972], un fragmento centrado en la “Fragilidad de la adolescencia” en el libro *La imagen inconsciente del cuerpo* [-1984] y uno de sus diálogos en Québec “Sobre la pubertad” [-1987], las dos obras que consagra al tema datan de su último año de vida [-1988] y fueron publicadas póstumamente, ellas son: *La causa de los adolescentes* [-1990] y *Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta* [-1992]. Esta producción muestra que la adolescencia tuvo para Dolto una gran importancia, no solamente por sus especificidades psíquicas, sino también por lo que para ella representaba con respecto al mundo de los niños: un profundo duelo por la infancia jalonado por la transformación puberal y, a la vez, un segundo nacimiento.

La adolescencia: segundo nacimiento o el drama de la langosta

Para explicar ese segundo nacimiento en el cual consiste la adolescencia, Dolto establece una comparación con el alumbramiento del ser humano, en donde hay una separación radical de la madre biológica y se pierde la protección y el abastecimiento del seno materno. Una diferencia del segundo nacimiento consiste en que se lleva a cabo progresivamente:

“Hay que quitar poco a poco la protección familiar, como se ha quitado la placenta protectora. Quitar la infancia, hacer desaparecer al niño que hay en nosotros, [y todo esto] constituye una mutación. [...que] causa, por momentos, la impresión de morir” [Dolto-1988c:17].

La adolescencia, con límites muy difusos, constituye un “*período de pasaje que separa a la infancia de la edad adulta*” [Dolto-1988c:17], y de manera más específica

¹⁴¹ Esta opinión es sustentada por Ricardo RODULFO [-1992, cap 14, pp 203-207].

“la pubertad es el pasaje de la infancia a la adolescencia” [Dolto-1988c:23]. Ésta se precipita mediante la transformación fisiológica que da inicio a la transformación psíquica. Este pasaje está marcado por la incertidumbre y el sentimiento de pérdida, respecto al cual Dolto destaca el duelo por el cuerpo de la niñez. Al púber le causa dolor reconocer y aceptar, por ejemplo según sea el caso, el crecimiento del vello, el cambio de la voz, el acné en la cara, el ensanchamiento de la nariz, el alargamiento de las extremidades, el cambio de silueta, el crecimiento de los órganos genitales, las erecciones frecuentes, la llegada de las primeras menstruaciones, etc. Todo eso le genera inseguridad o falta de confianza en sí mismo.

Para describir el drama del adolescente, es decir, la mutación y los riesgos que se corren en ese pasaje de conquista hacia el mundo adulto, Dolto acude a la comparación con el proceso que viven las langostas cuando cambian de caparazón, y de ahí acuña con respecto a los adolescentes la expresión *“complejo de la langosta”*. Estos crustáceos para mudar la caparazón que los recubre, la pierden primero completamente y se quedan sin defensa por un tiempo, durante el cual se retiran a un sitio aislado mientras fabrican lentamente uno nuevo. Sin embargo quedan expuestos a ser devorados por congrios que los acechan. Según Dolto, *“¡La adolescencia es el drama de la langosta!”* [-1988c:18], y la amenaza presente en esta mutación corresponde a diversos factores que acechan desde el interior y desde el exterior del muchacho: negarse a renunciar al niño que ha sido, temor a perder la protección de los padres, desprotección o desamparo a falta de un mecanismo social que lo ayude a pasar esta fase.

Con respecto a la ausencia de estos mecanismos sociales, Dolto sostiene que la carencia de ritos de iniciación en nuestra sociedad, aquellos que antaño marcaban la época de ruptura con la infancia, exige de los jóvenes de hoy conductas de riesgo, en la medida en que ellos *“se ven obligados a conseguir este derecho de paso por sí mismos”* [Dolto-1988b:17].

Un punto de paso obligado entre la niñez y la adultez que los jóvenes transitan librados a sí mismos, es la experiencia sexual amorosa. Si bien una *“especie de fiebre psíquica de amor imaginario”* por héroes o ídolos de moda acompaña los cambios fisiológicos que trae la pubertad, en dicha fiebre amorosa sin embargo, plantea Dolto[-1988b:18]el cuerpo no ha entrado propiamente en juego. Por otra parte, la masturbación aunque permite una descarga nerviosa, dificulta afrontar la realidad del encuentro con otro ser humano. En estas condiciones la preparación de la primera experiencia sexual constituye un momento muy crítico para el adolescente, dado que junto a su deseo está el temor a correr un riesgo que es, en esencia, la muerte de la infancia [Dolto-1988b:16]. Pero la única manera como nace al mundo adulto es asumiendo su sexualidad, lo que implica salir del encierro de la sexualidad de sus padres y hacerse operante en sociedad [Dolto-1987:182].

Otro aspecto para destacar en la reflexión de esta autora consiste en la constante referencia a la función y el lugar de los padres y otros adultos significativos. El adolescente y sus padres están igualmente involucrados en la tarea del desasimiento de la instancia parental, en la cual suele ser difícil encontrar el equilibrio entre la

necesidad de libertad del adolescente y su necesidad de control. En el fondo de todo esto está en juego la corresponsabilidad.

En vista de que los padres dejan de ser a los ojos del muchacho los valores de referencia, para él se vuelve crucial la relación que establece con los pares, como también con los educadores y personas mayores secundarias. En ese sentido el adolescente se torna más susceptible a los juicios y rechazo de los amigos que a la reconvención de los padres, pero sigue siendo vulnerable a observaciones descalificadoras provenientes de adultos en posición de autoridad frente a ellos. El papel de los adultos deberá ser ayudar al joven a asumir las responsabilidades personales y sociales, para que no se perpetúe en la dependencia parental del eterno adolescente. En cuanto a las personas secundarias, aunque éstas no tengan una implicación directa, pueden favorecer la expansión y la confianza en sí del muchacho o, por el contrario, estimular su desaliento y depresión [Dolto-1988b:13].

Según Dolto, “*se entra en la adolescencia saliendo de la familia*” aunque ésta siga siendo “*un valor refugio*” [Dolto-1988b:19]. Por esta razón cobra tanta importancia el mundo exterior, con el grupo de pares, las bandas de jóvenes, los ídolos, las atracciones, etc.. Así como hay una entrada también hay una salida de la adolescencia, indicada ésta por el hecho de que al joven “*la angustia de los padres no le produce ningún efecto de inhibición*”, ni sentimiento de culpabilidad por abandonarlos [Dolto-1988b:21].

Así pues, en Françoise Dolto encontramos planteamientos sencillos pero esenciales dedicados a lo que ella expresó como “la causa de los adolescentes”, otra causa en ruptura con la infancia, que necesita un urgente acompañamiento, sin angustia, en la difícil tarea de conquistar la madurez.

Fragilidad y cuerpo en la adolescencia

Acorde con el planteamiento según el cual la adolescencia es una especie de segundo nacimiento que conlleva una gran vulnerabilidad, para ubicar esta mutación adolescencial, Dolto tiene en cuenta, por un lado, la fragilidad postedípica del período de latencia y, por otro, en un nivel más profundo, la construcción de la imagen del cuerpo en la primera infancia. Dado este protagonismo del cuerpo¹⁴² en el adolescente, del que dependen algunas patologías típicas, nos detendremos entonces en los principales planteamientos acerca de él y la fragilidad adolescente, desarrollados en el texto *La imagen inconsciente del cuerpo* [Dolto-1984].

La fragilidad postedípica. a resolución edípica normal, según Dolto, se logra cuando el niño asimila con claridad la prohibición del incesto y se integra en la sociedad de los de su misma edad [Dolto-1984:267]. Con ella surge el narcisismo secundario, mediante el cual el niño asume “una actitud emocional (activa y pasiva) respecto de sí mismo” [Dolto-1984:261], en la medida en que su cuerpo, ya acogido

a la prohibición del incesto, le da presencia en el mundo. No obstante, a pesar del postulado de la teoría psicoanalítica, en su criterio no basta con una resolución adecuada de dicho complejo para que el individuo disponga “de una libido sólidamente estructurada para el porvenir” [ibidem]. Piensa más bien que dicho postulado no es falso sino incompleto. Por ello, sitúa su atención en el período de latencia, el cual adviene signado por dos procesos simultáneos de distinto tenor: la “retirada de la intensidad orgánica del funcionamiento de las glándulas genitales” y la disminución en “la intensidad emocional de las relaciones hijo-padres” [ibidem]. Plantea entonces que en este momento postedípico el niño está expuesto a lo accidental traumático, debido al cual puede resultar vulnerado en el equilibrio libidinal que ya había logrado. En esto reside entonces básicamente la fragilidad postedípica, que además puede incrementarse por las vicisitudes del entorno familiar y, en ocasiones también por la reconfiguración de las relaciones filiales, en razón de que éstas pueden despertar en el niño aspectos reprimidos que no fueron totalmente simbolizados en la primera infancia. Por otra parte, en dicha fragilidad también cuentan los efectos nacidizantes o, por el contrario, desnarcisizantes que los éxitos o fracasos de los niños de ambos sexos generan en sus padres.

La fragilidad de la estructura postedípica es ilustrada mediante la viñeta clínica de Marcos, un niño que a los 12 años desencadenó una neurosis de angustia y un estado depresivo, que se fue incubando desde que tenía nueve años, tras la muerte de su único hermano (de 11). A pesar de haber resuelto su Edipo a tiempo y de llevar una estructura postedípica exitosa, Marcos, que pasó a ser el hijo único, no supo distanciarse de sus padres, quienes vivían desde entonces en un verdadero drama conyugal por el duelo del primogénito ejemplar [Dolto-1984:263-267].

En síntesis, Dolto considera que la libido se estructura con solidez para el porvenir del adolescente si han confluído, un Edipo previamente resuelto de manera normal y un post-Edipo sin “incidentes traumáticos emocionales en cascada”, junto con la “ayuda del entorno” [Dolto-1984:261].

Fragilidad de la adolescencia. Pero la hipótesis de la fragilidad postedípica no se cumple siempre, pues Dolto también observa casos de adolescentes o incluso de adultos jóvenes, con un Edipo normal y un post-Edipo transcurrido sin ningún incidente, en los que no obstante “[...]aparece una angustia con efectos de extenuación que desorganiza el psiquismo: efectos inhibidores, destructores, psicosomáticos” [Dolto-1984: 268]. Esto significa, como se verá, que la adolescencia trae intrínseca su propia fragilidad.

Dolto observa, como hecho curioso, que estos jóvenes, aunque están listos para una sexualidad adolescente y adulta, en el momento en que ella debe aparecer, sufren de una auténtica impotencia sexual, que ignoraban, pero que sólo les preocupará al momento de su confirmación en la adolescencia. De tal modo, esa impotencia potencial genital afecta en dos sentidos: interfiere con el deseo del joven de encontrarse con los pares y “de confirmarse [saliendo] fuera del ámbito familiar”.

También “afecta a las sublimaciones de los deseos pregenitales ya castrados” [Dolto-1984:268], lo cual se observa en las dificultades escolares y de concentración.

La pubertad de la joven pone en evidencia la posible impotencia genital; con ella la adolescente empieza a tener conciencia del erotismo y a mostrar lo frágil que es. Con la fuerza del erotismo, se pone a prueba de nuevo la comprensión de la prohibición del incesto homosexual o heterosexual que, supuestamente, se logró con el Edipo. Por eso no es sorprendente el sentimiento de perturbación que las niñas preadolescentes experimentan cerca de su padre o un familiar del sexo masculino, y los varones cerca de su madre, tía o hermana. En el fondo en la preadolescencia, *“las pulsiones son vividas sin palabras, sin imágenes, el cuerpo está conmovido y ellos no saben qué hacer con ello ni a quien hablar de ello”* [Dolto-1984:269]. Este modo de vivir lo pulsional suscita en el adolescente una gran fragilidad, que se manifiesta de muchas maneras, entre otras :

1/ “Comportamientos perversos, a menudo compulsivos, o masturbatorios”, no exentos de culpabilidad, mediante los cuales los adolescentes evitan afrontar la realidad del compartir con otra persona, tornándose así en “solitarios afectivos”. Al no poder conquistar amigos, tratan de suplir esta situación de soledad mediante la conquista ilícita y compulsiva de artefactos y cosas; también mediante la pasión por los animales, a quienes dan y de quienes reciben caricias, en ocasiones, valorizantes.

2/ Manifestaciones histéricas frecuentes del género del agotamiento y de un estado crónico de cansancio que les impide llevar a cabo actividades escolares y deportivas cotidianas, develan con mucha frecuencia en los jovencitos de ambos sexos la represión de los deseos activos, por los que se “sienten socialmente culpables”, y el repliegue en una especie de pasividad impotente.

3/ En chicas y muchachos inhibidos hay una gran propensión a transgredir las leyes. Dolto plantea que: “Procesos compensadores les hacen desear a veces convertirse [...] en delincuentes pasivos, exhibicionistas, propensos a escandalizar, timoratos, agrupados en un [grupo] de marginados subyugados por un líder” [Dolto-1984:270]. La perspectiva de ir contra los defensores o representantes de la ley facilita que entren en contacto con otros jóvenes de la misma edad y que en la preparación de los ilícitos experimenten una gran excitación. Entre las jovencitas no es raro que busquen ese goce mediante el robo de almacenes. Dolto califica este robo de “histérico” porque “engañando y transgrediendo a los vigilantes [de tales sitios], experimentan sensaciones vecinas al orgasmo” [Dolto-1984:270]. En otros casos, el comportamiento trasgresor del adolescente apunta al deseo de ver censurados a los propios padres, cobrándoles de ese modo el hecho de que no se ocupan bastante de él. Al examinar estos comportamientos Dolto plantea que hay abundantes elementos para pensar que se trata de una “patología de causa ansiógena”.

4/ La aparición de una homosexualidad de comportamiento como reivindicación de una homosexualidad arraigada, que Dolto cataloga como exhibicionista, espectacular y fingida. Este fingimiento también puede darse en el comportamiento heterosexual,

y cualquiera que sea el caso “se trata de conductas reactivas. Gritos de demanda de jóvenes que aún son niños, ignorantes de sí mismos y del otro” [Dolto-1984:271], que mostrándose contrarios al ideal social buscan que se les dé importancia y se les preste atención. Como consecuencia de esto, en el plano de la sexualidad de estos jóvenes se abandona la competencia; abandono que también se hace extensivo al plano escolar y profesional, que a la vez se vuelve terreno propicio para el consumo de alcohol y droga. Estos comportamientos en cadena constituyen pues una forma de “suicidio lento y progresivo”, que puede culminar en un suicidio verdadero [Dolto-1984:271].

5/ El desamparo interior, la vida vacía y angustiada de los jóvenes solitarios, también da lugar a que ellos hagan un manejo particular del cuerpo que se manifiesta en el aferrarse a la imagen del rostro, del aspecto, de la apariencia visible. Mirarse en el espejo les permite “reencontrarse y no perderse por completo”, y mostrarse o exhibirse para ser mirado por otros les permite esconder su desamparo interior y salir de *impasses* “no por sí mismos sino por ser vistos” [Dolto-1984:272]. En estos jóvenes solitarios también existen otras formas, menos graves, de mitigar la angustia. Quizá la más común está en función de la música y la necesidad de portar, casi de manera permanente, audífonos conectados a algún aparato lector de la misma¹⁴³. Si este consumo musical deja de ser pasivo y “los incita a pasearse rítmicamente en patines, o a bailar” [Dolto-1984:272], Dolto considera que será menos grave todavía y hasta beneficioso para ellos, en la medida en que estas actividades les implican una soltura del cuerpo. Así pues, patinar, bailar, trotar, hacer gimnasia y acrobacia en monopatín (*skaters*), etc. son actividades mediante las cuales los jóvenes “experimentan con alegría la soltura de su esquema corporal” [Dolto-1984:272] y obtienen placer en el cuerpo. Cuando practican estas aficiones, pasatiempos o deportes hasta el extremo del cansancio y la fatiga¹⁴⁴, se convierten en la “búsqueda de una supervivencia física” que en el desafío de los límites, en todo caso, “satisface las tensiones [del cuerpo] ya que no puede satisfacer las del corazón” [Dolto-1984:272].

6/ El primer amor sentimental asociado al deseo, constituye otro punto de fragilidad en los jóvenes que hasta ese momento sólo habían conocido la amistad. Cuando creen que han encontrado el objeto de su amor, sufren una “derelicción¹⁴⁵ insoportable” [Dolto-1984:272] si esa persona amada idealizada los rechaza. Esta tribulación amorosa entra en resonancia con una desatención que sintieron en la

¹⁴³ Actualmente, la oferta de los aparatos personales reproductores de música es muy variada. Por nombrar algunos, están los Ipod, Mp3, Mp4 y teléfonos celulares. F. Dolto escribió este análisis de la adolescencia en 1984, por lo tanto es comprensible que solo mencione el “transistor”.

¹⁴⁴ Dolto no menciona la puesta en riesgo de la vida y el desafío de los límites, tan común en muchos jóvenes de hoy, mediante prácticas extremas.

¹⁴⁵ El término del francés *derelicción* significa “estado de abandono y de soledad moral completa”; es una palabra de uso literario.

infancia por parte del progenitor conscientemente amado, que fue reprimida. Culpabilidad y narcisismo desamparado son los dos componentes de este drama juvenil en sintonía con lo vivenciado en la infancia. Por ello Dolto expresa que en el psiquismo de estos jóvenes se presenta una “comparación inconsciente de estos dos trances [que] los hace sentirse culpables, como si fuera en sí incestuoso haber amado a alguien que no respondió a sus esperanzas” [Dolto-1984:273]. Muchos suicidios logrados de jóvenes son por cuenta de esta desesperación de amor; pero otros, que no expresan la depresión que sienten, entran en “estados psicósomáticos de efectos orgánicamente graves” [Dolto-1984:273].

7/ Una variante del punto anterior se presenta cuando el adolescente idealiza de tal manera el objeto amado que no se siente en condición de dirigirle siquiera una palabra, pierde todos los recursos para intentar alguna comunicación y se la pasa, en una situación de desamparo, esperando miradas que nunca llegan. Esta erotomanía de los jóvenes encuentra un punto de salida mediante la conformación de grupos de *fans* de estrellas o héroes de moda, que a la vez propicia que los seguidores entren en relación, se conozcan en los momentos de ocio y se apoyen mutuamente.

Estos jóvenes alcanzaron en su momento, cuando niños, el narcisismo secundario que pasó a ser característico de un post-Edipo sano. Por eso todas esas manifestaciones desencadenadas en la fragilidad de la adolescencia corresponden, según Dolto, a trastornos neuróticos posteriores al Edipo, que indican una desnarcisización, la cual produce velozmente “efectos descreativos y mortíferos” [Dolto-1984:273] de dos maneras. La primera manera se presenta cuando el adolescente responde negativamente a su deseo, por lo cual deja de tener algún sentido para él seguir existiendo. Por la experiencia clínica con este tipo de jóvenes, Dolto interpreta que hay en ellos una falicización por la vía de amarse a sí mismos pero vencidos; arrasan con todas sus imágenes del cuerpo y acometen suicidios lentos o lo hacen en un *acting* impulsivo, tal vez, “con una última esperanza de sensación erótico-nirvánica” [Dolto-1984:271]. La segunda forma de desnarcisizarse concierne a la susceptibilidad y la herida que el adolescente enamorado siente ante el rechazo del objeto amado. Esta situación es apta para despertar en él las angustias de la época edípica con los típicos celos infantiles y la obsesión de estar de más en el amor de los padres, que luego en la adolescencia se manifiesta, no pocas veces, en actos vengadores dirigidos al rival más afortunado.

Según esta línea de análisis, Dolto reconduce la explicación de las manifestaciones de la fragilidad adolescente hasta la primera infancia. De este modo rectifica lo que había afirmado antes, es decir, que hubo un Edipo normal, que el niño alcanzó el narcisismo secundario, que en el período de latencia el post-Edipo fue sano y transcurrió sin incidentes traumáticos. En efecto, al conocer la historia de estos adolescentes Dolto descubrió que “no fueron narcisizados cuando eran niños, en el momento de las castraciones” y, además, que las “castraciones fueron mal dadas”. Es decir, las castraciones fueron dadas sin respeto ni compasión por el sufrimiento del niño, quien a la vez las recibió mal, “como bofetadas”, sin vivenciar que éstas lo promocionaran, sino meramente como “penosos trances en una época en que sus hermanos [...] parecían ser los objetos preferidos de los padres” [Dolto-1984:274].

Se trata entonces de “castraciones malogradas” [Dolto-1984:271], es decir, castraciones que no desembocaron en la “simbolización de las pulsiones”, en donde lo pulsional quedó reprimido en cuanto al objeto, sin poder ser utilizado después para la conquista de objetos lícitos placenteros que posibiliten compartir ese placer con otros y socializarlo sin culpa. Por todo lo anterior, entre las castraciones edípicas y la adolescencia, Dolto ubica un momento que va desde un período de latencia “más o menos vivible” [Dolto-1984:274] hasta un comienzo de la adolescencia “soportable”, o sea, hasta cuando acontecen “los primeros fracasos amorosos fuera de la familia, [no importando] si se trata de un amor claramente heterosexual u homosexual o sólo vagamente teñido de sexualidad” [Dolto-1984:274]. Con quien quiera que sea la situación del fracaso, este siempre “asfixia” al joven con una “culpa totalmente imaginaria” [Dolto-1984:274], en el sentido en que no responde a ninguna lógica de la realidad material o consensual.

Patología de la imagen del cuerpo. En el momento del empuje puberal, o también en la adolescencia, se presentan con mucha frecuencia, sobre todo en las muchachas, los síndromes de la anorexia mental o de la bulimia¹⁴⁶, los cuales cataloga Dolto dentro de las patologías de la imagen del cuerpo. En su opinión, las raíces libidinales de estos síntomas se tienden mucho antes del Edipo, aproximadamente entre los tres y seis años, en la época en que la niña recibió de la madre la castración primaria. Nuevamente se trata, según Dolto, de una falla en la transmisión de esa castración, debida a una deficiencia en la labor educativa de la madre; falla que obstaculiza la simbolización de las pulsiones. Se trataría de una madre que educa a los hijos en muchos aspectos (comer bien, comportarse bien, etc.) pero que no logra transmitirles -en la dialéctica con el valor del nombre del padre-, la aspiración a devenir seres deseantes autónomos, como varón o como niña. Es decir, con dicha castración primaria la niña debe acceder “al saber de su pertenencia sexual y al orgullo, narcisísticamente gratificante, de hacerse mujer como su madre” [Dolto-1984:275-76]. Posteriormente el Edipo no hace más que reestructurar lo que brindó esa relación preedípica con la madre.

Las deficiencias en este proceso se manifiestan en las chicas con la anorexia, a partir del empuje puberal, justamente porque “las pulsiones genitales [...] retoman una organización económica semejante a la de las pulsiones orales” [Dolto-1984:277]. Esto ha hecho suponer que en el momento del destete, la pulsión oral fue reprimida sin que la simbolización en el encuentro de la niña con la madre pudiera trascender a otro nivel de relación, en el cual alcanzara a “aceptar” lo característico del deseo, que en la mujer se significa por el deseo inconsciente de un hijo. En consecuencia, esta patología de la imagen del cuerpo que es la anorexia expresa, a través del horror a la gordura, la angustia adolescencial y juvenil frente a la sexualidad, que la muchacha experimenta desde su nubilidad, cuando la sexualidad le representa posibilidad de un embarazo para ella amenazante. Más allá de esto la anorexia también muestra “una perturbación en las relaciones reales entre la niña y

¹⁴⁶ Cuando estos síndromes se presentan en los varones, lo hacen en otro orden de aparición: bulimia (a veces en la fase edípica) - anorexia (que de presentarse se da en el período de latencia) - y bulimia (otra vez en la adolescencia). La autora menciona de paso este orden, sin dar ninguna explicación teórica.

su madre, entre la niña y la comida, entre la niña y su padre, entre su feminidad imaginaria y su inexperiencia con los varones, entre la niña y su espejo” [Dolto-1984:277].

7.2.2 MANNONI - analizabilidad de la adolescencia

En el contexto de unas jornadas de estudio cuyo tema fue *La crisis de la adolescencia* [-1984], Octave Mannoni presentó una ponencia en la que se pregunta si la adolescencia es “analizable”. El punto de partida de su comunicación son dos sentidos que tiene la expresión *crisis de la adolescencia*: como momento crucial en el que el sujeto tiene que decidir su futuro, y también, como estado agudo de manifestación de la neurosis que estaba más o menos latente [Mannoni-1984:17].

Crisis adolescencial

A diferencia de la pubertad que es entendida como “una crisis puramente individual que no plantea ningún problema social;. . . [es decir], . . .tiene efectos físicos y psicológicos, pero no pone en tela de juicio lo social” [Mannoni-1984:18], la adolescencia siempre implica un conflicto generacional en el que el adolescente se opone a los padres, a los adultos, a la autoridad. A esa crisis contribuye la susceptibilidad del adolescente con respecto al adulto significativo para él, debido a que, aun cuando el adulto no esté también en crisis, él siempre tiene sus propias cuitas. La crisis lleva a que los jóvenes dejen caer las identificaciones anteriores y elijan nuevos modelos de identificación, con el agravante muy frecuente de no encontrarlos, o por lo menos no con características tan consistentes como las de aquellos que proveían las sociedades de antaño. La crisis adolescencial es entendida entonces por el autor como un conflicto que tiene sus valores, tanto que de no presentarse sería una anomalía y un síntoma desfavorable.

Analizar adolescentes por requerimiento de los padres

El problema de la analizabilidad de la adolescencia, es planteado por Mannoni a partir de la circunstancia, muy frecuente, de que el análisis es emprendido por requerimiento de los padres, en lugar de la circunstancia, escasa, del adolescente que solicita ayuda por cuenta propia. Según su criterio, este pedido parental es suficiente para aceptar al niño púber en análisis, pero no lo es cuando se trata de atender a un adolescente. En Freud se encuentran ejemplos que ilustran esta dificultad, especialmente porque “fracasó en los casos de análisis de adolescentes” emprendidos por requerimiento de los padres [Mannoni-1984:18] como lo fueron Dora y la joven homosexual. Mannoni se declara inexperto y sin ideas específicas sobre cuál es la actitud que hay que asumir cuando los adolescentes se analizan por solicitud de los padres, pero en caso de hacerlo piensa que se debe estar advertido acerca de los riesgos que eso conlleva para el análisis. Entre estos riesgos debe contarse con el lugar desfasado que el analista pasa a ocupar a los ojos del adolescente: “No sólo los padres parecen haber dimitido de sus funciones propias

cuando acuden a un analista, sino que el analista es un traidor ya que parece servir, por dinero, a los intereses de los padres” [Mannoni-1984:19]. Otro riesgo es la manipulación entre sesiones que pueden hacer los padres de los efectos del trabajo analítico. Sin embargo, de manera general Mannoni estima que los resultados del trabajo con adolescentes pueden ser satisfactorios siempre y cuando el analista sepa conservar su lugar de neutralidad con la familia del analizante y con el adolescente mismo.

La originalidad de Winnicott

Mannoni es categórico en afirmar que la clínica de Freud no permite derivar una técnica que ayude en la práctica con los adolescentes, aunque reconoce sus aportes invaluable a la teoría. Tampoco pasa por alto que Freud, en condiciones muy distintas, no fracasó ni con Katharina (en: *Estudios sobre la histeria*, 1895d) ni con Norbert Hanold (en: *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen*, 1906c); menos aún desconoce que de los errores cometidos con Dora y con la joven homosexual no haya mucho que aprender, siempre y cuando no se tome estos casos como modelos. Es Winnicott, en cambio, según Mannoni, el analista que brinda más luces para la práctica clínica con adolescentes. Con base en el recuerdo y elaboración de su propia crisis de adolescencia, este psicoanalista británico propone ideas originales que no han sido muy tenidas en cuenta. Mannoni comenta y comparte algunas de ellas:

- La doble competencia que debe tener todo psicoanalista de practicar análisis pero también psicoterapias. En ciertos casos de adolescentes la actitud psicoterápica tiene mayor pertinencia, mientras que un análisis estricto con ellos aumenta las posibilidades de fracaso.
- La adolescencia sólo dura un tiempo y el tiempo es el remedio natural de esta crisis. Los fracasos analíticos son menos perdonables si se tiene en cuenta que de todas maneras con el paso del tiempo sobreviene su normalización.
- La adolescencia es un estado *patológico normal*. Lo anormal sería escapar a ese estado, lo cual implicaría una detención del desarrollo que llevaría a una debilidad mental.
- La crisis de la adolescencia no se combate ni se cura ni se abrevia sino que se acepta y se acompaña. Son tantos los riesgos que ella entraña que, según él, “cierto número de esquizofrenias son la culminación de crisis de la adolescencia que han sido *impedidas*, no resueltas” [Mannoni-1984:20]. Lo más conveniente es que el analista adopte una actitud de prudencia porque no se sabe muy bien “si hay crisis de la adolescencia que son ya el comienzo de una enfermedad mental y otras que solamente se convierten en enfermedades mentales porque se las ha contrariado” [Mannoni-1984:23].
- El papel del analista es *afrentar* la crisis del adolescente, y esa actitud es muy diferente de “soportar pasivamente” o “reprimir ciegamente”. Esa también

debe ser la actitud que asuma la familia del adolescente y la sociedad en general. “Afrontar” los hechos es un signo de salud.

- Las soluciones administrativas o institucionales que a veces ofrece la sociedad para la crisis de la adolescencia no son convenientes, porque la sociedad misma *no es lo bastante sana*, es decir, sensata y por ese motivo las medidas a favor o en contra de los adolescentes no resuelven nada, por el contrario avivan su desconfianza.
- Winnicott supo sortear el hecho frecuente de recibir en análisis adolescentes por requerimiento de los padres, y ponía especial cuidado en no ser tomado por un aliado de la familia ni por el defensor de aquellos contra la autoridad parental. Además, trabajó por lo general con los padres de los jóvenes que atendía.
- En la experiencia clínica con adolescentes, Winnicott observó que ellos no aceptan nunca una solución falsa o que parezca serlo ni ningún tipo de componendas del ingenio de los padres.
- El espacio analítico es, en esencia, un espacio transicional, en donde reinan otros principios diferentes al de realidad, y allí el juego tiene una gran importancia.

Crítica de Mannoni a Winnicott: el problema de las identificaciones

En opinión de Mannoni, la concepción metapsicológica de la adolescencia no tiene mayores desarrollos de parte de Winnicott. Según éste, el yo debe hacer frente a “un nuevo impulso del ello”, de tal manera que la adolescencia repite o continúa la pubertad, pero, de acuerdo con Mannoni [-1984:21] la adolescencia no se puede explicar por lo que se conoce de la pubertad, ni tampoco resulta eficaz explicar la crisis de la adolescencia por medio del componente pulsional; considera que abordar la problemática de las identificaciones (tema de una gran complejidad y que es una de las falencias de la concepción winnicottiana) es la vía que la sitúa en el ámbito metapsicológico.

El fenómeno de las identificaciones ha sido abordado en múltiples ocasiones por teóricos que han hecho clasificaciones de los diferentes niveles en que se manifiesta, aunque sin profundizarlo demasiado. Se sabe que una de las competencias del yo es hacer identificaciones. Estas tienen efectos muy variados que, a juicio de Mannoni, no son exclusivamente negativos pues también hay algunos convenientes. Algunas de ellas, según el clásico planteamiento de Lacan tienen origen en el estadio del espejo, y son situadas como hechos especulares, del registro Imaginario. No obstante, según Mannoni, seguimos sin conocer muy bien las identificaciones y, más aún, mantenemos un vacío profundo en el empleo clínico de esas teorías, por

cuanto “[...] nadie es capaz de explicar cómo jugar prácticamente con las identificaciones de un paciente” [-1984:29].

Una de las consecuencias de “la oscuridad de los fenómenos de identificación es lo que hace difícil una teoría psicoanalítica de la adolescencia” [Mannoni-1984:26], máxime cuando aquellos se involucran tanto en ella. En efecto, en el proceso hacia la adultez, el adolescente tiene que deshacerse de las identificaciones pasadas, pues ya no es un niño y, aun cuando todavía no es un adulto, también tiene que hacerse a unas nuevas. Este relevo en las identificaciones conlleva una gran carga emocional dado que para el adolescente es muy difícil establecerse en una identificación consigo mismo que le resulte cómoda, sin antes pasar por el rodeo de las identificaciones con los demás. Al cambiar de identificaciones el adolescente “toma el aspecto de algo *prestado*” [Mannoni-1984:27] que se refleja en los gestos, la ropa que usa, los gustos, o también en las opiniones que expresa. Con todo, el sujeto no se *desembaraza* de sus objetos prestados cuando termina la adolescencia, aunque en cierto modo logra modificarlos, integrarlos, hacerlos suyos. Pero sobre cómo se llega a tal resolución al término de la adolescencia, considera Mannoni que todavía no hay claridad.

Sugerencia de intervención según Mannoni

Frente al interrogante de la analizabilidad de la adolescencia, Mannoni llega a la conclusión, en su comunicación, de que “frente a una crisis de la adolescencia [...] no poseemos ningún medio de intervenir en lo que es esencial: las elecciones en el campo de las identificaciones” [-1984:28]. Para esta esa evaluación pesimista, ve una posible salida en los aportes de Winnicott sobre la intervención lúdica, específicamente en el concepto de *espacio transicional* que proporciona el terreno de juego, el escenario del teatro en el cual se podrá construir la identificación lúdica que curará de la otra” [Mannoni-1984:32]. Sugiere entonces que el analista “puede ayudar a los adolescentes, [...], transformando las identificaciones de reales en lúdicas” [-1984:37], jugando con ellas “pero no de una manera muy explícita” [-1984:28]. Para lograrlo “es necesario cierto arte, cierto gusto por este género de juego [...]” [-1984:37] sin que aquel se ponga en ningún momento como modelo, sin que el adolescente se identifique demasiado con el personaje del analista, cuyo serio saber rechaza el joven.

7.2.3 Jean-Jacques RASSIAL

Aunque es cierto que Jacques Lacan no otorgó estatuto de concepto psicoanalítico al término *adolescencia*, es posible encontrar algunas pistas en su teorización que dan pie a pensar que le atribuyó una acepción particular.

En algunos de sus primeros escritos, por ejemplo, en “La agresividad en psicoanálisis” [1948c] Lacan usó la expresión “fases genéticas del individuo” para señalar aquellos momentos narcisistas particulares en la vida del ser humano. En

este mismo sentido consideró la existencia de una serie de “grandes fases” determinantes de la vida humana caracterizadas como momentos de “metamorfosis libidinales”: “destete, Edipo, pubertad, madurez, o maternidad o incluso, clímax involutivo”. Con esta aparente visión desarrollista, Lacan entendía la adolescencia y las otras fases, como un terreno fértil para la emergencia de una agresividad que, precisamente, “resulta de las regresiones, abortos y rechazos del desarrollo en el plano de la realización sexual del sujeto” [Lacan-1948c:83].

En “Introducción teórica de las funciones del psicoanálisis en criminología” [-1950a] se puede encontrar un comentario sobre la adolescencia, esta vez cuando Lacan aborda el tema de la “sucesión de crisis de la síntesis del yo”. En este pasaje recurre a la noción psicoanalítica de *identificación* para definir este momento como de alienación de las pulsiones o de “latencia pulsional”, que “se caracteriza por la dominación de una estructura típica de los objetos del deseo” [Lacan-1950a:47-48].

Posteriormente, en el *Seminario 4 La relación de objeto* [-1956g: sesión 01nov1956] vuelve sobre la cuestión de lo que significa un desenlace normal de la infancia o de la adolescencia, con el fin de criticar el paradigma desarrollista y biologicista, para referirse más bien a la constitución del ser-hablante en relación con el Otro. En el mismo orden de ideas, André Green, asistente al seminario, comenta en el *Seminario 14 La lógica del fantasma* [Lacan-1966k: sesión 14mar1967] lo que para él es la diferencia de la concepción desarrollista de Lacan, en contraste con otros planteamientos evolucionistas y/o biologicistas. Se tiene en cuenta que Lacan critica la concepción de una “pulsión genital”, en cuanto plano máximo al cual debe arribar un desarrollo psíquico normal. Puesto que lo pulsional genital es tan problemático como el resto de pulsiones parciales, entonces la adolescencia debe ser entendida como *un corte en el sujeto*, es decir, como un momento de pausa y de reordenamiento de la subjetividad.

Por consiguiente aunque Lacan afirmó que la adolescencia entra en una serie de momentos de *metamorfosis libidinal* y/o de *síntesis del yo*, parece que no desatendió las repercusiones que los cambios corporales de la pubertad causan en la subjetividad y, en especial, los efectos problemáticos que acarrea lo pulsional genital.

Algunos otros aspectos teóricos llevan a pensar que dentro de la enseñanza de Lacan la adolescencia era vista con cierta especificidad. Sinteticemos algunos de dichos aspectos:

La adolescencia es entendida como un nuevo movimiento de fragilidad narcisista en el cual, en razón de la regresión psíquica, se presenta la propensión a reactivar tendencias pulsionales, fantasías y recursos defensivos propios de fases anteriores del proceso de constitución subjetiva. En la adolescencia domina una estructura típica de los objetos de deseo. En ella se juega una forma de frustración o inhibición pulsional que permite dar cuenta, consecuentemente, de una transición identificatoria que pone en juego la consolidación simbólica del lugar del otro.

Al concebir a la pulsión genital como otra de las pulsiones parciales, no se piensa la adolescencia como un evento de realización sexual del sujeto ni mucho menos de normalización o de adaptación social de las tendencias pulsionales, sino como un momento de desencuentro entre el deseo y el ideal, que pone en tela de juicio la contención pulsional y que, por tanto, crea las condiciones para la emergencia de la agresividad.

Finalmente, la adolescencia no es vista como un período del desarrollo evolutivo sino como un momento del proceso de conformación psíquica en el cual se juega la operación simbólica de *corte* y de *reordenamiento* de la constitución de la subjetividad.

Cabe señalar que estas acepciones del término adolescencia en la enseñanza de Lacan, no corresponden a una teorización homogénea ni formalizada. De hecho, dentro del campo lacaniano la adolescencia sólo viene a asumir el estatuto de *objeto de estudio*, a fines del siglo XX; apenas una década después de la muerte de Lacan empiezan a aparecer algunos textos dedicados a la adolescencia.

En este sentido uno de los pocos psicoanalistas lacanianos que ha abordado teóricamente la adolescencia ha sido Jean-Jacques Rassial. A partir de su múltiple labor como profesor de Psicopatología en la Universidad de París XIII, así como psicoanalista miembro de la Asociación Freudiana Internacional y del Instituto de Psicoanálisis de la Adolescencia (París), ha podido obtener una amplia experiencia clínica en el tratamiento de adolescentes —en especial de los que parecen estar *suspendidos* en el cumplimiento de dicha operación psíquica— y plantear desarrollos conceptuales novedosos y polémicos, incluso dentro del propio ámbito lacaniano.

El principal texto de este autor sobre la adolescencia fue publicado originalmente en 1996, con el título: *El pasaje adolescente: de la familia al vínculo social* [Rassial-1996]. De él haremos referencia a dos capítulos de la primera parte (“La operación adolescente y el límite del niño al adulto” y “¿Una división del superyó?”) así como a la “Conclusión”.

Por otra parte, el libro *El sujeto en estado-límite* [Rassial-1999], aunque no aborda directamente el asunto de la adolescencia, hace constantemente referencia a la relación entre el estado de detención de la operación adolescente y el sujeto en estado-límite. En este sentido el subtítulo “La detención adolescente” [Rassial-1999; en el capítulo 11 de la cuarta parte] tiene la más directa relación con nuestra indagación.

Con base en sus estudios sobre las últimas teorizaciones de Jacques Lacan, en especial sobre la topología psíquica y sobre el *sinthôme*, pero además a partir de la lectura de otros autores psicoanalíticos clásicos (Sigmund Freud, Melanie Klein, Donald Winnicott, Balint) y otros un poco más contemporáneos (Françoise Dolto, Moses Laufer, Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, Philippe Gutton, Jean Laplanche, Jean Bergeret, André Green, Otto Kernberg, entre otros), Rassial consolida en 1999 su concepción de la *operación adolescente*, siempre en íntima

relación con la idea de una *avería transitoria* que experimenta el sujeto en este momento. Por lo tanto, puede decirse que su investigación sobre la adolescencia le sirvió para formalizar el asunto de la constitución subjetiva (la serie de estados del *sinthôme*) y el problema clínico del diagnóstico del *estado-límite*.

* * *

A continuación desglosaremos seis aspectos fundamentales bajo los que giran los desarrollos teóricos de Rassial. En los tres primeros subtítulos trataremos asuntos teórico-conceptuales, a saber: la especificidad de este objeto de estudio psicoanalítico, la definición de la *operación adolescente* y la descripción de las fases que la conforman, y la postura de Rassial respecto al debate clásico sobre el final de la adolescencia; en los últimos tres subtítulos abordaremos cuestiones clínicas de la adolescencia. Todos estos contenidos se encuentran tratados de manera transversal en los escritos referenciados.

La adolescencia como un problema específico del Psicoanálisis

Pese a toda la crisis que genera el pasaje adolescente, Rassial explicita que éste es “un momento estructurante” de la constitución subjetiva [Rassial-1993:39]. De la misma manera en que aísla ciertos rasgos particulares de los dos primeros momentos lógicos de operación del *Nombre-del-Padre* (en adelante: *N-del-P*), también plantea especificidades para esta tercera serie que él nombra como “operación adolescente” [Rassial-1993:41].

A este respecto propone, por ejemplo, que lo que se juega en este momento es la *validación / invalidación* de las dos primeras operaciones de inscripción del Otro, a saber, del Otro-arcaico que remite a la lengua materna de los tiempos de la oralidad y del Otro-de-la-ley que remite al lenguaje paterno de los tiempos edípicos. De manera similar, plantea como aspecto característico de la adolescencia el que se experimente la decepción o la desilusión ante la constatación de que las promesas edípicas son insostenibles en la realidad, de que el Otro está tachado y que no hay relación sexual, es decir, que no hay un tal goce pleno [Rassial-1996:193-195].

En síntesis, la adolescencia es planteada como “una operación lógica y psicológicamente necesaria” [Rassial-1996:190], puesto que se la entiende como un “momento lógico” de constitución de la subjetividad, que puede incluso presentarse de manera diferida respecto a la pubertad [Rassial-1996:197]. Por esta razón, según el autor, la adolescencia reúne los requisitos para ser considerada como un problema particular de la clínica y de la teorización psicoanalítica lacaniana [Rassial-1996:190].

La operación adolescente

En la perspectiva de Rassial “para el adolescente se trata [...] de refundar, bajo el golpe de real de la pubertad, lo simbólico como lugar de emergencia del sujeto y de validez del Otro, y lo imaginario en correspondencia con una imagen del cuerpo que ha quedado maltrecha” [Rassial-1999:154], es decir, se entienden las transformaciones pubertarias como una situación problemática que exige una “operación simbolígena” [Rassial-1996:192].

Con base en las ideas de Françoise Dolto sobre las “castraciones simbolígenas”, que esta autora considera como castraciones claves para la humanización, Rassial piensa la adolescencia como uno de los “momentos simbolígenos” en que se consolida sistemáticamente el “anclaje simbólico de un sujeto”, por medio de la conjugación de un acontecimiento real, de un inicial imaginario que lo intenta recubrir y de un orden simbólico que viene a inscribirlo en el lenguaje [Rassial-1996:192].

Si se quiere una definición práctica y sencilla del pasaje adolescente puede decirse que es un movimiento reorganizador que va “de la identificación restringida o familiar a la identificación general en lo social” [Rassial-1993:37]. Pasaje que, a su vez, se lleva a cabo a partir de múltiples operaciones, como por ejemplo:

- 1) el llamado de lo genital impone al yo una renuncia a la bisexuación y a la bisexualidad [Rassial-1999:159].
- 2) Para acceder genitualmente al Otro-sexo el adolescente debe apropiarse imaginariamente de los objetos pulsionales mirada y voz [Rassial-1993:37-8]
- 3) El sujeto “debe modificar el valor de la función del síntoma”, es decir, que del síntoma que él era en el deseo de los padres ha de pasar a la apropiación de su síntoma con un impulso intersubjetivo [Rassial-1993:38],
- 4) Rassial comenta que “el adolescente probará la eficacia del Nombre-del-Padre, más allá de la metáfora paterna” por lo cual “debe operar una validación de la operación infantil de inscripción o de forclusión del Nombre-del-Padre” [Rassial-1993:38 ; -1999: 159-60].

No obstante, el autor destaca el hecho de que esta travesía de la adolescencia no se da sin dificultades, puesto que dicha operación funda una posición “neo-depresiva” (retomando a M. Klein) en la cual “los referentes simbólicos y las construcciones imaginarias de la infancia son, en lo real, incapaces de evitar al sujeto su desamparo” [Rassial-1999:158].

Rassial retoma la diferencia planteada por P. Gutton entre momento *pubertario* y momento *adolescens*, para concebir el primero como “una exigencia yoica de reapropiación de un cuerpo extraño y amenazante”, y el segundo como una “exigencia de construcción de nuevos ideales” [Rassial-1996:192-3] o lo que él llama

una “puesta a prueba del superyó” [Rassial-1996:192-3; -1999:154]. El objetivo del primer momento de la operación adolescente, a partir de los cambios corporales que acompañan la pubertad y del *a posteriori* del estadio del espejo que se desencadena, consiste en que el adolescente se apropie de los objetos *mirada* y *voz* [Rassial-1996:193-4]. Razón por la cual se puede afirmar que en esta fase inicial hay una exigencia de re-elaboración del narcisismo primario, de la imagen ideal del yo y de los objetos pulsionales primarios. En este sentido, el primer momento se puede entender como un momento de transición identificatoria en el cual se busca dar consistencia simbólica al Otro-sexo [Rassial-1996:194].

El segundo momento de la operación adolescente se caracteriza por el “fallo [breakdown] del Otro”. Desde este punto de vista entonces “la adolescencia es ese tiempo de intervalo, largo o fugitivo, según los casos, en que el Otro tiene un fallo de consistencia imaginaria” dado que “el adolescente se encuentra desbordado por su cuerpo púber, decepcionado hasta la depresión por el engaño edípico, y desorientado por este desconcierto de las figuras del Otro” [Rassial-1996:194]. Es en este sentido que Rassial habla de la adolescencia como una “puesta a prueba del superyó”, planteada por la separación del discurso parental y el discurso del Amo (que eventualmente podría llevar amarrados los Ns-del-P o los significantes que permitan representar al sujeto en lo social). Lo cual da lugar a un *conflicto de valores* “siempre problemático, quizás patológico, bajo el cual “el adolescente sufrirá las contradicciones entre esos dos discursos, en el momento en que su trabajo psíquico le impone un trabajo crítico” ” [Rassial-1995:52].

En ese sentido, Rassial menciona que si bien la “metáfora paterna” le sirve al niño en el Edipo para “reducir el campo del Otro” y para “reordenar su registro simbólico” [-1996:196], en la adolescencia esta inscripción se ve sometida a la operación de validación del *N-del-P* más allá de la metáfora paterna que encarnó en la infancia¹⁴⁷; en palabras de Rassial: “allí donde valía el discurso del padre prevalecerá un discurso del amo que marcará ciertamente una socialización” [-1996:197]. Por lo tanto, hablamos de una operación de *validación* o de *invalidación* de la primera operación edípica del *N-del-P*, es decir, de inscripción o de forclusión del lugar simbólico del Otro [-1996:198].

Sobre la cuestión del final de la adolescencia

¹⁴⁷ Razón por la cual es válido sostener que Rassial no recurre a la noción *Nombre-del-Padre* para reducirla mecánicamente al mero apellido paterno. Por el contrario, él la entiende como una operación lógica que tiene como función el “ordenamiento de la cadena signifiante”, es decir, una operación que le permite al sujeto salir de la alienación al Otro-materno de la lengua para inscribirse en el Otro-paterno del lenguaje [Rassial-1996:195].

Aunque, al igual que Lacan, Rassial no maneja una acepción evolucionista, ni mucho menos adaptacionista de la adolescencia, en algunos pasajes él sostiene que

“lo que marca el fin de la adolescencia es a la vez una modificación del síntoma y su nueva función, la de transformarse en uno de los Nombres-del-Padre, un Nombre-del-Padre apto para permitir una validación de la operación de inscripción o de forclusión más allá de la metáfora paterna” [Rassial-1996:198].

Precisamente es el mantenimiento de la *imposibilidad* de construirse un *sinthôme*, o de responder de alguna manera a la exigencia de simbolización que plantea la adolescencia, lo que caracteriza a los sujetos en estado-límite. Ellos dan cuenta de ese estado de *suspense* en el paso por la operación adolescente “reactivando los riesgos depresivos de la fase autística y los ansiosos de la fase fóbica” [Rassial-1999:160 fr:167]. En ese sentido, lo que puede prolongar la adolescencia se juega en una sumatoria de elementos contingentes (como el tipo de padre biológico), subjetivos (como la historia y los antecedentes personales) y colectivos (como el discurso social de turno) que se refuerzan con: 1) el golpe de real que es la pubertad 2) algunas dificultades para la reconstrucción imaginaria y 3) con la cualidad del *N-del-P* que permite producir o no el *sinthôme* en su lugar [Rassial-1999:160-1].

La prelación de la noción “estado” sobre las formas de diagnóstico estructural

Para pasar a analizar las cuestiones clínicas de la adolescencia, la concepción sobre la psicopatología adolescente y las particularidades que impone la adolescencia al análisis de dichos sujetos, tal como las concibe Rassial, es necesario comprender los cimientos epistemológicos del autor y su posición respecto al procedimiento clínico psicoanalítico.

La propuesta teórica de Rassial en su texto *El sujeto en estado límite* está marcada por el uso del concepto de “estado” más que el de “estructura” [-1999:141-2]. Se basa ampliamente en el punto de vista psicogenético, en la medida en que aclara que los estados-límite, que se pueden presentar en la adolescencia o en otros momentos de la vida, tienen sus antecedentes en fallas parciales acontecidas durante las dos primeras fases de la constitución subjetiva (en la oralidad y en el Edipo) [Rassial-1999:154].

Esto le permite tomar una vía independiente, diferente a tres vías recurrentes: se aparta del diagnóstico estructural en el que el estado límite se tiene a ubicar entre la perversión y la psicosis; de igual manera se aparta del diagnóstico semiológico-psiquiátrico dado que la sintomatología de la adolescencia al igual que la del estado-límite no es patognomónica respecto a determinados trastornos, e igualmente se separa del diagnóstico *psicodinámico*, que podría llevar a considerar el estado-límite como un fenómeno dependiente del momento evolutivo en que surge o bien llevar a

formular una “cuarta estructura clínica” —tal como lo propuso Jean Bergeret [Rassial-1999:147-50].

Su abordaje entonces, como ya dijimos, es psicogenético, pero su punto de vista es el de la constitución de la subjetividad, es decir, el mismo punto de vista que, en Lacan, conduce al análisis del *proceso de constitución del sinthôme* [Rassial-1999:141,146]. No obstante, para Rassial, el proceso de constitución del sinthôme es autónomo respecto a la constitución de la estructura [-1999:151]. De allí que afirme que “si el sinthôme es uno de los nombres del padre, [...] esta constitución del sinthôme puede ser considerada como una serie de operaciones del Nombre-del-Padre” [-1999: 151-2]. Precisamente, la adolescencia cobra importancia a este respecto dado que es considerada como uno de los momentos lógicos (el tercero) de esta *serie de operaciones del N-del-P* [Rassial-1999:153-4].

Si bien Rassial da cuenta del proceso de constitución subjetiva a partir de la serie de momentos lógicos de la operación *N-del-P*, su posición no es ortodoxa ni purista. Tal como él mismo lo enuncia: “el anclaje simbólico del sujeto está en sí mismo sujeto a determinaciones reales e imaginarias que no están dadas de un golpe, de una vez por todas” [-1996:192]. Por la cual, en razón de la operación adolescente, puede ocurrir la confirmación de la estructura infantil, o pueden presentarse cambios de estructura [Rassial-1993:40], o incluso generarse cuadros clínicos en los cuales la estructura se muestra como *suspendida* en una difusa gama de rasgos clínicos que impiden el diagnóstico diferencial (es decir, un estado-límite) [Rassial-1993:40-1]. En este sentido Rassial concibe que, a raíz de las múltiples vicisitudes de la operación adolescente, la estructura clínica puede confundirse, enmascararse, disfrazarse e incluso variar [-1999:154].

La elección de la noción “estado”, por encima de las de “estructura”, “trastorno” o “conflicto evolutivo”, le permite a Rassial afirmar que “si el estado-límite es un estado del sinthôme, cualquiera puede pasar por un estado-límite según las circunstancias de su vida” [-1999:151-152]. De esta forma, diferencia el *breakdown* como *detención definitiva*, tal como sucede en la psicosis¹⁴⁸, del *panne* [en francés] que indica un “estar a la deriva, sin el control de la navegación y con riesgo de hundimiento” [Rassial-1999:158].

La psicosis surge en la adolescencia cuando definitivamente no se puede establecer la diferencia simbólica entre los sexos [Rassial-1996:194]. Razón por la cual sostiene que

“es necesario señalar, y ello es importante en particular en la clínica del adolescente, que la forclusión no es específica de la psicosis más que al recaer electivamente sobre el Nombre-del-Padre. Así, podríamos decir que hay en las neurosis otra forclusión que recae sobre el significante de la relación sexual” [Rassial-1996:196].

Análogamente, diferencia el *estado-límite* de la perversión, en la medida en que en esta última se presenta la inscripción del N-del-P (así sea en conflicto con el Otro-arcaico materno), mientras que en el *estado-límite* se evidencia una “avería del superyó”, que se traduce semiológicamente en conductas y pensamientos en los que el sujeto no es capaz de diferenciar entre pares antitéticos como: amor-odio, bueno-malo, prohibido-permitido, adentro-fuera, real-realidad [Rassial-1993:37;-1999:158].

La psicopatología adolescente y su relación con el estado-límite

Llama la atención que Rassial haya iniciado su escrito central sobre la adolescencia (“La operación adolescente...”) retomando el problema psicoanalítico de “los casos límite” [Rassial-1993:35]. Describe estos cuadros como aquellos

“en los que domina la incertidumbre del analista, aquellos en los que el poliformismo sintomático enmascaraba la estructura neurótica detrás de la locura de la conducta y del pensamiento, aquellos en los que algún apoyo familiar o social evitaba un derrumbe psicótico que sólo puede tener lugar si la regla fundamental es enunciada, y aquellos que indican que la estructura perversa no es patognomónica y puede ir a la par con una conducta de apariencia neurótica o psicótica” [Rassial-1993:36].

Comenta estos casos para sostener que “son numerosos los analistas que han constatado la proximidad fenomenológica entre los casos límite y las patologías adolescentes” [Rassial-1993:36]. Por lo tanto, esta evidencia clínica le sirve de argumento para plantear su tesis central, a saber, que “es la necesidad de la operación adolescente la que permite comprender la etiología de los estados límite” [Rassial-1993:36].

De esta forma, recurre al significativo *breakdown* (planteado por Winnicott y retomado por M. Laufer y P. Gutton) para relacionar la psicopatología adolescente con la del estado-límite, dado que este momento “si no es confrontación con una avería, sí lo es con un riesgo de avería” [Rassial-1993:36] debido al *a posteriori* de las operaciones fundadoras de la subjetividad. En ese sentido usa el término anglosajón como metáfora de una *avería transitoria* que puede o no dar lugar a una falla definitiva y que puede dar lugar a particulares intentos defensivos [Rassial-1993:36-7; -1999:157-158].

Tres pueden ser las vicisitudes de la puesta a prueba de la inscripción del *N-del-P* en la adolescencia: 1) su *inscripción*, que daría paso clínicamente a la neurosis o a la perversión, 2) su *supresión* o *forclusión* que conllevaría a la psicosis y 3) el *suspense* o la *detención* de la elección entre inscripción o forclusión, lo cual caracteriza al sujeto en estado-límite [Rassial-1996:195]. Por lo tanto, el autor concluirá que dicha

“validación, o invalidación [de la inscripción o de la forclusión edípica del *N-del-P*], puede, o bien tener lugar de golpe, o bien exigir un proceso durante el cual diversos intentos pondrán al adolescente en proximidad con las diversas

estructuras clínicas posibles, o bien ser diferida [...] el mayor tiempo posible, lo que en mi parecer [dice Rassial] permitiría dar cuenta de los casos que se presentan como “límites”, y que no podemos reducir a lo que sería una confusión clínica del analista” [-1996:198].

En ese sentido, en la adolescencia pueden presentarse unos momentos “próximos al estado-límite”. Según Rassial “la adolescencia incluye una o más faces de incertidumbre narcisista y simbólica [...] momentos en los que el adolescente parece detenido en el proceso que debe desembocar en la operación adolescente de refundación identitaria” [-1999:160]. En esos momentos “puede desarrollarse toda una patología cuyos signos clínicos son similares a los llamados borderline, psicopatías, psicosis blancas, patologías narcisistas” [Rassial-1999:##]. Frente a esta situación el autor concluye que “la detención [panne] es un accidente necesario, estructurante, de mayor o menor intensidad pero que la operación adolescente repara, lo cual dificulta el diagnóstico diferencial sobre lo que se da en llamar crisis de adolescencia” [Rassial-1999:160].

Al igual que el sujeto en estado-límite, al llevar a cabo la operación adolescente, el sujeto se enfrenta a una validación que no se da sin dificultades, lo cual permite el surgimiento de “patologías transitorias, que en tanto tales, no dicen nada de la estructura pero señalan el proceso adolescente” [Rassial-1993:38]. De esta manera, el estado límite se relaciona con la adolescencia en la medida en que el “aplazamiento” o lo “diferido” de esta operación de validación es “lo que organiza” dichos estados del *sinthôme* [Rassial-1993:38].

Rassial comenta algunos casos que ilustran la dificultad para llevar a cabo la tercera operación de inscripción del Otro. En estos casos de adolescentes hijos de padres inmigrantes (en Francia), de adolescentes adoptados y de otros jóvenes, “la novela familiar se engancha sobre la realidad” [Rassial-1993:40].

La condición *transitoria* que Rassial le asigna a la *psicopatología límite o difusa de la adolescencia*, es descrita del siguiente modo:

“durante un tiempo más o menos largo, más o menos posible, momento de incertidumbre y quizás de locura, el Otro, el lugar del Otro, queda vacío, lo que se marca de manera privilegiada por un replanteo de los valores que han perdido sus fundamentos”[Rassial-1996:40],

Esta condición se puede manifestar clínicamente en depresiones profundas o en episodios maníacos que *compensan* al sujeto por medio del retorno de defensas propias del narcisismo primario, como ocurre en las psicopatías y en las toxicomanías [Rassial-1993:40].

En los casos en que verídicamente se constata una falla en la tercera operación del N-del-P es posible determinar la cristalización de *forclusiones parciales* acontecidas en las dos primeras series de momentos lógicos de constitución del *sinthôme*, lo cual

se manifiesta clínicamente en “conductas cíclicas de tonalidad maniáco-depresiva” las cuales son entendidas por Rassial como ensayos fracasados de entrar en un mundo adulto y, al mismo tiempo, de “retornar al re-aseguramiento infantil” lo cual crea una “situación inestable” en la cual el sujeto oscila entre periodos de internamiento y tiempos de remisión de sus sintomatología en los cuales pasa a ser nuevamente cuidado por su familia [Rassial-1999:160-1].

Análisis de adolescentes y de sujetos en estado-límite

Al finalizar la exposición de su concepción de la operación adolescente, Rassial sostiene: “que el análisis de los estados-límite supone una reelaboración de la operación adolescente, con el riesgo de dejar que el sujeto encuentre todos los callejones sin salida del proceso adolescente” [Rassial-1993:41]. Esta idea que resume la tesis central de sus desarrollos, permite hacer una equiparación de la posición clínica en el análisis de sujetos adolescentes con la posición clínica en el análisis de sujetos en estado-límite.

Para Rassial la adolescencia y el estado-límite remiten a “una entidad [diagnóstica] específica” que impone particularidades al ejercicio de la cura [Rassial-1996:191]. Lo específico de la psicopatología adolescente es que permite dar cuenta de mutaciones en las estructuras clínicas, puesto que “al considerar todas las combinaciones entre la primera operación [*N-del-P*] (inscripción o forclusión) y la segunda (validación o invalidación), podríamos concebir una clínica específica de la adolescencia... [De esta clínica] no estarían excluidas posibilidades, ciertamente raras, de cambio de estructura de la neurosis a la psicosis, de la psicosis a la neurosis, como sería pensable una resolución perversa de la neurosis o de la psicosis, entonces “infantiles”” [Rassial-1996:198].

Respecto a la particularidad de la dirección de la cura en los casos de sujetos adolescentes y de sujetos en estado-límite, Rassial dice que éste es “un recorrido en alguna medida inverso al denominado clásico. En efecto, no es el análisis del fantasma [...] sino que es un trabajo previo sobre la cualidad del Otro el que permite, en un segundo tiempo, que el fantasma sea el eje de la cura. En otros términos, es un análisis de la transferencia el que autoriza un análisis del fantasma”, a la inversa del análisis de sujetos neuróticos adultos [Rassial-1993:41].

De esta forma, la “especificidad clínica” que propone Rassial, la cual tiene en cuenta un tiempo previo de “análisis de la transferencia [...] necesario para el análisis del fantasma [sic]” [-1996:199], es una propuesta clínica que se sostiene -principalmente- sobre los planteamientos teóricos de Lacan acerca del Sinthôme en Joyce [Rassial-1996:198]. Al mismo tiempo es una consideración que retoma ciertas pautas clínicas clásicas, aunque no de manera explícita, expuestas por autores como A. Aichhorn, A. Freud, K. Friedlander, D. Winicott y K. Eissler, los esposos Laufer, Peter Blos, Otto Kernberg, Claude Balier, entre otros, quienes han destacado por una parte la necesidad de un primer tiempo de creación y de mantenimiento de una relación terapéutica positiva y a toda prueba de las fluctuaciones clínicas y transferenciales

del sujeto adolescente, al igual que por otra parte, lo han aconsejado para el trabajo clínico con sujetos disociales, adolescentes que presentan comportamiento disruptivo, sujetos criminales, antisociales, perversos, narcisistas e incluso con personalidad borderline.

Finalmente, dentro de las particularidades de esta clínica, Rassial menciona la necesidad de tener en cuenta ciertas condiciones subjetivas y una formación clínica especial para llevar a cabo la labor de analista de adolescentes y de sujetos en estado-límite, dado que éstos deben tener “aptitud para soportar la depresión” y la imposibilidad de establecer el dispositivo clínico de manera ortodoxa, es decir, este trabajo requiere una “particular competencia para seguir a ciertos sujetos en su deriva y escuchar allí una verdad de cada uno” [Rassial-1993:41].

8. LATINOAMÉRICA: ALGUNAS CORRIENTES REPLICADAS

Algunos analistas también emigraron a Suramérica, como Marie Langer (1910-1988), quien a causa del franquismo tuvo que volver a expatriarse de España, en donde se había refugiado del nazismo, e instalarse en Argentina. En este país se asoció con los pioneros locales, tales como Angel Garma, Ernesto Cárcamo, Enrique Pichon-Riviere, Arminda Aberastury. La *Asociación Psicoanalítica Argentina*, creada en 1942, ha estado a la cabeza de un enorme desarrollo del psicoanálisis, único en Suramérica y el mundo; abierto inicialmente al kleinismo y más recientemente al lacanismo.

Recíprocamente, la emigración de los argentinos a otros países, a raíz de la dictadura militar, removi6 y renov6 los movimientos psicoanalíticos, incluyendo a España.

A Brasil también emigr6 Akehkeid Kock, analizado en Berlín por Otto Fenichel, y se integr6 al terreno que Francisco Franco da Rocha ya había preparado en dicho país para el psicoanálisis.

8.1 Pioneros en Argentina: **KNOBEL & ABERASTURY**

Sobre la adolescencia, en Argentina, se hicieron sentir las voces de Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, entre otros, con su idea de una "adolescencia normal" que comportaría el duelo de tres aspectos de la infancia.

"La negra", como se apodaba a la doctora Aberastury (1910-1972), se convierte en portavoz de las ideas de Melanie Klein, con quien mantenía correspondencia, a quien visita en Londres en 1952 y de quien traduce "El psicoanálisis de niños". Se integr6 al grupo formado en Buenos Aires por Arnaldo Rascovsky, Ángel Garma, Marie Langer y Celes Cárcamo. Cinco años más tarde recibió su formación didáctica con Garma y se convirtió en una de las principales figuras de la Asociación.

Mauricio Knobel, se reconoce como uno de los iniciadores de la aplicación del enfoque psicoanalítico al tratamiento de niños y adolescentes en Argentina y catedrático de Psiquiatría y de Psicología evolutiva en las facultades de Medicina y Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A través de su labor, defini6 conceptos del tratamiento de niños y adolescentes, fue presidente de la Sociedad Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y de la Adolescencia, y director del Instituto de Orientación Familiar de Buenos Aires. Su labor y su visión específicas sobre la adolescencia comienzan a traducirse te6ricamente a partir de los trabajos en los grupos de estudio para el Primer Congreso Interno de la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1964. Producto de esta labor es el libro *La adolescencia normal* [-1970].

Este texto, editado bajo la dirección de Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, y con el acompañamiento de otros psicoanalistas como Gela Rosenthal, Adolfo Dornbusch, Nestor Goldstein y Eduardo Salas, propone una forma de comprensión de los procesos que se viven en la adolescencia. En él se plantea a la adolescencia como la elaboración de múltiples duelos, con unas particularidades que constituyen un síndrome normal del desarrollo; se la pone en paralelo fenomenológico y defensivo con la psicopatía y se formulan otras de sus especificidades a nivel psíquico, familiar y social.

Dentro de los aspectos generales de la adolescencia, los autores señalan la presencia de una angustia vinculada al trastorno en la percepción del curso del tiempo, que se expresa en la necesidad de precipitar las experiencias o demorarlas. Esto impulsa al adolescente en ocasiones a iniciar precozmente su vida genital antes de haber elaborado su identidad sexual, como si no pudiera esperar a que ésta llegue [Aberastury-&-al-1970b: 138-139]. A esta crisis de temporalidad le pueden seguir sentimientos de impotencia absoluta, pero en el “adolescente normal” es sustituida por el juicio de realidad, la aceptación del transcurso del tiempo y el concepto de la muerte como proceso irreversible y natural dentro del desarrollo [Rosenthal & Knobel-1970:152].

Otro punto común mencionado es el de las continuas fluctuaciones polares entre: la dependencia y la independencia, el refugio en la fantasía y el afán de crecimiento, los logros adultos y el refugio en logros infantiles [Aberastury-&-al-1970b:118], lo que hace de este momento, una época de contradicciones, confusiones, ambivalencias, y fricciones a nivel familiar y social [Aberastury-1970a:15-16].

Esta concepción está marcada también por el uso de un concepto de linealidad causal mediante el cual se ligan los eventos de la infancia con la forma como se viven los procesos de la adolescencia. En este sentido la calidad del proceso de maduración de los primeros años va a determinar la intensidad y gravedad de los conflictos de la adolescencia y la forma de contacto con los adultos [Aberastury-1970a:25-28]. “El mundo interno construido con las imagos paternas será el puente a través del cual elegirá y recibirá los estímulos para su nueva identidad”, y “un mundo interno bueno, buenas imagos paternas, ayudan a elaborar la crisis de adolescencia tanto como las condiciones externas conflictivas y necesarias durante este período” [Aberastury-&-al-1970b:111].

8.1.1 La adolescencia como elaboración de duelos

Entender la adolescencia en analogía con el proceso de elaboración de duelo, no es una idea trabajada por primera vez por estos autores, pues ya Anna Freud [-1957:172] había propuesto esta semejanza. Aun así, estos psicoanalistas argentinos son los que trabajan con más profundidad la idea, al entender la adolescencia como la pérdida de las condiciones de la niñez, como la elaboración lenta de diferentes duelos (el del cuerpo infantil, el de la identidad y el de los padres de la infancia), todo

lo cual implica adoptar una nueva forma de relacionarse con el mundo [Aberastury-1970a:15].

El adolescente ve las modificaciones corporales incontrolables y los imperativos del mundo externo como una invasión [Aberastury-&-al-1970b:110-111], y necesita “tomarse su tiempo” para elaborar los duelos lentamente. “ [...]...*Ninguna premura interna o externa favorece esta labor, pues como toda elaboración de duelo, exige tiempo para ser una verdadera elaboración y no tomar las características de una negación maníaca*” [Aberastury-&-al-1970b:111-116]. A esto se agrega la dificultad del adulto para aceptar la maduración intelectual y sexual del niño, que puede propiciar una pseudo “moratoria social” [Aberastury-1970a:27-28].

En primer lugar y de forma privilegiada se menciona el *duelo por el cuerpo*. Se considera que a partir de las modificaciones corporales (una voluntad biológica) se desatan los demás cambios de la adolescencia; “*la problemática del adolescente comienza con los cambios corporales, con la definición de su rol en la procreación y se sigue con cambios psicológicos*” [Aberastury-1970a:21-22; véase también: Aberastury-&-al-1970b:110; Rosenthal & Knobel-1970:143]. El niño y sus padres deben aceptar la prueba de realidad de que el cuerpo infantil está perdiéndose para siempre [Aberastury-1970a:21].

Este duelo se concibe de manera doble: por un lado se pierde el cuerpo de niño ante la aparición de los caracteres sexuales secundarios; y en segunda instancia, se da la necesidad de elegir un rol sexual (renunciar a la bisexualidad) con la aparición de la menstruación en la niña y del semen en el varón [Aberastury-1970a:16-17; Aberastury-&-al-1970b:112]. Se asocia a esta tarea la actividad masturbatoria intensa. Ésta “surge no sólo como un intento de descargar las tensiones genitales, sino también para negar omnipotentemente que se dispone de un solo sexo y que para la unión se necesita de la otra parte”, y puede generar un remanente de angustia [Aberastury-&-al-1970b:112]. En el nivel del pensamiento este duelo se caracteriza por la tendencia al manejo omnipotente de las ideas frente al fracaso en el manejo de la realidad externa [Rosenthal & Knobel-1970:143-145].

El proceso de crecimiento implica al yo y al mundo externo. Los desniveles entre el crecimiento del cuerpo y su aceptación psicológica son mayores cuando aquel cambia rápidamente, con lo cual se incrementa la angustia paranoide de ser invadido [Aberastury-&-al-1970b:114].

El duelo por el cuerpo movilizará la búsqueda de una nueva identidad. Ésta comienza a surgir sólo en el momento en que el adolescente es capaz de reconocer sus aspectos de niño y de adulto, y a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo[[Aberastury-1970a:17 ; Aberastury-&-al-1970b:115].

El sujeto obligado a abandonar la identidad y los roles que caracterizaron su estatus dependiente de niño, se ve introducido en el *duelo por la identidad*, el cual incluye al cuerpo, la mente y las relaciones de objeto infantiles [Aberastury-&-al-1970c:128; Rosenthal & Knobel-1970:145]. Este duelo es un proceso largo de búsqueda que

ocupa gran parte de la energía del adolescente en el plano consciente e inconsciente [Aberastury-1970a:16-17]. En este proceso se dan continuas fluctuaciones y se experimentan cambios bruscos, en el que se siente un aislamiento con el medio [Aberastury-1970a:16-19].

Uno de los niveles de este “duelo de la identidad infantil” lo constituyen las nuevas e inminentes identificaciones e ideologías, que van a hacer parte del nuevo sistema de valores de la adultez. En el adolescente existe una multiplicidad de identificaciones, no sedimentadas, contemporáneas y contradictorias, porque no se ha podido sintetizar ni renunciar a ciertos aspectos del sí mismo [Aberastury-1970a:18-19; Aberastury-&-al-1970b:117]. En la adquisición de la identidad adulta se sustituye la ideología infantil de la relación con los padres y surge la propia ideología [Aberastury-&-al-1970c:139]. La identidad lograda al final de la adolescencia, se relaciona con las identificaciones del pasado, incluye todas las del presente y también los ideales [Aberastury-&-al-1970b:124-125].

Por esta razón, el adolescente necesita aferrarse a un sistema de teorías e ideas que le permita descargar los montos de ansiedad frente a los impulsos a desprenderse y a mantenerse ligado [Aberastury-1970a:24-28]. La ideología es necesaria al yo adolescente para integrarse en el mundo del adulto; ella constituye una forma de separación de los padres [Aberastury-1970a:22]. Aunque algunas fluctuaciones ideológicas adquieren un carácter defensivo, los cambios rápidos de ideología son normales en el desarrollo y sólo a través de ellos se llega a una identidad [Aberastury-&-al-1970b:117].

El adolescente delega en el grupo gran parte de sus atributos, y en los padres, la mayoría de las obligaciones y responsabilidades (mecanismo esquizoideo). De este modo su propia personalidad queda fuera del proceso de pensamiento y recurre a un manejo omnipotente que explica su irresponsabilidad y su “falta de carácter”. Así, *“el pensamiento comienza a funcionar de acuerdo con las características grupales, que le permiten una mayor estabilidad a través del apoyo y del agrandamiento que significa el yo de los demás, con el que el sujeto se identifica”* [Rosenthal & Knobel-1970:146-147].

Además de los dos duelos anteriores se presenta también en la adolescencia el *duelo por los padres de la infancia*. Éste se expresa en la desconfianza y en la idea de no ser comprendido, en el desprecio del adolescente por el mundo adulto, el cual opera como una defensa para eludir la depresión por el desprendimiento de sus partes infantiles. . . Como la desidealización de las figuras parentales lo sume en un profundo desamparo [Aberastury-1970a:21], generalmente, “la rebeldía frente a los padres es posible sólo cuando fluctúan con el sometimiento a otras figuras que los reemplacen” [Aberastury-&-al-1970b:119].

Este duelo se dará en dos direcciones: por un lado el joven renuncia a la dependencia y por otro, los padres tienen que elaborar la pérdida de la relación de sometimiento infantil de sus hijos. Por esta razón se hace común en el pensamiento

adolescente la contradicción entre la pseudo-independencia y la dependencia, la cual complejiza el manejo de las relaciones objetales parentales internalizadas y rompe la comunicación con los padres reales externos. Las figuras idealizadas sustituyen a los padres del adolescente y éste se refugia en un mundo que le permite proyectar a otros la imagen paterna idealizada [Rosenthal & Knobel-1970:146-147].

8.1.2 La adolescencia normal

Será Mauricio Knobel quien aportará las apreciaciones sobre “la adolescencia normal” partiendo del supuesto de que la adolescencia no se reduce a un fenómeno sociocultural, sino que detrás de ella hay unas bases psico-biológicas que le dan características universales [Knobel-1970:35-36]. Además, considera que para estudiarla, es importante no abstraerla del continuum o del proceso evolutivo [Knobel-1970:39].

Concibe la adolescencia como

“la etapa de la vida durante la cual el individuo busca establecer su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales-parentales internalizadas y verificando la realidad que el medio social le ofrece, mediante el uso de los elementos biofísicos en desarrollo a su disposición y que a su vez tienden a la estabilidad de la personalidad en un plano genital, lo que sólo es posible si se hace el duelo por la identidad infantil” [Knobel-1970:39-40].

Según él dicha “estabilización [...] no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta ‘patológica’ ” que se debe considerar inherente a la evolución *normal* de esta etapa de la vida [Knobel-1970:40]. En este contexto, la *normalidad*, que

“se establece sobre las pautas de adaptación al medio, no significa sometimiento al mismo, sino más bien la capacidad de utilizar los dispositivos existentes para el logro de las satisfacciones básicas del individuo en una interacción permanente que busca modificar lo displacentero o lo inútil a través del logro de sustituciones para el individuo y la comunidad” [Knobel-1970:21].

Aunque recalca la idea de Anna Freud según la cual el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia no es fácil de definir, considera que en esta edad se puede hablar de una “patología normal” del adolescente, porque los procesos de duelo que se viven “obligan a actuaciones que tienen características defensivas, de tipo psicopático, fóbico o contrafóbico, maniaco o esquizoparanoide, según el individuo y sus circunstancias” [Knobel-1970:42]. Esta entidad semi-patológica, nombrada por el autor como el “síndrome normal de la adolescencia”, está conformada por 10 rasgos: 1) la búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) la tendencia grupal; 3) la necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) las crisis religiosas (desde el ateísmo intransigente hasta el misticismo fervoroso); 5) la desubicación temporal (el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario); 6) la evolución sexual manifiesta (desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad genital

adultas); 7) la actitud social reivindicatoria con tendencias anti- o asociales de diversa intensidad; 8) contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, dominada por la acción; 9) una separación progresiva de los padres, y 10) las constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Con relación al primero de estos rasgos, *la búsqueda de sí mismo y de la identidad*, se considera que en el logro de la identidad adulta, los cambios físicos que permiten el uso de la genitalidad en la procreación son hechos “biopsicodinámicos” que modifican de manera esencial dicho proceso y determinan la turbulencia e inestabilidad de la identidad adolescente. En la adolescencia se logra la entidad yoica (Erikson) o autocognición (Nixon). Knobel adopta este último concepto que relaciona con el sí mismo (self), que considera como “el símbolo que cada uno posee de su propio organismo” [Knobel-1970:46-47]. A su juicio el psicoanálisis confirma la idea de Sherif y Sherif, según la cual el logro del auto-concepto constituye el Yo, pero por otro lado acepta que “es necesario integrar todo lo pasado, lo experimentado, lo internalizado (y también lo desechado) con las exigencias del medio y con las urgencias instintivas”, en la búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad [Knobel-1970:50].

En la búsqueda de identidad, el adolescente echa mano de diversos recursos como: la uniformidad, la identificación masiva, la consecución de identidades “negativas”, la pseudo-identidad o la adhesión defensiva a ideologías [Knobel-1970:51-53]. Knobel encuentra en esta edad diferentes tipos de identidades, como las transitorias (durante cierto período), las ocasionales (frente a situaciones nuevas) o las circunstanciales [Knobel-1970:53-54]. Considera también, desde una perspectiva evolutiva, que los procesos de identificación de la infancia permiten una mejor elaboración de las situaciones cambiantes, pues la búsqueda de identidad, aún en el duelo, no se desliga de los padres internalizados de la infancia [Knobel-1970:55-58].

La tendencia grupal, otra de las características del síndrome, surge de la mano del comportamiento defensivo de la búsqueda de uniformidad, que proporciona seguridad y estima personal. En razón de dicha tendencia el individuo a esta edad pertenece más al grupo de coetáneos que al grupo familiar [Knobel-1970:59-60]. Las actuaciones del grupo representan la oposición a las figuras parentales y una manera activa de determinar una identidad distinta a la del medio familiar. El fenómeno grupal adquiere una gran importancia ya que se transfiere a él gran parte de la dependencia (refuerza la identidad) que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y se constituye en una transición necesaria para lograr la individuación adulta [Knobel-1970:60]. Por esto último, el grupo le proporciona al adolescente un líder que sustituye al poder paterno y que le facilita la conducta psicopática temporalmente normal, como el acting-out motor y afectivo [Knobel-1970:61-63].

Por otra parte, las *necesidades de intelectualizar y fantasear* son vistas también por el autor como formas típicas del pensamiento adolescente, y pueden ser consideradas como mecanismos defensivos, en su expresión fenoménica, como una salida a la vivencia de fracaso o de impotencia frente a la realidad externa y como un

refugio interior frente a las situaciones de pérdida dolorosa [Knobel-1970:63-64]. Esta huida hacia el mundo interior permite un reajuste emocional, un autismo positivo, que se manifiesta en la preocupación por principios éticos, filosóficos, sociales, que implican formularse un plan de vida muy distinto al que se tenía hasta el momento y que permite la teorización acerca de grandes reformas que pueden ocurrir en el mundo exterior. El mundo exterior se va diferenciando cada vez más del mundo interno, lo que sirve también para defenderse de los cambios incontrolables de este último y del propio cuerpo [Knobel-1970:65].

Otra de las manifestaciones del síndrome es *la crisis religiosa*, la cual puede comprender desde un ateísmo exacerbado hasta un misticismo fervoroso. Estas situaciones extremas, pueden en ocasiones presentarse en un mismo adolescente dada la condición cambiante de su mundo interno. Al intentar responder a la pregunta “quién es?”, el adolescente arriba a preocupaciones metafísicas que emergen con gran intensidad. Estas crisis responden a los intentos de solución de la angustia que vive el yo en su búsqueda de identificaciones positivas y en su enfrentamiento con la posibilidad la muerte y con la separación definitiva (muerte) de los padres. La figura de una divinidad puede representar para el adolescente una salida mágica para hacer identificaciones proyectivas con imágenes muy idealizadas, que le aseguren la continuidad de la existencia de sí mismo y de sus padres infantiles. De igual manera, el refugio en una actitud nihilista, presente cuando las situaciones de frustración son muy intensas y las vivencias de pérdida penosas, puede ser también una actitud compensadora y defensiva, [Knobel-1970:66-67].

También el adolescente normal vive una cierta *desubicación temporal*, “convierte el tiempo en presente y activo como un intento de manejarlo”. Parece vivir la temporalidad en proceso primario, lo que en ocasiones desconcierta a los adultos [Knobel-1970:68]. Al adolescente se le dificulta distinguir pasado-presente-futuro, su tiempo está dotado de indiscriminación. La capacidad de discriminar, sólo la va adquiriendo lentamente: el transcurrir del tiempo se le hace más objetivo (conceptual), adquiere nociones de lapsos cronológicamente ubicados, por lo que puede hablarse de un tiempo existencial. En esta misma lógica, aceptar la pérdida de la niñez significa aceptar la muerte de una parte del yo y de sus objetos, para ubicarlos en el pasado. En la medida en que se van elaborando los duelos de la adolescencia, la dimensión temporal, gracias a la discriminación de las nociones de pasado, presente y futuro, adquiere otras características, y conduce a la aceptación de la muerte propia y de los padres. Esta posibilidad de conceptualizar el tiempo es esencial para la integración de la identidad [Knobel-1970:70-74].

La evolución sexual del autoerotismo hacia la heterosexualidad, ya mencionada por Freud, es otra de las particularidades del síndrome. Ella oscila entre la actividad de tipo masturbatorio y los comienzos del ejercicio genital con contactos de tipo exploratorio y preparatorio, hasta llegar a una relación genital heterosexual completa que ocurre en la adolescencia tardía [Knobel-1970:76]. Este proceso se acompaña de la búsqueda de la pareja, que inicialmente se manifiesta como enamoramiento apasionado y vínculos intensos pero frágiles. La masturbación es un momento de

preparación y defensa en este proceso, que ligado a la inminencia de la elección de objeto, conlleva el duelo por el cuerpo infantil y , la renuncia a la bisexualidad .

La *actitud social reivindicatoria*, otra de las características del síndrome, está articulada al fenómeno grupal. Al respecto se sostiene que “no todo el proceso de la adolescencia depende del adolescente mismo”, sino de la constelación familiar como primera expresión de la sociedad que influye y determina gran parte de la conducta de los adolescentes. Por el lado de la familia, se ha mencionado que al ser revividas las situaciones edípicas conflictivas se genera una "ambivalencia dual" entre padres e hijos; y del lado social, se señala que este campo interviene activamente en la situación del adolescente y en él se encuentran las posibilidades de identificación. Generalmente en la adolescencia la oposición que se vive por parte de los padres, es trasladada al campo social [Knobel-1970:95].

Como se ha señalado, el vínculo adolescente-familia y adolescente-sociedad se establece de manera dual. El adolescente con su actividad, con la fuerza reestructuradora de su personalidad, trata de modificar la sociedad creando un malestar de tipo paranoide en el mundo adulto, el cual se siente amenazado por los jóvenes que van a ocupar ese lugar y son reactivamente desplazados [Knobel-1970:92]. Si el adolescente no encuentra el camino adecuado para su expresión vital y la aceptación de una posibilidad de realización, no podrá nunca ser un adulto satisfecho [Knobel-1970:93].

Se presentan también *contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta* por cuanto la acción es la forma de expresión más típica en estos momentos de la vida, y en los que hasta el pensamiento necesita hacerse acción para poder ser controlado. El adolescente no puede mantener una línea de conducta rígida aunque lo intente, porque los procesos de proyección e introyección son intensos, variables y frecuentes. Por esta razón la labilidad en la organización defensiva se constituye en un indicio de “normalidad adolescente” [Knobel-1970:96-97].

El duelo por los padres infantiles es concomitante a la *separación progresiva de los padres*. Esta separación es impuesta por la aparición de la capacidad efectora de la genitalidad, la que a su vez reactiva los aspectos genitales que se habían iniciado con la fase genital previa [Knobel-1970:97]. Esta separación y evolución de la sexualidad se determina en un doble sentido: por un lado, depende de la aceptación, por parte de los los padres, de los conflictos y el desprendimiento de los hijos, y por otro lado, de la aceptación de la separación por parte de estos. Como ya se ha señalado, una buena separación de los padres, un desprendimiento útil de ellos, es facilitado también por la presencia internalizada de buenas imágenes parentales [Knobel-1970:98-99].

Finalmente, se presentan *constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo* fenómenos de ansiedad, "depresión" y "duelo" que acompañan el proceso

identificatorio de la adolescencia, determinados por la cantidad y la calidad de la elaboración de los duelos. En el marco de estas fluctuaciones la realidad no siempre satisface las aspiraciones del individuo, por lo que el yo realiza intentos de conexión placentera o displacentera con el mundo. En ocasiones la sensación de fracaso frente a esta búsqueda de satisfacciones puede ser muy intensa y obligar al individuo a refugiarse en sí mismo (repliegue autista) [Knobel-1970:100-101].

8.1.3 El estudio de la adolescencia en relación con la psicopatía

Otra consideración central en estos autores, se refiere a los factores comunes entre los duelos de la adolescencia y las manifestaciones de la psicopatía. Argumentan que ellas se diferencian básicamente por cuanto las manifestaciones de la primera son transitorias, mientras que las de la psicopatía son definitivas. Según ellos en la psicopatía hay un “fracaso en la elaboración del duelo de la infancia, en los tres planos estudiados”, que impide el logro de una identidad coherente y de una ideología verdadera, e imposibilita al individuo incluirse adecuadamente en el mundo, con una adaptación creativa [Aberastury & al -1970b:126; 1970b:140]. El análisis de estas similitudes y diferencias permite enriquecer la comprensión de estas dos condiciones psíquicas, especialmente en lo concerniente a los mecanismos de defensa [Aberastury-&-al-1970b:112-129; Knobel-1970:148].

Desde esta perspectiva, en la búsqueda de identidad del adolescente pueden aparecer patologías similares a un cuadro psicopático, con defensas como: la mala fe, la impostura, las identificaciones proyectivas masivas, la doble personalidad y las crisis de despersonalización [Aberastury-&-al-1970b:115]. En las psicopatías las defensas son técnicas para eludir la depresión, la culpa, la criminalidad y la tendencia al suicidio, las cuales apuntan al objetivo fundamental de lograr un aparente equilibrio. En cambio, en la adolescencia este equilibrio se presenta solamente de manera transitoria y parical, en razón de la movilidad, multiplicidad e intercambiabilidad de las defensas; se logra y se pierde tantas veces como obtenga el yo éxitos o fracasos transitorios en el establecimiento de la identidad [Aberastury-&-al-1970c:129].

Otro punto de comparación entre la adolescencia y la psicopatía concierne a la utilización de la acción con relación a la palabra. En la adolescencia “pronunciar la palabra es como realizar el acto” [Aberastury-&-al-1970b:120], no obstante la comunicación verbal sirve de preparación para la futura acción. Dado que la palabra está investida de una omnipotencia similar a la que tenía en la infancia, el fracaso en la comunicación puede conducir a la acción. Como la palabra y el pensamiento contribuyen a preparar al adolescente para la acción, cumplen la misma función que el juego en la infancia, es decir, elaborar la realidad y adaptarse a ella [Aberastury-&-al-1970b:124]. El adolescente, después de cada acción, obtiene una experiencia que enriquece su aprendizaje y de la que se siente responsable. En cambio, como el yo del psicópata no sabe esperar, como no tolera las demoras que impone el

pensamiento, ignora los límites de la acción y sus consecuencias y trastorna el pasaje del pensamiento a la acción [Aberastury-&-al-1970c:132].

8.1.4 Las defensas en la adolescencia

En el planteamiento de estos autores, las defensas surgen en la adolescencia con el fin de negar la pérdida de la infancia y en respuesta a los sentimientos de invasión secundarios a las modificaciones corporales. Esto lleva al adolescente a retener muchos de sus logros infantiles, a refugiarse en el mundo interno, aunque coexistan en él la búsqueda del placer y el afán de alcanzar un nuevo status [Aberastury-&-al-1970b:111-113]. Dentro de esta estrategia defensiva, que se denomina autismo defensivo, se incluyen la *huida del mundo exterior* y el *refugio en la fantasía (mundo interno)*. Dentro de este contexto el adolescente considera este mundo interno como seguro y conocido, presenta un incremento de omnipotencia narcisista y una sensación de prescindencia de lo externo [Aberastury-1970a:24; 1970b:120-121].

Respecto al mecanismo de la *intelectualización* consideran que surge para superar la incapacidad de la acción propia del período infantil de la omnipotencia del pensamiento, y que se manifiesta en la búsqueda de soluciones teóricas a los problemas trascendentales (amor, libertad, matrimonio, paternidad, educación, filosofía, religión) [Aberastury-1970a:23 ; Aberastury-&-al-1970c:136-137].

Finalmente, en su opinión, *la omnipotencia de las ideas* y *la planificación* sirven a la adaptación al nuevo rol [Aberastury-1970a:23; Aberastury-&-al-1970b:119-120]; la *fuga hacia la precoz genitalidad o actuación* con apariencias de madurez temprana, sirven para encubrir los fracasos en la personificación y el incremento de la angustia [Aberastury-&-al-1970b:122]; la *desvalorización de los objetos* para eludir los sentimientos de dolor y pérdida [Aberastury-&-al-1970b:118], y la *búsqueda de figuras sustitutivas de los padres* para elaborar el retiro de cargas dirigidas hacia ellos.

8.1.5 El mundo externo: la crisis de los padres y la sociedad

Esta concepción de la adolescencia no se centra sólo en las crisis y duelos de los adolescentes, sino que muestra también el papel de las resistencias y ambivalencias de los padres en el crecimiento de sus hijos. En esta medida se considera que “no sólo el adolescente padece este largo proceso sino que los padres tienen dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y a la libre expansión de la personalidad” [Aberastury-&-al-1970b:117]. Estas dificultades son enmascaradas a veces con el otorgamiento de una excesiva libertad al adolescente, quien puede percibirla como abandono, debido a su temor de perder la dependencia infantil [Aberastury-1970a:17-21]. Cuando los padres no comprenden las manifestaciones adolescentes normales, dificultan la labor del duelo, la cual necesita permanentes ensayos y

pruebas de pérdida y recuperación de ambas edades: la infantil y la adulta [Aberastury-1970a:18].

Los padres también viven su duelo con relación a la dependencia del hijo, al cuerpo del hijo pequeño y a su identidad de niño. Los padres “tienen que desprenderse del hijo niño y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto, lo que impone muchas renunciaciones de su parte”, porque al perderse el cuerpo del hijo-niño, se ven enfrentados a la aceptación del devenir, del envejecimiento y de la muerte [Aberastury-1970a:19-20]. Se suma a esto la necesidad de que los padres renuncien a la imagen idealizada que de ellos ha creado el hijo y en la que se han instalado. En este momento, ellos ya no funcionarán como líderes o ídolos, sino que deberán aceptar una relación llena de ambivalencias y críticas. Además, la capacidad y los logros de su hijo, le confrontarán con sus propios logros y fracasos [Aberastury-1970a:20].

En el desarrollo articulado de estos dos tipos de duelo (el de los adolescentes y el de los padres), se pueden presentar posiciones que afectan la elaboración de los mismos. Por parte de los padres tenemos la rigidez, el resentimiento y el refuerzo de autoridad; por parte del adolescente, el enfrentamiento con el mundo adulto, el cual suele ser una reacción, por sentirse atacado, incomprendido y atacado [Aberastury-1970a:21-26].

Dentro de esta lógica la actitud del mundo externo es decisiva para facilitar u obstaculizar el crecimiento. En este sentido “a más presión parental, a más incompreensión frente al cambio, el adolescente reacciona con más violencia por desesperación y desgraciadamente es en este momento decisivo de la crisis adolescente cuando los padres recurren por lo general a dos medios de coacción: el dinero y la libertad” [Aberastury-1970a:20-29].

A este respecto los autores sostienen que el modo en que se otorgue la libertad al adolescente es determinante del logro de la madurez e independencia del hijo, en los tres niveles en los que esta problemática se presenta: “la libertad en salidas y horarios, la libertad defender una ideología y la libertad de vivir un amor y un trabajo” [Aberastury-1970a:20]. El joven que es muy inhibido por los padres, siente que es controlado en su mundo interno, su crecimiento y su desprendimiento [Aberastury-1970a:29-31]. Frente a esto los autores proponen no una libertad sin límites o abandono [Aberastury-1970a:32 ; Aberastury-&-al-1970b:118], sino una libertad con límites, que establezca cuidados, cautela, observación, contacto afectivo permanente, que acompañe la evolución de las necesidades y de los cambios en el hijo. En este orden de ideas se considera que los adolescentes tienen necesidad de vivir experiencias [Aberastury-1970a:30-31], que el logro de su identidad, que atraviesa necesariamente fluctuaciones, exige la libre experimentación [Aberastury-&-al-1970b:125].

También se considera que “toda adolescencia lleva, además del sello individual, el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta” [Aberastury-1970a:33]. En dicho medio, los adolescentes ponen en juego sus posibilidades de

libertad y encuentran las condiciones que pueden retrasar, acelerar o dar el tiempo necesario para la elaboración de los duelos.

De esta interrelación entre adolescencia y sociedad los autores extraen algunas conclusiones importantes: En primer lugar, si un componente social determina las formas como se da la adolescencia, entonces detrás de una adolescencia difícil se puede encontrar una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inexorable, que se opone a la ola de crecimiento lúcida y activa del adolescente [Aberastury-1970d:158-160]. En segundo lugar, se sostiene que las teorías acerca de la adolescencia están determinadas por las sociedades y los contextos a los que ésta se circunscribe. Como ejemplo de esto Aberastury señala que la dicotomía planteada por Freud entre un amor rebajado y un amor idealizado, no se presenta en su época, porque en ella existen mayores niveles de libertad que permiten integrar en un solo objeto esos dos aspectos de la pulsión: el tierno y el sensual [Aberastury-1970a:30].

8.2 Brasil: dos líneas de trabajo

8.2.1 ALBERTI : lo real sexual, el acto y la destitución subjetiva

Sonia Alberti es una investigadora brasilera reconocida dentro del ámbito lacaniano por abordar el paso al acto suicida en la adolescencia. Es Doctora en Psicología de la *Universidad de París X - Nanterre* (1989) y Post-Médica de la *Universidad Federal de Río de Janeiro*, UFRJ - Brasil. Se desempeña actualmente como profesora del Instituto de Psicología de la *Universidad del Estado de Río de Janeiro* (UERJ-Brasil), como investigadora del *Consejo Nacional de Investigación* (Brasil), como coordinadora de residentes en la *Residencia en Psicología del Hospital Universitario Pedro Ernesto* (HUPE), como supervisora en el Núcleo de *Estudos da Saúde do Adolescente* ("Estudios de la salud del adolescente") del HUPE, y en la actualidad es la vocera de Brasil para el *Colegio de representantes de la Internacional de los Foros* (CRIF).

Su pensamiento respecto a la definición de la adolescencia, así como sobre la transferencia en el análisis de adolescentes, está altamente soportado en la formación que llevó a cabo en la *Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano* mientras realizó sus estudios de Doctorado en París. . En su tesis de doctorado retoma el tema del suicidio, sobre el cual había sido convocada a trabajar diez años antes, en 1979, en un suburbio de París. Posteriormente, al retornar a Brasil y al retomar el trabajo clínico en el Núcleo de *Estudos da Saúde do Adolescente*, redactó *Esse sujeito adolescente* [Alberti-1995] , que tal vez es su mayor producción acerca de la adolescencia.

Alberti toma como sustento teórico la obra freudiana de la mano de la enseñanza lacaniana y como soporte empírico algunos de los casos clínicos de adolescentes

que ella atendió, así como pasajes de obras literarias clásicas de la lengua alemana en las que se hace alusión a personajes adolescentes.

Propone entender la adolescencia como un momento en el cual se presenta una serie de *impasses* para el sujeto, caracterizados por la emergencia de lo real y, por tanto, por la clínica del acto.

En lugar de hacer apología al “primado de lo genital” durante la adolescencia, como momento cumbre en el que se completaría la organización armónica de las pulsiones parciales, presenta a la pubertad como un momento de “destitución subjetiva”, por cuanto, según Alberti, el exceso pulsional trae efectos traumáticos a causa del “goce clandestino”, no simbolizable, que conlleva [Alberti-1995:99]. En ese sentido, por cuanto la pubertad es un momento, entre otros, de desborde pulsional, la psicoanalista brasilera no centra su interés en definir alguna especificidad de la pubertad, en considerarla como un fenómeno particular, sino que sostiene que “si existe la crisis de la adolescencia, ella existe porque un sujeto humano es un sujeto en crisis” debido a la brecha entre la sexualidad y el lenguaje [Alberti-1995:100]. Por consiguiente, afirma que la sexualidad determina a lo biológico y no al contrario, dando a entender con esto que son los significantes los que penetran al cuerpo, es decir, que es el “lenguaje el que determina la sexualidad del sujeto” [Alberti-1995:101].

No obstante, Alberti describe algunos aspectos de tal experiencia subjetiva y crítica para el adolescente. Principalmente, según su planteamiento, es un momento de *desesperación* debido a que el sujeto se percata de su lugar en la arquitectura de las demandas, es decir, reconoce el lugar que ha ocupado en el deseo de la madre [Alberti-1995:104-5]. Así mismo en la adolescencia se presenta el develamiento del complejo de Edipo, que implica una experiencia de desilusión a causa de lo imposible de las promesas edípicas [Alberti-1995:137]. En ese sentido, según ella, en la adolescencia se presenta un desmonte de lo imaginario, el cual crea las condiciones trágicas para que el sujeto opte por el paso al acto, bien sea neurótico (en el cual hace un llamado de auxilio al otro) o psicótico (en el cual el sujeto se sale de la escena y se deja caer) [Alberti-1995:144, 154].

Su concepción de la adolescencia se sostiene también sobre las fórmulas lacanianas que hablan de la no relación (proporción o complementariedad) entre los sexos y del primado de lo traumático sobre la armonía sexual genital. Por esta razón entiende que el encuentro con lo sexual en la adolescencia es más bien un “desencuentro” con “un real imposible de ser soportado” [Alberti-1995:100]. Entiende también por ello que la adolescencia es un momento crítico, debido a la exigencia para el sujeto de una toma de posición respecto a la diferencia de los sexos [Alberti-1995:151]. Comprende entonces la sexualidad adolescente a partir de la noción de Tyché propuesta por Lacan, es decir, como un momento de reactivación de signos mnémicos no anudados a la cadena significativa. De allí que no se dejen simbolizar y que generen un estado que permite el retorno de la experiencia traumática de “desamparo original” [Alberti-1995:154].

Alberti critica el enfoque de la psicología del Yo en la clínica de adolescente, porque, a su modo de ver, en la medida en que promueve el “fortalecimiento del Yo” conlleva una “falta de rigor” [Alberti-1995:95-6]. En concordancia con su concepción de la adolescencia, tampoco propone técnicas especiales; por el contrario, describe su trabajo de manera semejante al del análisis clásico, al afirmar que

“la clínica del sujeto necesariamente pasa por la transformación de la queja en demanda de tratamiento, en la cual el sujeto se compromete, pasa a reconocerse como sujeto de palabra, verifica su implicación en su síntoma y su engaño de atribuir a otro sus propios problemas” [Alberti-1995:123].¹⁴⁹

No obstante se pregunta si “¿la transferencia en la adolescencia es un caso aparte?”, pero finalmente responde que “para el psicoanálisis no hay una estructura clínica adolescente, pero sí sujetos adolescentes que tienen, como todo sujeto, una estructura psíquica” [Alberti-1995:126]¹⁵⁰.

A propósito de la transferencia, Alberti critica la concepción que expresa J.J. Rassial en *L'adolescent et le psychanalyste* [Rassial-1990]¹⁵¹. Opina que él sostiene una “posición política” del analista, en la medida en que acepta que “el adolescente exige que el analista actúe o haga con su propio ser”. Para Alberti esta posición trae problemas para el final de análisis, dado que lleva a que el analista se rija por su autoanálisis y su autocontrol para sobrellevar la transferencia adolescente y para mantenerse en el lugar de supuesto saber, del Otro, que le concede inicialmente el paciente. Este proceder, según ella, no tiene en cuenta la falta-de-ser del propio analista y complica la destitución de las identificaciones con el Otro que el adolescente ha de llevar a cabo [Alberti-1995:132]. Yendo más lejos en su crítica a Rassial, Alberti sostiene que su propuesta clínica lleva al analista a actuar como pedagogo.

En este mismo orden de ideas critica también la concepción del analista que tiene Laufer (estudiado por Rassial) en cuanto receptor de la fantasía central del adolescente (en torno de la masturbación y su cuerpo sexuado), al igual que su concepción de la “intervención activa” que debe desempeñar el analista sin importar la estructura clínica que esté interviniendo, por cuanto, según ella, dichas

¹⁴⁹ “A clínica do sujeito necessariamente passa pela transformacao da queixa em demanda de tratamento, na qual o sujeito se compromete, passa a reconhecer-se como sujeito da fala, verifica sua implicacao em seu sintoma e seu engano ao atribuir a um outro os seus problemas” [Traducción F.Rico]

¹⁵⁰ “para a psicanálise não há uma estrutura clínica do adolescente, mas sim sujeitos adolescentes que têm, como toso sujeito, uma estrutura psíquica” [Traducción F.Rico].

¹⁵¹ Dice también ella que en este libro Rassial utilizó algunos conceptos lacanianos sin hacer mayores referencias a Lacan, por lo cual “promovía a veces tal confusión conceptual que se hacía imposible reconocer alguna influencia de Lacan a lo largo de todo su texto” [Alberti-1995:129].

concepciones propician un tipo de transferencia que desvirtúa la noción freudiana de neurosis de transferencia [Alberti-1995:131].

En resumen, a juicio de esta autora, la particularidad de la transferencia en la adolescencia no reside en la fantasía (como ella dice que lo propuso Laufer) ni en la necesidad de una postura política (como ella dice que lo propone Rassial) sino en el hecho de que el adolescente deja caer más fácilmente al analista del lugar del supuesto saber, que el analizante adulto [Alberti-1995:134]. En contraste, ella plantea como objetivo la *destitución subjetiva*, como medio para facilitar la metamorfosis identificatoria del adolescente; propone que el analista no se resista a dejarse desalojar del lugar del supuesto saber, para permitir al adolescente asumirse subjetivamente [Alberti-1995:132].

8.2.2 REZENDE-CARDOSO-&-AL

Las ideas de Marta Rezende-Cardoso acerca de la adolescencia no constituyen un conjunto teórico sistemático en relación con esta problemática. Más bien, pueden considerarse, como el intento de pensar distintos fenómenos de la adolescencia (violencia, patologías de la alimentación, pasos al acto, etc.) tomando como referencia conceptos psicoanalíticos aportados por distintos autores. Es así, que sus consideraciones acerca de la adolescencia se sirven en buena parte de los planteamientos de otros autores, como por ejemplo el psicoanalista francés Jean Laplanche. En este sentido conceptos tales como *après-coup*, simbolización psíquica, ligazón, seducción generalizada, son introducidos por esta autora para intentar responder a problemas recurrentes de la adolescencia.

Rezende-Cardoso pone de relieve una “temporalidad compleja” y no lineal de la adolescencia. Para dar cuenta de esto se sirve del concepto de *après-coup* aportado por Freud y particularmente analizado por Jean Laplanche. De este modo piensa que la adolescencia se presenta como un momento preciado de resignificación del complejo edípico, en la medida en que dicho complejo es reexperimentado bajo unas condiciones corporales y pulsionales distintas a las de la infancia. En efecto, comprende la adolescencia como un momento de ruptura y transformación psíquica que surge como un reflejo de las “novedades puberales” [Bergamo-Savietto & Rezende-Cardoso & al-2006: 17]. En otras palabras, para ella, las modificaciones corporales precipitan “nuevos aspectos pulsionales” y modificaciones en el orden de las identificaciones. El cuerpo genitalizado provoca experiencias inéditas, de tal modo que el complejo de Edipo, como reedición, no es el mismo de la infancia, ya que las condiciones corporales y pulsionales introducen una “impetuosidad” novedosa.

El enlace del Edipo con esta nueva configuración pulsional tiene como efecto que los padres sean vividos de un modo persecutor y seductor por parte del adolescente, y es en la medida en que esta nueva configuración escapa a la voluntad del

adolescente, que ella misma es vivida como extraña, es decir, como impuesta desde el exterior.

Desde esta perspectiva, esta autora retoma la idea freudiana del desamparo originario, para intentar comprender la situación particular del adolescente. Considera entonces que la noción de desamparo resulta ser “una suerte de enlace” entre varias situaciones de ruptura y pérdida experimentadas en la adolescencia: “de la infancia, de los padres de la vida infantil, del cuerpo infantil, de las referencias identificatorias, etc.” [Rezende-Cardoso & al-2006a:159].

El uso de la noción de “seducción generalizada” aportada por Jean Laplanche, le sirve para explicar el modo como la articulación de lo pulsional con las representaciones edípicas dan lugar a una situación de “seducción” y “persecución” que es vivida por el adolescente como desamparo. Es en relación con este último concepto de seducción generalizada que Rezende-Cardoso señala una intromisión violenta de los padres en la reedición de complejo de Edipo en la adolescencia. Se trata pues, de una seducción que a diferencia de la infancia encuentra unas condiciones particulares referidas a la genitalidad en juego. Conecta así las nociones de desamparo y seducción para comprender la situación general de la adolescencia. En este sentido, factores tales como la propensión a actuar del adolescente, estarían dados por la intención de dominar en el orden externo una fuente de excitación interna que es vivida como extraña, como ajena. El paso de esta pasividad traumática frente a las pulsiones a la actividad dominadora, estaría dada a partir de la acción realizada en el mundo exterior. La acción dirigida al mundo exterior, así considerada, tiene el objetivo de conquistar en ese plano, el dominio de las exigencias pulsionales impuestas a causa de su trabazón con el cuerpo. En otras palabras, el ejercicio de la violencia sobre un objeto externo, por ejemplo, puede tener la función de intentar dominar en el espacio externo aquello que se le impone al adolescente en el plano interno y que es vivido en situación de pasividad.

En síntesis, Rezende-Cardoso, considera que la adolescencia se circunscribe en lo que ella denomina una “problemática ligada a la cuestión de las fronteras”, es decir, un problema de los límites entre: el yo y el otro, el cuerpo y el psiquismo, entre el registro de lo absoluto y lo posible, entre la interdicción y la transgresión, el espacio interno y el externo, lo extranjero y lo familiar. La transición de la infancia a la vida adulta, es pensada como una problemática en la que intervienen tanto la dinámica psíquica en la perspectiva “de la relación del sujeto con su otro interno” así como “la relación con ese otro externo” [-2001a:51]. El adolescente superado por sus propias sensaciones corre el riesgo de perder la capacidad de diferenciarse del otro, de establecer la distinción entre el adentro y el afuera. De igual modo, la adolescencia como problemática de fronteras implica un “violento ataque al narcisismo” en la medida en que el equilibrio entre las investiduras narcisistas y objetales sufre descompensaciones importantes; de este modo en la relación yo-otro, puede verse ésta tan radicalizada que “la necesidad de otro puede ser sentida como independencia intolerable” [-2001a:51]. Es en esa dependencia que el adolescente

se ve enfrentado a una situación de pasividad, ya no respecto a las exigencias pulsionales, sino de desamparo respecto al otro.

Finalmente hay que destacar que sus aportes tienen en cuenta las condiciones socioculturales que determinan la dinámica de la adolescencia. Así por ejemplo subraya que en nuestra época (de “desamparo colectivo”) se presenta un aumento de “cuadros patológicos de mayor gravedad” caracterizados por la prevalencia de pasos al acto y el uso de mecanismos defensivos más primarios [Rezende-Cardoso & al-2006c: 9]. Esta coincidencia entre las dinámicas de la adolescencia y los fenómenos contemporáneos, llevan a esta autora a considerar que nuestra cultura ha incorporado los mismos dilemas de la adolescencia, esto es, que en nuestros días, la vida colectiva se caracteriza por experimentar una “aguda crisis situada ambiguamente entre el pasado y el futuro”, una problemática de fronteras. En este sentido, realiza un desplazamiento del enfoque freudiano en la medida en que considera los fenómenos de la subjetividad en la contemporaneidad, no a partir de la lógica del síntoma neurótico, sino de las cualidades psíquicas propias de la adolescencia.

CONCLUSIONES

A lo largo de la historia del psicoanálisis, son reconocibles varios nichos intelectuales, caracterizados no sólo por las perspectivas teóricas adoptadas sino también por sus aspectos institucionales y nacionales, que fueron cuna de importantes aportes al conocimiento de la adolescencia. En este sentido cabe destacar, en primer lugar, la articulación entre el psicoanálisis y la educación, propiciada en la Viena de entre-guerras por el ambiente de reformas progresistas que impulsó la municipalidad; articulación que a su vez estimuló el desarrollo del psicoanálisis de niños. Por esta razón los aportes sobre la adolescencia se confunden inicialmente con los que brinda el psicoanálisis de niños, y por eso puede decirse que el conocimiento de la adolescencia comparte con éste, durante un largo lapso, todas sus vicisitudes: comenzando por su traumático y mal reputado comienzo (asesinato de Hug-Hellmuth), siguiendo con el inhibidor conflicto entre anna-freudianos y kleinianos, ligado empero en todos los momentos a las demandas sociales educativas o readaptativas, particularmente a aquellas generadas por los efectos de las guerras. Finalmente, después de la segunda guerra, los estudios psicoanalíticos sobre la adolescencia florecen y crecen con relativa independencia, primeramente en Estados Unidos, para brotar luego de manera dispersa en los ámbitos de Inglaterra, Francia o Argentina.

En razón también de su origen en el psicoanálisis de niños, la historia de la teoría psicoanalítica de la adolescencia puede verse como una diferenciación entre lo adolescente y lo infantil, como un descubrimiento de la especificidad de la adolescencia.

Al inicio de esa historia, Sigmund Freud, a pesar de reconocer que la adolescencia implica difíciles tareas y que se relaciona con la sexualidad infantil, no deja de ver en ella principalmente una etapa de acceso a la organización genital, a la madurez sexual. De allí que en muchos psicoanalistas que se ocuparon inicialmente de la adolescencia, tales como Ernest Jones o Anna Freud, colocaran la adolescencia en un segundo plano, después de la infancia.

Jones, al relevar la hipótesis de la recapitulación, vio la adolescencia como una reactualización del conflicto edípico y concibió sus conflictos como una reedición de los conflictos de la infancia o de la pre-latencia.

Anna Freud, en cambio, llamó la atención sobre el incremento del empuje pulsional en la adolescencia y su efecto sobre las estrategias de defensa, pero atribuyó una condición más cuantitativa que cualitativa a los cambios generados en los conflictos. Mostró también las diferencias entre el yo y el superyó de la adolescencia con respecto a los de la infancia; indicó también que en el tránsito de la latencia a la preadolescencia la modalidad de transacción entre las instancias psíquicas —ello, yo y superyó— se modifica, para dar paso a una nueva forma de solución de los antiguos conflictos edípicos, por cuanto el yo en la adolescencia ya es menos débil e

inmaduro, al tiempo que la estructura del superyó se halla más firmemente establecida, dando por ello lugar a la aparición de nuevas modalidades defensivas.

La insistencia de Bernfeld o Reich en la construcción de condiciones sociales favorables a las relaciones y satisfacciones sexuales de los adolescentes, también podemos verla retrospectivamente como un desconocimiento de la naturaleza particular de esos conflictos.

Por su parte, Melanie Klein, a pesar de sus intuiciones e innovaciones técnicas, mantuvo la adolescencia en indiferenciación con el estatus infantil, aunque con sus ideas sobre los objetos internos y la posición depresiva, preparó la transformación de la concepción de los duelos adolescentes.

Spiegel criticó la posición de Jones, respaldando su visión en la idea annafreudiana de un Yo adolescente con nuevas dimensiones, contenidos y capacidades, y llamando la atención sobre la presencia de la genitalidad.

En una línea similar, Erikson se sirvió del concepto de *Self* para introducir los problemas de la identidad y de la subjetivación en la adolescencia; problemas que ya habían sido esbozados por Deutsch y Anna Freud cuando identificaban la labilidad de las identificaciones en el yo del adolescente. Según Erikson, la identidad yoica se forja a lo largo de la existencia gracias a los procesos identificatorios, los cuales se basan en un comienzo en los padres pero posteriormente implican a otros adultos sustitutos y reciben gran influencia de los pares. Considera que la crisis de identidad inherente a la adolescencia se busca resolver con ensayos temporales de una o varias identidades, pero resalta también el importante papel que tienen los ritos de paso en la transformación de la identidad de la infancia. Finalmente, según él, la identidad yoica se forja a través de la apropiación de uno de los roles psicosociales brindados por la cultura ambiente.

Con una perspectiva cultural que no es igual a la de Erikson, por su parte Lampl-de-Groot, Jacobson y Kestenberg retoman las influencias del medio pero desde una perspectiva intrapsíquica, a través de la consideración de los nuevos papeles que juegan el Ideal-del-Yo y las remodelaciones del Superyó.

Desde otra óptica, Blos, sin abandonar la problemática de la identidad, por cuanto pone cuidado en las duras pruebas de separación-individuación del adolescente, toma también posición en contra del modelo de adolescencia que ha venido decantándose con Jones y algunos de sus sucesores, al insistir en el Edipo negativo y en la capacidad reorganizadora de los *actings* como factores que definen la particularidad de la reactivación adolescente de dicho complejo.

Pero, más allá de los cambios económicos que afectan el equilibrio Yo-Ello, más allá de la figuración genital de las posibilidades incestuosas, más allá del desasimiento de los vínculos infantiles, o más allá de los cambios tópicos en el Superyó y el Ideal-del-Yo, será Laufer quien introducirá la idea según la cual la genitalidad acarrea algo radicalmente nuevo en la historia del sujeto, al subrayar que la pulsión genital

irrumpe en un espacio psíquico que frecuentemente no está en capacidad de ligar la nueva excitación a representaciones adecuadas.

Antes y después de Laufer, muchos autores, si bien inmersos en diversas orientaciones teóricas, consideraron y siguen considerando a la adolescencia como un período caracterizado por manifestaciones transitorias, derivadas de cambios biológicos evolutivos o de incidencias culturales variables. A pesar de ello, en la mayoría de los trabajos psicoanalíticos desarrollados durante el siglo XX se trasluce la idea de que la adolescencia es algo más que una simple fase evolutiva desencadenada por los cambios biológicos de la pubertad, determinada por lo que la precede y determinando lo que sigue.

De este modo, en lugar de ser percibida como un simple período, ella llega a ser percibida más bien como un proceso, como un momento crucial de desarrollo psíquico, en la medida en que conlleva una coyuntura decisiva para transformar y consolidar aspectos claves de la estructura psíquica. No obstante, esta manera de comprender la adolescencia como trabajo interno, como reorganización intrapsíquica, no surgirá claramente sino a partir del decenio de los 60.

Por otro lado, a pesar de la tesis, implícita en la mayoría de los estudios psicoanalíticos sobre la adolescencia del siglo XX, de que ésta no se reduce a ser un hecho de sociedad —sin negar por ello que tiene un estatuto social—, al concebirla como “crisis de identidad”, muchos de ellos privilegian los determinantes externos y la noción de re-adaptación. En efecto, la noción de crisis induce a evaluar la adolescencia desde puntos de vista psicosociales, normativos, comportamentales, en función de las perturbaciones que ella provoca en la sociedad o la familia, y de las intervenciones que suscita en las instituciones y profesionales (educadores, psicólogos, médicos, jueces), olvidando la dimensión individual e íntima de todos sus desajustes.

Sólo más recientemente y de manera más clara, comenzará a comprenderse que la “identidad” es un epifenómeno, por cuanto lo que realmente cuenta es la consolidación de las identificaciones; así mismo comenzará a ser entendida la adolescencia como un “accidente de viaje” ocasionado por un sufrimiento subjetivo inevitable, siempre presente y estructurante.

La adolescencia entonces, durante el siglo XX, se delimita progresivamente como objeto de estudio independiente para el psicoanálisis, a medida que algunos analistas encuentran las especificidades intrapsíquicas que la diferencian de la infancia y que impiden reducirla a los efectos fisiológicos inmediatos de la pubertad o al resultado de influencias culturales o sociales particulares.

Ahora bien, el reconocimiento de esta especificidad del proceso psíquico de la adolescencia propicia nuevos avances: por un lado, poder definirla como un factor clave en la determinación de la psicopatología adulta, y por otro, permitir que tomen

forma, de manera progresiva y con las debidas adaptaciones técnicas, variantes de tratamientos psicoanalíticos del adolescente.

Si el adolescente, para efectuar su trabajo de reorganización, escasamente puede apoyarse en experiencias anteriores, se debe a que su situación psíquica es radicalmente nueva. Su trabajo se desenvuelve tanto bajo el signo de la pérdida, de la depresión, de la renuncia al cuerpo, a la identidad infantiles y a los privilegios de la infancia, como de la manía omnipotente y de la conquista más o menos imaginaria de la autonomía. Debe desprenderse del dominio parental, de la comodidad de la dependencia, para asumir una vida personal y relacional en la que pueda hablar y desear en nombre propio.

Desde la época de los pioneros —Jones, Bernfeld, Aichhorn, Anna Freud— se discute acerca de las fijaciones infantiles a los objetos parentales, en particular a la madre de la infancia, y su relación con los desórdenes adolescentes, dado que algunos autores opinan que dichos desajustes, al contrario, se deben a la ausencia de una fuerte ligazón a la madre. En todo caso, los autores concuerdan en que en la adolescencia se pone en juego toda la historia de las elaboraciones y reelaboraciones del complejo edípico, es decir, que intervienen los resultados de todo el proceso que permitió o no integrar las múltiples identidades infantiles, las representaciones yoicas y de los objetos, y sus variaciones, en conexión con los empujes pulsionales determinantes de los vínculos, endogámicos y exogámicos, del yo con sus objetos.

En consecuencia, los conflictos del adolescente con sus padres y figuras de autoridad, que se expresan en la rebeldía, el oposicionismo y el desafío, están relacionados, desde un punto de visto psicoanalítico, con la actualización de los conflictos edípicos. Es en razón de esta concepción que el psicoanálisis aporta una explicación específica y distinta a aquella que formulan otras disciplinas psicológicas o sociales acerca de las luchas intergeneracionales. Lejos estamos de pensar ahora, como en los primeros tiempos de la *Sociedad de Viena*, que la adolescencia podría sobrellevarse sin conflictos si la ausencia de prohibiciones internas para la relación heterosexual y la satisfacción pulsional estuvieran garantizadas por circunstancias sociales favorables.

En realidad, entre las muchas condiciones para un buen desenvolvimiento del proceso adolescente, habría que contar más bien con que las bases narcisistas y los objetos internos que permiten enfrentar la conmoción pulsional, no estén marcados en su historia por una excesiva malignidad y violencia.

No obstante, como ya dijimos, el adolescente se ve exigido por su situación psíquica a recurrir a estrategias defensivas muy variadas, desde las más arcaicas a las simplemente neuróticas, que imprimen a sus trastornos un carácter inestable, fluido y de apariencias patológica. De allí que, como ya lo decía Anna Freud, sea muy difícil hacer el diagnóstico diferencial entre las perturbaciones adolescentes transitorias y las verdaderas patologías. Además la idea freudiana según la cual la diferencia entre

lo normal y lo patológico es cuantitativa, tampoco hace fácil definir en la adolescencia cuál es el límite entre lo normal y lo patológico.

Muchos autores [entre ellos Klein 1922, Deutsch 1944, Anna Freud 1957] mantienen esta concepción cuantitativa, y por lo mismo no consideran que la salud sea ausencia de conflictos y también ven posible desvelar procesos y conflictos normales a partir del examen de lo patológico. Es pues común que los teóricos de la adolescencia, incluso los que se refieren explícitamente a la normalidad como los autores del grupo de Aberastury, no abandonen las descripciones psicopatológicas, y digan que los procesos adolescentes lleven a actuaciones defensivas de tipo psicopático, fóbico o contrafóbico, maníaco o esquizoparanoide [Knobel-1970:42].

En general, en la literatura sobre el adolescente normal se realizan constantes paralelos con algunas patologías y buscando diagnósticos diferenciales. Según Anna Freud la impresión de normalidad o anormalidad que se puede tener de los procesos adolescentes depende de lo arcaicas, rígidas y extensivas que sean las defensas del adolescente [Freud-A-1936c:188-9]; Jacobson [-1961:522-3] sugiere que el adolescente desarrolla comportamientos cercanos a la psicopatía o hasta psicosis; Aberastury & Knobel, en el único texto dedicado específicamente a la adolescencia normal [-1970] también hacen constantes alusiones al paralelo entre la adolescencia y la psicopatía. Todo esto parece confirmar la idea de que para el psicoanálisis incluso el adolescente sano se parece a un enfermo mental, como lo señalaba Friedlander [-1947:101].

Pero a pesar de que las manifestaciones de la adolescencia concuerden con las expresiones de los cuadros clínicos, se puede afirmar que en ella se presenta una "patología normal". Es más, en la base de las manifestaciones de la adolescencia se encuentran unos "procesos" o unas "tareas" psíquicas que se podrían denominar "normales" y que se constituyen en características fundamentales de la adolescencia [Laufer-1997a:7]. Como parte de estos "procesos", "tareas" o "trabajos" de la adolescencia, fuera de las "metamorfosis" ya planteadas por Freud, se mencionan: la oleada pulsional, la reedición edípica, la lucha de instancias, los duelos, la individuación, el establecimiento de la identidad, de nuevas relaciones objetales, la integración fantasmática, entre otros. La mayoría de estos "trabajos" se los piensa principalmente bajo los conceptos de crisis, regresión o turbulencias normales, y generalmente se los diferencia de las manifestaciones patológicas por su carácter transitorio o por su flexibilidad defensiva [Aberastury-1970; Jacobson-1964].

Ahora bien, de la consideración de una "crisis normal" se desprende también la idea de que la ausencia de dificultades psíquicas puede representar, por el contrario, una patología [Deutsch, Jacobson, Laufer]. La no presentación de desórdenes, aunque sea vista por los padres como algo positivo, llevaría a algunos psicoanalistas a deducir un detenimiento del desarrollo normal, una suerte de persistencia de la latencia. Es decir, que la presencia de un equilibrio estable en la adolescencia se juzga como algo anormal, que en nada contribuye a la estabilización de las estructuras psíquicas [Freud Anna-1957:183]. Dentro de líneas de pensamiento similares: Mannoni señala lo necesario del conflicto generacional; Rassial piensa

que el atravesamiento de la adolescencia funda una posición “neo-depresiva” análoga a los estados-límite [Rassial-1999:158]; Alberti considera que la brecha estructural en el sujeto humano entre la sexualidad y el lenguaje genera en la adolescencia un “desencuentro” con “un real imposible de ser soportado” [Alberti-1995:100].

Otros autores, en cambio, consideran que aunque los “signos exteriores de la adolescencia indican que los ajustes internos han comenzado” [Anna Freud-1957:174], ellos no son patognomónicos del proceso normal. Eissler, por ejemplo, no atribuye carácter normal a esta crisis y advierte sobre los riesgos y perturbaciones que ella acarrea. Kestemberg, en cambio, habla de crisis organizadora, que no asocia a un cuadro psicopatológico sino que concibe como reajuste evolutivo de los investimentos libidinales, y considera un error reducirla a sus componentes sintomáticos en lugar de afrontarla en su unidad, según la idea de Pierre Mâle [Kestemberg-1960:303].

Con todo, aunque se reconozca que la presencia o ausencia de la crisis adolescente no tiene un significado diagnóstico inequívoco, la insistencia en su necesaria ocurrencia, conduce a dejar en segundo plano a los procesos psíquicos y a privilegiar ciertos tipos de fenomenología adolescente. Esto puede inducir al error de una estandarización del fenómeno, o a la generalización de los hechos encontrados en la consulta con adolescentes perturbados, omitiendo o borrando las diferencias culturales y sociales, e incluso individuales, por cuanto puede suceder que muchos jóvenes lleven a cabo con éxito las tareas de la adolescencia, sin una agitación perturbadora, por tener un yo lo suficientemente fuerte y un adecuado soporte de sus padres, como para resistir a las presiones.

No significa esto que la agrupación de las manifestaciones de la adolescencia en algunas tipologías tenga necesariamente que reñir con su carácter inestable y polimorfo, y con la diversidad de sus expresiones en múltiples planos, tales como los de las conductas, las actitudes o los estados de ánimo. Así por ejemplo, en la década del 30, tanto Horney [-1934] como Bernfeld [-1938] lanzan sus respectivas clasificaciones de los “modos de ser” adolescente. Aunque el resultado tiene las limitaciones del esquematismo, advertido por ellos mismos, también es cierto que fue un esfuerzo teórico por darle claridad y orden a los fenómenos que observaron, y sobre los cuales los psicólogos de la época apenas se pronunciaban superficialmente.

Karen Horney, estudiosa de la psicología femenina, detecta cambios sustanciales en la personalidad de las muchachas a partir de la pubertad, los cuales explica apelando a los conflictos subyacentes de la primera infancia, en especial aquellos presentados en la relación de la niña con la madre. La clasificación de las chicas como sublimadoras, o seductoras, o indiferentes frente a la sexualidad, o con tendencias homosexuales, se refiere a modos de respuesta que ellas desarrollan frente a la angustia desencadenada por la exigencia libidinal y las nuevas condiciones de la

pubertad, que entran en corto circuito con las experiencias sexuales tempranas, las fantasías hostiles con la madre, el sentimiento de culpa y el temor a la retaliación.

Por otra parte, los tipos de adolescencia — rebelde, sumisa o mezcla de estos dos— propuestos por Bernfeld, también son entendidos como formas de respuesta a la aparición de la pubertad. De esos perfiles de adolescencia idealmente “puros” o básicos, Bernfeld deriva una tipología casi infinita de probabilidades con el ánimo de hacer un llamado para la investigación en ese campo extenso y desconocido.

Bernfeld también estudió una modalidad muy frecuente de adolescencia masculina: la adolescencia prolongada; denominada así en razón de la permanencia de los fenómenos psíquicos adolescentes en desfase con respecto a la culminación de las transformaciones puberales. Dentro este último tipo estudió los integrantes de los movimientos de juventud y de las organizaciones estudiantiles, en los que el componente social y cultural facilita el despliegue de actividades sublimatorias. Según Bernfeld, esta forma de adolescencia, aunque es típica en cuanto presenta una fuerte libido narcisista y una gran dificultad para acceder a una gratificación sexual adecuada, es variable en todos los casos.

Blos se mantuvo fiel a esta tradición clasificatoria al desarrollar el concepto de “adolescencia prolongada” [Blos-1954, 1979] o del “niño sobrevalorado” [-1974].

Pero volviendo al problema del límite entre la normalidad y la patología en la adolescencia, encontramos ligado a él la amplia discusión en torno a la pertinencia del tratamiento para algunas de sus manifestaciones.

Algunos psicoanalistas [Horney-1934 ; Freud-A-1957 ; Winnicott-1961] consideran que muchas de las manifestaciones críticas de la adolescencia encuentran su cura en el simple paso del tiempo, por tratarse de manifestaciones normales, para las que “la vida suele ser la mejor terapeuta” y de las que el adolescente puede encargarse de encontrar las propias soluciones.

Otros autores, en cambio, como Laufer se preguntan insistentemente “¿cómo saber cuándo preocuparse y cuándo es urgente la ayuda?”. Pero una vez asumida la dirección de un proceso terapéutico con adolescentes, no es fácil al analista predeterminedar su orientación, por cuanto sus manifestaciones y comportamientos concuerdan con las expresiones de todas las configuraciones psicopatológicas. Por esa razón Anna Freud (fuera de su reserva con las llamadas curas espontáneas sobrevenidas durante algunos tratamientos psicoanalíticos) piensa que no es posible establecer una clara dirección terapéutica, y a ello suma la dificultad que representa para el manejo de la transferencia con los adolescentes, la predominancia, en el contexto de la cura, de sus rasgos paranoicos.

Otros autores extreman las reservas, al considerar que la adolescencia no es un momento adecuado para el tratamiento psicoanalítico, por cuanto es un momento de los *après-coups* (históricamente ya ligados a ella, a través del caso Emma) en el que

se suele operar por medio de la represión y la producción de síntomas. En otras palabras, el psicoanálisis sería contraproducente, por cuanto la adolescencia como momento de la represión (*après-coup*) no podría, al mismo tiempo, ser el momento de su levantamiento.

La cosa se complica cuando se interroga por la especificidad que pueda tener dicha práctica psicoanalítica con adolescentes: las acomodaciones del método y del encuadre, la singularidad de la transferencia o el uso particular que se haga de la interpretación. Eissler había asumido la errada premisa de mantener una correspondencia entre las características de ciertos pacientes y la necesidad de organizar estrategias terapéuticas para responder a ellas. Bajo este criterio se corre el riesgo de plantearse como objetivo la definición de protocolos o procedimientos rígidos adaptados a clasificaciones, que pueden volverse alienantes en el momento de su aplicación.

En contraste con esta postura cabe recordar que el psicoanálisis, como teoría y como método, se sostiene en la prevalencia de la singularidad, por lo que desde sus fundamentos debe asegurar un juego y una flexibilidad a su técnica. La pregunta respecto a la posibilidad del psicoanálisis del adolescente no debe entonces reducirse a su contenido manifiesto, pues el psicoanálisis del adolescente existe como tal desde que un psicoanalista y un adolescente se encuentran regularmente en un encuadre definido.

Con todo, si miramos hacia atrás la historia que hemos recorrido en este trabajo, se constata finalmente que el establecimiento del vínculo entre psicoanálisis y adolescencia ha tenido una evolución lenta; psicoanálisis y adolescencia iniciaron en el siglo XX una interrelación que no se ha acabado de perfeccionar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABENSOUR Liliane (2002) "Kestemberg-Hassin, Evelyne" en: MIJOLLA Alain de(2002): 887-888
- ABERASTURY Arminda (1970a) "El adolescente y la libertad" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970):15-34
- ABERASTURY Arminda (1970d) "El adolescente y el mundo actual" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970): 157-161
- ABERASTURY Arminda et al (1970b) "Adolescencia y psicopatía" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970):110-126
- ABERASTURY Arminda et al (1970c) "Adolescencia y psicopatía con especial referencia a las defensas" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970):127-141
- ABERASTURY Arminda, KNOBEL Mauricio (1970) *La adolescencia normal*, México, Paidós, 1999
- ADATTO C P (1958) "Ego Reintegration Observed in Analysis of Late adolescents" *International Journal of Psycho-Analysis*, 1958, Vol XXXIX, pp 172-177
- AICHHORN August (1925) *Juventud descarriada* (traducción: R del Portillo) Madrid, HF Martinez de Murguia, 1956 {edición original: *Verwahrloste Jugend - Die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung*, Leipzig-Wien-Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925 ; edición inglés: *Wayward youth* (traducción: Jean Hermann y André Klock) Nueva York, Viking Press, 1935 ; edición francés: *Jeunesse a l'abandon* (traducción: Jean Hermann, André Klock, Jean Lyon, Chantal Mutschler) Toulouse, Privat, 1973}
- ALBERTI Sonia (1995) *Esse sujeito adolescente*, Rio de Janeiro, Rios Ambiciosos, 1999
- BALINT Michael (1934) "Der Onanie-Abgewöhnungskampf in der Pubertät" *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik*, 1934, Vol IX, pp 374-391
- BARUGEL Nora, MANTYKOW DE SOLA Berta (2001) "La acción comunicativa en el tratamiento de adolescentes" *Psicoanálisis APdeBA*, 2001, Vol XXIII, No 2, pp 313-318
- BERGAMO-SAVIETTO, Bianca & REZENDE-CARDOSO, Marta (2006) "Adolescência: ato e atualidade" *Revista Mal-Estar e Subjetividade*, 2006, Vol VI, No 1, pp 15-43
- BERNFELD Siegfried (1923) "Concerning a Typical Form of Male Puberty" *Adolescent Psychiatry*, 1975, Vol XX, pp 51-65 {edición original: "Über eine typische Form der männlichen Pubertät" *Imago*, 1923, Vol IX, pp 169-188 }
- BERNFELD Siegfried (1924) *Vom dichterischen Schaffen der Jugend*, Leipzig-Wien-Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924.
- BERNFELD Siegfried (1935) "Über die einfache männliche Pubertät" *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik*, 1935, Vol IX, No 5-6, pp 360-379

- BERNFELD Siegfried (1938) "Types of Adolescence" *Psychoanalytic Quarterly*, 1938, Vol VII, pp 243-253
- BIBRING G L (1959) "Some Considerations of the Psychological Processes in Pregnancy" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1959, Vol XIV, pp 113-121
- BIRRAUX Annie (1996) "De la crise au processus" en: MARTY (2003): 223-242
- BLOS Peter (1954) "Prolongación de la adolescencia en el varón" en: BLOS (1979):32-44 {edición original: "Prolonged Adolescence: The Formulation of a Syndrome and Its Therapeutic Implications" *American Journal of Orthopsychiatry*, 1954, Vol XXIV, pp 733-742}
- BLOS Peter (1962) *Psicoanálisis de la adolescencia* (traducción: Ramón Parres y Rosa Witemberg) México, Joaquín Mortiz SA, 1971{edición original: *On adolescence – a psychoanalytic interpretation*, New York, The Free Press of Glencoe Inc, 1962}
- BLOS Peter (1963) "El concepto de actuación (acting-out) en relación con el proceso adolescente" en: BLOS (1979):209-227 { edición original: "The concept of acting out in relation to the adolescent process" *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 1963, Vol 2, pp 118-136}
- BLOS Peter (1967) "El segundo proceso de la individuación de la adolescencia" en: BLOS (1979):118-140 {edición original: "The Second Individuation Process of Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1967, Vol XXII, pp 162-186}
- BLOS Peter (1968) "Formación del carácter en la adolescencia" en: BLOS (1979):141-157 {edición original: "Character Formation in Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1968, Vol XXIII, pp 245-263}
- BLOS Peter (1970) *Los comienzos de la adolescencia* (traducción: Ricardo Monti) Buenos Aires, Amorrortu, 1980 {edición original: *The Young adolescent – clinical studies*, New York, The Free Press, 1970}
- BLOS Peter (1974) "La genealogía del ideal del yo" en: BLOS (1979):261-301 {edición original: "The Genealogy of the Ego Ideal" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1974, Vol XXIX, pp 43-88}
- BLOS Peter (1978) "Modificaciones en el modelo psicoanalítico clásico" en: BLOS (1979):383-401
- BLOS Peter (1979) *La transición adolescente* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Amorrortu, 1981 {edición original: *The adolescent passage – developmental issues*, 1979}
- BLOS Peter (1985) *Son and Father - Before and Beyond the Oedipus Complex*, New York, The Free Press, 1985
- BRACONNIER Alain (1996) "La puberté prolongé – l'apport de Siegfried Bernfeld" en: MARTY (2003):123-126

- BRACONNIER Alain, MARCELLI Daniel (1984) *Manual de psicopatología adolescente* (traducción: Tomás Vilaltella) México, Masson, 2da ed: 1984
- BRACONNIER Alain, MARCELLI Daniel (1984b) "El problema del actuar y del paso al acto" en: BRACONNIER & MARCELLI (1984):77-114
- BRACONNIER Alain, MARCELLI Daniel (1984a) "Crisis y rupturas en la adolescencia" en: BRACONNIER & MARCELLI (1984)
- BROUSSE, Marie-Hélène (1989) "Estadios de desarrollo del niño o historia del sujeto" *Disparatorio - Revista Colombiana de psicoanálisis*, 1989, No 1, pp 43-56
- BURLINGHAM Dorothy (1951) *Twins - A Study of Three Pairs of Identical Twins*, Nueva York, International Universities Press, 1952
- BURT Cyril (1920) "A young girl's diary" *British Journal of Psychology*, 1920, No 1, pp 353-357
- BUXBAUM E (1933) "Angstäußerungen vors Schulmädchen im Pubertätsalter" *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik*, 1933, Vol VII, pp 401-409
- BUXBAUM E (1945) "Transference and Group Formation in Children and Adolescents" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1945, Vol I, pp 351-365
- CHELGER Irene (2008) "Biografía de Donald Woods Winnicott", en línea: <http://www.winnicott.com.ar/biografia.htm#Principio> ; consultado el: 15/04/2011
- CROFT Jo (1997) "Looking up the adolescent in Freud' Index" en: SIMMS Karl, *Critical Studies – Ethics and the subject*, Amsterdam, Rodopi, 1997, pp 147-156
- DEFOE Daniel (1719) *Robinson Crusoe* (traducción: Carlos Pujol), Barcelona, RBA, 1994, 272 p.
- DEUTSCH Helene (1925a) "La Psicología de la mujer y su relación con la función reproductora" en: FLIESS Robert -comp-, *Escritos Psicoanalíticos fundamentales*, Barcelona, Paidós, 1981, pp 65-77 {"The psychology of women in relation to the functions of reproduction" In: R. FLIESS –editor- *The Psychoanalytic Reader*, New York, International Universities Press, 1948, pp 165-179}
- DEUTSCH Helene (1925b) *Psychoanalysis of the sexual functions of women* (traducción: Eric MOSBACHER), London – New York, Karnac Books (Paul Roazen), 1991, 132p { *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen* Leipzig-Wien-Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925}.
- DEUTSCH Helene (1934) "Über einen typus der pseudoaffektivität ('Als ob)'" *Int. Ztschr. f. Psa.* 1934, Vol XX, No 3, pp 323-335 {retomado en Deutsch, 1942}
- DEUTSCH Helene (1942) "Some forms of emotional disturbances and their relationship to schizophrenia" *Psychoanalytic Quarterly*, 1942, Vol 02, No 11, pp 301-321

- DEUTSCH Helene (1944-45) *Psicología de la mujer* (traducción: Felipe Jiménez de Asúa) Buenos Aires, Losada, 1973
- DEUTSCH Helene (1967) *Selected Problems of Adolescence* Nueva York, Intern Universities Press, 1967
- DEUTSCH Helene (1973) *Confrontations with my self, An epilogue*, Nueva York, W W Norton & Company Inc, 1973, 217p
- DOLTO Françoise (1972) "Los adolescentes y la contracepción" en: DOLTO Françoise, *Lo femenino - Artículos y Conferencias* (traducción: Tomás del Amo) Barcelona, Paidós, 2000, pp 183-190
- DOLTO Françoise (1984) "Fragilidad de la adolescencia" en: DOLTO Françoise, *La imagen inconsciente del cuerpo* (traducción: Irene Agoff) Barcelona, Paidós, 3ed: 1994, pp 269-275
- DOLTO Françoise (1987) "Sobre la pubertad" en: DOLTO Françoise, *Diálogos en Quebec* (traducción: Irene Agoff) Argentina, Paidós, 1988, pp 178-194
- DOLTO Françoise (1988) *La causa de los Adolescentes* (traducción: R M Bassols) España, Seix Barral, 1990
- DOLTO Françoise (1988a) *Autobiografía de una psicoanalista* (traducción: Rosa-Ana Domínguez) México, Siglo XXI, 1991
- DOLTO Françoise (1988b) "El concepto de adolescencia: puntos de referencia, puntos de ruptura" en: DOLTO (1988):11-23
- DOLTO Françoise (1988c) "El sueño de la eterna juventud - Mitos y arquetipos" en: DOLTO (1988):24-30
- DOLTO Françoise (1988d) "La imagen del cuerpo" en: DOLTO (1988):31-34
- DOLTO Françoise (1988e) "La leyenda de los jóvenes: la literatura efébrica" en: DOLTO (1988):35-46
- DOLTO Françoise (1988f) "Los héroes y los modelos" en: DOLTO (1988):47-52
- DOLTO Françoise et al (1989) *Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta* (traducción: Eduardo Gudiño) Buenos Aires, Atlántida, 1992
- EISSLER Kurt (1949) "Some Problems of Delinquency" en: EISSLER (1949):3-25
- EISSLER Kurt (1950) "Ego-Psychological Implications of the Psychoanalytic Treatment of Delinquents" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1950, Vol V, pp 97-121
- EISSLER Kurt (1951) "Prefacio" en: AICHHORN August, *Juventud descarriada* (traducción: R. del Portillo) Madrid, H.F. Martinez de Murguia, 1956, pp 17-25

- EISSLER Kurt (1958) "Notes on Problems of Technique in the Psychoanalytic Treatment of Adolescents" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1958, Vol XIII, pp 223-254
- EISSLER Kurt -ed- (1949) *Searchlights on Delinquency - New psychoanalytic studies*, New York, International Universities Press, 4ed: 1958
- ERIKSON Erik (1946) "Ego Development and Historical Change" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1946, Vol II, pp 359-396
- ERIKSON Erik (1957) "La confirmación del delincuente" en: ERIKSON (1987):556-563
- ERIKSON Erik (1959) "La adolescencia tardía" en: ERIKSON (1987):564-573
- ERIKSON Erik (1966a) "La ontogenia de la ritualización en el hombre" en: ERIKSON (1987):515-531
- ERIKSON Erik (1966b) "Observaciones sobre la identidad mas general" en: ERIKSON (1987):447-451
- ERIKSON Erik (1968) "La identidad psicosocial" en: ERIKSON (1987):600-608
- ERIKSON Erik (1969) "Sobre la inquietud estudiantil: observaciones al recibir el premio Fenem" en: ERIKSON (1987):610-621
- ERIKSON Erik (1987) *Un modo de ver las cosas - Escritos selectos de 1930 a 1980* (traducción: Juan José Utrilla) México, Fondo de Cultura Económica, 1994
- FEDERN Paul(1952) *La psicología del yo y la psicosis* (traducción: Leandro Wolfson), Buenos Aires, Amorrortu, 1984, 395p {edición inglés: *Ego Psychology and the Psychoses*, New York, Basic Books, 1952
- FENICHEL Otto (1938) "Review of 'The Ego and the Mechanisms of Defense,'" *International Journal of Psycho-Analysis*, 1938, Vol XIX, pp 119-136
- FERENCZI Sandor (1912) "Contribución al estudio del onanismo" en línea: www.psicocanalisis.org {edición original en: *Die Onanie - Vierzehn Beiträge zu einer Diskussion der Wiener Psychoanalytischen Vereinigung*, Wiesbaden, J F Bergmann, 1912}FERENCZI Sandor (1924) "Thalassa, essai sur la théorie de la génitalité" en: FERENCZI Sandor, *Psychanalyse III Œuvres complètes 1919-1926* (traducción: Judith Dupont & Myriam Viliker) Paris, Payot, 1990, pp 250-323
- FLAUBERT Gustave (1842) *Novembre*, Italia, Editions du Verbe, 1946, 155 p.
- FRAIBERG S (1955) "Some Considerations in the Introduction to Therapy in Puberty" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1955, Vol X, pp 264-286
- FREEMAN T, Cameron L J & MCGHIE A (1958) *Chronic Schizophrenia*, Nueva York, International Universities Press, 1958

- FREUD Anna (1922) "Relación entre fantasías de flagelación y sueño diurno" *Revista de Psicoanálisis, Asociación Psicoanalítica Argentina*, 1946, No 2, pp 258-271
- FREUD Anna (1927) *Psicoanálisis de niños* (traducción: Ludovico Rosenthal) Buenos Aires, Paidós, 1975
- FREUD Anna (1935) "El yo y el ello en la pubertad" en: FREUD Anna (1936):151-166 {edición original: "Ich und Es in der Pubertät" *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik*, 1935, Vol IX, No 5-6, pp 319-328}
- FREUD Anna (1936) *El yo y los mecanismos de defensa* (traducción: Y de Cárcamo y C Cárcamo) Buenos Aires, Paidós, 1965
- FREUD Anna (1936c) "La angustia instintiva durante la pubertad" en: FREUD Anna (1936):167-189
- FREUD Anna (1949a) "Dificultades entre el preadolescente y sus progenitores" en: FREUD Anna (1976):195-203
- FREUD Anna (1949b) "Certain Types and Stages of Social Maladjustment" en: EISSLER (1949):193-204
- FREUD Anna (1951) "August Aichhorn, July 27, 1878–October 17, 1949" *International Journal of Psychoanalysis*, 1951, No 32, pp 51-56
- FREUD Anna (1957) "La adolescencia" en: FREUD Anna (1976):165-185
- FREUD Anna (1966) "La adolescencia como perturbación del desarrollo" en: FREUD Anna (1976):187-193
- FREUD Anna (1976) *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente* (traducción: Stella B. Abreu, Inés Pardal y Carlos E. Saltzmann) Buenos Aires, Paidós, 1976
- FREUD Sigmund (1887a) "Fragmentos de la correspondencia con Fliess" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 1, pp 215-232 {edición completa: *Cartas a Fliess 1887-1904* (traducción: José L Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 1994}
- FREUD Sigmund (1888c) "Histeria" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 1, pp 45-63
- FREUD Sigmund (1894c) "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de 'neurosis de angustia'" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 3, pp 91-11
- FREUD Sigmund (1895d) "Estudios sobre la histeria" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 2, pp 29-309

- FREUD Sigmund (1895e) "Proyecto de psicología" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 1, pp 139-446
- FREUD Sigmund (1896b) "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 3, pp 163-184
- FREUD Sigmund (1898a) "La sexualidad en la etiología de las neurosis" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 3, pp 257-276
- FREUD Sigmund (1898b) "La interpretación de los sueños" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 3, pp 26-611
- FREUD Sigmund (1901a) "Sobre el sueño" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 5, pp 617-668
- FREUD Sigmund (1905b) "El chiste y su relación con lo inconciente" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 8, pp 9-223
- FREUD Sigmund (1905c) "Tres ensayos de teoría sexual" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 7, pp 123-222
- FREUD Sigmund (1908a) "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 9, pp 141-147
- FREUD Sigmund (1908d) "Sobre las teorías sexuales infantiles" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 9, pp 187-201
- FREUD Sigmund (1908j) "Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 10, pp 203-249
- FREUD Sigmund (1909b) "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 10, pp 7-117
- FREUD Sigmund (1909c) "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 10, pp 123-194

- FREUD Sigmund (1912c) "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 11, pp 173-183
- FREUD Sigmund (1912f) "Contribuciones para un debate sobre el onanismo" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 12, pp 253-263
- FREUD Sigmund (1914b) "Sobre la psicología del colegial" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 13, pp 247-250
- FREUD Sigmund (1914e) "Introducción del narcisismo" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 14, pp 71-98
- FREUD Sigmund (1915d) "Lo inconciente" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 14, pp 163-201
- FREUD Sigmund (1915j) "Carta a la doctora Hermine von Hug-Hellmuth" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 14, pp 343-343
- FREUD Sigmund (1915k) "Conferencias de introducción al psicoanálisis" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vols 15-16, pp 13-421
- FREUD Sigmund (1923b) "La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 19, pp 145-149
- FREUD Sigmund (1925g) "Prólogo a August Aichhorn 'Verwahrloste Jugend'" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 19, pp 296-298
- FREUD Sigmund (1938d) "Esquema del psicoanálisis" en: FREUD Sigmund, *Obras completas* (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires, Amorrortu, 2ed: 1976-80, Vol 23, pp 143-209
- FRIEDLANDER Kate (1941) "Children's Books and Their Function in Latency and Puberty" *American Imago*, 1942, Vol III, pp 129-150
- FRIEDLANDER Kate (1945) "Formation of the Antisocial Character" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1945, Vol I, pp 189-203
- FRIEDLANDER Kate (1947) *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil* (traducción: A S Bernstein) Buenos Aires, Paidós, 1987

- FRIEDLANDER Kate (1949a) "Neurosis and home background, a preliminary report" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1949, Vol 3, No 4, pp 423-438
- FRIEDLANDER Kate (1949b) "Latent Delinquency and Ego Development" en: EISSLER (1949):205-215
- FRIEDLANDER Saúl (1975) *Historia y Psicoanálisis*, Bogotá, Universidad Nacional, 1989
- FROMM Erich (1941) *El miedo a la libertad* (traducción: Gino GERMANI) Barcelona, Planeta-Agostini, 1985
- GELEERD E R (1961) "Some Aspects of Ego Vicissitudes in Adolescence" *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1961, Vol IX, pp 394-405
- GITELSON M (1948) "Character Synthesis: The Psychotherapeutic Problem in Adolescence" *American Journal of Orthopsychiatry*, 1948, Vol XVIII, pp 422-431
- GOETHE Johann W (1774) *Los sufrimientos del joven Werther* (traducción: José María Valverde), Barcelona, RBA, 1994, 125p.
- GOETHE Johann W (1796) *Wilhelm Meister*, España, Medina Hermanos, 1900, 589p.
- GREENACRE Phyllis (1950) "The Prepuberty Trauma in Girls" *Psychoanalytic Quarterly*, 1950, Vol 19, pp 298-317
- GUTTON Philippe (1991) *Le pubertaire*, Paris, PUF, 1991 {edición español : *Lo puberal* (traducción: Irene Agoff), Buenos Aires, Paidós, 1993, 358p}
- GUTTON Philippe (1996a) "L'école française de psychanalyse de l'adolescent" en: MARTY (2003):243-255
- GUTTON Philippe (1996b) *Adolescents*, Paris, PUF, 1996
- GUTTON Philippe, GAGEY Jacques (1983) "L'acte même de la séance - A propos des travaux de Pierre Mâle sur l'adolescence" *Adolescence*, 1983, Vol 1, No 1, pp 189-196
- HARNICK J (1924) "The Various Developments Undergone by Narcissism in Men and Women" *International Journal of Psychoanalysis*, 1924, Vol V, pp 66-83
- HEIMANN Paula, ISAACS Susan (1943) "La regresión" en: KLEIN Melanie, *Obras completas 3 - Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 3ed: 1974-76, pp 153-175
- HOFFER F (1946) "Diaries of Adolescent Schizophrenics" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1946, Vol II, pp 293-312
- HORNEY Karen (1922-36) *Psicología femenina* (traducción: Flora SETARO) Buenos Aires, Psique, 1968

HORNEY Karen (1934) "Los cambios en la personalidad de las adolescentes" en: HORNEY (1922-36): 277-290

HORNEY Karen (1934) "Personality Changes in Female Adolescents" *American Journal of Orthopsychiatry*, 1935, Vol XIX, pp 19-26

HORNEY Karen (1937) *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* (traducción: Ludovico ROSENTHAL) Buenos Aires, Paidós, 1968

HORNEY Karen (1939) *El nuevo psicoanálisis* (traducción: Salvador ECHAVARRÍA) México, FCE, 3ed: 1966

HORNEY Karen (1942) *El autoanálisis* (traducción: León MIRLAS) Buenos Aires, Psique, 1965

HORNEY Karen (1945) *Nuestros conflictos interiores* (traducción: Josefina MARTÍNEZ ALINARI) Buenos Aires, Psique, 1966

HORNEY Karen (1950) *Neurosis y madurez* (traducción: Josefina MARTÍNEZ ALINARI) Buenos Aires, Psique, 1967

HUG HELLMUTH H von (1921) "A propos de la technique de l'analyse des enfants" *Psychiatrie de l'Enfant*, 1991, Vol 1, No 18, pp 191-210

HUG-HELMUTH Hermine von (1919) *A Young Girl's Diary*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921 {*Tagebuch eines Halbwüchsigen Mädchens – von 14-14 ½ Jahren*, Leipzig-Wien-Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1922}

HUGO Víctor (1866) *Trabajadores del mar*, España, Ramón Sopena, 1930, 260 p.

ISAACS Susan (1943) "Naturaleza y función de la fantasía" en: ISAACS Susan, *Obras completas 3 - Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 3ed: 1974-76, pp 71-115

JACOBSON Edith (1961) "Adolescent Moods and the Remodeling of Psychic Structures in Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1961, Vol XVI, pp 164-183

JACOBSON Edith (1964) *El Self y el mundo objetal* (traducción: Lázaro Krakov y Héctor Krakov) Buenos Aires, Beta, 1969 {edición original: *The Self and the Object World*, Nueva York, Intern Universities Press, 1964}

JEAMMET Philippe (1990) "Les destins de l'auto-érotisme à l'adolescence" en: ALLÉON, MORVAN & LÉBOVICI –eds–, *Devenir 'adulte'*, Paris, PUF, 1990, pp 52-79

JONES Ernest (1910-49) *Hamlet y Edipo*, Barcelona, Mandragora, 1975

JONES Ernest (1922) "Quelques problèmes de l'adolescence" en: JONES Ernest, *Théorie et pratique de la psychanalyse*, Paris, Payot, 1969, pp 825-847

- JONES Ernest (1953) *Vida y obra de Sigmund Freud* (traducción: Mario CARLISKY) Buenos Aires, Nova, 1959
- KAPLAN Harold & alter (1996) *Sinopsis de psiquiatría - Ciencias de la conducta - Psiquiatría clínica*, Buenos Aires, Panamericana, 1996
- KATAN-ANGEL A (1937) "The Role of 'Displacement' in Agoraphobia" *International Journal of Psychoanalysis*, 1951, Vol XXIII, pp 41-50
- KESTEMBERG Evelyne (1960) "La psychanalyse des adolescents" *La psychiatrie de l'enfant*, 1960, Vol 03, No 1, pp 291-309
- KESTEMBERG Evelyne (1962) "L'identité et l'identification chez les adolescents – problèmes techniques et théoriques" *La Psychiatrie de l'enfant*, 1962, Vol V, No 2, pp 441-522
- KESTEMBERG Evelyne (1980) "Notule sur la crise de l'adolescence – de la déception à la conquête" en: PERRET-CATIPOVIC & LADAME (1997):151-162
- KESTEMBERG Evelyne (1984) "La pathologie de l'adolescence: prémices, passage ou catastrophe" en: JEAMMET Philippe & al, *La psychiatrie de l'adolescence aujourd'hui*, Paris, PUF, 1984, pp 17-35
- KLEIN Melanie (1922) "Inhibiciones y dificultades de la pubertad" en: KLEIN Melanie, *Obras completas 6*, Buenos Aires, Paidos-Horme, 1976, pp 241-245
- KLEIN Melanie (1932) *El psicoanálisis de niños* (traducción: Hebe FRIEDENTHAL, Arminda ABERASTURY) Buenos Aires, Paidós, 1974-76 {edición inglés: *The Psychoanalysis of Children*, Londres, Hogarth Press, 1932}
- KLEIN Melanie (1932a) "La técnica del análisis en la pubertad" en: KLEIN Melanie, *Obras completas 1 - El psicoanálisis de niños* (traducción: ABERASTURY, Arminda) Buenos Aires, Paidos-Hormé, 1974, pp 207-221
- KLEIN Melanie (1932b) "Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña" en: KLEIN Melanie, *Obras completas 1 - El psicoanálisis de niños* (traducción: ABERASTURY, Arminda) Buenos Aires, Paidos-Hormé, 1974, pp 319-360
- KLEIN Melanie (1937) "Amor, culpa y reparación" en: KLEIN Melanie, *Obras completas 6 - Envidia, gratitud y otros* (traducción: Campo, Dubcovsky, Fischman, Korembli, Lebermen, Malfé, Roseblatt, Watson) Buenos Aires, Paidós, 1974-76, pp 135-171
- KLEIN Melanie (1944) "The Emotional Life and Ego-Development of the Infant with Special Reference to the Depressive Position" en: KING & STEINER (1991), *The Freud-Klein controversies 1941-45*, London, Routledge –New Library of Psychoanalysis, 3 reimpr: 2006
- KLEIN Melanie (1944) "The Emotional Life and Ego-Development of the Infant with Special Reference to the Depressive Position" King-&Steiner, 1991, pp 752-797

KNOBEL Mauricio (1970) "El síndrome de la adolescencia normal" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970):35-109

KRIS Ernst (1938) "Review of 'The Ego and the Mechanisms of Defense'" *International Journal of Psycho-Analysis*, 1938, Vol XIX, pp 136-146

LACAN Jacques (1948c) "La agresividad en psicoanálisis" en: LACAN Jacques, *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1975, pp 65-87

LACAN Jacques (1950a) "Introducción teórica de las funciones del psicoanálisis en criminología" en: LACAN Jacques, *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 1966, pp 19-63

LACAN Jacques (1956g) Seminario 04 *La relación de objeto*, Argentina, Paidós, 1984

LACAN Jacques (1966k) Seminario 14 *La lógica del fantasma*, mimeografiado.

LAGACHE Daniel (1958) « La psychanalyse et la structure de la personnalité » *La Psychanalyse*, 1961, No 06, pp 5-54.

LAMPL-DE-GROOT Jeanne (1959) "On Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1960, Vol XV, pp 95-103

LANDAUER Karl (1935) "Die Ichorganisation in der Pubertät" *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik*, 1935, Vol IX, No 5-6, pp 380-420

LAUFER Moses (1978) "The nature of adolescent pathology and the psychoanalytic process" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1978, Vol XXXIII, pp 307-322

LAUFER Moses (1995) "El desarrollo psicológico en la adolescencia: 'señales de peligro'" en: LAUFER Moses, *El adolescente suicida* (traducción: Javier Fullaondo) Madrid, Biblioteca nueva, 1999, pp 17-36

LAUFER Moses (1997a) "Developmental breakdown in adolescence: problems of understanding and helping" en: LAUFER Moses, *Adolescent Breakdown and Beyond*, Madison, Conneticut, Internacional Universities Press, , pp 3-15

LAUFER Moses, LAUFER Égle (1984) *Adolescencia y crisis del desarrollo* (traducción: Salvador Adroer Tasis) Barcelona, Espaxs SA, 1988 {edición francés: *Adolescence et rupture du développement* (traducción: Monique Gibeault) Paris, PUF, 1989}

LEBOVICI Serge (1968) "Contribution to symposium on Acting-out" *International Journal of Psychoanalysis*, 1968, No 49, pp 202-205

LOEWALD H W (1979) "The waning of the oedipus complex" *Journal American Psychoanalytical Association*, 1979, No 27, pp 751-775

LÖWALD Hans (1960) "On the therapeutic action of psychoanalysis" *International Journal of Psychoanalysis* Vol XLI, pp 16-33

- MAHLER Margaret (1963) "Consideraciones sobre el desarrollo y la individuación" en: MAHLER Margaret, *Estudios 2 - Separación-individuación*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pp 11-22
- MALE Pierre -dir- (1964) *Psicoterapia del adolescente* (traducción: M Villamuera de Castro) México, Paidea, 1976
- MANNONI Octave (1984) "¿Es 'analizable' la adolescencia?" en: MANNONI Octave, DELUZ Ariane, GIBELLO Bernard, HÉBRARD Jean, *La crisis de la adolescencia* (traducción: Alberto L. Bixio) Barcelona, Gedisa, 2ed: 1994, pp 17-40
- MARCUSE Herbert (1953) *Eros y civilización* (traducción: Juan GARCÍA PONCE), Barcelona, Seix Barral, 1971, 253p.
- MARTY François (1996) "Hermine von Hug Hellmuth" en: MARTY (2003):106-113
- MARTY François -dir- (2003) *L'adolescence dans l'histoire de la psychanalyse*, Paris, In Press Éditions, 2003
- MEDINA EGUÍA Roberto Doria (1997) *Divergencias en la unidad - una introducción a los desarrollos psicoanalíticos después de Freud*, Buenos Aires, Lumen, 1998
- MENG H (1934) *Strafen und Erziehen*, Berna, Huber, 1934
- MENG H (1943) *Praxis der seelischen*, Basilea, Schwabe, 1943
- MIJOLLA Alain de —director— (2002) *Dictionnaire International de Psychanalyse*, Paris, Calmann-Lévy, 2002.
- MIJOLLA, Alain de (2002) « Burlingham-Rosenfeld /Hietzing Schule » en: MIJOLLA Alain de(2002):244-245.
- MOLL Jeanne (2002) "August Aichhorn" en: MIJOLLA Alain de(2002): 32-33
- MÜHLEITNER Elke (2002) "Hug-Hellmuth von Hugenstein" en: MIJOLLA Alain de(2002):760-761
- MUSIL Robert (1906) *Las tribulaciones del estudiante Törless* (traducción:Roberto Bixio y Feliu Formosa), España, Seix Barral, 1984, 120 p.
- NOSHPITZ J (1957) "Opening Phase in the Psychotherapy of Adolescents with Character Disorders" *Bulletin of the Menninger Clinic*, 1957, Vol XXI, pp 153-164
- NUNBERG Herman y FEDERN Ernst -comp- (1962/75) *Actas de la Sociedad Psiconalítica de Viena - las reuniones de los miércoles*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1979, 4 vol
- PERRET-CATIPOVIC M, LADAME F (1997) *Adolescence et psychanalyse - une histoire*, Lausanne-Paris, Delachaux & Niestlé, 1997
- PFISTER Oskar (1920) *Some applications of Psycho-analysis*, Nueva York, Doood, 1923
- PFISTER Oskar (1922) *Psycho-analysis in the service of education*, Londres, Kimpton, 1922

- RASSIAL Jean-Jacques (1990) *L'adolescent et le psychanalyste*, Paris, Navarin, 1990 {edición en portugués : *O adolescente e o psicanalista* (traducción: Lêda Mariza Fischer Bernardino) Rio de Janeiro, Companhia de Freud, 1999}
- RASSIAL Jean-Jacques (1993) "La operación adolescente y el límite del niño al adulto" en: RASSIAL (1996):35- 41.
- RASSIAL Jean-Jacques (1995) "¿Una división del superyó?" en: RASSIAL (1996):43-52.
- RASSIAL Jean-Jacques (1996) *El pasaje adolescente - De la familia al vínculo social* (traducción: Esther Ripa) Barcelona, del Serbal, 1999
- RASSIAL Jean-Jacques (1999) *Le sujet en état limite*, Paris, Denoel, 1999
- REICH Wilhem (1931) *La lucha sexual de los jóvenes* (traducción: Martín Sagera) Buenos Aires, Granica, 1972
- REZENDE-CARDOSO Marta & al (2001a) "Adolescência e violencia: uma questao de fronteras" en: REZENDE-CARDOSO & al-2001:41-53
- REZENDE-CARDOSO Marta & alter (2006) *Adolescentes*, Sao Paulo, Escuta, 2006
- REZENDE-CARDOSO Marta & alter(2001) *Adolescencia: Reflexões psicanalíticas*, Rio Janeiro, Nau-Faperj, 2001
- REZENDE-CARDOSO Marta et al (2006a) "Desamparo e melancolia na adolescência contemporânea" en: REZENDE-CARDOSO & al-2006:157-168
- REZENDE-CARDOSO Marta et al (2006b) "Violência e adolescência - A questao da relação com o objeto" en: REZENDE-CARDOSO & al-2006:183-194
- ROAZEN Paul (1973) *Hermano animal – la historia de Freud y Tausk* (traducción: Joaquín RÁBAGO) España, Alianza Editorial, 1973, 208p.
- ROAZEN Paul (1985) *Helene Deutsch – a psychoanalyst's life*, London, Transaction Publishers, 1992
- ROAZEN Paul (2002) "Erikson, Erik Homburger" en: MIJOLLA Alain de(2002):532-533
- RODULFO Ricardo (1986) "El adolescente y sus trabajos (Bocetos)" en: RODULFO (1992):152-162
- RODULFO Ricardo (1992) "Pensando la adolescencia" en: RODULFO (1992):135-162
- RODULFO Ricardo (1992) *Estudios clínicos - Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 1992
- ROOT N (1957) "A Neurosis in Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1957, Vol XII, pp 320-334

- ROSENTHAL Gela, KNOBEL Mauricio (1970) "El pensamiento en el adolescente y en el adolescente psicopático" en: ABERASTURY & KNOBEL (1970):142-156
- ROUDINESCO Élisabeth & PLON Michel (1997) *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1997
- ROUSSEAU Juan Jacobo (1762) *Emilio o de la educación*, México, Porrúa, 2005
- SAUVAGNAT François (1992) "La crise d'adolescence telle que la voyaient les premiers psychanalystes" en: COLECTIVO, *Destins de l'adolescence*, Rennes, Presses de l'Univer Rennes, 1992, pp 47-58
- SHAKESPEARE William (1597) "Romeo y Julieta" en: *Tragedias* (traducción: José María Valverde), Barcelona, RBA, 1994, pp 329-406.
- SINELNIKOFF Constantin (1970) *La obra de Wilhelm Reich*, México, Siglo XXI, 2ed: 1975
- SOUBRENIE Dominique -ed- (1991) *Hermine von Hug-Hellmuth: Essais psychanalytiques – Destin et écrits d'une pionnière de la psychanalyse des enfants* (traducción: Dominique Soubrenie) Paris, Payot, 1991
- SPIEGEL L (1951) "A Review of Contributions to a Psychoanalytic Theory of Adolescence" *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1951, Vol VI, pp 375-393
- SPIEGEL L (1961) "Disorder and consolidation in adolescence" *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1961, Vol IX, pp 406-416
- THOMPSON N (1987) "Helene Deutsch: a life in theory" *Psychoanalytic Quarterly*, 1987, No 56, pp 317-353
- TOURNE Yvette (1991) « Postface – Hermine von Hug-Hellmuth première psychanalyste d'enfants ou comment se déprendre de l'obéissance silencieuse » in : SOUBRENIE Dominique -ed- (1991) *Hermine von Hug-Hellmuth : Essais psychanalytiques - Destin et écrits d'une pionnière de la psychanalyse des enfants*, Paris, Payot, 1991, pp 263-279.
- VALLEJO ORELLANA Reyes "Hermine Hug-Hellmuth, genuina pionera del psicoanálisis del niño" *Rev Asoc Esp Neuropsiq*, Mar 2004, No 89, pp 131-142 {en línea: <http://scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/n89/v24n1a09.pdf> ; consultado 28jun-2009}
- WEDEKIND Frank (1891) *Despertar de primavera* (traducción:Manuel Pedroso), Argentina, Quetzal, 1954, 81p.
- WICKS-NELSON Rita (1997) *Psicopatología del niño y del adolescente*, Madrid, Prentice Hall, 1997
- WINNICOTT Donald (1946) "Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil" en: WINNICOTT (1984):136-143

- WINNICOTT Donald (1955) "Los hijos adoptivos al llegar a la adolescencia" en: WINNICOTT Donald, *Acerca de los niños* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Paidós, 1998, pp 175-188
- WINNICOTT Donald (1961) "Adolescence: Struggling through the Doldrums" en: WINNICOTT Donald, *The family and Individual Development*, Londres, Tavistock, 1965, pp 40-50
- WINNICOTT Donald (1961) "Luchando por superar la fase de desaliento malhumorado" en: WINNICOTT (1984):170-182
- WINNICOTT Donald (1964) "Aspects of Juvenile Delinquency" en: WINNICOTT Donald, *The Child, the Family and the Outside World*, Londres, Penguin, 1992, pp 227-231
- WINNICOTT Donald (1967) "La delincuencia como un signo de esperanza" en: WINNICOTT Donald, *El hogar nuestro punto de partida* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Paidós, 1996, pp 173-192
- WINNICOTT Donald (1968) "Inmadurez Adolescente" en: WINNICOTT Donald, *El Hogar nuestro punto de partida* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Paidós, 1996, pp 185-186
- WINNICOTT Donald (1968) "Perturbaciones físicas y emocionales en una adolescente" en: WINNICOTT Donald, *Exploraciones psicoanalíticas* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Paidós, 1993, pp -
- WINNICOTT Donald (1968b) "Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta la educación superior" en: WINNICOTT Donald, *Realidad y Juego* (traducción: Florea Mazia) Barcelona, Gedisa, 1982, pp 179-193
- WINNICOTT Donald (1984) *Deprivación y delincuencia* (traducción: Leandro Wolfson y Noemí Rosenblatt) Buenos Aires, Paidós, 1996
- WINNICOTT Donald (sf) "Notas sobre el juego" en: WINNICOTT Donald, *Exploraciones psicoanalíticas* (traducción: Leandro Wolfson) Buenos Aires, Paidós, 1993, pp 79-83
- WITTELS Fritz (1949) "The Ego of the Adolescent" en: EISSLER (1949):256-262
- ZULLIGER H (1935) *Schwierige Schüler*, Berna, Huber, 1935
- ZULLIGER H (1950) *Ober symbolische Diebstahle von Kindern und Jugendlichen*, Biel, Verlag Institut für Psychohygiene, 1950
- ZULLIGER H (1951) "Unconscious Motives for Theft" *British Journal of Delinquency*, 1951, No 1, pp 198-204